PAYASA

carmot contemporánea

MONICA DRAKE

PAYASA

MONICA DRAKE

Traducido del inglés por: Rocío Gómez de los Riscos y Marina Mena Guardabrazo

CARMOT PRESS

BIOGRAFÍA DE LA AUTORA

Monica Drake (Michigan, 1967) se graduó del programa MFA de la Universidad de Arizona en escritura creativa.

Actualmente vive en Portland y, desde allí, desarrolla su trabajo como escritora. Es miembro del cuerpo docente en el programa de escritura en la Pacific Northwest College of Art.

Monica Drake debutó en la literatura con *Clown Girl* y, gracias a esta novela independiente, logró ser finalista en 2007 del prestigioso premio literario Ken Kesey Award. Otros certámenes en los que ha participado y obtenido premios son el Independient Publisher Book Award y el Eric Hoffer.

Con *Payasa*, la autora realiza una crítica social llena de humor negro en la que su protagonista tiene que luchar consigo misma y contra sus propios prejuicios.

Medios escritos, como el New York Times, definen *Payasa* como una tragicomedia sobresaliente.

Descubre una obra trepidante en la que lo extraño, lo gracioso y lo descarnado se combinan con una asombrosa soltura.

Cicely

Título original: *Clown Girl*

Primera edición: marzo de 2018

© 2006, Monica Drake, por el texto: *Clown Girl*

© 2018, Rocío Gómez de los Riscos y Marina Mena Guardabrazo, por la traducción

© 2018, de la presente edición en español para todo el mundo:
Carmot Press, S.L.
Calle Madrid 123, 1B
28903 Getafe (Madrid)
cicelyeditorial.com

Diseño y *collage* de cubierta: Carmot Press / Adriana Bermúdez

ISBN: 978-84-124608-8-9
Depósito legal: M-30476-2017

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra, en todo o en parte, solo puede ser realizada con la autorización escrita de los titulares de la propiedad intelectual, salvo excepción prevista por la ley. Reservados todos los derechos de edición en español para todo el mundo.

INTRODUCCIÓN

Bienvenidos al libro de mi archienemiga. «Rival» sería una palabra más amable, pero seamos sinceros.

En 1991, en la cocina de Tom Spanbauer, cuando todavía éramos todos principiantes del taller de escritura y cabíamos sentados en aquella mesita cutre, Monica Drake era la estrella todas las semanas. Las historias que nos leía… historias en las que pasaba toda la noche encerrada en el Museo de Arte de Portland, guardando en soledad la antigua momia de una emperatriz china mientras contemplaba un plato repleto del contenido de su estómago preservado (en su mayoría, antiquísimas semillas de calabaza). Cuando Monica nos hablaba de estar encerrada tras puertas de acero, rejas y plexiglás antibalas, los demás pupilos de Tom nos olvidábamos de respirar.

Cada jueves por la noche, Monica nos hablaba sobre ir a la caza de tiques de compra en los aparcamientos de los supermercados, de pedírselos incluso a los compradores que estaban cargando las bolsas de comida en el coche, y todo porque el establecimiento, si se presentaban tiques por un valor de veinticinco dólares, vendía los huevos a veinticinco centavos la docena. Monica escribía sobre un mundo en que los personajes solo comían huevos baratos que se iban volviendo cada vez más malolientes en apartamentos donde todo se había roto al menos una vez. Todas las lámparas, platillos desportillados o sillas astilladas se mantenían pegados gracias al alambre o a la cola. La pobreza y la violencia estaban presentes en todas las situaciones. La gente compraba y vendía cupones de comida por el dinero suficiente para pasarse el día bebiendo jarabe para la tos y haciendo eses por la calle con un bigote verde permanente. Los personajes de Monica, como los mejores personajes, estaban basados en gente real, de su vida.

Para empeorar los jueves aún más, las historias de Monica nos hacían reír a todos los alumnos. Eran carcajadas tan sonoras y sinceras que, para los transeúntes que pasaban por la acera, en la oscuridad, podríamos haber sido simios aullando o perros ladrando.

Daba igual lo que uno llevase para leer: Monica siempre escribía algo mejor, más divertido, más sorprendente y sexi. Todas las

semanas, Monica Drake nos mostraba lo buenas que podían ser las historias. Tom nos enseñaba el arte de la escritura, pero Monica nos mostró la libertad, la valentía. Si mejoré como escritor fue porque Monica siempre me superaba con su trabajo. Si una historia que yo había escrito hacía gracia, la de ella siempre era más divertida. Monica se mudó de Portland para estudiar con Amy Hempel y Joy Williams y ahora tiene una primera novela: *Payasa*. Y, con ella, nos está demostrando lo divertida, alocada y triste que puede ser la narración.

No le estoy haciendo un favor a una vieja amiga al escribir esta introducción, le estoy pagando una deuda de una década. Esto no es ni caridad ni adulación, es sinceridad.

Los escritores no son más que rivales, pero competir con una autora tan buena como Monica Drake es una bendición.

Payasa es más que un gran libro: es una realidad propia.

Todos deberíamos tener un archienemigo tan brillante como ella.

Chuck Palahniuk
Autor de *El club de la lucha*

Para Kass y Mavis

«La gente hará cualquier cosa, por absurda que sea, para evitar enfrentarse a su propia alma».

Carl Jung

«Sucedió que en un teatro se originó un incendio fuera del escenario. Salió el payaso a decírselo al público. El público creyó que era una broma y aplaudió. Volvió a decírselo y les pareció aún más divertido. Así se destruirá el mundo, supongo: entre la hilaridad universal de ingeniosos bromistas que creen que todo es de guasa».

Søren Kierkegaard

1.

LA PAYASA CAE; O, NARIZOTAS SE TROPIEZA

Globoflexia por el Señor fue el manual de globos más barato que encontré. El día que lo compré, estaba escondido en la casilla más baja de un polvoriento expositor giratorio en Regalos de Callan, acurrucado entre los manuales desvencijados: *¡Viaja por Europa en circuito payaso!, Potas falsas de goma para principiantes* y *Látex: la belleza de los cortes, cardenales, cicatrices y contusiones.*

¿Quieres hacer una Virgen María? Comienza con un globo azul claro. Para Jesús, usa uno verde lúpulo. Hay trucos sobre cómo hacer un crucifijo, un cordero y hasta un Sagrado Corazón en dos tamaños, grande y pequeño. *¡Oh là là!* Los trucos son sencillos pero acertados. El espectáculo final es la *pietà,* María con un Jesús adulto desmadejado en el regazo, una obra de cuatro globos con pinta de ristra de salchichas enredada o truco de *bondage* japonés. *Pietà* o *bondage*, lo sagrado y lo profano: en la globoflexia, la distancia que separa lo uno de lo otro es así de corta, una leve torsión.

Estudié las veinte páginas del fino cuadernillo grapado a mano. Y así, ¡tachán!, gracias a los precios baratos me había convertido en una especialista en trucos religiosos, iconografía payasa y argucias extraordinarias. Pero la mayor parte de la gente miraba mis obras de globoflexia y veía lo que quería ver. Eran arte performativo, abstracto y expresionista. ¿El gran plan? Ya lo tenía: algún día sería capaz de hacer con globos todas las obras maestras, comenzando por *La Virgen de las rocas* de Da Vinci al completo, con el niño Jesús, san Juan Bautista y un angelillo de globos retorcidos apiñados sobre un saliente rocoso. Ya había pergeñado mi propia versión de la Capilla Sixtina, la imagen de Dios insuflándole vida a Adán de Miguel Ángel. Dos globos unidos darían forma a los famosos dedos estirados.

El sábado por la mañana, en pleno corazón de una multitud callejera, hice una corona de espinas y se la di a una niñita que llevaba un vestido de tirantes de estampado de leopardo. Se puso la corona en la cabeza a modo de tiara. «Preciosa, preciosa», murmuró la madre de la niña, y le dio unos golpecitos a la corona con una mano

enjoyada.

Una auténtica princesa con la corona de un mártir.

La madre alejó a su hija diminuta de la marabunta de guardería; niños de cinco años que habían salido a celebrar la feria callejera de King's Row. La manada siguió avanzando en tropel. Se me estaba corriendo el maquillaje por el sudor, y mis pies, calzados con unos zapatos baratos y descomunales, golpeaban de lleno el asfalto. El sol estival daba más calor en la ciudad del que me hubiera gustado, incluso siendo sábado. Dentro de la sauna que era mi bolso bandolera de vinilo rosa los globos nuevos, adheridos los unos a los otros, viajaban junto con las pelotas de malabares, una brillante pistola plateada y el suave roce de una gallina de goma. Saqué un puñado de globos pegados como espaguetis.

«Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja que un rico entre en el Reino de los Cielos…». Lo que dice la Biblia es eso, pero, en el mundo de la globoflexia, el viejo truco de pasar el camello por el ojo de la aguja es más fácil de lo que parece. Empieza con un globo poco inflado. Haz un camello muy pequeñito. Rodea la joroba del camello con un globo largo (esa es la aguja) y cíñelo como si fuera una faja.

Entregué el camello con su aguja al puño sucio del mejor postor, una mano anónima extendida con una propina de cinco dólares arrugados. ¡Bingo! Un niño de cinco años con un billete de cinco fue lo suficientemente rico para comprar, en la tierra, el reino de los cielos temporal hecho de globos. Me metí el dinero en la manga de la camisa de rayas y saqué otro globo.

Una vez comienzas con la globoflexia ya no puedes escapar. Siempre hay un río de niños. Me habían contratado como payaso itinerante, pero no podía moverme de ninguna manera. Los niños me habían acorralado, me habían ido empujando hasta un lateral de la tienda Haz Tu Propia Cerámica, que antes había sido una lavandería Lavadito Ligerito con desayuno veinticuatro horas y apuestas ilegales. El establecimiento de al lado solía ser un Empeños y Adornos, nuestra pequeña casa de empeños local, pero la habían reconvertido en una tienda de galletas para perros, y por ello King's Row estaba de celebración. El aire estaba cargado de la grasa de las patatas onduladas de los vendedores callejeros. Silbé, tra la la, e intenté escabullirme. Los niños me bloquearon el paso como centinelas, con las manos en el aire, pidiendo globos.

Matey y Crack estaban haciendo malabares en pareja. Crack hacía equilibrios sobre una boca de incendios. La saludé con la mano. *¡Yuju!* De la manga de la camisa me saqué un silbato automático y lo probé. Al presionar el botón, el silbato emitió los sonoros compases oscilantes de un silbido de admiración.

Me miraron. Las saludé otra vez con la mano.

Dejaron de hacer malabares y se quedaron inmóviles. Matey echó mano rápidamente de su vieja rutina de Incompetencia Creativa: se volvió hacia Crack, miró por encima del hombro y del loro de peluche morado que tenía cosido en él y adoptó un gesto de cómica confusión, rascándose la cabeza ladeada con una mano. Crack se echó hacia atrás y agitó una pierna larga y cubierta por una media a rayas en mi dirección: su versión de un número en la cuerda floja era una fulana sobre una boca de incendios. Se encogieron de hombros con un gesto idéntico y siguieron haciendo malabares.

Estaba sola. No había espacio para escurrirse, correr, escaquearse. No quedaba otra que continuar con el espectáculo. Para hacer un rey mago, comienza con un globo amarillo; hazle un nudo al cuello como si fuera una arteria colapsada; la cabeza, un pene henchido. El amarillo es el color de la sabiduría. Eso no lo pone en el libro del cristianismo, pero Buda era amarillo, todo buen budista lo sabe, y en el siglo xix un conocido vidente anunció que el aura de una persona sabia era, en gran parte, amarilla. Los indios hopis creen en la sabiduría de los payasos amarillos. Le hice a un niño de pelo grasiento una oveja raquítica y otro ocupó su lugar como un torrente de agua.

Con la punta del gigantesco zapato, tracé una línea imaginaria en la acera, una línea que no debían traspasar, y los niños la cruzaron.

Con las manos en las caderas y los globos en el puño, volví a trazar la línea. Un niño hizo que otros tres la traspasaran de un empujón y se echaron a reír. Apreté la flor de broma, una margarita, que tenía prendida de la solapa deshilachada. Un chorro de agua le dio en la cara al crío. «¡Oye!», dijo, y se limpió la mejilla con la mano. Otro chaval lo empujó.

Apreté otra vez la margarita sin borrar la sonrisa.

Aquellos niños, aquellas bestezuelas, ansiosos por hacerse con los globos, eran el público habitual de Dios, según *Globoflexia por el Señor*. Pero, por el momento, eran mi público, lo que me daba de comer, y se aferraban a mis pantalones de payaso, al bolso, a los globos calientes y flácidos.

Se me cayó la gallina de goma de la bolsa de accesorios. Me agaché para cogerla, ahuyenté a un niño regordete, me puse en pie y volví a trazar la línea rápidamente.

El problema era que, por reglas autoimpuestas, no podía hablar. No podía gritar. No creo que exista una buena voz de payaso salvo, tal vez, si se habla tras una bocanada de helio o se imposta un estridente acento italiano. Cualquier voz humana que provenga del rostro de un payaso rompe la ilusión. Mi tipo de payaso no dice ni mu. Si Matey, Crack y yo fuéramos los hermanos Marx, yo sería Harpo. Si fuera disfrazada de mimo, lo que hago podría parecer mímica. ¿El

resultado? Los niños no te escuchan, pero, mirándolo por el lado bueno, nunca en la vida había ligado tanto.

Hice otra oveja y, al hacer el mismo animal dos veces seguidas, incumplí una de las reglas de los payasos. Mientras anudaba la oveja y trazaba la raya en el suelo para contener a la multitud de manitas pegajosas, un hombre me dio su tarjeta. «¿Quién eres?», había escrito en el anverso. «¿Me das tu número?».

Era arquitecto, según la tarjeta. «Asesor del uso y la planificación del espacio».

Un fetichista de los payasos. Un coulrófilo. Metí la tarjeta en el bolso y le di un tirón rápido y profesional a un globo nuevo. Inflar globos me mareaba, pero era un mareo pasajero. Aprender a inflar un globo largo, tirante y estrecho es, en sí mismo, un truco: todo consiste en usar el diafragma, y no las mejillas. Tal vez sea eso lo que les guste a los fetichistas, el uso de los labios. Le lancé una sonrisa al arquitecto, sudoroso bajo su traje de verano. Tenía el rostro encendido. Sus manos acababan en una fila de dedos gomosos y rosados como globos mal inflados.

Otro hombre me lanzó una mirada lasciva con alzamiento de cejas, descubriendo una fila de dientes brillantes. Era alto y tenía la cabeza cubierta de cabello rubio casi blanco, como una semilla de diente de león.

Le devolví el guiño. Le lancé un rápido silbido de admiración con el pito que tenía escondido en el bolsillo. Comenzó a avanzar hacia mí con una pobre imitación de los andares de un payaso, dando grandes zancadas con las rodillas dobladas y pegado al suelo, como uno de esos antiguos carteles de Robert Crumb que decían «Sigue dándole». *Buen intento*. Le salpiqué un chorrito con la margarita. Un hilo plateado de agua recorrió con un arco la corta distancia que nos separaba y cayó sobre la entrepierna caqui del hombre diente de león. ¡Tachán! Retrocedió, amagó una carcajada y volvió a dar un paso adelante.

Los fetichistas no se dan por vencidos.

Le lancé un segundo chorrito de advertencia, saqué un globo nuevo con un aleteo de pestañas, me incliné hacia delante y después me eché hacia atrás y, con el globo hacia arriba, me puse a inflarlo como si estuviera tocando un saxofón lastimero. Me volví hacia los niños. El globo creció y se tensó hasta ser largo y arqueado como una polla excitada. Una polla que retorcería hasta convertir en una figura religiosa, tal vez un Sagrado Corazón o el rebaño del Señor, un ángel o una cruz.

El niño Jesús en el pesebre es un truco fácil y rápido de color rosa pálido. Pero los niños nunca lo pillan. Algunos lo hacen volar como un abejorro, otros se lo ponen en los nudillos a modo de mano hinchada,

mientras que lo que parece es más bien un cúmulo de gruesos pliegues vaginales rosados.

En ese momento volvió la niña de la corona de espinas, la princesa con su vestido de leopardo. Se abrió paso a empujones entre niños y coulrófilos, con la madre a la zaga. La niña chillaba y lloraba, y llevaba un montón de goma húmeda y rota en la mano libre.

Menudo estruendo de voz para venir de una niña tan pequeña.

—Cariño, no pasa nada. El payaso te hará otra —le dijo la madre, que me subió al carro como si no hubiera visto la cantidad de críos que estaban esperando.

Tenía que actuar deprisa. Cuando los niños empiezan a volver a ponerse en la cola, la globoflexia es una batalla perdida. El siguiente sería el crío de la oveja, con el globo estallado por el calor, hinchado por el sol, retorcido hasta la rendición hasta salir flotando a la gran fiesta de globos del cielo.

Nada es para siempre, ¿verdad?

Había llegado la hora de moverse, de perderse entre la multitud. Los críos me habían atrapado como a Nuestra Señora de los Perpetuos Estallidos. Hice una tercera oveja y dejé llorar a la del vestido de leopardo. Alcé un dedo y señalé a otro niño. *Espera tu turno*, en el lenguaje de signos payaso. Pretendía empezar a hacer cualquier otra cosa (a Jesucristo en la cruz, al rey mago, un miembro del ganado vacuno, o incluso un clásico pato aconfesional y ecuménico, un somorgujo o un ánade común), pero todo a lo que mis manos conseguían dar forma era otra oveja. Los niños gritaban: «No».

Hice un bailecillo con la oveja y después se la pasé a una niña de aspecto tímido. Ella se metió las manos bajo las axilas y dijo:

—Una flor. Quiero una flor.

¡Solo me salían ovejas! No podía pensar. Esto no me había pasado nunca. Era como un derrame, se me estaba apagando el cerebro. Los chillidos y los gritos y los llantos de los niños formaron una pared de ruido blanco que me seccionó el cerebro del cuerpo. Ovejas, ovejas y más ovejas. Azul claro, una oveja. Verde, otra. Incluso amarilla; una oveja sabia.

La del vestido de estampado de leopardo berreó y se agarró a la madre. Le dije adiós con la mano. *Márchate* en el lenguaje de signos payaso. El arquitecto fetichista rondaba cerca de allí. El otro, el dandi con cabeza de diente de león y sonrisa de dientes prominentes, había desaparecido.

Empecé a hacer una corona de espinas para sustituir la rota, pero se acabó transformando en otra oveja. Apilaba ovejas a mis pies, todas con las mismas torsiones, las mismas burbujas voluminosas. La fuerza cálida del sol recorría los millones, billones o trillones de kilómetros,

los que fueran, para posarse como una mano sobre mi piel y derretir el poliéster de mis pantalones de rayas de la tienda de segunda mano, del traje de payaso improvisado. El sol, los críos, los gritos… Me sentí aturdida, vacía, pequeña como un insecto a punto de ser aplastado por la suela de un zapato. El mundo se encontraba sobre el escenario y yo era la única asistente repantigada en los asientos baratos.

Esa no era la payasa que pretendía ser.

Mi plan en el mundo payaso era vencer a la física y desafiar la gravedad haciendo equilibrios aparentemente imposibles en el mundo newtoniano mediante el puro uso de la fuerza. Coreografié una adaptación muda de *La metamorfosis* de Kafka, con el vestuario y la iluminación de un equivalente en directo a una película en blanco y negro. ¡El espectáculo era soberbio, de una belleza física y melancólica!

¡*La metamorfosis*, el relato de un hombre convertido en insecto, era la historia de toda la humanidad! «Al despertar Gregor Samsa una mañana, tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto». Expresarse era el antídoto a convertirse en un bicho; ensayé sin parar hasta ser la encarnación del relato de Kafka.

Pero producir una obra es caro. Necesitaba dinero. Una empresa de software salió de la nada y me metió el dedo en la llaga. Me ofrecieron mucha pasta por unas cuantas horas de trabajo, por unos cuantos trucos. Una fiesta. A las corporaciones les dan igual los cuerpos que desafían la gravedad, los balancines humanos y la literatura traducida. No. Quieren pasos ridículos, globos y malabares. Ahí es donde está el dinero.

«Qué cansada es la profesión que he elegido», escribió Kafka, «un día sí y otro también de viaje…».

Me compré la primera bolsa de globos y la finísima edición en rústica de *Globoflexia por el Señor* para tener una forma segura de llenar horas de trabajo contratadas. Y, sin darme cuenta, me convertí en una payasa corporativa. Trabajaba para una empresa internacional de galletas, una cadena de hamburguesas y un banco hipotecario y de inversión. Conocí a Matey y Crack en el curro. Crack tenía agente. Agitó un dedo, me enseñó unos cuantos cheques y, a su lado, me convertí temporalmente en una payasa comercial en toda regla. El trabajo de la feria callejera nos lo había conseguido por la Asociación de Negocios del Barrio.

Retorcí otra cabeza de oveja, otro cuerpo mullido; los niños empezaron a chillar. Me pesaban los brazos. El mundo se me acercó, los sonidos se tornaron más fuertes y los colores se intensificaron con el típico resplandor de una migraña. Caí de rodillas, sobre mi rebaño de ovejas. Los globos, con un chirrido, salieron disparados bajo mi

peso y danzaron en el aire. Giraban y flotaban sin rumbo en torno a mí. Los niños se echaron a reír. ¡Pues claro que se reían! La gallina de goma asomó una pata por la bandolera cuando esta se me resbalaba del hombro.

Manos diminutas me rozaron la ropa. Sus voces parecían una sola, la carcajada de un regalo cutre amplificado, una caja de risas agudas. Apretaron la flor de broma, tiraron de los pompones que usaba por cabello. Uno de los niños agarró la gallina y se la puso en la cabeza. Extendí la mano para cogerla, pero apenas podía respirar en aquella nube claustrofóbica de alientos de mantequilla de cacahuete, mermelada de uva y leche un poco agria. Busqué al arquitecto, mi grupi, con la mirada. Un coulrófilo serviría.

Cuando capté la mirada de un desconocido, me llevé un vaso invisible a los labios. Agua. Necesitaba agua. El tipo siguió caminando. Otro me miró. Me señalé la boca con el pulgar, la mano en un puño y el meñique estirado. Algo de beber. Necesitaba beber algo.

Gracietas de payasos.

Nadie me sostenía la mirada. Al menos, ningún adulto lo hacía. Curioseaban el escaparate por encima de mi cabeza, la cerámica, las tazas y la ropa de bebé. ¿Dónde estaban los fetichistas cuando hacían falta? No existe forma más fácil de ser invisible que mezclando la vergüenza por el disfraz de payasa con una súplica de intervención al público. Finalmente, mientras me hacía un ovillo sobre mi lecho de ovejas escurridizas, un hombre me pasó su tarjeta. Esta me cayó en la mano. Había escrito «Llámame» y su número de teléfono.

Un diseñador de campos de golf. *Asesor del uso y la planificación del espacio de campos de golf*.

Lo agarré por la muñeca e incumplí la regla de los payasos: hablé.

—Algo de beber —susurré.

—Algo de beber. Suena bien, tú dime cuándo —me dijo con una sonrisa.

No le solté. Apreté con más fuerza el acordeón metálico de la correa de su reloj de pulsera.

—No, necesito algo de beber ahora mismo. Agua… —le dije—. Me encuentro mal.

Volvió a coger su tarjeta y se libró de mi agarre con un tirón. ¡Adiós, cita de ensueño! El fetiche se había roto, la fantasía se había esfumado: solo era una chica enferma con un disfraz de payaso improvisado.

—Oye —dijo en voz alta sin dirigirse a nadie en particular mientras se alejaba. El reloj plateado relució bajo el sol—. La payasa está enferma.

Este acosador de payasos, barra diseñador, no tenía nada de Florence Nightingale.

Matey y Crack se dieron la vuelta. El loro de peluche se bamboleó en el hombro de pirata-payasa de Matey y el mundo se transformó en una estela de colores claros. El llanto de la niña con el vestido de estampado de leopardo se fue atenuando. Oía un incesante zumbido. Cerré los ojos, tenía la mejilla apoyada en la gravilla dura y caliente de la acera. Venía a por mí: la vida corta y sin sentido de un insecto. Los cuerpos de las ovejas me prodigaban caricias suaves, atentas, como los últimos ritos de un sacerdote, como besos delicados. Nadar o ahogarse; no hay mucha diferencia. Estaba inundada por el aire del festival, cargado de grasa; por los cuerpos, por el calor, por el peso del mismo aire. Comencé a elevarme hacia el cielo de los globos. Era un ser transitorio, una oveja poco inflada, una carcasa vacía que no debía durar.

Se me vino a la mente W. C. Fields. Agitó un habano y con su acento lento y ebrio, dijo, arrastrando las palabras: «Oye, no te preocupes por tu corazón… durará mientras vivas». Le dio un trago a una petaca, se dio la vuelta y desapareció.

—¡Mi corazón! —dije en voz alta, repentinamente preocupada.

—Te vas a poner bien —dijo otra persona, una voz del mundo real.

¿Rex Galore? Mi compañero payaso, mi salvador. Una palabra de Rex y volvería a la vida. Rex me había encontrado en la calle. Había vuelto a la ciudad. Una mano me acarició la cara, seguida por un penetrante olor a canela.

—Relájate —dijo—, y respira hondo. Vas a salir de esta.

Quería creerle, ser la verdad de la historia que estaba contando.

Abrí los ojos para ver el azul de la manga de una camisa, una mano extendida. No era Rex. Era un madero. Un madero había despejado la zona y apartado a los niños.

Regla número uno de la casa donde vivía: «No hables con la pasma».

Pero el poli me tomó el pulso con los dedos. Yo estaba como grogui. El madero me dio agua. La forma en que sacó el vaso de papel de entre la multitud fue como un truco de magia: de repente, el vaso estaba en la mano del poli y después en la mía.

—La ambulancia viene de camino —dijo, y me envolvió la mano con la suya para sujetar el vaso. Un poli mágico. Tenía algo de vello, dorado como una joya, en los dedos. Sus ojos eran de un color azul claro. Con la otra mano, me sostuvo la cabeza. Me apoyé contra su palma, como si fuera una almohada—. ¿Cómo te llamas? —me preguntó.

El anonimato. Ya lo dice el Código Ético del Payaso: «Siempre que

pueda, procuraré mantener el anonimato mientras me encuentre disfrazado y maquillado, aunque pueda haber ocasiones en las que esto no resulte posible dentro de lo razonable». Eso era lo que había jurado: no hablar con la pasma y no hablar disfrazada.

Abrí la boca y dije:

—Nita.

—¿Necesitas…?

—Nita —volví a susurrarle con la energía que me quedaba. Era la mano del policía alrededor de la mía la que sostenía el vaso. Se nos calentó la piel de las manos, nuestro sudor se entremezcló. Se inclinó. Olía a *streusel* de canela, a tortitas de manzana. Delicioso.

—¿Qué necesitas?

Su mano y su ayuda me hicieron sentir al mismo tiempo alegría y tristeza, y no fui capaz de aferrarme a la combinación de ambas; sentí cómo algo dentro de mí se elevaba. Seguía en el suelo, pero en mi interior había un fuego que luchaba por trepar. La sensación se me quedó atascada en la garganta y allí se cerró, como un sollozo. Coagulada. No habría podido hablar aunque quisiera.

El poli entornó los ojos, se tambaleó y logró mantener el equilibrio poniéndose en cuclillas. Su aliento me rozó la piel. ¡Ah! Fue demasiado. Respiré hondo, inhalando su aliento a *streusel* de canela. Estaba tan cerca que podría haberlo besado. Durante un momento, no lo vi como a un policía, sino como a un hombre, preocupado, todo piel dulce y cabello dorado. Entornó los ojos mientras esperaba a que hablara. Con paciencia.

—¿Te conozco? —le pregunté.

Era bastante joven pero, aun así, cuando movió los ojos la piel en torno a ellos se convirtió en un radiante arco de arrugas. Negó con la cabeza.

—No —dijo—, no nos conocemos.

Volví a ver el azul del uniforme. Era un poli cumpliendo con su deber. Y yo, una ciudadana en apuros.

A quien yo necesitaba era a Rex Galore. A mi Príncipe Payaso. A aquel gigante fuerte, Rex, mi querido chamán y *showman*; una caricia suya lo arreglaría todo. Rex estaba lejos. Todo lo que tenía era un madero, un polizonte, ajeno a nuestro extraño modo de vida.

—¿Sangrando? —le pregunté, y se me rompió la voz mientras atravesaba aquel nudo de tristeza mezclada con esperanza que tenía en la garganta. Una palabra en un murmullo. Después dos—: ¿Estoy sangrando?

—No estás sangrando —dijo—. ¿Llevas el carné?

Tenía el carné del sindicato de payasos embutido en el sujetador de lunares. No me moví para cogerlo.

El madero me quitó el vaso de la mano (de nuestras manos) y lo puso en el suelo. El aire que llenó el espacio vacío que había dejado nuestra sudorosa calidez, de donde había despegado su mano de la mía, se tornó súbitamente fresco. Quería que volviese a agarrarme la mano, que me dijese que iba a ponerme bien, que me anclara al mundo. En lugar de eso, me metió la mano en el holgado bolsillo de los anchos pantalones pesqueros de poliéster, en la ropa de payasa, y me envolvió su aliento a canela. Sus dedos de madero me palparon el muslo por encima de la fina tela del forro del bolsillo. Sacó un pañuelo anudado a otro pañuelo anudado a otro pañuelo anudado a otro pañuelo, infinito.

Los niños eran una manada silenciosa, observante. Los adultos también miraban, porque ver a un poli en acción es la versión adulta de ver un espectáculo de payasos y capta la atención de todo el mundo. Me metió la ristra de pañuelos otra vez en el bolsillo. El sol era un halo dorado en torno a su cabeza, y pude ver su frente arrugada y nerviosa. Golpeó el pito que llevaba en el bolsillo y este aulló las dos notas, una ascendente y otra descendente. El silbido de admiración.

La multitud estalló en carcajadas. Me entraron náuseas. Me recosté contra el brazo del policía.

—¿Cómo se llama? —preguntó otra vez mirando alrededor—. ¿Sabe alguien cómo se llama? —Una pelota de malabares salió rodando de mi bandolera de accesorios hasta llegar a los pies de la muchedumbre. Un niño salió corriendo a por ella, persiguiéndola como lo haría un perro.

—¿Narizotas?

Una voz entre el gentío. Era Matey. Matey hablando en voz alta. Matey, mi compañera, que ni siquiera sabía mi nombre real.

2.

¡MI GALLINA, MI HIJA!; O, APALEAMIENTO *PAYASIL* EDULCORADO

Nunca aparezcas en el hospital disfrazada, maquillada con los llamativos motivos de la cara del payaso, porque, si lo haces, ni llevar ropa interior limpia ni el traslado en ambulancia lograrán que recuperes tu credibilidad. Me llevaron al hospital en una camilla con ruedas. Alguien dijo: «La veo un poco pálida, ¡ja, ja!». Creía que estaba inconsciente. Lo vislumbré por entre las pestañas y deseé que no fuera el médico que iba a atenderme.

No les cuentes que has perdido tu gallina de goma; no reveles que te importa la gallina de goma, aunque la gallina sea la mitad de tu número, tu única hija, la encarnación del amor.

Durante el traslado, les conté a los técnicos sanitarios lo de la gallina de goma.

—Alguien tiene que encontrarla —supliqué—. No puedo perderla.

Ni parpadearon.

En el hospital, los técnicos sanitarios me desabrocharon las correas del cinturón de la camilla. Me incorporé un poco, mareada y torpe, y después me subí a una camilla de urgencias y volví a cerrar los ojos. Tenía la boca seca, enturbiada por las palabras que no me salían.

—¿Otra paliza a un payaso? —preguntó una enfermera de triaje. Me levantó el brazo y me puso el brazalete del tensiómetro. En la ciudad había habido una serie de palizas a payasos. Delitos de odio. Pasteles de merengue rellenos de limaduras de hierro, extintores a máxima potencia. Gary Lewis y su grupúsculo de Playboys se habían equivocado: no a todo el mundo le encantan los payasos. Nunca se tomaban acciones legales contra estos delitos: los payasos no denunciaban. ¿Cómo dice el chiste?: «Agente, una broma es una broma, ¡pero solo cuando es consentida!».

El brazalete me apretó el bíceps con la fuerza de un puño, como un guardia de seguridad de un baratillo que agarrase a un ladrón. Vibraba con fuerza contra el pulso de mi brazo. Otro enfermero sacudió la cabeza.

—Lo de esta ha sido autodestrucción. —Con un agudo pinchazo, me introdujo una vía en el dorso de la mano para introducir un suero salino.

Algunas personas odian a los payasos, otras les tienen miedo, aunque, en realidad, el miedo y el odio son lo mismo. Como esos coulrofóbicos, con su miedo a quien camina con zancos. Miedo a quien tiene habilidades especiales, habilidades de payaso. Las únicas que poseo.

A nadie le importaba mi gallina, mi hija.

Con una profunda exhalación, el brazalete del tensiómetro se liberó y se me cayó del brazo. La primera enfermera me retiró el maquillaje. Me daba rápidos toquecitos con un algodón húmedo. Mi rostro se reflejaba en el cromo del instrumental. La desmaquilladora me dejó surcos blancos en la barbilla y círculos negroazulados que se colaban en las arrugas en torno a mis ojos. Todavía tenía los labios rojos como la grana, de un tono más tirando a puta colocada que a payaso.

—Descansa, tranquila. Respira. Espera a hidratarte un poco —dijo la enfermera de ingreso.

Tragué el aire acondicionado del hospital como si fuera agua, a pequeñas inhalaciones. El corazón me golpeaba el pecho como un pájaro contra una ventana.

—¿Llevas carné de identidad? —me preguntó.

Me incorporé, me hurgué el interior del sujetador caliente por el sol y saqué dos fotos combadas. La primera era de una pareja, de pie al fondo de un muelle, alejados y borrosos. Irreconocibles. Era una fotografía de mis padres, tan jóvenes que ni siquiera eran mis padres todavía, tan jóvenes que aún estaban en blanco y negro. Tan jóvenes que seguían vivos, que no se habían topado con su destino en una autopista llena de curvas de California. Era la única foto que tenía de ellos y la llevaba siempre pegada a la piel, cerca del corazón. La segunda foto era de Rex Galore, con el disfraz completo y a todo color, escupiendo fuego, y cuando volví a ver la foto sentí como si hubiera sido él quien me hubiera dado calor aquel día, no el sol, no, sino el aliento de Rex contra mi piel, su número de tragafuegos. Dejé caer las fotos en la camilla y volví a hurgarme en el sujetador hasta que encontré mi carné del sindicato de payasos embadurnado de sudor bajo la teta izquierda. Salió pegada a mi estampita coleccionable del santo patrón, san Julián. Había tinta sobre la piel a la que había estado pegada la tarjeta, transferida por el calor hasta formar un tatuaje invertido.

Dejé el carné de afiliada, húmedo y ajado, en la palma limpia de la enfermera. Lo puso sobre el mostrador.

—No salgo de casa sin él —le dije.

La enfermera no pronunció la palabra «loca», pero sí dijo «asistente social». Me dio palmaditas en la pierna.

—Vamos a traer a alguien con quien puedas hablar, ¿de acuerdo?

—¿Hablar? —La terapia conversacional era tratamiento para payasos. Apenas podía oír nada por encima del martilleo y las palpitaciones de mi propio corazón acelerado, del zumbido en la cabeza. Necesitaba un médico. Tomé aliento, jadeante. —¿La gente suele venir aquí, a todo trapo en el Sangremóvil, solo para que les den charla?

Si tuviera un hueso roto, una contusión o estuviera en *shock*, no llamarían a la trabajadora social. ¿Y si hubiera sido un hombre viejo, obeso, en los últimos días de una vida de excesos de ternera y jerez? Eso mostraría un historial de estadísticas autoinducidas de paro cardíaco: un suicidio lento. Pero, aun así, a ese hombre le darían algo más que el equivalente a un cura de los ateos.

Yo era payasa y recibía tratamiento para payasos: voces apaciguadoras, falta de preocupación. Es decir, la versión edulcorada de un apaleamiento *payasil*. Dije:

—Si fuera un payaso sagrado hopi de color amarillo, mi pueblo no me trataría de esta forma.

La desmaquilladora se acercó de nuevo con el algodoncillo húmedo.

—¿Tratarte cómo, cariño?

¿Cariño?

—¡A eso es a lo que me refiero! —La señalé con el dedo. No era capaz de explicarlo. Ella no lo comprendería ni cambiaría nada. Pero, si hubiera sido un payaso hopi, se podría haber dicho que había contemplado el interior de la tumba y después había salido, que había cruzado una fina cuerda floja y había logrado volver para una segunda ronda. Me habría ganado un sitio de honor.

En lugar de eso, el enfermero le dijo a la desmaquilladora:

—Se desmayó en la calle. Se cayó. —Hizo un gesto con el brazo imitando la caída de un árbol, desde el codo a la palma—. Tal vez se golpeara la cabeza.

La caída era un síntoma, no la causa.

—No me golpeé la cabeza.

El brazo izquierdo latía y bullía, la cabeza me daba vueltas; el corazón me golpeaba el esternón como una mano cerrada lanzando un puñetazo. Tomé aliento y dije:

—¿Y un médico? ¿Podría hablar con un médico?

—¿Tienes familia a la que podamos llamar? —dijo la enfermera de triaje.

Las fotos estaban combadas sobre la camilla. Tenía toda la familia que necesitaba: a Rex Galore. Más que una llamada, lo que podían hacer era traer a Rex de vuelta a casa, hacerlo volar desde San Francisco, sacarlo de su entrevista con la Escuela de Payasos. Así me curaría.

Cuando Rex estuviera en la ciudad, le contaría lo del niño que habíamos perdido. Lo miraría a la cara pintada, a los ojos marrones bordeados de azul. Le contaría lo de la gallina de goma, Plucky, nuestra mascota, nuestra única hija, ahora desaparecida. Y, después, dormiría.

Llevaba una semana sin dormir.

Necesitaba tumbarme junto a la solidez de los nudillos huesudos de Rex, de sus rodillas protuberantes junto a las mías, de su culo escurrido y sus anchos hombros de acróbata. Todo su cuerpo estirado a mi lado en la cama. Su brazo sería una incómoda almohada de roca bajo mi cabeza. Sentía opresión en el pecho y me hormigueaban las manos. Con manos torpes, garrapateé el nombre y el número de teléfono de Rex, el de la residencia de payasos. Había visto la residencia, situada en un campo verde con vistas al azul de la bahía de San Francisco, una vez.

—¿Larga distancia? —dijo la enfermera, como si esperase que tuviera toda una familia cerca, quizá apelotonada dentro de un minúsculo coche Studebaker sin hacer nada en el aparcamiento del hospital.

—Él es toda la familia que tengo —respondí.

¿La segunda foto, la de mis padres? Aquello ya era agua pasada, historia.

Un médico me auscultó el pecho. Solo entonces me pusieron un electrocardiógrafo. El aparato escupió un código de luces danzantes. En el electrocardiograma, observé mi corazón como si fuera una boca muda abierta de par en par: gritaba una palabra silenciosa una y otra vez. El médico de la sala de urgencias leyó el código de mi corazón y lo tradujo: *Ni-tro, Ni-tro, Ni-tro*.

Esa era la palabra, la exigencia de mi corazón, la comanda del servicio de habitaciones de la bomba de sangre.

—Arritmia sinusal —dijo el médico. No tenía suficiente presión sanguínea en las cavidades. —Te daremos cita con un cardiólogo —dijo—. Para que te dé una segunda opinión.

Me dieron nitroglicerina. Me dieron potasio. Pastillas chiquititas para hacer un trabajo bien grande. Me habría gustado que la nitroglicerina hubiera sido lo primero: esa minúscula pastilla bajo la lengua fue mejor que respirar, mejor que la comida. En cuestión de segundos, me devolvió la circulación a los brazos, me encajó la cabeza

sobre la columna, me fijó la columna en la espalda y me relajó el pecho.

Alguien dijo que había sido un ataque al corazón. Un paro cardíaco.

Me quedé tumbada cubierta por la fina sábana del hospital, temblando bajo el agua de refrigeración del goteo intravenoso. En la uci, en lugar de ataque al corazón, dijeron: «Espere al cardiólogo. Espere su diagnóstico». Entonces mi afección se convirtió en un problema de corazón, en un episodio, en una mala crisis. En ansiedad.

El personal médico dijo que había sido un aleteo, palpitaciones, un soplo. Aquel pájaro contra la ventana. Con cada minuto que pasaba, la necesidad de potasio y nitroglicerina se alejaba hacia los rincones difuminados de la memoria colectiva, hacia el receso, un descanso para fumar perpetuo en la cafetería del ala de Falsas Alarmas.

Sucedió, pero nadie se lo creía.

No les cuentes a los médicos tus sueños, jamás. No les hables de tu ciclo menstrual. No les digas que sentiste algo «en la cabeza», o que «te habrías dado cuenta». Si te hacen preguntas sobre drogas, y te las harán, responde que no, pase lo que pase. Si dices: «Siempre estoy nerviosa», te dan Valium. Si no, te dan lo que llaman «estabilizadores del estado anímico», dosis diarias de vete tú a saber qué, la apuesta aleatoria de tinturas químicas de un tahúr.

Yo era una payasa callejera y tenía que permanecer alerta. No podía tomarme sus fármacos.

No les cuentes nada a los médicos.

Una mujer vino a mi habitación y preguntó:

—¿Eres payasa certificada sin látex? Estoy a cargo de las actividades en el ala infantil y siempre buscan a alguien. Hay tantos niños con alergias hoy en día…

Me llevé la mano al bolso y saqué un puñado de globos. Ella retrocedió de un salto, como si hubiera liberado un arma biológica, y se marchó con la misma rapidez.

La enfermera de ingreso fue a verme a la uci. Dejó mi papelito rasgado en la mesilla de noche.

—El señor Galore no está disponible. Lo hemos llamado varias veces.

Y lo peor de todo, que es lo que hice: ni se te ocurra llorar, aunque no te ayuden, aunque solo quieran una muestra de orina para cobrarte un análisis toxicológico que no necesitas, incluso cuando el tercer o cuarto médico te pregunte educadamente, otra vez, sobre la cocaína que ya les has dicho a todos que no consumes.

Payasos y coca, payasos yonquis y borrachos: eso es lo único que ven los médicos. Pero yo era una artista; lo de la payasa yonqui y

borracha no entraba en mi bolsa de trucos.

A la mañana siguiente, retiraron la cortina en torno a mi camilla con un fuerte chirrido de anillas metálicas rozando una barra de metal.

—El desayuno —anunció un hombre. Colocó una bandeja en una mesita que yo tenía sobre la cintura y levantó la camilla automática hasta que quedé sentada—. Despierta. Vamos a encender las luces.

—Me gusta la penumbra —dije. La habitación era una cueva silenciosa, un escondite, tiempo inmaterial.

Como si no me hubiera oído, encendió una luz con un chasquido y después dijo:

—O esta de aquí, a lo mejor —y apretó el interruptor de otro fluorescente brillante.

—Mejor apagadas —dije.

—O tal vez una lamparilla —y encendió una tercera luz, fuera de mi alcance. En un momento, la habitación quedó iluminada por un intenso fulgor y quedó claro quién dirigía el espectáculo.

Una nota del dietista en el lateral de la bandeja del desayuno rezaba: «Bajo en grasa, bajo en sodio, sin cafeína». Leí su código entre líneas: *Bajo en paciencia, bajo en humor, sin tolerancia. Payasa*.

El hombre abrió la persiana de un ruidoso tirón. Daba a un callejón. Me dejó bajo el resplandor de todas las luces, mi propio sol eléctrico.

Clavé el *cuchador* en una tortita esponjosa, la levanté y la pesada masa se desprendió de los dientes cortos y gruesos. Volví a intentarlo. A medio camino de la boca, la tortita cayó como un beso pegajoso sobre la parte delantera de la bata. Agarré el trozo goteante de sirope con los dedos y lamí el *cuchador* vacío; la grasa resbaladiza de la margarina en la parte de atrás del tenedor de plástico redondeado era un no-alimento que hacía años que no degustaba.

A mitad del lametón, un cardiólogo entró en la habitación. Me tendió una mano mientras soplaba el café del vaso de poliestireno que sostenía con la otra. Yo le tendí la mía, con los dedos pegajosos, mientras el desayuno se balanceaba en mi regazo como una balsa en el mar.

—Esto, bueno —dijo el cardiólogo retirando la mano—. Encantado de conocerla. —Buscó dónde dejar el café en la mesilla y después cogió mi fina servilleta de papel y se limpió los dedos. La servilleta se le quedó pegada en tiras colgantes, como los pelos de las orejas de un viejo. Se sentó en el borde de la cama y se puso a cavilar delante de mi expediente clínico como si fuera el *Sunday Times*.

—No se lo tome como algo personal —acabó por decir—. El gran retraso de ayer, las dificultades del diagnóstico. Utilizamos

estadísticas, juzgamos por probabilidad. Las mujeres delgadas, tan jóvenes como usted, no suelen tener problemas cardiacos. —Sacó un bolígrafo del bolsillo frontal. Anotó algo.

Las mujeres delgadas. Las payasas. Las chicas flacuchas como yo.

Nada de infartos, no. Las mujeres flacuchas tienen otros problemas. Se doblan en dos, con la pelvis hecha un nudo, y expulsan bebés muertos en lugares públicos: ensangrentados, minúsculos y azules. Las mujeres tienen ataques de ansiedad, no ataques al corazón; se preocupan demasiado, estallan en llanto, se desmayan. ¡Tachán!

Loca.

—Parece que no se le cerraba bien la válvula mitral —dijo, e hizo un gesto con la mano imitando a un pato graznando. El pulgar le golpeó los dedos con un chasquido. Aún sostenía el bolígrafo, que asomaba por entre el pico del pato como un puro gigante—. Eso hizo que su válvula aórtica hiciese un sobresfuerzo. Tal vez haya sido por falta de potasio. ¿Come con regularidad? —El pato cerró la boca y bajó revoloteando hacia mi plato de tortitas.

Me encogí de hombros.

—¿Qué comió usted ayer? —preguntó.

—Trabajé a la hora de la comida. Un espectáculo —respondí—. Comí un bocadillo de jamón de látex. Hace ruiditos de cerdo, chilla al presionarlo.

No se rio, sino que se limitó a asentir, anotó algo y después se atusó la barba invisible del mentón. Proseguí:

—Es un artículo de broma, ¿sabe? Para el chiste: ¿en qué se parece un bocadillo de jamón a un soplón?

—¿Y qué más?, ¿qué más? —Movió la mano en círculos, como un poli de tráfico pidiéndome que siguiera mi camino.

—Caramelos explosivos, chicle que echa humo. Una jarra de leche falsa que se rellena sola. Es un chiste visual que siempre triunfa. Estoy intentando reducir el consumo de leche falsa, pero es difícil. Al público le encanta, doctor. No puedo dejarla.

Volvió a anotar algo. Sin dirigirme la mirada, me dijo:

—¿Y qué hay de la comida de verdad?

La comida de verdad me daba ganas de vomitar. Hacía semanas que comer no me despertaba el más mínimo interés. Mi pelvis era una sala vacía; la comida, un invitado inoportuno. En lugar de responderle, le pregunté:

—¿Cree que todo esto lo ha provocado la cafeína? —En la tarjeta del dietista que se encontraba en el lateral de mi bandeja de desayuno, ponía «Solo descafeinado» por todas partes.

El cardiólogo levantó la vista de las notas que estaba escribiendo. —La verdad es que sería un experimento interesante. Podríamos

atiborrarla a cafeína y ver qué pasa. Pero, por ahora, trate de comer un poco más. Empiece por el desayuno. —Le dio unos golpecitos a mi bandeja—: Está bueno.

El médico tenía el tipo de carácter que lograría que un cuerpo viviese mucho tiempo: inquisitivo, alegre y sin escrúpulos. Era dinero y ciencia, piel vieja, cabello ralo y anillos con muescas por debajo de los nudillos, como metal en torno a madera. Se aclaró la garganta y dijo:

—Su historia clínica dice que acudió usted a urgencias hace no mucho.

No le contesté.

—¿Qué es esto de que perdió un niño? —preguntó. Se alisó una ceja encrespada con el dorso del pulgar.

¡Perder un niño! Dicho así, parecía que se me había extraviado un crío en medio de un espectáculo o algo así, en lugar de haber padecido el desangramiento y los retortijones de perder lo que llevaba en mis entrañas.

—Hablemos otra vez de los caramelos explosivos. Tengo un número fantástico. Lo llamo el *Baile de la Girl Scout*.

—Dilatación y legrado realizados —leyó—. Han pasado… —hizo la cuenta de los días— casi dos semanas. ¿Sigue sangrando?

—¿Qué cree, que eran gemelos? ¿Que murieron con una semana de diferencia?

—Le aseguro que no funciona así. —Después, volvió a preguntarme—: Dígame, ¿sigue sangrando?

—No, dígame usted: ¿cuándo dejan mis fluidos de ser asunto suyo? —Ya apenas sangraba. Nada digno de mención. No había un niño muerto albergado entre mis caderas. Ya no.

—Querida, nos dedicamos a los fluidos corporales. ¿Tiene fiebre, retortijones?

—Hace poco vine a por ayuda y aquello ya pasó. Ahora vuelvo a estar aquí, claro, pero es un nuevo espectáculo. Acto primero. —No quería ni pensar en el último acto en urgencias: embarazada, luego no, fin de la obra. Telón. No habría un pequeño señor Galore, un Rex en miniatura. No le daría una nieta a mi madre fallecida, ni un nieto a mi padre desaparecido; nuestro árbol genealógico era un bonsái bien podado.

Pronto le contaría a Rex lo del viajecito a urgencias, pero lo haría cuando volviese a casa. Y, hasta que se lo dijese a Rex, ¿por qué decírselo a nadie más? Estaba embarazada de dos meses cuando comenzó la hemorragia. Rex llevaba una semana fuera de la ciudad.

El cardiólogo asintió y escribió en la historia clínica.

—¿Tiene dolor ahora? ¿Hinchazón?

Negué con la cabeza, lentamente, de lado a lado.

—Se puede perder mucha sangre en un aborto. Puede haber anemia, complicaciones. Tal vez alguien debería venir a hacerle un examen pélvico.

—Pero esta vez ha sido el corazón, ¿no? Diferente dolencia, diferente solución. —Ya no sentía garras clavándoseme en el nervio ciático o aquel desgarro en las entrañas. No estaba examinando coágulos de sangre marrones y gelatinosos como higaditos de pollo, buscando el tono azulado de la placenta—. No puede llegarme al corazón por el *toto*, y no es el primer hombre al que se lo advierto.

—¿El *toto*?

—Nada de examen pélvico —dije. Busqué con la mirada un globo para hacer figuras, una forma de calmarme los nervios—. ¿Me puede dar uno de esos guantes de goma? —Con los cinco dedos, haría una *Virgen de las rocas* en miniatura.

El cardiólogo asintió con un gesto vacuo, y no me pasó el guante.

—Bien, de acuerdo. Hay una prueba más que me gustaría hacerle. —Me levantó la mano pegajosa, me miró las uñas. Cada una estaba pintada de un color distinto, como una caja de ceras.

—Es por el trabajo.

Me volvió a colocar la mano sobre el cubrecama con mucho cuidado, como si fuera a romperse.

—Nos gustaría hacerle una prueba de función suprarrenal. —Me dio unas palmaditas en el dorso de la mano. Su propia mano estaba surcada por una ristra de venas, como ríos dibujados en un mapa.

Entró una enfermera con una bolsa de papel.

—Disculpe. Sus amigos le han traído esto.

—¿Mis amigos? —repetí, esperanzada, y agarré la bolsa. Rex era mi amigo. Era el primero en la lista; a veces, mi único amigo.

Dentro había una pelota de malabares y un sobre con billetes de veinte. La gallina de goma no estaba. Con boli azul, en la parte exterior del sobre, habían escrito: «Te han descontado pasta por irte antes de tiempo. Lo demás está dentro. Crack».

Matey y Crack. Ellas eran compañeras, no amigas. Puse la bolsa junto a la cama.

El médico escribió una nota en el recetario.

—La prueba de función suprarrenal es simple, y precisa, pero necesitamos que recoja veinticuatro horas de orina. —Me tendió la receta—. Lleve esto al laboratorio, allí le explicarán el proceso. Su corazón parece estar bien. El electro de hoy tiene buena pinta.

Aun así, podía señalar ese lugar de mi cabeza, en la parte frontal del cráneo, saturado por el zumbido de las abejas, una vibración incesante que desplazaba cualquier pensamiento que hubiera podido

tener. En un espectáculo, me llevaría una mano a la oreja y, de la otra, saldrían abejas volando.

Le pregunté al cardiólogo por qué se llamaba a los electrocardiogramas ekg en lugar de ecg.

—Los nazis. Los nazis inventaron el aparato —respondió.

Después de que se marcharan, encontré una servilleta en la bandeja del desayuno y lo apunté: «ekg = nazis».

3.

EL JUEGO DEL ESCONDITE; O, AMOR EN LAS RUINAS

Fui andando a casa desde el hospital vestida con las rayas dispares de los sudorosos acontecimientos del día anterior. Tenía prendida la margarita de broma en la solapa. El pito me repicaba en el bolsillo. Llevaba la bandolera de vinilo rosa al hombro, y el hospital había añadido algunos artículos nuevos: una botella de plástico vacía y una cuña de orina. La botella era de plástico naranja, como si estuviese lista para contener un litro de zumo de naranja genérico. La cuña era blanca y tenía la forma de una herradura de la suerte gigante, para que encajara sobre el asiento del inodoro. El centro de la herradura era lo que formaba la cuña, y tenía marcas de medidas: onzas y centímetros cúbicos, ¡y un montón además! Uno de los laterales acababa en punta, como el pico de una jarra, para verter el contenido con facilidad: orina recién exprimida de la vejiga a la cuña y a la botella. ¡*Voilà*! Me la metí bajo el brazo.

La botella y la cuña eran pareja, un dúo, un equipo de trabajo como Matey, Crack y yo. Juntas formaban mi nuevo kit de recolección de orina, a la espera del tercer jugador: el pis.

El mundo resplandecía, brillante y reluciente, bajo la luz del sol. Era una fiesta para celebrar la vuelta a casa tras los estertores de muerte del hospital. Pero oía un murmullo dentro de mi cabeza y tenía la piel frágil; necesitaba que el mundo fuera amable. Más que resplandeciente, me hacía falta que fuera lento y blando. Necesitaba un colchón de plumas, una cortina de terciopelo, una red de seguridad. Un lujo. Pero, sobre todo, necesitaba la ℞ de Rex, que me prescribieran una dosis de su magnífico espectáculo de amor.

Seguía notando el zumbido dentro del cráneo, aquel enjambre de abejas, el rumor de los insectos que se interponían entre los pensamientos claros y yo. Pero no me sentía débil. Balanceé la botella vacía de la orina y era ligera como un globo. El primer pis de la mañana, según el plan del hombre del laboratorio, podía irse por el váter al mar con total libertad. Todo lo que meara el resto del día tenía que ir a la botella, y parar en la primera hora de la segunda

mañana. La botella tenía que estar en frío, en hielo o en la nevera, desde la primera recolección hasta que volviera al laboratorio. ¡Parecía tan sencillo! Engañosamente sencillo. Me eché la cuña al hombro y lancé la botella al aire. Esta tapó el sol mientras giraba, hasta que la atrapé entre la palma de las manos.

El barrio que solo un día antes albergaba la feria callejera de King's Row ahora estaba casi vacío, las aceras aún estaban coloreadas por globos rotos y confeti pisoteado. Una mujer con una nube azul pálido por cabello llevaba en brazos a un miniterrier, con lacitos en el pelo. Su maquillaje en tonos turquesa y rosa contaban el resto de la historia: resultaba evidente que yo no era la única payasa de la manzana.

Me paré en un puesto de zumos. Eran caros. Cuando llegó mi turno, dije:

—Ponme un zumo verde. El más grande que tengas. Por eso de que es saludable.

—La taza del váter… ¿forma parte de tu número? —dijo el tipo de los zumos. Tenía una frambuesa atrapada en la perilla y los labios de un naranja resplandeciente por una sobredosis de zumo de zanahoria.

¿Quién era el payaso principal ahora?

—No es una taza de váter. —Me recoloqué la cuña en el hombro.

—Pues lo parece —dijo—. ¿Cuál es tu truco?

Cogí una pajita y me di golpecitos con ella en el sombrero.

—La orina. Mi truco es orinar. Ahora mismo, estoy un poco falta de inspiración.

Me dio un zumo verde recién exprimido que costaba tres dólares con cincuenta. Seguí mi camino.

Las macetas colgantes, las banderolas y las paradas de autobús decoradas del distrito de King's Row desembocaron en una estrecha franja de vecindario donde las calles eran un río de carteles naranjas y negros. se vende, se alquila, se construye a medida. Todos los coches, las casas, los edificios y las bicicletas. Una carretilla: se vende. Un montón de neumáticos. Incluso dalias, cortadas del jardín: se vende.

Villa Se Vende marcaba el esperanzador margen entre la gentrificación magnificada y la decadencia económica de mi territorio: Declivetown. Ese era el nombre que le daban a esta zona, donde la basura era todo el bistec que alguien podía permitirse.[1]

Entre Villa Se Vende y Declivetown había dos manzanas, y en ellas, dos extensos almacenes derruidos. Uno de los edificios estaba destrozado. Una fachada solitaria, el antiguo MasXMenos Surtido, que ya no estaba unida a ninguna tienda; solo quedaban vigas, barras de acero y pilas de ladrillos. La pared frontal del otro edificio estaba derrumbada y su interior albergaba solo polvo y oscuridad. Las dos ruinas tenían sus carteles de se vende. prohibido el paso, y ponían una

multa astronómica por entrar de forma ilegal. Los grafitis de las paredes de ladrillo y yeso demostraban que muchos habían pasado de eso, muchos se habían arriesgado a la multa.

Yo también lo había hecho alguna que otra vez.

El solar vacío era su propio *backstage*, el aire libre una espesura oculta entre paredes abiertas. Acudía a aquellos edificios como quien acude a un viejo amigo.

Las Ruinas. Eran las ruinas de nuestro cortejo, de nuestra plenitud, la mía y la de Rex Galore. Una noche, durante la lluvia de meteoritos de las Perseidas, Rex y yo nos tumbamos sobre una sábana encima de un bloque de cemento y contemplamos la caída de las estrellas. Los meteoritos brillaban en el cielo como lentejuelas de un vestido barato en la pista de baile.

—Cometamos una oleada de delitos. Rompamos las normas, agitemos un poco la cosa. —Su aliento despedía un suave aroma a vino.

—Tú eres mi delito —le susurré—. Contigo me basta. Eres mi vicio, mi mejor número. —Le acaricié los sudorosos músculos del hombro.

Ahora, en soledad, caminaba por Las Ruinas dándole sorbitos al zumo verde como quien camina por el Partenón, por la Acrópolis, por Stonehenge o las pirámides egipcias. Era otro país, un lugar antiguo. Había unos ladrillos refractarios descascarillados dispuestos en una pila, rojos y gruesos y suavemente redondeados. Una escombrera. Una cocina. Una vieja llave de grifo estaba tirada en la tierra, una pieza de metal fundido en paro. Yo era una arqueóloga entre el polvo levantado.

Un tramo de escaleras de cemento desembocaba en la estrecha plataforma de un viejo muelle de carga. Gran parte de la pared estaba llena de grafitis. Las palabras eran estilizadas e ilegibles, un alfabeto desconocido y picudo. Me senté en el muelle de carga con las piernas colgando y me bebí el zumo verde bajo el sol. Una luz se abrió camino a través de una grieta y se convirtió en una voluta de gloria mañanera. Estaba en el cielo. Cuando Rex regresara a casa, volveríamos a hacer pícnic en Las Ruinas.

En la pared contigua, junto al hueco del marco de una ventana, la pintura desvaída de un viejo anuncio de un salón de juegos era una imagen fantasmal, tan sutil como ver la imagen de la Virgen María en una tortilla de maíz; era el rastro de un cartel que ya no tenía nada que vender. En el abandono, incluso el grafiti se desgasta hasta adquirir ese brillo suave, como de avejentados miembros de una banda.

Por el suelo había esparcidos botes de pintura en espray, los restos de una feria callejera prohibida, una juerga dionisia de aerosoles. Cogí

uno, lo agité y oí el ruido de la bola golpeando el interior arriba y abajo. Apreté la boquilla. Un escupitajo de pintura rojo sangre desapareció en el aire.

—Hola —dijo una voz a mi espalda. Me di la vuelta. Vi el uniforme azul y unos pasos pesados sobre el suelo irregular. Un policía avanzaba lentamente hacia mí, lastrado por el cinturón policial y los zapatos antibalas.

Tiré el bote al suelo. Tenía una marca roja de pintura en el dedo.

Me habían pillado con las manos en la masa y con el dedo rojo entre una orgía de botes de pintura, las pruebas contra mí estaban documentadas en una espiral de grafiti. ¿Quién creería a una payasa? Era el momento de desaparecer. Me colgué la bandolera del hombro, agarré la botella naranja y el zumo verde y salté del muelle de carga al desgastado suelo. Por la pajita de la tapadera del vaso de plástico cayeron salpicaduras de zumo verde; diez centavos de bebida golpearon el suelo.

Eché a correr.

La mano que agarraba el asa de la botella estaba cerrada en un puño, y el puño viajaba adelante y atrás, los codos pegados al cuerpo. Los zapatos extragrandes se tropezaban con los escombros; era como correr a cámara lenta por arena blanda. Se derramaron otros veinte centavos de zumo verde por el suelo. Acto seguido cayeron otros treinta centavos, y otros más con cada balanceo del brazo. El zumbido de las abejas resonaba en mi cabeza, el corazón me latía con fuerza, pero estaba cubierta de un sudor frío. El hospital… no quería acabar allí otra vez. Multas por entrada ilegal, multas por vandalismo… ¡más facturas que no podía pagar! Corrí más rápido, dejando una estela de zumo verde por valor de un dólar.

—Espera —dijo el madero.

Ni de coña.

Respiraba con dificultad y le tintineaba el cinturón.

—Quiero hablar contigo —dijo.

Claro. Eso ya lo había oído antes. Doblé la esquina tras un pilar y después me metí por una zanja que discurría a lo largo del edificio, una especie de alcantarilla con ventanas bordeada de aluminio corrugado. Me agaché por debajo del nivel del suelo. Esto era lo más parecido que había encontrado a estar entre bastidores. Doblada en dos, tomé aire. Cuando me asomé, el madero estaba de pie, quieto, y vuelto hacia el otro lado. Esperé la oportunidad, salí por el extremo más alejado de la zanja y doblé la siguiente esquina.

Escuché el aliento del madero. Su cinturón. Pasos. Nada. Me di una carrera lenta hacia la fachada del edificio, abracé la pared y asomé la cara por la esquina. Ni rastro del poli. Por encima del hombro, la calle

estaba vacía. Me apoyé contra la pared para recuperar el aliento. Notaba el bullir de mis manos, lejanas; una sujetaba el vaso de zumo verde y la otra, la botella de orina. Fui avanzando con la espalda contra la pared, sintiendo los ladrillos ásperos contra la ropa, y volví a mirar por el hueco de una ventana. Allí estaba. El madero, en Las Ruinas, le dio una patada a un bote de pintura. Examinó las pruebas.

Escondida tras la pared, le observé a través de la ventana sin cristal. Se llevó una mano a la cabeza y se atusó el pelo. La luz del sol le sacó unos reflejos dorados. El corazón me latía tan fuerte que creí que me había quedado casi sorda.

—¿Narizotas? —dijo en voz alta. Recorrió el solar vacío despacio. Su voz se la llevó el viento, se perdió ahogada por el latido de mi corazón.

Dio un paso adelante y después dos. Volvió a llamarme.

¿Narizotas? ¿De verdad me había llamado por mi nombre de payasa? Se inclinó y cogió algo del suelo.

Entonces lo reconocí. Era el mismo madero de ojos azules del día anterior, el que me había sostenido la mano y había llamado a la ambulancia. Lo reconocí por los hombros y por la mirada grave. Un poli, pisándome los talones. Acercándose. Era mono, incluso guapo. Pero, aun así, era un madero, un hombre, no era Rex. Estaba vedado. Permanecí escondida. Temblaba como una niña jugando al escondite, nerviosa. El poli se marcó un vals solitario, dijo en voz alta mi nombre, como si fuera su pareja de baile reacia, y después se quedó quieto entre los escombros, sosteniendo mi cuña de orina; un trozo de plástico con forma de tapa de inodoro a modo de ramo improvisado para una cita que no iba a aparecer.

4.

CHANCE PAGA LA DEUDA KÁRMICA; O, ¡DEJA EN PAZ A CHANCE!

Observé al madero a través del marco destartalado de la ventana sin cristal. Fuera culpable o inocente, no podía hablar con un madero. Incluso a sabiendas de que, de cerca, olía a canela, de que su pelo bajo el sol era un halo con relucientes mechones claros y dorados, como el aura de un rey mago. Rex Galore no hablaría con maderos.

Herman, mi exnovio y ahora mi casero, diría «Norma de la casa: nada de pasma». Hacía mucho que Herman había perdido el carné de conducir por circular demasiadas veces bajo la influencia del alcohol, y también lo habían arrestado una vez por posesión de drogas. El objetivo de Herman era no llamar la atención. En su casa, tenía que seguir sus reglas.

El madero hizo girar la cuña sobre dos dedos. Silbó los primeros compases de *Happy trails*. Otro giro y la cuña salió despedida de las yemas de los dedos. Le pasó zumbando por la cara y por encima del hombro. «Ups», dijo. La cuña aterrizó en el suelo como un *frisbee*. Menos mal que no era su pistola. Desde luego, podía seguir tarareando *Happy trails*. Se le formaban tormentas de polvo en torno a los talones a cada paso que daba para recoger la cuña y seguir su camino. Los pantalones le quedaban largos. Le arrastraba el dobladillo por los talones. Probablemente estaba soltero.

Necesitaba aquella cuña.

Lo seguí sigilosamente durante una manzana, pegada a la pared. Relajado, balanceaba la cuña como si fuera un maletín. Deseé que la tirara en un contenedor o que la dejara en una papelera de reciclaje, pero no paró hasta llegar al coche patrulla.

Abrió la puerta y puso la cuña en la parte de atrás. Acalorado, se dejó caer pesadamente en el asiento delantero. Cuando arrancó y se alejó, me di por vencida, ¿qué más podía hacer? Así que eché a andar hacia Declivetown, a mi habitación en casa de Herman. La cuña no había durado ni medio día en mis manos.

Frente a la casa de Herman, la vieja ambulancia de Rex Galore

esperaba como un perro fiel a que este volviera. La ambulancia lo estaba esperando al igual que yo lo hacía; algunos dirían que estaba aparcada y casi abandonada, aunque yo intentaba verlo de otra manera: la ambulancia y yo lo esperábamos con paciencia.

Era una antigua ambulancia Travelall de estilo *retro*, que consiguió barata en la subasta del condado. Tenía el mismo diseño que un coche fúnebre, bajo y largo, solo que era bicolor, roja y blanca, en lugar de negra. Un coche fúnebre de otro color. Las ventanas laterales tenían cristales esmerilados, granulados y a rayas blancas. En las ventanas más cercanas a los asientos delanteros había una cruz. Unos parasoles de plástico gris, cuyo propósito era proteger al paciente, estaban bajados para ocultar pilas de disfraces, utilería y artículos de broma. Aquella ambulancia era nuestro pequeño *chapiteau*. De Rex y mío. Nuestro circo móvil plegable y expansible. Le di una palmadita a uno de los retrovisores oscilantes de plomo y comencé a subir por el jardín lateral.

Sobre la puerta de entrada de Herman había un cartel de madera que rezaba: porral de decliveville. Mi habitación era el lavadero, situado en la parte trasera de la cocina. Abrí la puerta de atrás y oí un chirrido. Lo primero que vi fue el cuerpo musculoso y casi desnudo de la nueva novia de Herman: Natalia, Nadia o Italia, como se llamara. Estaba doblada de la risa, con las rodillas juntas, a punto de mearse la minifalda.

Nadia-Italia, visiblemente pedo, soltó una carcajada y golpeó el suelo con un pie calzado con botas. Tenía los muslos gruesos y una risa escandalosa. Bajo el delgado tirante de su *top halter* de punto, su espalda desnuda era la catarata azul de un tatuaje, el remolino azul eléctrico de una geisha bajo una cascada. Por debajo del tatuaje, de la piel, los músculos se le tensaban por encima de las costillas como glaciares en movimiento. El peso de su pie hizo temblar el suelo, la casa, me hizo temblar a mí.

Mi perrita negra, Chance, corría en círculos en torno a Nadia a toda velocidad. Era una escena arrancada de un cartel de circo: ¡la mujer forzuda y el cachorro danzarín! Chance se metió como una exhalación bajo la mesa de la cocina y volvió a salir con las patas traseras fuertemente encogidas para lograr mayor velocidad. ¡Córcholis! Atravesó una pila de periódicos, tiró el bebedero y siguió corriendo.

—¿Qué pasa? —dije mientras dejaba la botella de plástico y lo que quedaba de mi zumo verde sobre la encimera—. ¿Qué le pasa a Chance?

Nadia-Italia se incorporó, con los ojos llenos de lágrimas de tanto reírse. Volvió a soltar una carcajada y luego sacudió la cabeza como un caballo.

—Mira quién ha llegado. Miss Payasilla, la golfa favorita de todo el mundo. —Tenía el cabello recogido en tres copetes de trenzas decoloradas, cada una atada con hilo amarillo—. Nuestra Shirley Temple particular para la próxima Gran Depresión.

Le dio una patada a una pelota de malabares y la lanzó contra la pared. La pelota rebotó y Chance fue corriendo a por ella, se cayó, resbaló y rebotó contra la pared como si ella también fuera una pelota.

Herman entró tan campante del salón.

—La perra está bien, solo está colocada. Mi alijo es lo que está perjudicado. Voy a tener que cobrarte las pérdidas.

—¿Le habéis dado hierba a mi perra? ¡Le vais a provocar daños cerebrales!

—No le hemos provocado daños cerebrales a tu perra —dijo Italia. Puso los ojos en blanco y recuperó el aliento mientras se tiraba de una trenza—. No te pongas catastrófica, tronca.

Herman le dio golpecitos a un cigarro para echar la ceniza en una taza de café sucia que había sobre la encimera. Su piel tenía el brillo ambarino del *whisky* y los ojos eran marrón tabaco. Todo en él exudaba calma. Normalmente me gustaba su calma. Técnicamente hablando, su calma era el motivo por el que seguíamos viviendo juntos.

Me lancé a agarrar a Chance, pero pasó a mi lado correteando.

—Sienta —le ordené. Después le dije—: *Sipienpentapa*. —Entendía un poco el idioma de la «pe», pero al parecer no ese poco. Con una segunda embestida, la conseguí atrapar. Agazapada, agarré a Chance por la piel suelta del cogote y se quedó tan lacia como un bicho atropellado. Empezó a lloriquear como una loca, con la boca abierta en una amplia sonrisa perruna, una criatura de El Bosco—. Está hecha polvo… Herman, ¿le has dejado que le dé hierba a la perra? ¿No vuelvo a casa una noche y mi perra se convierte en un experimento de laboratorio?

Herman hizo rodar un melón verde por la encimera. Encontró un cuchillo de trinchar.

—Ha sido un accidente, ¿vale? La perra tenía hambre y encontró una bolsa que estaba contando. Solo un gramo, dos como mucho. —Se apoyó el cigarro en el labio inferior, apartó periódicos viejos y tazas vacías de la encimera abarrotada y, con un ojo entornado, usó las dos manos para atravesar el melón con el cuchillo—. Si hubieras estado aquí para darle de comer, no se la habría zampado.

El melón cayó partido en dos mitades verde pálido.

Acuné a la perra.

—¿Un par de gramos? —Cuando me puse en pie, la cabeza fue lo

último en ponerse en su sitio; me daba vueltas y toda la sangre se me había ido a los pies. Me apoyé en la pared con la mano para no perder el equilibrio, me eché a Chance a la cadera como si fuera una bolsa de comida de perro, una *pietà* payaso-canina. —La perra pesa diez kilos; si le das esa cantidad de hierba, te la cargas.

Esa perra era mi compinche, una artista sensacional en formación. Mi gran *oportunidad*.[2] No podía tener una perra payasa babeante que fuera por ahí tropezándose en pañales y no obedeciera órdenes, con su mente canina hecha puré y discapacitada por la hierba. Su único truco entonces sería la rutina del huevo en la sartén, el baile *tortillesco* de un cerebro colocado. Eché mano del teléfono y pulsé tres botones para llamar al número de información local.

Herman agarró el teléfono, pero me puse a Chance en el costado y me lo apreté contra la barriga. Herman nos rodeó con los brazos, a la perra y a mí, y, tanteando desde ambas direcciones, acabó apretando el botón del auricular con un pulgar grueso.

—La perra ha encontrado la hierba ella solita. No voy a perder mi fuente de ingresos porque la perra tenga vicio por la marihuana.

Resollé por el abrazo de Herman. Me crepitaba la cabeza; mi campo de visión se estrechó.

—El Centro de Toxicología no es la pasma. Es para temas de salud. Quieren que la gente los llame.

—Claro que sí, para que se entreguen. —El aliento de Herman, cerca de mi cara, olía a humo. Su respiración pesada y su sudor me resultaban demasiado familiares de los tiempos en los que éramos pareja, al igual que sus manos, pegajosas por el dulzor estival del melón. Caí de rodillas y me encogí con fuerza, como una pelota, en torno al teléfono. Todavía tenía bajo el brazo la alfombrilla babeante y atontada que era Chance.

—Suéltame. Tengo derecho a llamar.

La coleta le cayó hacia delante, sobre mi hombro.

—Nita, dame el teléfono.

Me encontraba bajo una tienda de campaña hecha de Herman: aliento, cuerpo y olor. La historia de nuestra vida juntos. Me soltó. Se alejó. Yo marqué los números.

—Por Dios —dijo desconectando el teléfono de la pared. Tiró del cable—. Nada de llamar al Centro de Toxicología. Y nada de pasma, no mientras vivas aquí—. «En mi casa». Eso es lo que quería decir.

Herman no tenía ni idea de lo cerca que había estado de la pasma. Aquel agente dorado, áureo, con su vaso de agua.

—El Centro de Toxicología no informa a la pasma —repetí.

Herman, sin aliento, alcanzó su cigarro y le dio una calada como si el humo le fuese a calmar la respiración. Exhalando con un silbido en

si bemol, dijo:

—Mira, vamos a hacer lo siguiente: la curaremos nosotros. —Dio otra calada—. En el baño hay una botella marrón. —Con un gesto de la mano, señaló el recibidor—. Agua oxigenada. Dos cucharadas y tu Chance estará como nueva.

A su espalda, Natalia-Italia abrió la tapa de una lata de sardinas. Sostuvo una sardina en alto por la cola minúscula y se la metió en la boca. Comida de consuelo.

Un fino hilo de baba de perro me corrió por el brazo y goteó el suelo.

—¿De verdad?

Herman asintió e inhaló tabaco como si sus pulmones estuvieran muertos de hambre, como si llevara demasiado tiempo sin fumar, como si el humo fuera escaso y necesario. Envuelto en una nube de humo, dijo:

—Primero lo va a echar todo y después se quedará como nueva. Confía en mí. Sé cómo desintoxicarla, ¿vale? Se acaba de comer la hierba hace nada, unos minutos.

—¿Ya lo has hecho antes?

—Mi perra se comía las drogas constantemente y yo la curaba.

Le pasé una mano a Chance por el pelo oscuro.

—¿Y dónde está la perra ahora?

Natalia se metió otra sardina descabezada, refulgente y áspera, entre los labios. Se recostó contra el hombro sudado de Herman.

—Vivió mucho tiempo, ¿vale? Ahora ve, antes de que la perra digiera las drogas. Si las ha digerido, no funcionará. Se te acaba el tiempo —dijo Herman. Se quitó a Italia de encima.

Me llevé a Chance por el largo pasillo en penumbra. Herman mantenía la casa a oscuras. Así es como pillan a los cultivadores de marihuana, por las facturas de la luz desorbitadas. Herman sabía este tipo de cosas: cómo meterse y cómo dejar las drogas, cómo dar negativo en una prueba de orina y cómo caminar en línea recta. Tal vez cómo desintoxicar a un perro. Me tropecé con una de las barras para pesas de Italia, me di con el codo en la pared, y Chance se llevó un golpe. La perra ni se inmutó. Desde que Italia se había mudado a casa, todo estaba lleno de pesas, prendas de licra sudorosas y toallas sucias. En lugar de nuestro viejo sofá, ahora teníamos el banco de las pesas delante de la tele.

Senté a Chance encima del lavabo y le eché la cabeza hacia atrás. Se le volvieron los ojos y se vieron unas tajadas blancas, como lunas nuevas. Le eché agua oxigenada en la garganta. En cuestión de segundos arqueó la espalda, abrió la boca y curvó la lengua larga. Emitió una especie de eructo prearcada, con los ojos abiertos de par

en par.

—Métela en la bañera —me gritó Herman desde la cocina—. Una vez le hayas dado eso, métela en la bañera.

La cogí como si fuera un niño pequeño y la llevé a la bañera mientras el morro se le agitaba con un mudo tartamudeo. Me senté a un lado y le pasé la mano por el lomo. Mi adorable y sedosa Chance, una perra callejera de dulces ojos oscuros.

—Todo va a salir bien, pequeña —le dije, y tuve la esperanza de que así fuera. Se le pusieron las patas rígidas, como si estuviera teniendo un ataque; le temblaron las uñas contra la porcelana. Se sumió en un resbaladizo bailecillo perruno. La inmovilicé poniéndole una mano en la barriga.

Cuando volvió a abrir la boca con una arcada, se le encogió el estómago y las costillas, tirantes bajo el pelaje, se le expandieron. Lo que le salió del estómago no era líquido, sino una crema blanca y espesa como la espuma de afeitar, densa como la cola blanca, salpicada por pintitas verde-terroso de la cosecha de Herman.

Entre arcada y arcada, abría y cerraba la boca como si mascara. El espectáculo era material para un número de ventriloquía: «Una payasa y un caniche entran en un *coffee shop*…».

Herman emergió del recibidor a oscuras y se apoyó contra la puerta del baño. Apagó la luz del techo y encendió una lamparilla.

—Eso es —dijo—. Eso puede acabar con un perro.

Le dio un bocado a una rodaja de melón que sostenía en una mano, mientras que en la otra tenía un cigarrillo recién encendido. El jugo del melón le chorreaba por los dedos. El melón y el cigarro, el sabor puro de la fruta estropeado por las cenizas: Herman siempre había sido así. Era el motivo por el que habíamos sido pareja y también lo que nos había hecho romper: era una contradicción permanente.

Chance llenó la bañera con merengue punteado de maría, copos de nieve de fumeta. Le pasé la mano por el lomo tembloroso.

—Aguanta, bonita —le dije en voz baja.

—Oye, Nita —dijo Herman—, ¿dónde te has metido? Tienes una pinta horrenda. —Le dio una calada a su cigarrillo, su mejor amigo y su chupete.

No aparté la mirada de la temblorosa Chance.

—Estoy convencida de que quieres decir estupenda. —No era asunto suyo donde yo durmiera, aunque fuera en el hospital.

—Sí, eso. ¿Cita payasa? —dijo Herman.

Nadia apareció en el umbral, a su espalda, con una pesa en una mano y un plátano a medio comer en la otra.

—Qué curioso, yo podría preguntarte lo mismo. —Abrí el grifo para limpiar los montículos blancos de vómito. Chance se puso en pie

a duras penas y se dirigió al fondo de la bañera. Se resbaló y la agarré.

Un mundo amable. Agradable. Una red de seguridad: eso era lo que nos hacía falta a mi perrita y a mí.

En su lugar, Chance era un árbol de Navidad adornado con su propia nieve falsa. A su espalda, Nadia-Italia levantó la pesa con una mano y miró por encima del hombro de Herman.

—Hay que guardar eso, ¿no? Reciclar las drogas —dijo.

Si yo tuviera los músculos de Italia, sería una payasa extraordinaria. No cabe duda de que derrotaría a la física desafiando la gravedad. Italia solo usaba sus músculos para hacer crecer más músculos hasta quedar formada por nudosos bultos de piedra.

Mi plan era salir de allí.

El dinero que ganaba como payasa era mi billete para largarme de casa de Herman e ir a San Francisco, con Rex. Dejaría Declivetown atrás. Tal vez yo también fuera a la Escuela de Payasos. Entonces dormiría en el dormitorio principal y no en el lavadero, ¿verdad? ¡Tachán!

Las normas de la casa serían las nuestras, las que pusiéramos Rex y yo. Volvería a tener mi propia familia y no una de pega.

Una vez Chance redujo su producción de vómito a cero, la envolví con una toalla y me la apoyé contra el hombro como si fuera un bebé con cólico. De camino a mi cuarto, me paré a conectar de nuevo el teléfono a la pared.

—Eh, ¿a quién vas a llamar? ¡Pero si la perra está como nueva! —dijo Herman.

De nueva nada: estaba mustia y tenía los ojos desorbitados.

—A Rex —dije—. ¿O es que la Escuela de Payasos es otra articulación del largo brazo de la ley?

El largo brazo de goma, más bien. Aparté a Herman de un empujón y cerré la puerta del lavadero. El cable del teléfono pasó por debajo con facilidad. En la habitación hacía un calor húmedo y el pelo y el aliento de la perra le daban un olor a almizcle; Chance jadeaba bajo el sol estival. Además del olor a perro mojado, el ambiente estaba cargado por el tufo mareante a aguarrás y al pesado aroma de aceite de linaza de la pintura, que emanaba de unas brochas guardadas en bolsas de plástico.

Dos de las habitaciones del lavadero estaban formadas por pequeños bloques de vidrio, ventanas del suelo al techo que magnificaban el calor. El sol, que entraba desde detrás de un árbol, interpretaba en la pared un espectáculo de sombras con las hojas y las ramas. Puse el zumo verde y la botella de plástico naranja en una balda, donde le tenía puesto mi propio altarcillo a san Julián el hospitalario, santo patrón de payasos, tramposos, asesinos y

peregrinos. Como parte del altar, apilaba monedas que llevaba en los bolsillos. Amontonaba las tarjetas de visita de los hombres que me pedían citas, mi público y club de admiradores.

Cuando vas disfrazada, caminas por una delgada cuerda floja, tambaleándote entre el deseo y el miedo, los coulrófilos y los coulrófobos. En esa franja tan estrecha, mi objetivo era hacer reír a los críos. Vale, desde hacía no mucho mi objetivo era un cheque rápido, un billete de huida de Declivetown. Pero no lo hacía por los fans.

En la siguiente balda por abajo había un montón de libros de la biblioteca. *Tu bebé, tu cuerpo: ¡obsérvalo crecer!* Eran libros que ya no me hacían falta; mi cuerpo, mi bebé: los dos habían dejado de crecer. Ya se había pasado el plazo de devolución de los libros y ellos eran lo único que tenía ya una fecha a la vista.

Escribiría mi propio libro sobre el aborto: *Qué esperar cuando esperabas estar esperando hasta que todo se fue al garete*. Me quité la flor de broma de la camisa y la puse en la estantería junto a la botella de plástico.

Bajo las baldas, en el suelo, tenía una colección de zapatos de bolos, mocasines, zapatillas Keds pintadas y zapatos Oxford, todos del número 45 en adelante, escogidos específicamente para el oficio. Y después había un par de deportivas viejas de Rex, unas verdaderas barcas, de su número real. Los zapatos de Rex se deformaban y arrugaban por donde los nudillos de los dedos de los pies habían rozado con las costuras, como si Rex todavía estuviera allí, invisible, con los pies metidos en los zapatos.

La habitación estaba repleta de dibujos de Rex en carboncillo y papel, con tinta y boli, y a lápiz. Un busto de arcilla roja me miraba desde las alturas de la balda superior de mi armario sin puertas.

—Cariño, ya estoy en casa —le dije al busto. Rex. No parpadeó. Todas las imágenes de él que había compuesto (dibujos, pinturas y esculturas) tenían la misma sonrisa escueta, como la Mona Lisa, el secreto ladino de Rex—. No te enfades, te sigo queriendo —le dije, y después levanté la cabeza, le di la vuelta, saqué un calcetín escondido dentro del cuello y metí dentro el salario de un día.

Encendí la radio para ahogar el murmullo de Herman e Italia y me senté en el borde de la cama. Chance se apretó contra mis costillas. Marqué el número de la residencia de payasos en San Francisco donde nadie nunca cogía el teléfono.

—¡Hola, caracola! —canturreó el contestador—. Hemos salido a la carrera, pero, si dejas tu nombre y tu teléfono, nos aseguraremos de que tu fiesta de cumpleaños sea un exitazo. ¡Ja, ja! ¡No se lo digas a tus viejos! —Sonaron tres bocinazos y un pitido.

—Rex, soy Nita —le dije al contestador—. ¿Estás ahí? Necesito oír

tu voz. Llámame, ¿vale? —Iba a colgar, pero me volví a llevar el auricular a la oreja y añadí—: He estado en el hospital, Rex. —Él querría saberlo.

Cogí una de las camisas de terciopelo de Rex, me pasé el tejido por el cuello y olí el humo de los trucos de tragafuegos pasados. La Escuela de Payasos era una forma de avanzar, pero había otras. Podíamos unirnos a *Clowns Sans Frontières* (Payasos Sin Fronteras), que juraban alegrar a los niños en países desgarrados por la guerra, realizar trucos junto a minas antipersona, hacer malabares con comida y suministros médicos. Dedicarme a curros corporativos para siempre no entraba en mis planes. No, yo lo que quería era cambiar el mundo: ser otra payasa por la paz. Me desabroché la camisa. El satén se me deslizó por los hombros con una caricia sedosa. Me quité el sujetador de lunares. Se me cayó el aluvión de fotos y tarjetas: san Julián, mi carné del sindicato de payasos, mis padres y Rex. Familia pasada y familia futura.

Los primeros días tras la marcha de Rex, cuando seguía embarazada, a veces fantaseaba con que no volvía, y había cierto cariz romántico en la idea del abandono, de la pérdida de un gran amor. Al menos era un terreno familiar: había perdido a mis padres a una edad temprana y sabía cómo iba la historia. Pero, esta vez, criaría al hijo de Rex. En el futuro el niño me preguntaría: «Mamá, ¿cómo era papá?». Yo le daría unos golpecitos a un cartel de circo pegado a un muro semiderruido de la calle o abriría un folleto desgastado. «Era el hombre más fuerte que nunca he conocido —diría—. Era guapísimo y me hacía reír…». Contaría historias de Rex Galore hasta convertirlo en un mito.

Pero, en lugar de eso, parecía que iba a tener que contarle a Rex la historia de cómo el niño nos había abandonado a nosotros.

Herman e Italia se reían en la cocina, y las carcajadas conjuntas sonaban a dos bailarines desacompasados. Subí la radio y después me quité los pantalones de rayas, el poliéster sudado.

Cuando nos conocimos, Rex era modelo. Yo, una estudiante que llegaba tarde a clase de dibujo. Ya estaba desnudo en un pedestal, posando sobre una sábana plisada. Tenía bíceps nudosos de gimnasta, los muslos de un bailarín, duros como la roca. Su piel era pálida excepto por el tatuaje de líneas azules de un pez nadando en un brazo.

¡Tachán! Magia.

Aquel primer día Rex y yo éramos una película muda en una clase llena de estudiantes. Miró en mi dirección, desvió la vista y luego volvió a observarme. Yo bajé los ojos mientras colocaba el caballete. Comencé a dibujar y levanté la vista. Cruzamos la mirada. Se me cayó el carboncillo y me incorporé para cogerlo, un paso más cerca del pedestal donde estaba Rex, desnudo. Me observó mientras avanzaba.

Al tiempo que me inclinaba, alcé la mirada mientras tanteaba el suelo con una mano para encontrar el carboncillo. En aquel momento, Rex era toda una geografía que se erigía ante mí, las líneas de sus músculos, la forma de sus huesos, los bucles de su pelo, y yo quise mudarme a ese país, a ese continente. Era el Hombre en la Luna, la torre Eiffel, Apolo, Dionisio. No me hizo falta poner a Rex en un pedestal porque ya estaba en uno. Posando.

Me ardía la cara. Algo cosquilleaba en mi interior.

Rex sabía que lo contemplaba con algo más que interés por las luces y las sombras, los contornos y los planos. Cuando llegó el descanso, cogió su albornoz. Nosotros, los estudiantes, éramos el público, y él era el espectáculo. Se colocó el cinturón del albornoz en torno a las caderas, se pasó una mano por el pelo oscuro, bajó del pedestal y se volvió hacia mí.

En ese momento yo pasé a formar parte del *show*. Los demás estudiantes hacían como que no nos miraban. Me sacudí el carboncillo de las manos. Tenía las manos calientes y el polvo negro del carboncillo pegado a ellas.

Rex rodeó mi mesa de dibujo para contemplar el esbozo a carboncillo que había hecho de su cuerpo desnudo: ¡Ay! Allí estaba: pene, polla, rabo, miembro, manubrio, salchicha, dispensador de leche. Llámalo como quieras, pero es la parte más difícil de dibujar de un hombre desnudo. Un pene siempre parece demasiado grande o demasiado grueso, salvo cuando parece demasiado pequeño. Demasiado oceanográfico, una criatura marina. Lo sé, me he dedicado a ello largo y tendido, y esmerarte en esbozar una polla solo la empeora. Si se la estudia demasiado, el órgano parece sacado del *Arte de la locura*, pura fijación. Si se trazan con cuidado, las líneas de un pene acaban siendo demasiado detalladas, agónicas en su rigidez, hasta que el pene se asemeja a una segunda figura junto al cuerpo. Es un hombrecillo que representa a todos los hombres. Una polla.

Si está oculta o emborronada, parece que al artista le asusta ver algo con claridad, que teme mirar directamente, coger al toro por los cuernos, como dicen. Estoy convencida de que Miguel Ángel le esculpió esas manos tan enormes y desproporcionadas al David no tanto para transmitir el poder de Dios a través de él, sino para desviar la atención de las escuetas proporciones de su polla esculpida.

Rex era alto y estaba más que proporcionado. La primera vez que lo dibujé, me esforcé por hacer que su pene pareciera real: un cúmulo oscuro de trazos de carboncillo, vello rizado y sombras marcadas. Obsesivo. Inspirado. No esperaba que el modelo se bajase del pedestal y viese que mis ojos habían trazado cada línea, cada curva y pliegue. Asintió. Tal vez le gustara la forma en la que había retratado su polla. ¿Quién sabe? Entonces rompió el silencio de la película muda y dijo:

«¿Sales en el descanso?». Se sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo del albornoz.

Yo no fumaba, pero le respondí: «Venga, vale». Se calzó unas botas de trabajo con manchas de pintura y los cordones desatados, sin calcetines. Lo seguí al vestíbulo, bajamos las escaleras y salimos a la calle. Fuera llovía, y nos quedamos bajo el alero del edificio, separados del resto de fumadores. Rex estaba con el albornoz, desnudo, como si fuera normal.

—Las mazas, ¿son tuyas? —preguntó.

Crucé las manos sobre el pecho y noté que me ruborizaba.

Señaló el edificio, la clase, con un gesto de la cabeza. ¡Ah, las mazas! Claro. Las llevaba en la mochila; eran demasiado grandes y los extremos plateados, negros y blancos asomaban como tres pomos redondos.

—¿Haces malabares? —Su aliento era un rastro de humo blanco y dientes amarillentos y perfectamente cuadrados.

—Un poco. Estoy aprendiendo con las mazas. —Estaba nerviosa. Las mazas eran más difíciles que las pelotas, la parte estrecha te golpeaba la muñeca cada vez que atrapabas una. Extendí el brazo y me remangué una manga a rayas para mostrar la parte que estaba decorada con capullos en flor negros, rojos y azules. Cada morado señalaba el golpe de una maza.

Rex se echó a reír.

—Cicatrices de batalla. Me gustaría practicar malabares en equipo, si te apetece. La forma más fácil de aprender es con pareja.

Una cita. ¡Me había pedido una cita para hacer malabares juntos! Entonces me dijo su nombre: Rex Galore. ¡Rex, el Príncipe Payaso! El Payaso Principesco del Club del Circuito *After-Hours*, un artista del movimiento. Había visto los carteles de sus espectáculos, claro está. Rex tenía los mejores gráficos de la ciudad. Pertenecía a una raza de payaso diferente: nada de fiestas de niños, ni de festivales gastronómicos. Nada de sonrisas, ni de genuflexiones, ni de payasadas de dar brillo a una manzana; afirmaba que el *bufonismo* había muerto. En vez de bufón, era acróbata. Podía hacer malabares con tostadoras y batidoras, incluso con gatitos. Podía caminar con zancos y montar en monociclo.

Me bajé la manga.

—Me encantaría. Me llamo Nita.

—Lo sé —me respondió.

¿Lo sabía de verdad o se estaba haciendo el chulo? No importaba. Para entonces yo ya era la fan del payaso, la fetichista: estaba enamorada.

Los budistas dicen que si conoces a alguien y el corazón te late con

fuerza, te tiemblan las manos y te fallan las rodillas, no es tu alma gemela. Cuando la conozcas, te sentirás tranquilo. Sin nervios, sin agitación. Yo digo que los budistas no tienen ni idea. Cuando conocí a Rex estaba rebosante de nervios, porque ¿por qué no? Él representaba todo en lo que yo creía y había venido directo a mí. Me había pedido salir. ¿Por qué conformarse con menos?

De vuelta en clase, se sacó las botas, se pasó los dedos a lo largo del cabello, se quitó el albornoz de una sacudida y ahí volvía a estar su cuerpo: todo músculo. Se subió al pedestal. Mi estatua, mi cita, el hombre más atractivo de la ciudad. Una estudiante mayor se inclinó hacia mí y me susurró:

—Así es como hay que escogerlos. Con una vista previa. Ahora ya sabes con lo que te vas a encontrar.

Como si las cosas fueran alguna vez tan fáciles o tan ciertas.

En el lavadero, el sol de la tarde entraba por las ventanas y calentaba el suelo y la pared tras la cama. La habitación era un terrario de aliento de perro, trementina y sudor. Entoné algo que había estado componiendo, parte de un *sketch* satírico:

Falda de res,
¿eso qué es?
Oh, eso es lo que te gustaría saber…

Todavía desnuda, abrí la cremallera de la maleta que Rex utilizaba para guardar disfraces y dejé que la ropa se desperdigara por el suelo. *Falda de res, te la vas a comer…* Acaricié su ropa con las manos, me apreté la tela contra la piel. La trementina era como la colonia de Rex, porque era a lo que olía la clase cuando nos conocimos. Le puse un toquecito de trementina a la tela y después me acosté en la cama con los disfraces a mi lado, como un cuerpo cálido. ¿El madero ese? Me había ayudado, claro. Y era guapo. Pero era pan blanco comparado con la suntuosidad del arte, del amor. De Rex. Por el otro lado, Chance se me arrimó al hombro y, durante un momento, gracias al olor de la trementina, sentí como si Rex, Chance y yo volviéramos a estar juntos. En familia.

Hasta que Herman tocó la puerta.

—Oye —dijo con tono cortante—: se huele la trementina desde la cocina. Límpiala, ventila o te vas a la calle. —Pasó una factura de teléfono impagada por debajo de la puerta cerrada. El sobre se acercó a mí con un bamboleo y un bufido, todo advertencias y exigencias.

5.

PLUCKY, ¡VUELVE A CASA!

En la parte trasera de la ambulancia-camerino de Rex, reuní bolígrafos y papel, e hice un cartel: se busca: gallina de goma. Esbocé el largo cuello de goma de la gallina, la cresta caída, las piernas colganderas y las garras extendidas. Repasé los trazos negros de un corazón en el pecho, su característica definitoria, como un antojo o una cicatriz.

Las puertas traseras de la ambulancia se abrieron y dejaron entrar una brisa. Fuera sonaron las duras notas de un xilófono mecánico tocando *Home on the Range* al pasar cerca el camión de los helados del heladero que había sido el rollete de una noche. Me encaramé a una pila de disfraces con los parasoles echados, con un sombrero de ala grande con un ramillete de flores de seda en la parte delantera. El único problema del sombrero eran los dos agujeros de arriba, diseñados para unas orejas de conejo cuando este formaba parte de un espectáculo.

Bajo el dibujo de la gallina de goma, escribí en el cartel: nombre: plucky. altura: 40 cm. valor: sentimental. Después escribí: recompensa: $$$.

Arranqué la parte de la recompensa. ¿Qué podía ofrecer? Si el ladrón de gallinas de goma era un crío gamberro de King's Row, mi recompensa sería una broma mala en comparación con su paga. Hice una bola con el papel.

Sin embargo, quería que me devolvieran a Plucky. Tenía que estar con Rex y conmigo. Habíamos vivido buenos tiempos juntos. En el espacio que quedaba, volví a escribir: «recompensa». Después lo taché. No podía dar dinero.

Pero ¿quién devolvería una gallina de goma sin ningún incentivo? Plucky acabaría tirada en la entrada de alguna casa, abandonada en un jardín o donada a la beneficencia. Volví a escribir otra vez, sobre la marca negra tachada: recompensa, seguida de un único signo de dólar. Pagaría para que me devolvieran a la gallina sana y salva porque era mía, nuestra, el primer y hasta ahora el único fruto de nuestra unión,

un recuerdo del sexo, la prueba del sexo, con Rex Galore.

Nuestra segunda cita fue más un espectáculo que una cita. Rex me invitó a participar en un número nocturno. Estábamos haciendo malabares en pareja; las mazas viajaban en el aire, volando de mano a mano a buen ritmo, y me invitó a trabajar con él, a ser una mesa andante, un atrezo en su espectáculo de malabares de fuego. «Que haya fuego en tus números, al público le encanta». Eso es lo que siempre decía: «Quema algo». Fui cautelosa. Era tanto, tan pronto…

—¿No crees que estamos yendo demasiado rápido? —le pregunté.

—Estoy listo —respondió él.

Por la forma en la que las mazas volaban sin esfuerzo entre nosotros, en el aire las seis, yo también supe que estábamos preparados. Vi mi futuro: si la cita era una audición, la iba a clavar.

La noche del espectáculo, llevaba el tablero de una mesa sin patas atado a la espalda, en un club nocturno, y, bajo él, me contoneaba al ritmo de Rex. Los del público estaban bebidos. Alguien gritó:

—¡Prestidigitación!

Una jarra de plástico vacía aterrizó en el escenario. La jarra giró, me salpicó la cara de gotitas de cerveza y me reí en voz alta. No se podía comparar la energía de aquel lugar con la de los garajes vacíos de los números de arte, los gritos de las fiestas de cumpleaños y el aire muerto de la escena corporativa.

Rex golpeó el tablero de la mesa y el sonido se amplificó en mis oídos. Rex estaba magnificado, era más grande que la misma vida: los desconocidos gritaban su nombre, su banda sonora era una alocada mezcla de *ska*, música tribal y pop camboyano. Tenía los pies fuertes y desnudos, las piernas musculadas. Era lo único que podía ver desde tan abajo. Golpeó el suelo entre sus pies con las manos y subió las piernas, abiertas en tijera, hasta que desaparecieron de mi vista. El pelo rizado le cayó sobre el escenario, húmedo de sudor. Dionisio, Pan, Baco, Shazam. Mi Gemelo Fantástico. Era un dios, un gimnasta, un desmadre de risas, un sueño.

Rex apilaba botellas sobre el tablero que yo llevaba a la espalda. Hacía equilibrio con antorchas sobre las botellas y las llamas se reflejaban en los espejos que había en los extremos del escenario. Yo estaba en medio de una hoguera, del incendio de un bosque, de un edificio en llamas. Magia. Todo el mundo miraba la ardiente pirámide de botellas que tenía a la espalda. Mis rodillas se restregaban con fuerza contra el suelo desnivelado del escenario. Rex estaba montado en monociclo. Su única rueda daba vueltas mientras yo me arrastraba.

Si Rex me hubiera pedido que tragara cristales, lo habría hecho.

Más tarde, en la tranquilidad del camerino, cerró la puerta. Me puse de pie. Me temblaban las piernas, tenía las rodillas entumecidas

por el esfuerzo, la euforia y los nervios.

—Tienes talento —dijo Rex. Desató la correa de la mesa, me la quitó de la espalda y la puso a un lado.

—Pero si lo has hecho tú todo —le respondí.

—¡Ni hablar! —Adelantó las grandes manos para darme un masaje en los hombros. Cerré los ojos y solté un gemido—. Es un trabajo duro, ¿verdad? —Dejó que las manos se deslizaran por mis hombros hasta el cuello de mi maillot de cuerpo entero negra y me bajó la cremallera de la espalda. La tela se despegó, el aire fresco me acarició la piel y estiré los hombros, libres al fin de la prenda. —Se te ha puesto la piel de gallina —dijo Rex, y bajó un dedo por mi columna vertebral; su voz era un quedo gruñido. El olor de su piel era cálido, inflamable como el alcohol de quemar. Me pasó un dedo calloso por la clavícula y lo hizo descender por uno de mis pechos mientras bajaba el maillot de un tirón. Las botellas rodaron por el suelo entre bastones humeantes. La licra con marcas de sudor se aferraba a mis muslos y a mis caderas con la fuerza de un par de manos.

Nos dejamos caer sobre un sofá hundido sepultado por disfraces; los trajes que nos rodeaban olían a todos los números que habían existido, a cada fecha, a cada cuerpo humano: el aroma a humo, perfume y colonia predominaba sobre la mezcla de moho y humedad de tienda de segunda mano y sótano, y a pis de gato, el cálido hedor animal a nervios y sudor. Esta era nuestra noche de estreno. Tenía a Rex encima, sentía su peso y su olor sobre mí, y la ropa de debajo era como un centenar de personas, una cama de mangas vacías y perneras de pantalón rasgadas.

Embadurné las partes blancas de la cara de payaso de Rex con mi maquillaje *payasil*, dejando huella en su piel.

Le aparté unos centímetros y le dije:

—Se te ha corrido el pintalabios, querido.

Cuando sonrió, el maquillaje cuarteado le acentuó las arrugas de la cara hasta que se tornó en marioneta, en muñeca polvorienta, en maniquí anticuado.

Se inclinó sobre mí y me mordió la barriga. Fue ascendiendo por todo lo largo de mis costillas con suaves mordiscos hasta que halló la blancura de mis pechos, hasta que quedé cubierta de pegotes rojos, manchas de blanco tiza y pequeños morados negroazulados. Rex Galore y yo nos mezclábamos, los dibujos se fundían y se transformaban. A la mierda P. T. Barnum: el sexo era el mejor espectáculo de la tierra; Rex y yo éramos una maraña y yo estaba completamente embriagada por el perfume a alcohol de quemar, humo y sudor. No podía respirar. Estaba enterrada viva. ¿Me preocupaba? Solo que hubiera un bis.

Rex se bajó la bragueta. El maillot era una pila de oscuridad en el suelo.

—¿Tienes una goma? —susurré.

Rex se echó a reír, chistó, un susurro travieso, como si sus padres estuvieran en la habitación de al lado, y me pasó el brazo junto a la cabeza para coger algo de una mesilla de noche.

—Tengo una gallina de goma. —Sacudió la gallina danzarina en el aire—. ¿Te vale?

Me reí, acaricié con un dedo los bultos de la piel falsa de la gallina.

—Estriada y picuda para el placer de ella, incluso. ¿Quieres que os deje solos?

Rex tiró la gallina al suelo y me mordió el cuello, yo solté una risita y él dijo: «Nunca», y de repente estaba por todas partes. El sillón se estaba hundiendo, yo desaparecí en la orgía de disfraces, el olor de desconocidos nerviosos, maquillaje y humo; sentía mi cuerpo desnudo enterrado en el aroma de la necesidad humana.

Me llevé la gallina de goma a casa. Plucky era mi mascota, un recuerdo de nuestra cita. Después, mucho después, concebimos a nuestro hijo. El aborto vino luego, de forma inesperada, aunque no debería haberlo sido, porque ¿por qué no habría de suceder, si la familia se me escurría por entre los dedos igual que aquel viejo truco de la cáscara de plátano de silicona? Después de la dilatación y el legrado, después de la succión de nuestro minúsculo feto, dibujé un corazón negro en el pecho gomoso de Plucky, en el lugar donde una gallina podría albergar uno, sobre los bordes de plumas insinuadas. Con tinta indeleble.

Ahora me la había birlado un crío demasiado pequeño para saber qué es el amor, para saber lo que puede significar una gallina. Demasiado joven para saber que una gallina de goma puede llevar todo el amor en un corazón de tinta indeleble.

En mi cartel, escribí: se busca: gallina de goma, amante, hijo nonato. Se busca: toda mi vida. Rompí en dos la hoja, cogí otra y volví a empezar. Sagrados Corazones henchidos, reyes magos encogidos y ángeles inflados, frutos de mi esfuerzo, botaban a mis pies. La desvencijada dedicatoria de *Globoflexia por el Señor* rezaba: «Con aprecio y gratitud a mi mujer y a mis seis hijos maravillosos, quienes han soportado doce años de privaciones mientras yo completaba esta obra». ¡Menudos mártires! *Globoflexia por el Señor* tenía en total diecisiete páginas, con una página en blanco al final. Los trucos que albergaba, por contabilidad corporativa, valían cientos de dólares. Eso era lo que ganábamos Matey, Crack y yo cuando nos llegaban trabajos importantes. Pero no siempre llegaban. Teníamos que promocionarnos y cumplir. Aquel libro era lo que me proporcionaba la pasta gansa.

El camión de los helados de Rollo de una Noche, el *drogamóvil* del vecindario, seguía con su musiquita por los alrededores. Drogas, helado, juguetes de globos y oraciones: todo eso es lo que vendes cuando no queda otra cosa.

Por encima de la cancioncilla de los helados, un ruidoso traqueteo sonaba cada vez con más intensidad. Un hombre bajaba la manzana bailando con un trotecillo al son de la música de su propia cortadora de césped de ruedas sueltas. Me saqué del bolsillo un globo verde. En el jardín de Herman, Chance corría en círculos, aturdida e inquieta. El sol se reflejaba en ondas por el pelaje. Inflé el globo y sentí una nueva clase de mareo tras haber pasado por el hospital; le até un nudo demasiado arriba en el cuello, dejando un largo trozo sin inflar en la corona. Retorcí una sección a modo de cabeza para hacer un Cristo en la cruz en verde lúpulo, masajeando la goma para hacer la corona lo más pequeña posible, y, con unas torsiones, formé dos piernas colgantes de globo.

Justo cuando había logrado concentrarme en mi obra, tocaron en la ambulancia. Pegué un respingo, sobresaltada; casi se me cae el sombrero. Un hombre me sonreía. El hombre de la cortacésped.

—¿Sobrevivirá el paciente, doctor? —Le faltaban dos paletas. Me eché el sombrero atrás para mirarle. Llevaba una camiseta de tirantes, chorreaba sudor y tenía el cuello colorado de haber pasado demasiado tiempo al sol. Chance comía hierba al borde de la carretera, con la vista clavada en el hombre. La cortacésped estaba herrumbrosa.

—¿Qué hay? —dije mientras estiraba un nuevo globo.

—Soy bueno, soy rápido y te cortaré todo el césped, el del jardín delantero y el trasero, por ocho pavos. —Levantó la voz para que le oyera por encima de la canción del camión de los helados.

Nos observamos a través de las puertas traseras abiertas. A mí no me importaba que la hierba estuviera crecida; le daba cierta frondosidad. Un ramillete de florecillas blancas brotaba de una canaleta hundida por debajo del cual discurría agua, o tal vez una alcantarilla. Unos insectos minúsculos sobrevolaban los hierbajos como una explosión de diminutas burbujas. Volví a bajarme el sombrero. Las flores de seda hicieron un ruidito como de uñillas arañando la paja, igual que el de los ratones que rondaban el armario de la cocina de Herman.

—¿Qué te hace pensar que vivo en aquella casa?

—Bueno, te he visto por aquí. Eres la payasa. Te he visto aquí fuera en la hierba crecida, con la perrita y ese hula-hop tuyo.

Me movía a velocidad ralentizada, por detrás del zumbido en la cabeza, mi nuevo ritmo posthospital. El cielo, a través de las gafas de sol, era de un azul teñido de cereza. Saqué un globo amarillo para la

cruz. Le di un tirón, lo inflé. Aquel hombre tenía una llaga en el labio de un tono más claro que su piel, una hinchada mancha blanca.

—¿Qué es eso del Corral de Decliveville? —Señaló el cartel de madera sobre la puerta de Herman.

Le hice el nudo al extremo del globo.

—Es un porral —dije—. La primera letra es una «pe».

Dejó que la cabeza le rebotara en un asentimiento y respondió:

—Vale, lo que tú digas. Ese es vuestro negocio. El mío es cortar el césped, y yo digo que tu corral necesita una pasadita. —Se rio, como si fuera algún tipo de broma. Pero tenía razón. Herman solo tenía una cortacésped manual, un carrete oxidado de cuchillas romas. El jardín trasero, con un viejo manzano en el centro y una morera a lo largo de la valla, estaba tan crecido y asfixiado como el delantero. Hacía semanas que me tocaba el turno de cortar el césped: yo era el cuello de botella, el atasco. Con cada día que pasaba, la hierba estaba más alta. Después del hospital, necesitaba descansar—. Todo el mundo necesita una pasadita de vez en cuando —dijo el cortador de césped con una sonrisa.

Podía pagar por que este hombre hiciera mi trabajo o la devolución de Plucky. O una cosa u otra.

—No soy la dueña de la casa. No te puedo contratar sin pedir permiso. —Doblé el globo amarillo y enrollé el Cristo verde en torno a él.

El hombre bebía de un vaso de plástico que llevaba en un portavasos pegado con celo al manillar de la cortacésped. Se pasó una mano por la cara sudorosa.

—Vale, siete pavos. No puedo bajar más.

Declivetown era el vecindario que daba hogar a camellos, putas, timadores y pandilleros. Aquí era donde se criaban. Cada esquina estaba marcada por una pared de ladrillos rota por un conductor demasiado drogado o borracho, o con un mono demasiado fuerte como para permanecer en la carretera. La mitad de las casas habían sido declaradas inhabitables, tenían las ventanas empapeladas con pegatinas rojas de declarado en ruinas, pero seguía viviendo gente en ellas. No se podía confiar en nadie.

Cogí *Globoflexia por el Señor* y me deslicé por la pila de ropa hasta salir de la sauna que era la ambulancia. Los disfraces se me aferraban a las piernas, todo era un mar de terciopelo, satén y licra. Levantarme deprisa cuando hacía calor implicaba sentir más el vaivén del agua en la cabeza, el tibio rumor del enjambre de abejas, la sangre reposando en torno a mis pulmones, a mi estómago, lejos del cerebro. Vi un fogonazo azul por dentro de los ojos, me mareé y me agarré al lateral de la ambulancia para no perder el equilibrio. Puse la muñeca contra

un trozo de acero fresco, a la sombra.

El Jesús hecho de globos botaba en la carretera, a la deriva en su cruz. Con el mareo, me parecía que el Cristo estaba a un millón de kilómetros pero todavía a mis pies, suplicante. Mis pies parecían estar a kilómetros de distancia. Puse la muñeca contra un nuevo trozo de metal sombreado, esperando que estuviera algo fresco.

En mitad de la muñeca, por donde la gente se suele cortar las venas, bajo las capas de piel y por encima del pulso, hay un punto de acupuntura que dice: «Vuelve a ser quien estabas destinado ser». Es el punto del corazón, el centro. Durante toda la vida, la piel de esa zona será la que esté más cerca de ser la piel de un bebé, la más cercana a quien eras al empezar, a quien creías que siempre serías. Apreté el centro del punto corazón de bebé contra la frialdad del metal sombreado y el pulso de la muñeca le habló a todo mi cuerpo, al zumbido en la cabeza y al azul tras los ojos, y les dijo: «No te desmayes».

El cortador de césped se limpió la cara con un brazo sudoroso.

—Corto el césped del vecino y he cortado este, la última vez con una cortadora manual. Ahora tengo una propia. Y también un cortabordes, lo puedo traer mañana. Cobro tres pavos por los bordes. Diez por todo.

Jamás lo había visto cortarle el césped a nadie, pero cuando dijo que nos había cortado el césped con una cortadora manual me sonó a que decía la verdad. ¿A quién le había tocado el turno aquella vez? ¿A Herman? Me incliné para coger el Cristo de globos caído. Lo metí en la ambulancia con cruz incluida.

—Tengo a la parienta en el hospital Bess Kaiser. Necesitamos dinero para extraerle un forúnculo del pecho. —Se pasó la lengua por la llaga y luego se golpeó los bolsillos como si estuviera buscando una tarjeta de visita.

Un coche de policía dobló la esquina y vino en nuestra dirección. Con la rapidez de un rayo, el Señor Cortador de Césped se escondió en dos trancos en algún lugar detrás de la ambulancia. Me incliné, miré la ventana del coche y vislumbré el cabello claro y corto, el uniforme azul. El corazón me golpeteó en el pecho, descontrolado. ¿Era mi madero? Y ¿desde cuándo se había convertido en mi madero? El madero con la cuña de orina. Sin tiempo para esconderme, me puse el gran sombrero de paja delante de la cara y miré por los agujeros de las orejas de conejo en la copa.

No era mi madero. Era uno más joven, con cara de comadreja. Un don nadie. El don nadie levantó los pulgares, me dirigió una sonrisilla y después continuó su camino. Hasta ese momento no me volvió a circular la sangre, me siguió latiendo el corazón.

El cortador de césped salió para recoger su máquina. Se me debió de notar algo, un cambio de gesto, el tinte verdoso de la culpa, porque me dijo, de broma o no tanto:

—¿Te busca el madero ese, Payasa? ¡Ja!

No sonaba a broma. A los dos nos habían entrado nuestros propios sudores fríos. Ese es el problema: un poli es una pregunta llena de interrogantes. Si dejas pasar a uno, el panorama se transforma en una historia totalmente diferente.

En casa de Herman, traté de llamar otra vez a Rex desde el teléfono de la cocina. Italia dejó de lamer mantequilla de cacahuete de un cuchillo el tiempo suficiente para decir:

—Herman quiere saber cuándo te vas a encargar de tus tareas. —La falda apenas le tapaba el culo. Echó el cuchillo al fregadero.

—¿Te ha pedido que me lo digas o qué?

—Mira, Herman puede ser un poco blando y tú das pena. Pero el jardín se ha llenado de hierbajos esperando a que hicieras lo que tienes que hacer.

Tenía una oreja pegada al teléfono y me tapé la otra con el dedo.

—Ya me has oído, mamarracha. —Se puso a mirar dentro del frigorífico y me dio la espalda, aquella cascada de tinta, la geisha y la catarata azul. Parecía que hubiese una mujer más pequeña y recatada en un paisaje en miniatura dentro de nuestra cocina.

Cogí una mosca muerta del alféizar y, cuando me dio la espalda, la dejé flotando en su café. La broma más vieja del mundo: «Camarero, ¿qué hace esa mosca en mi sopa? Parece que nada a espalda, señorita». Ña, ña, ña.

Me llevé el teléfono a mi cuarto y volví a llamar. Me respondió el contestador: «¡Hola, caracola! Hemos salido a la carrera…». Me tendí en nuestro colchón mientras, por las ventanas del jardín trasero, el sol se hundía, y entoné un cántico: «Llámame, llámame, llámame».

A la tercera llamada me respondió un hombre. No tenía voz de payaso. Su voz áspera no transmitía ni un matiz de jocosidad.

—No está —dijo el hombre—. Ha salido.

Rex siempre estaba fuera.

—¿Podría decirle que llame a Nita?

—De acuerdo. —Antes de que pudiera decirle una palabra más, la línea se cortó con un chasquido.

Entonces oí a Italia escupir y toser en la habitación contigua.

—Joder. ¡Payasa! —Abrió la puerta de mi dormitorio de una patada con su pierna musculada. Un lienzo de Rex, que estaba apoyado contra la pared, se cayó y golpeó el suelo de un porrazo. Comencé a colorear el cartel de se busca gallina con rapidez.

—¿Qué?

—No juegues con mi comida.
—¿Qué? —volví a decir—. Yo no he hecho nada.
Italia tenía músculos nudosos hasta en la cara, en los carrillos.
—Mira: si juegas con mi comida te mato. No estoy de coña.

6.

AQUÍ TODOS SOMOS CHAPLIN

—Es para ti, Nita —gritó Herman.

¡Tachán! ¡Rex! Ya iba siendo hora. Corrí a por el teléfono; mis pies desnudos golpearon con fuerza las gastadas tablas de madera de la vieja casa de Herman.

—Por fin —dije al auricular, sin aliento.

—Menudo recibimiento —respondió la voz de Crack en mi oreja con una tosecilla—. Escucha, tengo un trabajo importante, una buena tajada. Nos quieren a las tres. Vamos en paquete, ¿vale? Si una se raja, nos hundimos las tres. Así que ve a la tienda de segunda mano, consigue una chaqueta de traje pequeña, la más pequeña en la que te quepan los huesos, y un par de pantalones amplios. Negros. Tienen toda una pila. Quedamos en la entrada del Chesterfield, a las seis y media, esta noche. ¿Vale?

—Vale.

—¿Qué te pasa? Te consigo un buen curro y parece que te hubiera pisado la tarta de cumpleaños.

—No, no, si me alegro. Solo pensé que…

—Ah, echas de menos a tu hombre, ¿no? —Su voz era como un dedo golpeándome las costillas—. Bueno, cuanto más grande es el perro, más larga ha de ser la correa. Deja que zascandilee por ahí —dijo—. Mira, aquí está la enjundia del asunto, ¿vale? Ahora que no está Rex de por medio, podemos llevar el cotarro en esta ciudad. Tomar todo King's Row. Para cuando le vuelvas a ver el careto, nosotras estaremos fardando de pasta. Te querrá por eso, ¿vale?

Claro.

—Gracias. Gracias por contar conmigo —dije.

Antes de conocer a Crack, me anunciaba con una ficha en un tablón de corcho en la antigua tienda de Empeños y Adornos y, con suerte, conseguía un trabajo al mes.

—Nada de globos esta vez —dijo Crack—. Nada de trucos y nada de excusas. Deja a la gallina, la pistola de juguete y el chicle explosivo en casa.

La gallina. Plucky. Ojalá Plucky estuviera en casa.

—Aquí pagan pasta gansa, cariño, es un curro de verdad. Te llevaré un sombrero y un bastón.

Dije que sí a todo.

Hacía tres días que había salido del hospital y todavía me mareaba bastante, sentía ese zumbido en la cabeza, pero podía moverme sin desfallecer y caminar a una velocidad casi normal. La botella naranja de plástico estaba vacía en el lavadero, esperando al día que pudiera dedicarme a recolectar orina. Recoger veinticuatro horas de orina continua es un truco más difícil de lo que parece. Una meada fuera de esa botella naranja conservada en hielo y la orina de todo el día estaba echada a perder.

De camino al sitio donde era el curro, me paré para hacer fotocopias del cartel de se busca gallina de goma. El cartel tenía un dibujo de Plucky, mi nombre, la dirección de Herman y un símbolo del dinero danzarín como promesa de recompensa. Grapé carteles a los postes de teléfono, vigilando que no viniera la pasma, lista en todo momento para emprender una rápida huida con paso ridículo en mis Oxford extragrandes. Colocar carteles en los postes de teléfono es ilegal, pero ¿de qué otra forma se lo podía comunicar al vecindario?

Para poder mantener la cabeza alta, recité La Oración del Payaso: «Mientras camine a trompicones por la vida, que cada batacazo pague las facturas. Que cada tropiezo alivie los conflictos, que cada dolor lo cure una pastilla».

Había quedado con Crack y Matey en el *hall* de un hotel. El *hall* era amplio y ostentoso, con un centro de plantas. Un baile de fin de curso. Muchachas vestidas como flores desvaídas esperaban con sus citas de rostros acneicos fuera del restaurante del hotel. Entre frufrús y risas, chavales canijos bailaban por el recibidor como si estuvieran de vacaciones, gritando nombres.

Matey, vestida completamente de blanco y negro, estaba encaramada al respaldo de un sofá, con los pies en los cojines y el bastón encima de las rodillas. Se inclinó hacia delante con los codos apoyados en el bastón. Bajo la camiseta blanca, los omóplatos sobresalieron como alas sobre su delgada espalda y ocuparon el lugar de su característico loro falso esa noche. Crack caminaba de un lado al otro frente al sofá. Se había puesto una peluca oscura, un postizo de hombre bien peinado, negro y brillante como el betún.

Matey fue la primera en verme y me saludó.

—Aquí está, jefa.

Crack levantó la cabeza.

—Joder, ¿podías llegar un poquito más tarde? Cuando dije a las seis y media me refería a las seis y media exactas, en punto, como el

punto de tu cabeza, ¿vale? —Se movió con rapidez y se chocó contra una chica bajita que iba vestida como un merengue, toda de blanco con volantes rojos.

Crack ni la miró después de haberse tropezado con ella.

—¿Qué es esto? «Se busca gallina. Plucky». Oh, qué monería. Olvídate de eso ahora. —Tiró los carteles al sofá y me estrelló un bombín y un bastón de tienda de disfraces contra el pecho. El bombín era de plástico y estaba cubierto por una capa fina de pelusilla, parecía fieltro de lana falso—. ¿Tienes el traje, hermana?

Llevaba puestos los grandes pantalones de lana y me sudaban los muslos de haber caminado con ellos en aquella tarde de verano. El hotel estaba helado como un congelador a causa del aire acondicionado. Me puse a tiritar bañada en mi propio sudor frío. Ya llevaba puestos unos Oxford de hombre, uno negro y otro marrón, de talla gigante. La chaqueta de traje estaba comprimida dentro de la bandolera. Saqué la chaqueta del bolso y la agité.

—Bien —dijo Crack—. Póntela.

Me apoyé el bastón contra la pierna y me la puse. Me apretaba los hombros y las mangas terminaban media cuarta antes de que lo hicieran mis brazos.

—Perfecta —dijo Crack.

La chaqueta tenía el sello de autenticidad bohemia de tienda de segunda mano: olor a humo de cigarrillo y sudor rancio. Apenas podía mover los brazos mientras recogía los carteles y los metía en la bandolera rosa. Si me movía demasiado rápido, partiría la chaqueta en dos.

—¿Todo esto por un curro en un baile de graduación? Esto dista mucho de lo que dijiste. Pasta gansa —dije. El baile de graduación significaba estar con adolescentes, una vez al año como mucho.

—Si el baile de graduación fuera nuestro curro, me pegaría un tiro —dijo Crack—. Pero, bueno, ¿por qué pegarme un tiro yo cuando os tengo a vosotras?

Giró sobre sus talones y agitó una mano para decirnos a mí y a Matey en lenguaje de signos payaso que la siguiéramos.

En el baño de mujeres había una fila de lavabos larguísima bordeada por un espejo a un lado y chicas vestidas de fiesta al otro. Frente a cada lavabo había un clon de cada chica, todas vestidas de colores pastel, con peinados grandilocuentes y planes aún más grandilocuentes. Se acercaban mucho al espejo, como si fueran a darse un beso mientras se pintaban los ojos y los labios con brochas minúsculas. En el aire se libraba una guerra vomitiva entre el desinfectante del baño y un ejército de perfume barato. Crack, con su traje negro y camisa blanca, apartó a empujones un montón de

vestidos para abrirse paso en la fila. Las chicas cotorreaban y revoloteaban como gallinas en un gallinero.

—Eh —Se quejó una de las gallinitas con un chasquido de la lengua. Se había pintado el labio de arriba pero todavía no el de abajo, un labio rojo intenso y el otro seco y pálido—. No puedes estar aquí dentro. Es el baño de mujeres.

Crack se llevó una mano a la peluca a modo de saludo.

—Tú debes de ser la supervisora, ¿no? —Se agarró las tetas por encima de la camisa grande y arrugada de hombre—. ¿Quieres revisarme las credenciales, corazón?

Matey se colocó detrás de la chica, con las manos abiertas sobre su pecho plano. Sacó la lengua por un lado de la boca y puso los ojos en blanco.

—¡Me pido segunda! ¡Me pido segunda! —Se apretó contra la espalda de la reina del baile.

La chica se alejó tambaleándose con los tacones altos y se colocó entre sus amigas, las guardaespaldas vestidas de tul y crepé. Matey y yo nos colamos en el sitio de la chica. Me llevé una mano al bombín y le sonreí, la forma de decir *Lo siento* en lenguaje de signos payaso, de decir *Todos somos amigos*.

A Crack le dije entre dientes:

—¿Esto qué es, *West Side Story*? Les estás dando motivos a estas chicas para que nos odien.

—Vaya, te estás volviendo una blanda —dijo Crack. Abrió su bandolera rosa fuerte. Los bolsos bandolera eran la parte de nuestro disfraz a conjunto; los habíamos comprado en Ross para parecer un equipo y guardar atrezo mientras trabajábamos. Puso cajas de maquillaje sobre la repisa del lavabo junto a aplicadores de esponja, lápices de maquillaje, tampones, un pito de chapa y una toallita. Nuestro maquillaje venía en estuches, como las acuarelas del colegio. Cada color era una tartita redonda. Un pincel se encajaba en uno de los lados.

Crack se extendió el maquillaje por la mejilla.

—Chaplin. Poneos a ello —y me miró—. Venga, Nari, ponte a ello. Ponte en modo Chaplin, muchacha.

—¿Todas? —pregunté—. ¿Todas vamos de lo mismo?

Matey asintió, se puso de lado y se coló para ponerse junto a mí en el espejo.

—Todas somos Chaplin.

—Todas somos Chaplin. Madre mía, qué redundante. Como tres Mickey Mouse en el desfile de Macy o tres Blancanieves de promoción en el mismo videoclub.

—O diez reinas del baile en el mismo aseo —dijo Matey en voz

alta. Unos ojos pintados miraron en nuestra dirección, parpadeantes, a través del espejo.

—¿Qué tendrá que ver la redundancia con el tocino? —dijo Crack —. La clave es el fetichismo. Si damos con un fetiche, haremos una fortuna, ¿vale? —Tenía la cara blanca, sin color. Los labios, blancos. Las cejas, espolvoreadas de blanco. Solo los ojos marrones, que se movían con rapidez, seguían siendo oscuros en contraste con la cara. Me evaluó con la mirada—. Si no te interesa la pasta, dímelo. —Sus ojos me observaron por el espejo, después desvió la mirada hacia su reflejo y acto seguido hacia Matey y, por último, volvió a mirarme a mí—. Si te interesan los currillos de poca monta y las Ferias Gastronómicas, es cosa tuya. No pasa nada, me buscaré a otra payasa, ¿me sigues?

Me retorcí el cabello en un moño alto.

—La avaricia ha envenenado las almas de los hombres… —dije mientras me colocaba una horquilla.

—¿Hola? —dijo Crack—. ¿De qué hablas?

—… nos ha llevado al paso de la oca a la miseria y a la matanza.

Crack se pintó el bigotito de Chaplin.

—Mira, tampoco es que te esté explotando. No sé adónde quieres llegar, pero yo estoy aquí para sacar pasta…

—Solo estoy citando a Chaplin. Estoy segura de que has visto *El gran dictador* —dije, mientras metía más horquillas para apartarme el pelo de la cara y que se quedase plano bajo el bombín.

Matey saltó:

—¿Y cómo se cita una peli muda? Explícame eso.

—Lo estás haciendo a propósito, o eso espero —le dije mientras terminaba de ponerme las horquillas.

—No cuentes con ello —dijo Crack. Con el bigotito y la peluca lisa, Crack parecía a medio camino de su propia dictadura.

—Bueno, ¿y qué tipo de fetiches estamos vendiendo esta noche? ¿Chaplin y azotes con el cepillo del pelo, para los participantes del baile? —Saqué la paleta de maquillaje de la bandolera y encontré una esponja en una bolsita de plástico con cierre. La metí bajo el grifo. Con el borde de la esponja, di unos toquecitos en la tarta de color blanco, la base de maquillaje.

—De nuevo, señorita Artista de Élite, no se trata del baile de fin de graduación, ¿vale? Es un curro corporativo. Llámalo un logo, imagen de marca, lo que quieran llamarlo, pero, en el fondo, es un fetiche. Y a los fetiches también se los conoce como pasta gansa —dijo Crack. Cerró un ojo y usó un pincel para bordearse los ojos de negro—. Matey entiende de fetiches, ¿a que sí, Mate?

—¿Fetiches? ¿Yo? No, esta ropa estaba limpia esta mañana. —

Levantó un pie, dio saltitos en círculo e intentó olerse el zapato. Tenía la cara blanca y el cabello recogido atrás por una docena de minúsculas gomillas. Se agarró a la repisa, se balanceó para incorporarse y mirarse al espejo, se encasquetó el bombín en la cabeza y esbozó una sonrisa desasosegante.

—Tápate los morados —dijo Crack. Le dio un cachete a Matey en el antebrazo amoratado—. Estos patanes corporativos han aflojado pasta para ver su estilo de fetiche, no para ver bdsm, ¿me sigues? Un rasguño aquí y otro allá le quita lustre a la ilusión.

Matey rebuscó en la bandolera y sacó la crema color piel, tono cetrino. Puso el tubo en la repisa. Un poco más allá en la pared de espejos, una chica del baile se dibujaba una línea de sombra plateada sobre los ojos, con los mismos movimientos que usábamos Crack, Matey y yo, solo que con diferente color.

Crack se dibujó las cejas.

—Si quieren a Chaplin, tendrán a Chaplin, ¿vale? Si quieren a sus mamás, las interpretaremos por la pasta suficiente. Si les damos lo que quieren, encontrarán un motivo por el que volver a contratarnos. Alta demanda, eso es lo que somos, alta demanda. Recordad mis palabras, señoritas.

Me cubrí la barbilla con el maquillaje blanco.

Matey se dibujó una línea gruesa, negra y recta sobre sus cejas finas y arqueadas. Tenía los brazos como palillos, los codos puntiagudos. El pálido interior de los codos estaba marcado por moratones del tamaño de un pulgar. Me pregunté si serían ciertos los rumores de que Matey era una payasa sadomasoquista de alquiler, que le iba la degradación, y la ponía al servicio de los coulrófilos.

—¿Haces muchos malabares con mazas últimamente? —pregunté esperanzada. Las mazas te podían provocar ese tipo de morados. A veces.

Matey me lanzó una mirada y ni se molestó en contestarme. Se le agrietaba el maquillaje en torno a los ojos; tenía los ojos hinchados. Sentí una punzada de tristeza, pero no tenía que ver con Matey, en realidad. Era algo más que eso. Me acerqué al espejo, me pinté los labios, imitando a todas y cada una de las reinas del baile que estaban en fila haciendo prácticamente lo mismo. Éramos un triste desfile de añoranza, aquellas chicas que se pintaban los labios y yo, humanas esforzándose al máximo. Yo sentía, por encima de todo, la vida perdida de mi hijo diminuto, de mi Rexie en miniatura, que ni siquiera llegó a este mundo de mierda.

El pequeño Rexie nunca tuvo la oportunidad de ser un imbécil, un tonto del bote, un príncipe, un payaso sadomasoquista. Lo que él o ella hubiera acabado siendo. Y después recordé a mis padres, que

también murieron demasiado jóvenes, pero mucho más mayores que el pequeño Rex. Yo era el centro, la bisagra de una familia que no estaba destinada a durar.

—¿Fuisteis al baile de graduación? —preguntó Matey.

Un espejo más allá, una chica redondita que llevaba un vestido celeste se quitó con pinzas un fino vello de la ceja. Ya tenía papada. Me la imaginaba perfectamente de vieja. ¿Cómo habíamos logrado todas llegar a este momento?

—¿El baile de graduación? ¡Bah! Pero esta, nuestra estudiante modélica, seguro que fue.

¿Yo? ¿Estudiante modélica? ¿Baile de graduación? Negué con la cabeza y agaché la vista apartándola del espejo. Me puse a organizar el maquillaje para concederme un momento.

—Yo tampoco —dijo Matey—. La noche del baile me estaba chutando. Aprendiendo malos hábitos. —Golpeó la repisa del baño como si estuviera tocando madera para que le diera buena suerte.

—¿La formica da buena suerte? —pregunté, dándole un golpe yo también. Parpadeé con las pestañas húmedas.

La chica de azul comenzó a meterlo todo en su bolso diminuto: barra de labios, delineador, sombra de ojos, perfume, llaves, tampones, chicles y pequeños envases de condones.

—Eh, ese truco es mejor que el de los payasos en el coche minúsculo. Dinos tu secreto, bombón —dijo Matey.

—Debes tener un octavo de payasa, ¿tal vez una abuela por parte cheroqui? La nariz de payaso la tienes.

Detrás de Crack, Matey fingió pellizcarse la nariz, como si fuera bulbosa, y dijo:

—¡Piii, piii!

La reina del baile agarró su bolsito, trazó un amplio arco para esquivarnos y se largó por la puerta.

Las tres Chaplin nos volvimos a mirar en el espejo. Acabé los labios de Chaplin, finos y pálidos, y dibujé el famoso bigote. Unas cejas anchas y un bigote son suficientes para cambiar una cara por completo. Un manual de formación para payasos dice: «Estos tres puntos de color bastan para desviar la atención del ojo del rostro normal y hacer que el individuo sea casi inidentificable».

—Yo, la noche del baile, trabajé como pinche. Estaba sin blanca. El salario mínimo era, en sí mismo, un mal hábito.

Eso hizo que Crack aullase una monótona carcajada apreciativa. Le gustaban las bromas de dinero. Lo que no dije es que para entonces yo ya era una menor emancipada: emancipada por el estado y por un accidente en la vieja Carretera Estatal 1 de California, antes de que se desmoronase, donde, a lo largo de rocosos acantilados al borde del

mar, unas cerradas curvas en horquilla atravesaban bosques de secuoyas. Me pinté un círculo negro en torno a los ojos y dije:

—En todos los trabajos de verdad que he tenido, llevaba un traje de poliéster.

—Y que lo digas —dijo Crack—. O un traje de poliéster o tanga y plataformas.

Ninguna de nosotras trabajaba ya por el salario mínimo. Como payasas, mientras consiguiéramos curro, nos pagaban con fajos de veinte. La regla de Crack era que la pasta se diera en el acto. Con el sueldo de otra noche ya estaría otra vez mucho más cerca de Rex, más cerca de construir, o reconstruir, la familia que no tenía.

Nuestra función era esperar apiñadas en un estrecho pasillo blanco, fuera de la fiesta de cóctel de una oficina corporativa, hasta que oyéramos la mezcla electrónica de los viejos acordes de *The Entertainer*. Al menos no era *Send in the clowns*, que era imposible bailar. Dejamos las bandoleras rosas en un rincón.

—Nuestra señal es cuando empiece a sonar la pianola, ¿vale? —dijo Crack—. Matey, tú sales primero. Deslúmbralos con tus mejores andares de Chaplin. Nosotras te seguiremos. Una detrás de otra nos caemos, nos levantamos, nos damos media vuelta y salimos. Hacedlo rápido, sin florituras, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, jefa —dijo Matey, y se agazapó cerca de la puerta. Se le daban bien las caídas. Antes de los curros de payasa trabajaba en tiendas de comestibles para conseguir el dinero del seguro, interpretando lo que llaman «resbalón y caída» en pasillos húmedos y sacando reclamaciones por lesiones.

—¿Caminar y caerse? ¿Ya está? —dije.

Crack se sacó un habano del bolsillo de la chaqueta del traje. Le dio vueltas con los dedos.

—Mira, Nari, vamos a hacer las cosas simples, como nuestra clientela. Conseguirán lo que han pedido.

Salimos a escena entre los aperitivos y el plato principal, como una elaborada campanilla de la cena, una señal sofisticada a los empleados-invitados corporativos: pasad de las copas al comedor. Enseguida empezó la música y entonces se encendió una luz estroboscópica. Crack no nos había dicho que habría un estroboscopio. Cualquiera puede imitar a Chaplin con un estroboscopio, pero es que a mí me ponía enferma.

Matey salió, con los pies zambos y balanceando el bastón. Crack siguió a Matey, y yo un poco detrás. Avanzamos con andares de pingüino mientras la luz parpadeante nos convertía en una película *stop motion*.

Lo malo es que la luz estroboscópica me mareaba. Sentía como si

me estuvieran dando golpetazos en la cabeza.

Matey le dio un manotazo al respaldo de una silla y puso un pie encima del travesaño. Bajo su pie, la silla dio una vuelta hacia atrás y Matey salió volando por encima. Estaba en el aire, bajando en picado, el bastón agitándose a un lado de su cuerpo. En el descenso, se encogió para dar una voltereta, todo con el pulso agitado y frenético de la luz estroboscópica. Bajo esa luz, el mundo era un lugar fragmentado (una mano en la boca, una bebida derramada, una cabeza vuelta); todo el mundo cortado en trozos de existencia.

Crack fue la siguiente en golpear el lateral de la silla con la espinilla. Se chocó con Matey al caer y las dos rodaron por el suelo.

Vi la silla: ya casi había llegado; sabía que tenía que pisarla, tropezarme, hallar una forma de hacer que la caída pareciera real y caricaturesca al mismo tiempo. Pero, mientras avanzaba bajo aquella luz con andares de pingüino, veía la silla de forma intermitente y aquello me desorientó. La silla, ¿estaba bajo mi pie o a un kilómetro de distancia? Bajo aquella luz, sentía extrañeza de mi propio cuerpo; la mano con la que agarraba el bastón parecía una pata de mono. Estaba mareada, el zumbido de las abejas clamaba en mi cabeza y el bombín de tienda de disfraces me apretaba como un torniquete. El bastón oscilaba como un limpiaparabrisas roto.

No era capaz de pensar, de decidir si pasaba por encima de la silla o me tiraba hacia atrás. Coloqué el pie derecho en el respaldo de la silla para pasar por encima, pero la silla se resbaló y yo, con mis deslizantes Oxford desparejados, también. Me abrí de piernas. Caí con fuerza, un restallido seco, la rotura de una banda elástica. Se me dobló la rodilla izquierda y me quedé sentada en el suelo: nada de volteretas, solo una mueca y el *spagat*.

Las volteretas son divertidas. Los tropiezos también. Los batacazos de culo son comedia en estado puro. Pero ¿el *spagat* frontal? Era una animadora. Una Chaplin animadora.

Tenía que levantarme de forma graciosa. ¿Iba a ser capaz?

Crack y Matey dieron la vuelta hacia la salida y desaparecieron por las puertas batientes. A mi espalda, los invitados las imitaron, torpes y nerviosos bajo las luces de discoteca, con cara de corderos degollados, achispados y cansados. Una mujer se tropezó con mi pierna extendida. El cóctel le goteó de la mano, se le escapó de la boca mientras se reía. Recorrí el travesaño de la silla con el zapato e intenté levantarme. Quería que la silla me lanzase en una voltereta, pero el zapatón estaba atascado y la silla era como un esquí en hielo, sin tracción en la alfombra del hotel.

Traté de levantarme, volví a agacharme y me apoyé sobre una rodilla. La silla me había atrapado el pie como una jaula. Me puse a pelearme con ella y rasgué las axilas de mi pequeña chaqueta. El

mango del bastón se me enganchó en el tobillo. Tiré de él, lo solté y derribé una bandeja de aros de salmón que llevaba un camarero en la mano. ¡*Voilà*! Confeti de anillos de salmón. En la luz estroboscópica, la cara del camarero era fea, y su boca un tajo tartamudeante. Me escabullí hacia la salida, saludé a la fiesta con el bastón, sentí el sudor caliente en las palmas de las manos mientras me impulsaba hacia delante con la mano libre y salía pitando como una tartana bajo la luz estroboscópica, con el bastón arrastrando a modo de silenciador.

Una mujer borracha que llevaba un vestido ceñido se dobló por la mitad y se enjugó los ojos, encogida por una carcajada que se perdía en la música. Un hombre le daba palmaditas en la espalda, tenía la cara contraída por la risa fiestera. Llegué a la franja de linóleo entre la alfombra y las puertas batientes de salida y la silla-esquí se resbaló rápidamente hacia delante. Abrí la puerta con ella y salí.

Matey y Crack estaban en el pasillo, cuyas paredes, techo y suelo estaban pintados de blanco maquillaje, brillantes y relucientes como el cielo. Matey se había quitado la chaqueta y tenía un cigarrillo en la boca.

Solté un gruñido y dije:

—El espectáculo ha sido un punto. Y, hablando de puntos, creo que necesito unos cuantos.

A mi espalda la música sonaba fuerte, después apagada, después fuerte y después apagada conforme las puertas se abrían y se cerraban y se volvían a abrir, impulsadas por su propia inercia.

—Después de ese bailecito te vas a levantar mañana con el culo dolorido, y con eso no me refiero al hombre del momento —dijo Matey.

Crack me fulminó con la mirada.

—¿Qué ha sido eso? Cuando dije que nada de florituras, me refería a que no la cagases y no perdieses tiempo.

Tiré el bastón a un lado, doblé la pierna y metí las manos por entre la silla para quitarme el zapato y liberar el pie. Las axilas rasgadas de la chaqueta se volvieron a rasgar. Un friegaplatos se apoyó contra la pared, con el delantal empapado. Me observó masajearme el muslo sentada en el suelo.

—El espectáculo ha terminado, amigo; no hay nada que ver —le dije.

Alzó un brazo tatuado, se llevó el pulgar y el índice a los labios, imitó el gesto de dar una calada y acto seguido levantó las cejas y asintió: ¿Sí?

¿Una cita? Ni de coña. Me ardía la ingle, pero no de deseo, sino como si se me hubiera desgarrado el ligamento. Pero recordé el juramento al Código del Payaso. Seguía disfrazada. Me daba vueltas la

cabeza, me ardía la cara y el lavaplatos quería un espectáculo. Le devolví una sonrisa falsa, le guiñé un ojo y sacudí la cabeza en un gesto de recatado rechazo al estilo payaso.

Él puso una carita triste, los labios hacia abajo, y después se le ocurrió otra idea. Se puso las manos en torno a la boca e inspiró; una invitación a esnifar pegamento. Cuando volví a sacudir la cabeza, se sacó una tarjeta del bolsillo y me la dio: «Jack. Friegaplatos». Dos palabras y un número de teléfono.

Las puertas batientes se abrieron, volvió a oírse el estruendo de la música y entró al pasillo un hombre alto. Se alisó la solapa.

—Excelente, un trabajo excelente —dijo—. Bravo. —Aplaudió brevemente e hizo una reverencia. Su sonrisa tenía el lustre esmaltado de dientes recién blanqueados. Cuando se inclinó en mi dirección me tendió la mano—. Creo que no he tenido el placer.

Desde el suelo, le tendí la mía. El apretón que me dio fue rápido y fuerte.

—Se llama Narizotas —dijo Crack—. Es nuestra última broma.

—Fantabuloso —dijo. Su cabello era un mar de ondas rubias.

El friegaplatos se limpió una mano en el delantal grasiento y la extendió. Dudé antes de estrechársela a él también, como si le estuviera haciendo un favor. Tenía la piel arrugada por el agua como la de un crío en la bañera.

El hombre de esmoquin se levantó los pantalones y se agachó.

—Has estado espectacular ahí, ¿sabes? Tienes una coordinación cómica perfecta. ¿Necesitas una mano con eso?

Señaló mi pierna, donde me estaba masajeando el muslo con las manos. Antes de que pudiera responderle, hundió unos dedos fuertes en los músculos y tendones de mi pierna. Cuando encontró un punto de dolor, me estremecí.

—¿Te ha dolido?

—De una forma agradable —dije. Me provocaba el dolor de un masaje que me estuviera relajando los músculos.

Matey agitó los brazos, dio una palmada y dijo:

—¡Eh, que es mi chica!

El friegaplatos, nervioso, saltaba de un pie a otro, de un lado a otro. El hombre del esmoquin se rio.

—No, no quería decir eso —dije. Intenté apartarle las manos con delicadeza.

A su espalda, Crack se aclaró la garganta y dijo:

—¿Tienes algo para nosotras? No tenemos tiempo para colegueos a menos que esté pagado.

—Ah, sí, claro. —Se levantó con presteza y un crujido de las rodillas, metió la mano en un bolsillo interno de la chaqueta y sacó un

sobre—. Antes de que acabemos con esto, dime si Narizotas hace, eh, cómo decirlo, negocios personales. Fiestas privadas. Un cara a cara.

—No —respondí.

—Depende —dijo Crack— de lo que pidas y de lo que pagues.

—No hago cara a cara —repetí.

Matey se unió a la conversación:

—Estoy aquí. —Plantó los pies a cada lado de la pared del pasillo y dio unos pasos hacia arriba, después se bajó de un salto. Los pies golpearon el suelo con fuerza—. Negociemos.

Don Esmoquin se volvió hacia mí.

—Haré que valga la pena. —Sacó una tarjeta de visita.

—Te he visto antes, ¿no?

Su sonrisa era una línea recta que se sesgaba hacia un lado. Tenía las mejillas altas y rubicundas.

—Puede que sí. Puede que haya ido a algunos de tus espectáculos. Tal vez sea tu admirador más ferviente.

Aquello fue todo lo que necesitaba oír. Un coulrófilo.

—Aquí la jefa soy yo —lo cortó Crack—. Hablaré con ella y arreglamos algo.

Cogió la tarjeta. Él sacó otra. Me la tendió y yo la cogí.

El friegaplatos comenzó a contar billetes que se había sacado del bolsillo. Tal vez tuviera diez dólares en total. Crack le hizo un gesto con la cabeza.

—Guárdate el chicle en el bolso y date el piro, Don Limpio. Aquí no tienes nada que hacer. —Le dio la espalda y señaló al hombre del esmoquin—. Paga primero este trabajo y ya veremos cuál es el siguiente.

Él le puso el sobre en la mano abierta.

—Está todo aquí y un poquito más. —Volvió a guiñar el ojo.

El friegaplatos, con los pantalones húmedos caídos, desapareció por una puerta de la que salía una nube de vapor.

—Gracias —me dijo el hombre—. Me has alegrado la noche.

Me mostró los dientes, arrugó la piel bronceada de las mejillas recién afeitadas y después se dio media vuelta y se encaminó a lo que, en el mundo empresarial, pasaba por una fiesta.

Crack contó la pasta y dejó un fajo de billetes a mi lado.

—Así son las cosas. Yo hago todo el trabajo difícil, soy el cerebro de la operación, y el viejo Valentino se decanta por la gafe. Valiente numerito.

—Los numeritos son la respuesta —dijo Matey—. ¿Quién era Valentino? El friegaplatos ese estaba potable.

—Tan potable como el agua de fregar platos —dijo Crack.

—Al menos el friegaplatos es humilde. El otro tipo me da mal rollo —dije yo.

—Claro, a todos los grandes artistas les da mal rollo cualquiera que tenga pasta, pero esa es tu neura, no la mía. Ni la de él. —Crack volvió a contar su parte del dinero.

—¡Ni la mía! —intervino Matey y levantó la mano como una estudiante modelo.

Crack me dijo:

—Sabemos que eres lo más en Declivetown, que estás viviendo la vida de una gran artista, pero eso no significa que seas demasiado buena para ensayar.

—Ensayo siempre. Los andares de pingüino me han salido bien.

—¿Ves que me haya lesionado? ¿Está Matey en el suelo con un tirón en la ingle?

—Ha sido la luz estroboscópica. Me confunde.

—Mira, bonita. Ponte hielo en la pierna y luego aplica calor. Arriba y abajo, así. Y, la próxima vez, haz unos estiramientos de calentamiento. —Se sacó el bombín, se quitó la peluca de un tirón y se sacudió el pelo corto—. No solo me estoy poniendo en plan doctor House. Te estoy dando la cháchara de primeros auxilios porque el próximo trabajo gordo está a la vuelta de la esquina, ¿vale? Una sesión de fotos publicitaria. Cuesta dinero. Lo haremos solo una vez, así que sé puntual y dalo todo. Ah, y ya he cogido tu parte del salario.

—En estos fregados, si quieres ser una gran artista, empieza por un cambio de sexo. No es coña —dijo Matey a su espalda.

Qué gran consejo.

—Ese número no me interesa.

—En fin, Grimaldi la Grande, entonces tendrás que trabajar con las peras, no contra ellas. Y no te creas que aquí tus hermanas no tuvieron nunca mayores aspiraciones —dijo Crack—. No nos vendimos de primeras, el dinero nos encontró a nosotras, y me alegro. Nos vemos en la sesión de fotos. —Echó a andar por el largo pasillo blanco.

—Pssst —dijo Matey con un susurro de escena, y se dio un golpe en la cabeza con la mano—: Una pista: las mujeres llevan maquillaje, ¿no? Pero si un hombre se pinta la cara, la gente ve *aaaarrrrte*. Tú y yo, a lo máximo a lo que llegamos es a las fiestas de cumpleaños, y eso hace más daño que cualquier cosa que yo esté haciendo ahora. Ese es el quid de la cuestión. —Se tocó el sombrero de Chaplin. ¿Era verdad? ¿Había acaso un techo de látex, una línea de meta de maquillaje inventada?—. Ten cuidado al volver a casa.

—Más bien cuidado al levantarme —le respondí.

—Llama al del esmoquin. Es dinero fácil. De verdad. —añadió.

Al final del pasillo, Crack cogió una de las bandoleras rosas de

nailon. Matey agarró la suya. Solo quedaba la mía, bien lejos, contra el brillo del linóleo blanco. Rex, la bandolera, la familia, la fama y Kafka: ¿por qué todo estaba tan lejos de mi alcance?

Sentía la pierna como una goma elástica desgarrada. El enjambre de abejas pululaba por el centro de mi cabeza. Me apoyé en la silla para ponerme en pie y después me senté sobre ella y, con el pulgar, me froté el meridiano del corazón del interior de la muñeca, el punto de acupuntura, el centro del punto del corazón de bebé. Ese punto que dice: «Vuelve a ser quien estabas destinado a ser».

Crack y sus trabajos; ese era todo mi plan y la forma de volver a ser quien estaba destinada a ser: la chica de Rex, Rex y yo actuando juntos, ofreciendo arte y no negocio. Matey empujó la puerta de salida. Crack, por encima del hombro, gritó:

—Ensaya si quieres seguir con nosotras, Narigota. Si no, *kaput*. Te dejaremos ir, ¿me sigues?

7.

LA HOSTILIDAD SE DISPARA DESDE LA CADERA

Al día siguiente, no podría haberme dado un batacazo ni aunque mi culo dependiera de ello. El músculo o el tendón o la goma elástica de la ingle que me había desgarrado durante el número de Chaplin se había agarrotado de dolor durante la noche. Cuando intenté comenzar la recolección de orina del día, no tenía manera de ponerme en cuclillas sobre la botella y sostenerla por encima del retrete. Me apoyé contra la pared. La orina salió ladeada. Pis en el asiento. Pis en la mano. Pis encima de los deberes. Me di por vencida: eché la botella a un lado, me senté en el asiento mojado y dejé que fluyese la orina.

Necesitaba que el poli me devolviera la cuña.

Tenía el teléfono, con su largo cable, dentro del baño para llamar a Rex. En vez de eso, me sacudí gotas de meado de la mano y me puse a marcar.

—Información —dijo una voz, con un tono que oscilaba entre la afirmación y la pregunta.

—Hola, Información —dije—. ¿Podrías darme el número de la pasma que no es de emergencias? De la policía, digo. Del distrito de Declivetown.

Cuando me pasaron con la pasma, contestó otra mujer, y me di cuenta de que desconocía el nombre del madero al que buscaba. No es que quisiera hablar con un madero, para nada, pero necesitaba aquel trasto.

—No sé cómo se llama —dije.

—Suena a que sois buenos amigos, ¿eh?

—Tiene el pelo de un castaño claro como dorado.

—De esos hay unos cuantos por aquí. —Oí cómo explotaba una pompa de chicle—. De los que tienen pelo.

—Le arrastran los pantalones —agregué con tono dubitativo.

—Bueno, supongo que eso afina la búsqueda. Vigilaré a ver si pasa un policía que necesite un sastre.

—Mira, tiene algo que me pertenece y necesito que me lo

devuelva. No es muy alto. Tiene pecas en el brazo. Huele a canela y a desayuno de domingo. —No se me ocurría nada más.

—Cariño, aquí no estamos para escribir anuncios por palabras. Sin un nombre o un número de placa, no puedo ayudarte. —Pi, pi, pi.

El centro de acupuntura patrocinado por el gobierno estaba en la planta superior de una casa vieja, sobre el local de intercambio de jeringuillas que era parte de un programa de metadona en la linde destartalada de Declivetown. «El lado bueno: Centro de Rehabilitación de Día para chutadores expertos», decía el cartel. «Consigue estar limpio con nuestros servicios para que no tengamos que ir a tu funeral».

El precio del tratamiento era irrisorio. El eslogan de la clínica era: «Más si puedes, gratis si no», y, que yo supiera, el gobierno ni siquiera preguntaba a qué destinaban los fondos: eso era lo mucho que les importaba.

Quería un apaño rápido para mi ingle escacharrada, una cura fácil, barata y rauda con la que poder salir a la calle y atar globos, hacer malabares con mazas y crear mucha diversión.

Los escalones de madera del porche de la clínica estaban macerados en pis caliente por el sol. Inspiré hondo, me puse bien el gran sombrero de paja y comencé a subir. A cada escalón, me ardía la cara interna del muslo. W. C. Fields, como un pequeño demonio, me farfulló al oído: «*Padeces ciática*». Golpeaba cada peldaño con el bastón, levantaba la pierna mala y me impulsaba agarrándome al tembloroso pasamanos de madera. Llevaba una zapatilla Keds de mi número y un zapato de payaso del número 45 transformado en zapato ortopédico: le proporcionaba una base más amplia a mi cadera y le daba más espacio al pie. La deportiva grande me había sido útil en las aceras planas de Declivetown, pero, una vez llegada a la clínica, la puntera de goma de la Keds de tamaño payaso chocaba contra el borde de cada escalón de madera.

Dentro de la clínica, aún no había abierto el intercambio de jeringuillas. Había hombres y mujeres sentados en sillas de plástico naranjas en torno a lo que antaño fue una sala de estar. Un hombre con un verdugón morado en la mejilla se limpiaba los dientes con el carné de conducir. Una chica pálida de vestido negro le daba vueltas al piercing de aro de la nariz. Sobre su cabeza había un cartel enorme que rezaba: prohibidas drogas, armas e intercambios de dinero. prohibido merodear, los móviles y los buscas. prohibido beber alcohol, hacer señales con las manos y silbar. prohibidas blasfemias, insultos y comentarios racistas. prohibido permanecer en las instalaciones una vez acabados sus trámites. de encontrarse usted visiblemente bajo la influencia de sustancias controladas, será expulsado. **prohibidas terminantemente las payasadas**.

La sala de espera estaba decorada con carteles de fugitivos, esposas desaparecidas y hombres que habían burlado la guardia en centros ambulatorios. «Necesita medicación», decían todos y cada uno. En la foto de una chica pelirroja había escrito, abajo, «Te queremos. No te encerraremos». Debajo, una segunda mano había garrapateado: «Seh, claro, *kapullo*». Unas cuantas placas rezaban «En memoria de».

Había una pila de panfletos: «De aquí a la paternidad: cómo sobrevivir a ser padre joven», y un llamativo póster que decía: «Pisa fuerte, ¡que no te pisen!», con una fotografía de tres mujeres felices, con las cabezas echadas hacia atrás y el maquillaje perfecto. «Un mensaje amistoso del ppmd: Programa de Prevención del Maltrato de Declivetown».

Mangué una chincheta del póster del ppmd y colgué mi propia petición de auxilio: se busca gallina de goma. plucky.

Cuando llegué al principio de la cola, la recepcionista me dio una carpeta con un formulario que tenía que rellenar y un bolígrafo grasiento que sacó de una taza que había sobre el escritorio. Me senté sin apoyarme mucho en el borde de una silla naranja, con la pierna mala extendida. En el formulario, donde preguntaba «Empleo», escribí «Payasa». Después lo taché y puse «Animadora». Lo taché y escribí «Artista interpretativa».

Marqué: *Hepatitis*, No. *Sida*, No. *Hematomas*, No. *Asma*, No. *Glaucoma*, No. *Diabetes*, No. *Ictericia*, No. *Agujas compartidas*, No. *¿Problemas de corazón?* Di una respuesta a mi medida: Quizá.

¿Embarazada? Marqué No. Recién desembarazada. desembarazada del todo.

Entregué los formularios y me volví a sentar. Dejé la bandolera rosa en el suelo, apoyé el bastón contra la pared, me metí las manos en los holgados bolsillos del pantalón y acaricié juguetes de payaso con los dedos: tres pelotas de malabares en miniatura, un tubo de pegamento que no se adhería a la piel, un puñado de globos. Saqué un globo naranja, lo estiré con un gesto rápido y comencé a soplar. Una costumbre nerviosa.

Dejé que el globo se desinflara contra mi palma con una pedorreta chirriante.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó la recepcionista. Señaló el cartel grande que había en la pared: prohibido silbar. Volví a meterme el globo en el bolsillo y me senté sobre las manos, con las palmas abiertas contra la pegajosa silla naranja, hasta que me llamó la recepcionista.

El acupunturista era la radiografía de un silbido. Rozaba el techo inclinado del ático con el pelo. Se lo echó hacia atrás con un gesto de la mano; acto seguido, se golpeó la cabeza contra el techo y el pelo

volvió a caer hacia delante, alborotado.

—Caramba —dijo, por lo bajo, y se ajustó las gafas diminutas. Sostenía los papeles que yo acababa de rellenar en la planta de abajo. En medio de la estancia, donde el techo era más alto, había un biombo de papel de arroz. Se oía el zumbido de un aire acondicionado portátil. El acupunturista miró los papeles, frunció el ceño y me dijo: —Dígame, ¿cuál es el problema, exactamente? —Tenía los ojos tristes y la frente ajada por la preocupación. Era un alma buena dispuesta a salvar el mundo, el tipo de persona que gravitaba hacia las calles tristes de Declivetown como basura arrastrada por el viento en un aparcamiento.

Yo había escrito «ingle» en el espacio que había bajo «problema» en el formulario. Eso ya lo tenía.

—Bueno, el mayor problema es el dinero: no puedo permitirme el tratamiento ni tampoco faltar al trabajo.

Ya tenía el bolígrafo listo, una página en blanco. Estaba sentado en un taburete alto, con el tobillo derecho encima de la rodilla izquierda, y apoyaba la carpeta contra la pantorrilla. Llevaba mocasines de cuero blando y unos cómodos calcetines marrones. Daba la sensación de que estaba a punto de ponerse a tocar un poco de folk con la guitarra.

Me senté en la mesa cubierta de papel y me pellizqué el tendón de la cara interna del muslo.

—Me caí —dije—. Creo que me he hecho daño. —Volví a pellizcarme el muslo y contuve la respiración.

—Enséñeme la lengua —dijo él.

—¿La lengua?

Él asintió y se apartó el pelo de los ojos. Se me escapaba la lógica del asunto. Abrí la boca y saqué la lengua. El acupunturista se me acercó mucho; después se retiró y escribió en la página en blanco. Volvió a acercárseme, ladeó la cabeza y la escrutó como un espeleólogo de expedición.

Cuando llevaba demasiado tiempo haciendo aquello, me pasé la lengua por los dientes secos y le dije:

—El problema está en la pierna, en la cadera.

Arrugó la frente, miró abajo y escribió una rápida explosión de garabatos como poseído por la inspiración.

—¿Cuánto duerme?

—Poco.

—¿Cómo tiene el oído? ¿Le pitan los oídos por la noche?

—Lo que me molesta es un músculo de la pierna —repetí.

—Curar una parte del sistema implica a todo el sistema. Ahora, dígame, ¿come con regularidad?

—Ni siquiera me gusta el olor de la comida. Me desmayo al primer

tufillo a patatas fritas. —Mi cabeza se puso a zumbar al ritmo del aire acondicionado.

—Oler es ingerir, es lo mismo. —Me colocó una linterna ante los ojos, primero uno y luego el otro, y la movió hacia delante y hacia atrás—. ¿Conoce a sus vecinos? ¿Forma parte de una comunidad?

—Conozco a algunos vecinos. —Conocía a los delincuentes de Declivetown y ahora había conocido a un madero del vecindario, aquel niño bonito ya crecidito.

El acupunturista comenzó a mover una rodilla arriba y abajo, agitó la pierna y, con ella, la carpeta, mientras leía:

—¿Y qué tal es ser… —miró los formularios— artista interpretativa?

—Payasa —dije—. Y la verdad es que es genial. No me dedicaría a otra cosa. Pero últimamente no soy capaz de pensar. Tengo la cabeza como embotada. Me han arrasado, como a una cosecha débil de un mal año.

Me agarró la muñeca y me tomó el pulso.

—Está agotada. —Escribió una nota en la historia y volvió a tomarme el pulso de la misma muñeca, pero desde un sitio diferente —. ¡Ah! ¡Qué interesante! —Movió los dedos adelante y atrás como tocando los acordes en una guitarra folk, y contó por lo bajo. Sentí la calidez de sus dedos mientras me buscaba el pulso.

Escribió más notas y asintió.

—Perfecto. Tiene un ejemplo perfecto de lo que llamamos Síndrome de Desequilibrio entre Corazón y Riñón.

—¿La pierna?

—Una persona tiene seis pulsos. Su pulso más fuerte es el del corazón, mientras que el del riñón es casi inexistente. El corazón representa el fuego, los riñones, el agua. Si se tiene demasiado fuego —dijo y, con una mano de dedos largos, imitó el gesto de una planta abriéndose a cámara rápida— pero no suficiente agua —su otra mano hizo un gesto como de un charco bajo la planta—, se crea una perturbación en el sistema. El Síndrome del Desequilibrio entre Corazón y Riñón. —Mantuvo las dos manos en alto, como si estuviera anunciando algo hermoso—. Su corazón y sus riñones no se están comunicando.

—Bueno, sí es verdad que tengo problemas de corazón.

Sacó un estetoscopio y me apretó el disco de metal frío contra la piel de la espalda.

—El corazón suena bien. Deje que le mire otra vez la lengua.

Abrí la boca y la saqué

—¡Sí! ¡Eso es! —dijo señalándome la lengua con un largo meñique —. Tiene un surco estrecho en el centro. —Escribió en sus notas y

después me miró—. Yo también lo tengo. Abrió la boca y me enseñó la lengua; vi una línea en el centro, pero no tenía los conocimientos necesarios para saber si era particularmente estrecha.

—La gente como nosotros —dijo con voz queda— estamos predispuestos genéticamente a acumular el estrés en el corazón. —Parecía contento de haber encontrado algo que tuviéramos en común: nuestros corazones enfermos.

—Bueno, es un pequeño consuelo. Al menos tengo parentesco genético con alguien.

Me dirigió una sonrisa.

—No es una enfermedad del corazón. Tal vez se sienta sola.

¿Sola? No estaba sola, tenía a Rex. Pero allí estaba: otro fetichista de los payasos. En un minuto me daría su tarjeta, me pediría una cita, usaría aquella manida frase sobre cómo la acupuntura podía proporcionar la versión bailonga y extendida de un orgasmo descomunal.

No sería la primera vez que la escuchaba.

—¿Ha sufrido usted alguna pérdida? —Me miró a los ojos—. ¿Problemas de abandono, tal vez, o traumas en la infancia?

Ah, la artimaña de la sensibilidad, entraba directa por el pulso del corazón. No pensaba picar.

—No. —Pero, mientras lo decía, me llevé una mano a las fotos que llevaba metidas en el sujetador.

Siguió la mano con la mirada, se ruborizó, arrugó la nariz y se dio unos golpecitos en las gafas minúsculas.

—A veces enterramos nuestros sentimientos… —Me miró como si fuera un payaso triste sobre terciopelo gastado y después me brindó una media sonrisa.

Me brindó lástima. ¿La necesitaba yo, acaso?

—Estoy muy lejos de sentirme sola, ¡no estoy de broma! —dije metiendo la mano en la bandolera rosa en busca de un paquete de chicles explosivos, el bocadillo de jamón de goma o cualquier accesorio que desviara la atención de mi persona. Me topé con la pistola plateada. La saqué: ¡*voilà*!

El acupunturista dio un salto hacia atrás y levantó los brazos. Hipó, se golpeó la cabeza contra el techo inclinado y tropezó con una papelera.

—Respire hondo, no comenta ninguna imprudencia, tiene todo el futuro por delante, hablemos, estamos aquí para ayudarla —dijo como si recitara un memorando de formación de empresa sobre situaciones de emergencia.

Apreté el gatillo. El acupunturista soltó un grito. Salió disparada una bandera, que tenía escrita la palabra «Bang».

Miró la bandera, arrugó el entrecejo y se puso derechas las gafas con una mano temblorosa.

—Eso —dijo mientras se me acercaba con mucha cautela— no ha tenido ninguna gracia. Eso ha sido todo lo contrario a gracioso. —Todavía tenía las gafas torcidas. Le ondeaba el cabello suelto.

Giré la pistola para enrollar la bandera y después la metí dentro del cañón con la palma de la mano.

—Es una avancarga.

Se frotó la nuca con una mano.

—Qué tóxica. —Se llevó una mano al corazón, cogió una botella marrón de una balda, desenroscó el tapón y dio un largo trago.

Esta vez me tocó a mí el turno de mirarlo con lástima.

—¿No cree que está siendo un pelín melodramático? —le dije—. Ni siquiera parece una pistola de verdad. ¿Ve la pegatina de *Made in China*?

Extendió una mano con la palma recta en el aire, como un mimo que señalara el borde duro de una caja; le temblaban los dedos. Cuando bajó la botella, agarró la pistola. Envolvió el cañón con dedos trémulos, me la quitó con cuidado y la puso en el mostrador. Se me acercó mucho.

—Debería llamar a la policía, ¿sabe? —dijo muy bajito.

—¿La policía? —Mi primer pensamiento fue secreto, curioso, esperanzado y nervioso: *¿el Señor Canela?*

El aliento del acupunturista despedía el aroma penetrante del alcohol, el almizcle de las hierbas.

—En la clínica no toleramos la hostilidad.

—Es una broma clásica, cosas típicas de payaso. Se nota que nunca ha ido al circo.

—Esta vez lo dejaré estar —dijo dándole otro trago a la botella. Se lamió los labios finos y pálidos—. Pero tiene que buscar ayuda. Lo único que va a conseguir así es marginarse. —Tenía los brazos escuálidos e intuí que las agujas de acupuntura tal vez no fueran las únicas que utilizara.

—Por el momento, túmbese bocarriba en la camilla. Quítese el otro, eh, zapato. —Se levantó y puso la carpeta a un lado. No me dio su tarjeta, no me pidió una cita ni me ofreció su número de teléfono. Tal vez a este hubiera logrado disuadirlo.

Me recosté; la sábana de papel emitió sonoros crujidos. El acupunturista exhaló con fuerza mientras me iba colocando agujas minúsculas entre el pulgar y el resto de dedos. Las agujas no me hacían daño, pero me provocaban la sensación de que me hubieran golpeado el hueso de la risa o tocado un nervio. Era un dolor cálido que se extendía y hacía que quisiera reírme, encogerme y vomitar,

todo al mismo tiempo: comedia y tragedia, alineadas en cada una de mis células. Me esforcé por soportarlo sin moverme. La pistola plateada relucía con un brillo pálido en la balda, metida entre frascos con tapa cromada de algodones y tiritas. Fuera, pasó una ambulancia. Su sirena se volvió más fuerte y después se fue apagando conforme la emergencia de otra persona se alejaba en la distancia.

El acupunturista apagó una lamparilla en mi lado de la habitación y me dijo:

—La dejo que descanse durante veinte minutos.

Entonces me quedé sola, cubierta de agujas y con miedo a moverme. Tenía el corazón acelerado. Quería incorporarme o darme la vuelta. Tenía la boca algodonosa. Mi corazón volvía a hablar en código morse: *problemas de corazón, problemas de corazón, problemas de corazón… muere o explota, muere o explota…* El acupunturista no lo comprendía: no era soledad, era algo más. Tenía que decírselo: sí, tenía problemas de corazón. Un problemón. No había rellenado los formularios correctamente. ¡Nitroglicerina y potasio! ¿Dónde estaba la botella de la que había dado un trago? Necesitaba medicinas. Necesitaba relajarme: quería un globo, estirar y anudar un animal, retorcer nudos de globo hasta quedarme tranquila.

El cuerpo me pesaba una tonelada; no había dormido desde que Rex se había marchado de la ciudad. Sumida en el humo del incienso caliente, intenté dejar de escuchar la historia de mi corazón frenético. Dejé ir el ruido de la calle, las sirenas y los autobuses. Me pesaban los brazos, las piernas y la columna contra la camilla. Sentí entonces que tenía dos cuerpos, uno externo y otro interno, uno más pequeño incluso que mis huesos y otro grande e inflado como un globo. Era una oveja de globo, el san Sebastián de las agujas de acupuntura. La Virgen María. La piel era una membrana tan fina como la goma. Podía verme el interior de los párpados, tranquilo y oscuro, con pintitas naranjas.

—Vale, ya está. —El acupunturista pulsó el interruptor de la lámpara. Me sobresalté, repentinamente despierta. Me sacó las agujas de los pies, las manos y la cabeza.

—¿Ya está? —Yo era un globo inflado con revestimiento de color carne, demasiado vacío como para incorporarme.

—He encontrado una medicina que la ayudará. —Me entregó una caja roja del tamaño de la palma de la mano con la imagen del perfil de una persona—. Es china, te refuerza el sistema. —Mientras decía «refuerza», hacía el gesto como de un levantador de pesas, como Natalia-Italia-Nadia flexionando sus músculos narcisistas: el hombro hundido, un puño cerrado—. Tómalas de diez en diez, hasta treinta al día. Son fantásticas.

Cogí la caja, la abrí y saqué un frasco ambarino con tapón de

corcho y un grueso sello de cera. El texto estaba en chino.

—¿Esto me va a curar la pierna?

—¿La pierna? Ah, eso. Póngale hielo y después aplique calor. Arriba y abajo. Mientras esté viendo la tele o lo que sea. —Era el mismo consejo que me había dado Crack. Sostuvo la pistola de juguete por el cañón y dijo—: Y pare con la hostilidad. La hostilidad la almacenamos en las caderas y las articulaciones. No sirve de nada. Dese cuenta de cuándo se está aislando. Y alégrese de no estar muriéndose. Antes ha venido un paciente con neumonía ambulante, un pulmón colapsado. Puede que no sobreviva. Al menos usted no es él, ¿no?

Esa era mi receta: empatía con límites, gratitud por lo que tenía. La pistola me temblequeaba en la mano. La volví a meter en la bandolera.

Al volver a casa, vi al cortador de césped empujando su máquina por el centro de la calle vacía con aquellos largos trancos tan particulares.

—Eh, Payasa, ¿lista para que te corte ese patatal de césped?

Me coloqué bien las gafas de sol con margaritas.

—No creo que sea posible.

Se paró en la calzada. Yo seguí cojeando, avanzando lentamente.

—¿Qué has hecho? Parece que tienes un caso de gota. —Me observó cojear hacia él con el zapato enorme y una mano en el sombrero—. Consigue el número adecuado de ese zapato y puede que se te dé mejor andar. Madre mía, ¿de qué número es esa barca?

Le hice un gesto con la mano.

—Estoy bien.

—Bueno, entonces dime qué te parece esto. ¿Y si me compras la cortacésped? Por veinte pavos podrás cortar el césped tú solita las veces que te haga falta. Es un buen cacharro, algunos días lo uso todo el día.

Sabía de dónde venía: Villa Se Vende. Todavía me zumbaban las abejas en la cabeza, pero ahora tenía el frasco de pastillas chinas bien metido en el bolsillo de los pantalones a rayas. Di un paso y me apoyé en el bastón.

—Tiene una cuchilla nueva. Corta la hierba como si fuese mantequilla.

—Parece vieja —le respondí.

—Claro, es de cuando sabían cómo fabricar una cortacésped. No te va a dejar tirada. Es el equivalente a un antiguo taxi Checker o a una máquina de coser Singer.

Colgué el bastón en el mango de la cortacésped. Veinte dólares. Al menos sabía lo que estaba comprando: algo simple. No me importaba

lo que dijera Herman: cumpliría con mi turno de jardín, pero no con la cortacésped manual mientras las malas hierbas estuvieran altas y el sol pegara bien fuerte, con un tirón muscular y la mano invisible que me atenazaba el corazón, me apretaba los pulmones, me impedía respirar profundamente y hacía que me zumbara la cabeza. Saqué un billete de veinte del sobre que tenía guardado en la bandolera rosa. Dinero de payasa. Dinero de Rex.

—Bonito sombrero —dijo el cortador de césped—. Pero tiene unos cuantos agujeros.

Asentí para decirle *Ya lo sé*. Se metió el billete en el bolsillo y asintió para decir *Adiós*.

La superficie de las aceras era irregular y los neumáticos de la cortacésped estaban tan duros como las ruedas de un carrito de la compra. La máquina me traqueteaba bajo las manos mientras la empujaba en dirección a casa. El traqueteo en mis manos era una reverberación mayor que la del zumbido en mi cabeza. Me apoyé en la cortacésped como si fuera una muleta. La Keds enorme azotaba el asfalto.

Para cuando llegué a la manzana de Herman, él y Nadia-Italia se encontraban sentados en el sofá del porche.

Herman me vio, se levantó de un salto y dijo:

—¡Ey, ey, ey! Normas de la casa. Nada de gasolina, no hace falta. Tenemos la cortacésped manual. —Vino hacia mí dándole caladas a un cigarrillo.

Había anticipado la resistencia. Dispuesta a negociar, le grité al espacio entre nosotros:

—La usaré una vez para cortarlo todo.

Herman se encontraba a medio camino del jardín cuando, de repente, agachó la cabeza y se dio media vuelta a toda velocidad. Volvió caminando al porche con el cuello rígido.

¿Había ganado la discusión así de fácil?

La fría sombra de un coche se puso a mi altura. Con el fuerte rugido de un motor potente, un coche aminoró para seguir el ritmo de mi cojera con muleta de cortacésped traqueteante. El humo del coche era como un aliento caliente que me rozaba la nuca.

8.

PASTELILLOS DE CANELA Y EL NÚMERO DEL ÁNGEL

No miré el coche que me seguía. En Declivetown era mejor no mirar: simplemente sigue avanzando, ten presente adónde vas y presta atención a los ruidos de tu alrededor. El coche avanzaba por la periferia de mis gafas floridas. Tenía los ojos puestos en la casa, ya casi había llegado. Herman, en rápida retirada, se lanzó al porche y se agachó a recolocar vasos vacíos. Reunía ceniceros con la rapidez de un niño cuyos padres estuvieran entrando a casa antes del fin previsto de las vacaciones. Nadia-Italia se puso en movimiento, se tiró rauda por el brazo del sofá y, tras ponerse a cuatro patas, gateó hacia la puerta principal. La puerta mosquitera se cerró con un golpetazo a su espalda. Levanté la cortacésped Snapper y la empujé hacia el camino agrietado de Herman.

—Disculpa —dijo una voz.

El protector de la hoja se enganchó en el bordillo. El zapato grande golpeó un montón de cajas de pollo frito y latas de cerveza vacías que se acumulaban donde el asfalto se fundía con la curva de cemento. Sentí un doloroso pinchazo eléctrico en la cadera lesionada que me produjo una ola de sudores fríos. En la casa, Chance ladraba en la ventana.

—Ay, san Julián —gemí, apoyándome en el bastón y frotándome el muslo.

—¿Hola? —dijo una voz de hombre desde el coche.

—No me hace falta comprar nada y no busco problemas. Sigue tu camino —le dije sin mirarlo.

—¿Estás bien, Narizotas?

Eché una mano al sombrero y levanté la vista al oír mi nombre. No era el típico caso de acoso de Declivetown. El que me seguía era un coche de policía, cercano y silencioso como un tiburón. Y allí estaba: el madero, el que silbaba *Happy trails*, el que me perseguía por el solar vacío, el que me había costado gran parte de mi zumo verde. En cuanto lo vi, quise agachar la cabeza y salir por patas, o salir corriendo como una pata, una salida con andares de ánade. ¡Estaba

atrapada!

Pero también era el madero que me había sostenido la mano en la acera, que me había salvado la vida el día de mi desmayo, el día que casi me había convertido en un espectáculo que no iba a poder continuar. Lo que es más, era el madero con la cuña de orina. Me hacía falta esa cuña.

—Un tirón muscular —le dije—. Es lo que tiene este trabajo.

—Yo te llevo —me ofreció desde la ventana de su rugiente coche patrulla. Cruzamos la mirada y sus ojos eran infinitos, azules como un helado sabor *pitufo*, azules como líquido limpiaparabrisas. Un azul antinatural.

Aparté la mirada con rapidez y volví a colocar en su sitio el protector de la hoja de una patada.

—Estoy en casa. —Con un gesto de la cabeza, señalé la hierba crecida, el porche atestado, el bungaló torcido de Herman y el cartel pintado a mano clavado sobre la puerta principal: porral de decliveville.

Chance seguía ladrando contra la ventana frontal: *¡Entra, entra, entra!*

Herman era un sonar humano camuflado tras una planta que fingía no estar pegando la oreja.

El madero dejó el coche arrancado, salió y se acercó a mí.

—Deja que te ayude con eso.

—No, gracias. Cualquier payasa que se precie puede levantar su propia cortacésped, tenga o no la ingle lesionada.

El madero alzó las manos en un gesto de rendición. El sol incidía en su placa, su pelo, su pistola. Me mareé, cegada por este hombre, por sus cosas. Carraspeé. Él también carraspeó y dijo:

—Bueno, es posible que me anduvieras buscando.

A nuestra espalda, el ladrido de Chance resonaba como la alarma de un coche. Sumido en las sombras del porche, Herman me miraba con los ojos entornados. *Normas de la casa*, decía su mirada. *Nada de maderos en el porral.*

—Me ha llegado el rumor de que alguien llamó a comisaría diciendo que yo tenía algo que le hacía falta.

—No fui yo —dije lo suficientemente alto como para que se enterara todo el vecindario. Me colgué el bastón del hombro y volví a colocar las manos sobre la cortacésped—. Ni hablar, no, señor.

El madero colocó las manos sobre la barra de empuje cromada de la cortacésped, cerca de las mías. Su brazo me besaba el lateral del brazo y multiplicaba el calor entre ambos. Entre los dos empujamos la cortacésped traqueteante por el camino, hacia la entrada. El poli soltó una risita. Se reía como un niño de una broma secreta.

—¿En qué piensas, agente?

—La persona que llamó dijo que yo tenía bollitos de canela.

Su olor a especias endulzó el aire conforme lo decía y me sonrojé. Notaba el sudor como un dedo que me bajaba por la columna haciéndome cosquillas, un escalofrío a la vez que calor.

—No, que *hueles a bullate* de canela. Digo, a bollitos de canela. No sé ni lo que digo.[3]

La mano izquierda del poli me rozó la mano derecha, mientras los dos agarrábamos el mango de la cortacésped. No llevaba anillo de compromiso. Volvió a estallar en carcajadas y las arrugas en torno a sus ojos me parecieron los rayos de sol del dibujo de un niño.

—Así que sabes lo de la canela, pero no fuiste tú quien llamó a comisaría, ¿eh? Qué curioso.

Me calé más el sombrero.

—Es que acabo de oler la canela. Ahora mismo, digo.

—Así que acabas de oler la canela, ¿eh?

—La he olido, no es que te haya olido —dije—. No de la forma en que insinúas. Yo…

Le brillaban los ojos y se reía mientras me miraba como si fuera la cosa más importante de la Tierra. No pude evitar devolverle la sonrisa. Teníamos las manos calientes, cercanas. Tenía que separarme.

—Ya la llevo yo, ¿vale? —Tiré de la cortacésped para quitármelo de encima. El poli la soltó sin dejar de sonreír. Le pegué otro tirón y me tropecé con el zapato grande.

—¡Mierda! —dije. La pierna mala protestó y, como tenía un brazo enredado en la bandolera rosa de los accesorios, me caí. Oí el susurro de la hierba alta en torno a mí, como risas enlatadas. Me sacudí el bastón de encima y me agité contra la hierba, contra las risas, como una payasa que se estuviera ahogando en una broma muda. La cortacésped, como un bolo, se enderezó gracias a su propio peso.

El poli me tendió una mano.

—¿Practicando para el rodeo?

—No soy payasa de rodeo —dije con toda la dignidad que pude reunir. Las gafas se me habían deslizado hasta la punta de la nariz, tenía el sombrero ladeado. Dejé la bandolera en el suelo. Levantarse no era un truco fácil. Me peleé con la hierba alta, me puse el sombrero derecho y agarré la mano del madero.

Se inclinó y me levantó de un tirón. Pisó la puntera de goma del zapato grande mientras yo retiraba el pie y se tropezó, dio un paso atrás y después, por la inercia, me atrajo hacia él: el mundo era un rápido borrón de sol y color. Mi corazón duplicó su velocidad. Me choqué con su pecho y se me volvió a ladear el sombrero; las gafas se me estrellaron contra el puente de la nariz y yo le solté el radio-

comunicador del hombro de un golpe.

—¡Soooo! —dijo.

Apoyé las manos sobre la camisa de nailon del uniforme y noté debajo la extensión de los pectorales. Tenía el cuerpo caliente. Me sostuvo los brazos un segundo de más, suficiente para que sintiera la fuerza de sus manos, como una decisión bien tomada. Me soltó, bajó las manos, recuperó el radio-comunicador tirando del cable y se lo volvió a prender al pecho.

—Qué curioso.

¿Curioso? ¿Hablaba de Herman, que avanzaba a hurtadillas por el porche y se asomaba por entre las macetas a cotillear?

El madero le dio unos golpecitos a la puntera hueca de mi cuarenta y cinco disparejo con la punta de sus pesados zapatos de poli.

—Esto es peligroso. —Recogió el bastón y me lo devolvió.

Mi respiración era rápida y superficial, era como si todo estuviera bajo el agua. La margarita de broma que llevaba a la cadera estaba tan arrugada como un pañuelo usado, con los pétalos de plástico doblados. Tenía hierba seca prendida a la ropa y al pelo. Levanté la bandolera rosa y me la colgué al hombro.

—¿Te gustan los zapatos? Si te apetece comprar un par, tengo unos justo como estos dentro. Solo que del pie contrario. —Con el índice extendido, crucé las manos a la altura de las muñecas para simbolizar los pies cambiados. Me sentó bien hacer la broma, terreno familiar en mitad de una situación incómoda.

Herman dijo entre dientes «mierda», como si le hubiera confesado un secreto de familia.

El madero miró hacia donde había sonado el susurro de Herman justo cuando este se escondía detrás de una estrecha estantería rota. Se había hecho un par de cortes en la garganta al afeitarse.

—Corral de Decliveville —dijo señalando al cartel del porche.

—Es Porral.

El madero escrutó el cartel con ojos entornados. Inspeccionó el lugar. Tal vez sí que estuviéramos atrapados en un corral y el madero fuera un halcón con buen ojo para los detalles.

—Ya que estamos, las últimas noticias que tengo es que esto era Declivetown, no Decliveville. —Se volvió y se pasó una mano por la frente—. Sospechaba que tal vez fueras tú quien me buscaba porque resulta que sí que tengo algo tuyo.

—¿Algo mío? —Así que seguía teniendo la cuña.

—El halo —dijo, y dibujó un círculo invisible en el aire, por encima de su cabeza—. Te lo dejaste en aquellos edificios viejos.

Las Ruinas.

—¡Ah! En cuanto a eso, yo no… No fui yo quien hizo esas

pintadas. Me encontré el espray y…

—No te preocupes. ¿Haces un número de ángel?

Con los dedos, jugueteé con las puntas de las briznas de hierba altas que me rozaban los muslos.

—Sí, claro. —Podía hacer un número de ángel—. Un ángel payaso. Para eso es para lo que necesito el… eh, el halo. ¿Es posible que lo tengas por ahí? —Junté las yemas de los dedos, con las manos en forma de arañas. Estaba nerviosa.

Negó con la cabeza. El brillo del sol se agitó en su cabello como en un campo de trigo.

—No esperaba verte. Pero te lo puedo traer cuando quieras. —Señaló la casa con el pulgar.

—No, no, no —dije con rapidez. Nada de maderos en la puerta—. No pasa nada, podemos arreglar algo. Te busco yo, ¿vale? En comisaría.

—O podemos ir a buscarlo ahora mismo, te puedo llevar.

El coche patrulla rugía en la carretera, tenía la puerta abierta, lista. La guantera era un estante atestado de cosas de poli. Una pila de papeles ocupaba el asiento del pasajero. Una escopeta me brindaba una oscura sonrisa desde otro compartimento atornillado al suelo. Del capó blanco ascendían olas de calor, como humo de gasolina. Su oficina.

No podía meterme en aquella oficina con Herman vigilándome.

—Te doy mi tarjeta. Organizamos algo para más tarde. —Me volví y me metí una mano en el sujetador sudado.

—Vaya sitio más curioso para que un ángel guarde su currículum —me dijo.

Hallé el borde ajado de una tarjeta húmeda de payasa y la saqué pegada a san Julián, el viejo hospitalario. Me volví a meter a san Julián en el sujetador, me di la vuelta y me acerqué al madero para darle la tarjeta. ¿Debía confesarle que había sido yo quien había notado su olor a canela?

Me quedé callada, debatiéndome. Sopesé las opciones: *Pito, pito, gorgorito*… Lo más bajito que pude, le dije:

—De hecho… vale, era yo quien te andaba buscando.

—¡Sabía que habías sido tú! —Lo dijo bien alto y se rio con naturalidad.

Yo di un respingo y le lancé una mirada a Herman, luego a la calle y por último al poli. *Dónde vas tú tan bonito.*

—Oye, un placer hablar contigo, pero tengo que trabajar. —Empujé la cortacésped. Un palo afilado, un lío de hierbajos en el frondoso jardín, se quedó atascado en una rueda rígida. Iba a trompicones. Empleé las dos manos.

—Deja que te ayude. —Apartó las malas hierbas de una patada y agarró la cortacésped para volver a sacarla a la acera—. ¿Vas a ponerla en marcha o la vas a guardar en el garaje?

Lo que él llamaba garaje era un cobertizo de madera que se inclinaba contra la verja del camino de entrada. El cobertizo estaba cerrado con tres candados. En su interior había algunas cosas por las que, probablemente, un madero te pidiera explicaciones si no fuera porque no había explicación que valiese. Herman, desde el porche, inspiró hondo y se quedó paralizado.

A cuatro manos y con el bastón colgado de la barra cromada, el madero me ayudó a empujar la cortacésped por el camino hacia el cobertizo.

—Los agentes no solo nos dedicamos a los delitos. Trabajamos para que el vecindario sea un entorno más agradable. —Advertí que movía la mandíbula. —De muchas formas.

—¿Te han dicho alguna vez que te pareces a Steve McQueen?

Me miró con sus ojos azules. La piel se le arrugó en una sonrisa.

—¿Por las orejas? —Asintió—. Tengo las orejas de McQueen.

—No solo las orejas. Los ojos, el color de los ojos. El labio superior. El pelo…

—¿Cómo en *Bullitt*? —preguntó, esperanzado, y levantó una ceja a lo McQueen, haciéndosele un pliegue en la frente.

—Más como en *Amores con un extraño*.

—¡Ah! Tenía la esperanza de que dijeras *Bullitt*. —Y se rio en voz alta con aquella risa de niño. Su risa despertó la mía—. Soy Jerrod. —Me tendió la mano y yo le di un apretón. Tenía la piel áspera y la palma cálida. Me dio seguridad. Estábamos uno al lado del otro frente al mango de la cortacésped y, al darnos la mano, nos chocamos y volví a marearme. Todo estaba tan cerca… tenía que salir de allí. En King's Row, su mano había sido lo único que se había interpuesto entre el pánico y yo, entre la desesperación y yo. En ese momento, había estado dispuesta a contarle lo que fuera.

Al otro lado de la calle, el vecino salió de la casa vestido con un albornoz de un azul desvaído y gritó:

—Asegúrate de que te ha leído tus derechos.

—¿Cuáles son mis derechos? —le susurré.

—¡Tienes derecho a dormir la mona, Willie! —vociferó Jerrod.

—Yo también tengo derecho a mirar, Jerry. Hasta ahí llegas.

El vecino, William, se sentó en el porche, como un espectador de nuestro espectáculo.

—¿Jerry? —le pregunté—. ¿Lo conoces?

Jerrod asintió.

—Es como una gripe que no logro quitarme de encima. Se sentaba

a mi lado en segundo. —Más bajito, dijo—: Ahora es un delincuente de poca monta. Los conozco a todos. En esta parte de la ciudad, me miran como si saliese en la tele.

—Sé cómo te sientes.

—Ya, ya me imagino. Mira: en todas las ventanas.

Un vistazo a las casas me dejó claro a qué se refería: en todas las ventanas de la fachada, las cortinas estaban retiradas por el lateral o abiertas por el centro. Algunas estaban completamente abiertas y había una cara asomada al exterior. Otras estaban cerradas, con un hueco revelador.

—Déjame que te dé esto —dijo. Me entregó su tarjeta. «Agente Jerrod Evans, Departamento de Entrenamiento y Estándares de Seguridad Pública núm. 502210, Comisaría Norte»—. Mira, cuando quieras recoger el halo, llámame. Si te apetece, a lo mejor podríamos ir a picar algo, o a tomar un café. Podrías hablarme de tu vida artística, del Porral de Decliveville.

A mi espalda, Chance seguía hablando furiosamente en su idioma canino: *Joder, joder, joder. Pero ¿qué estás haciendo?* Cogí la tarjeta y me la metí por la manga.

—Te podría enseñar unos cuantos trucos de los míos —prosiguió.

Herman, a espaldas de Jerrod, hizo el gesto de cortar una garganta, la señal del telón. Un dedo por la nuez, los ojos abiertos y protuberantes: *Corten, fin de la escena. Ya*. Herman y nuestro vecino William: hombres grandes, tipos duros, impotentes ante el uniforme arrugado, la placa y la pistola de Jerrod.

Yo estaba bajo la luz del foco, la compartía con Jerrod. ¿Me gustaba estar junto a ese tipo de poder? No estaba segura. Pero el poder estaba ahí. ¿Quién más podría dejar un coche bueno arrancado en Declivetown? Nadie. Nadie que no fuera un pez gordo entre los gánsteres o un madero. Jerrod tenía las llaves. Tenía esa posición.

Les hizo caso omiso a los vecinos, a toda la calle de mirones, y me preguntó:

—¿Puedes abrir el garaje? Podríamos dejar este trasto bajo llave.

Y, de paso, ponernos bajo llave a toda la casa, presos por la operación de Herman.

—Tendría que ver una… una… —Traté de figurarme el guion que Herman querría que siguiese— una orden de registro.

—¡Madre mía! Ya nadie confía en la policía.

—Confío en ti —le dije—. También confío en que tal vez estés trabajando.

Herman volvió a soltar un taco entre dientes. Al parecer, no había acertado con el guion. Con un ruido metálico y un estrépito, saltó al otro lado de la verja, con la coleta en el aire. Jerrod volvió la cabeza

rápidamente y se llevó la mano a la pistola.

Le puse la mano en la manga.

—Era un gato. Lo ha asustado mi perra. —Chance golpeó el cristal. Un macetero giró y cayó al otro lado de la verja, a las malas hierbas.

—Sonaba a un gato bien grande. —Paseó la mirada por la calle.

—Será mejor que vaya a buscarlo. Herman se pone de mal genio cuando no le echan de comer. Oye, guardamos la cortacésped aquí fuera, en el jardín. —Empujé la cortacésped a un lateral del cobertizo —. Justo aquí. Hemos acabado.

Jerrod me miró.

—Si la dejas fuera, te la van a robar. Aunque sea vieja. El otro día me llamaron de unas dos manzanas más allá, a alguien le robaron… la cortacésped… parte de un allanamiento… De hecho… —dijo, y se agachó. Agarró un lateral de la cortacésped y le dio la vuelta. Apretó los labios. Le cambió la mirada de aquella forma casi imperceptible; sus ojos entornados reflejaron una nueva tristeza.

—Nunca hemos tenido problemas. Llevamos guardándola aquí fuera un montón de tiempo…

—¿Hace cuánto que la tienes?

—Oh, pues, desde hace al menos…

Antes de que pudiera terminar mi corta mentira, me dijo:

—Es imposible que la hayas tenido durante más de un día, Narizotas. Mira, justo ahí. —La volcó sobre el césped para mostrarme una etiqueta metálica. Decía: «Robertson». Bajo ella había una fila de números grabados a mano en el metal.

—Nari Robertson —dije—. Soy parte del clan familiar.

El poli me cortó:

—Yo mismo rellené el parte de incidencias.

Di un paso atrás.

—La he comprado hoy, de segunda mano. Hace unos diez minutos, justo antes de que aparecieras. Antes de hoy no estaba en mi posesión. —¡Cómo de falsa y débil sonaba la verdad! Nerviosa, le pregunté—: ¿He comprado un objeto robado?

Se levantó y se sacudió hierba de las rodillas. Sacó un minúsculo bloc de notas de un bolsillo.

—¿Y a quién dices que se la has comprado?

¡Ah! La sintaxis, el bloc… El corazón me dio un vuelco. Las abejas volvieron a zumbarme contra el cerebro.

—A un hombre, en la calle. No sé cómo se llama.

—¿Lo has visto antes en el vecindario?

—Claro. Hace una semana, más o menos. Llevaba… una cortacésped diferente. Joder, quería cortarme el césped del jardín.

—¿Podrías describírmelo? —Tenía el bolígrafo listo.

—De mi estatura —comencé—. Sudoroso, con un forúnculo en el labio. Empapado.

—Un hombre sudoroso con un forúnculo… —Jerry se movía despacio mientras guardaba el bloc. Volvió a sacar mi tarjeta de payasa como si esta pudiera contener una pista. Se aclaró la garganta. Al otro lado de la calle, en el porche, el vecino sorbía un batido de chocolate. Jerrod me miró con sus ojos de un azul pálido, calmado y triste. —Detesto tener que hacerte eso, Narizotas.

—¿El qué?

—Ojalá me quedara otra alternativa.

—¿Cómo?

—Es el protocolo. Hay que seguir las normas. No puedo tomar decisiones selectivas.

—No seamos indiscriminados. ¿Protocolo?

—Necesito que vengas conmigo.

¡Otra vez con eso!

—Luego, ¿vale? En otro momento. —Estaba dispuesta a echar a correr, a salir cojeando. Pero, cuando ya estás en casa, ¿adónde ir?

—Esos números que hay en el lateral de la cortacésped —dijo— son causa probable. Bienes robados.

—¿Qué? ¿Me estás arrestando? —Me tiré del sombrero y me enderecé las gafas.

Él no me miró a los ojos.

—Por desgracia, hasta la fecha eres la única sospechosa de un robo. Como agente, es mi deber velar por la seguridad de las personas y de las propiedades de la zona. En resumen, sí. Tengo que llevarte a comisaría, tomarte las huellas y presentar una declaración.

—¿Una declaración? ¿Acaso tengo una declaración? ¿Por qué todo lo que digo es una pregunta? —El tamaño del enjambre dentro de mi cerebro. Me aclaré la garganta—. No sé nada de esta cortacésped. Hace nada que es mía, la acabo de comprar, ya puedes ver el jardín. ¿Te parece que tengamos una cortacésped? —Señalé con un gesto de la mano la cosecha de malas hierbas y los bichitos peludos que bailaban como burbujas en champán recién servido—. No quiero ir a comisaría, no puedo. Mi corazón. —¡No duraría ni un minuto en chirona!

—Narizotas, no puedo tomar decisiones por mi cuenta… Tenemos que tratar igual todas las situaciones. Tienes derecho a permanecer en silencio.

¡Mis derechos! Una payasa no tiene derechos. ¿Silencio? Ja. El silencio ya era la esencia de mi trabajo de payasa. Las abejas volaban frenéticas; la vista se me replegó sobre sí misma. El corazón me

golpeteaba el pecho. Chance ladraba en la ventana. Me tapé los oídos.

—No tengo que ponerte las esposas —dijo—. Simplemente monta en el coche; iremos a comisaría y lo aclararemos.

¿Esposas? Bajé las manos a los costados y le susurré:

—Pónmelas, por favor. Quedará mejor.

—¿En serio?

—Por favor. Ponme las esposas —le dije. Me di media vuelta, me tiré contra el cobertizo y junté las manos. Como tenía las tablas sueltas, se sacudió por mi peso. Algo se rompió dentro.

—¡Oye! ¡Nada de pasarse! —dijo el vecino, William. Saludó con la botella de batido y se levantó de la silla de plástico—. Soy testigo.

Esperé a que me pusiera las esposas. Cuando no sucedió nada, volví la cabeza para mirar a Jerrod, que desvió los ojos azules de Steve McQueen para fulminar al vecino con la mirada. Se le tensaron los músculos de la mandíbula.

—Vigilancia ciudadana —farfulló el vecino, que se dejó caer de nuevo en la silla y después fingió buscar a tientas el tapón del batido de chocolate.

Jerrod me puso una mano en el hombro y me llevó hasta el coche; yo caminaba delante de él.

—Las esposas, por favor. Esto parece demasiado amistoso —le susurré.

—Vale, vale, lo que quieras. Lo siento —dijo, y me puso las esposas. Dos pulseras de plata con dientecillos por dentro. Incluso con el calor que hacía, el tacto del metal era frío. Definitivo.

—¿Te aprietan mucho? —Noté el aliento de Jerrod como un cosquilleo en el lateral de la oreja.

—Están bien.

Me ayudó a acomodarme en el asiento trasero. Después se dirigió al camino de entrada, cogió la cortacésped y la empujó de vuelta hasta el coche. El coche botó mientras abría el maletero y se esforzaba por meter la Snapper y atarla con una cuerda elástica.

Jerrod arrojó el bastón en los asientos traseros y después volvió a cerrar la puerta. A través de la reja que nos separaba, podía verle la nuca y el cabello corto de la zona. Busqué su mirada en el retrovisor.

—No la robé —dije una vez más—, para que conste en acta.

Pasamos en silencio la rueda de reconocimiento de putas y puteros de Declivetown. Alguna que otra puta se inclinaba para poder mirar mejor dentro del coche patrulla y ver quién estaba en el asiento del delincuente. Contemplé labios pintados y abrigos de piel de conejo abiertos, demasiado abrigados para este tiempo. Todas iban disfrazadas: tacones altos y *shorts* minúsculos, vestidos viejos y peinados altos. Vi mi reflejo en la ventana: un sombrero viejo y

lamentable, y gafas de sol a lo Elton John. Mi disfraz. Quise reír y llorar y, sobre todo, seguir respirando. Pasamos junto a coches con carteles de se vende, y bicicletas, colchones, sofás, cajas de cartón, todos a la venta. Había incluso algunos carteles de optimistas inmobiliarias, como si de verdad alguien fuera a comprar una propiedad en el vecindario.

—De todas las gangas de Villa Se Vende, tuve que elegir la más buena.

—Dímelo a mí —murmuró Jerrod.

—¿Qué quieres decir con eso? —Hablar de cualquier cosa era mejor que no hacerlo en absoluto.

No respondió.

Volvimos a pasar junto a la misma chica, a un lado de la carretera, vestida con un lúbrico vestido plateado. Después pasamos la misma pila de neumáticos a la venta. La misma casa desvencijada con un perro encadenado al cartel de la inmobiliaria. Al final, Jerrod giró a la derecha donde antes había torcido a la izquierda. Bajamos por la calle Sombría, después por la calle Más Sombría y después por la calle Más Sombría Todavía, en dirección a Las Ruinas.

Dobló la esquina en Joad, después atravesamos la corta calle Prosper, sin asfaltar, y volvimos a desembocar en la calle Más Sombría Todavía, trazando un círculo.

—¿Qué pasa, te pagan por kilometraje?

Después un rato demasiado largo, Jerrod aparcó en la parte de atrás de los edificios. Se quedó allí sentado con el coche en marcha. En la radio se escuchaban voces discordantes. Se crujió los nudillos.

Estaba esposada en la parte trasera de un coche patrulla cuyas puertas no se abrían. Estábamos en una zona desierta de la ciudad. Apenas conocía al muchacho. Era un madero con la risa de un niño y la pistola de un hombre. Tenía todas las cartas: las pistolas, las porras, las llaves. Le clavé la mirada en la nuca y me pregunté si alguna vez le habría dado una paliza a alguien. Tal vez le hubiera pegado a un hombre con la porra. Para eso estaban los útiles de policía, ¿no? ¿Había rociado a manifestantes con espray de pimienta, roto un cráneo con una porra, inmovilizado a un sospechoso con una táser o quizá incluso le había pegado un tiro a alguien con la pistola? Por lo que yo sabía, Jerrod podía ser un asesino. Pero era un hombre que se reía como un niño.

Salió y abrió la puerta trasera. En la mano tenía una anilla cargada de llaves.

—Sal. Y date media vuelta.

Lo hice. Me di la vuelta en el solar vacío. Me flaqueaban las piernas.

—La cosa es que la cortacésped forma parte de un robo mayor —dijo con voz firme—. Tengo que seguir un procedimiento y no seguirlo podría costarme el empleo. Lo que estoy haciendo ahora mismo es un delito punible en mi línea de trabajo. —Me quitó las esposas. Oí la llave en el candado, noté las esposas caer—. Debería seguir el camino de la causa probable. Leerte tus derechos, cachearte, cortar los candados de ese garaje, entrar en el porral e inspeccionarlo de arriba abajo. Podría acorralar a ese novio tuyo que se escondía en el porche y comprobar su historial, y el de quien quiera que esté viviendo allí. Lo más probable es que ahora mismo estuvieran montados en el coche, a tu lado. Esas son todas las cosas que debería hacer y que no haré.

Agité las muñecas. Como el aire ascendiendo en el interior de un globo, la sangre volvió a circular por los puntos de acupuntura, el centro del punto de corazón de bebé en la parte interna de las muñecas. El lugar donde los suicidas se cortaban las venas.

—Narizotas, te estoy soltando. No creo que robaras esa cortacésped, aunque tampoco tengo pruebas de lo contrario. No creo que seas la ladrona. Estaría perdiendo el tiempo si te llevara a comisaría y escribiera un informe. Te ahorraré los antecedentes… por esta vez.

Quería mear, necesitaba la botella. El sol brillaba con tanta fuerza que lo sentí como un insulto, como una bofetada contra las paredes de Las Ruinas.

—No sé nada sobre de dónde salió la cortacésped…

Jerrod alzó una mano con el gesto de un poli de tráfico ordenándome que parase.

—Mira, no quiero problemas. Voy a decir que me encontré la cortacésped en un callejón. Fácil. Ahora necesito que me hagas un favor: pasa desapercibida durante una temporada. Finge que te llevé a comisaría. ¿Puedes hacerlo? Con todo el mundo mirándonos allí fuera, no me quedó otra alternativa que arrestarte. He arrestado a tu vecino por menos que eso un montón de veces.

Estiré los brazos por encima de la cabeza para sentir mi libertad. Comencé a respirar más profundamente. Las Ruinas eran mías.

—¿Cómo puedo agradecértelo?

—Simplemente no largues que te dejé marchar. Estate un tiempo razonable por aquí. Dile a todo el que puedas que te tomé las huellas y la declaración y que puede que vuelva a llamarte.

—Por supuesto —le dije. Me dolían los hombros. Estiré primero uno y luego el otro.

—Lo digo en serio. Podrían despedirme por tu culpa. Y no compres nada de la calle. —Se volvió a subir al coche y después me lanzó el

bastón de bambú. Lo recogí del suelo lleno de polvo.

—Una cosa —le dije mientras me incorporaba.

Esperó.

—El tipo del porche no es mi novio. Por si importa.

Jerrod me miró sin decir nada.

—Eso es todo —le dije.

Puso el coche en movimiento. Este se balanceó y dio sacudidas al pasar por el cemento agrietado. Los neumáticos del coche patrulla levantaron una nube de polvo.

—Oye, espera. —Corrí tras el coche, con la cojera y el trotecillo de la pierna mala. Jerrod siguió avanzando por el solar vacío. Se paró antes de meter el morro en la calle y miró dos veces a cada lado a pesar de que era una callejuela secundaria vacía. Un cumplidor de la ley. Lo alcancé y llamé a su ventanilla. Pulsó un botón en el interior y la ventana comenzó a bajar.

—¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo es un tiempo razonable?

Me miró con aquellos ojos celestes, tristes y desalentados, de Steve McQueen.

—Una película y un café —dijo sacudiendo la cabeza—. Más o menos, no más tiempo.

Acto seguido, subió la ventana automática y se alejó.

9.

CHANCE PERDIDA

A primera hora de la noche, fui cojeando a casa desde Las Ruinas. El aire relucía con un polvo dorado, el sol era un globo naranja que flotaba sobre los tejados parcheados y descamados de Declivetown. Un grupo de bailarines de *krumping* me saludaron haciendo un gesto con la cabeza desde una esquina, como si fuéramos parientes lejanos. Fue un movimiento generoso, dado que yo apenas podía caminar mientras que ellos estaban dándolo todo al ritmo de hip-hop.

Herman me estaba esperando en la puerta del porral.

—Adentro. —Señaló con un gesto rígido de cabeza hacia la sala a oscuras que tenía a la espalda.

—Como si no fuera dentro adónde voy. —Me apoyé en el bastón de circo y subí renqueando las escaleras del porche. Los escalones temblaron y se hundieron bajo el peso. Una vez hube entrado, Herman cerró la puerta principal con rapidez, como para mantener encerrado a un perro rabioso… o alejados a ojos curiosos. La sala de estar estaba a oscuras por las pesadas cortinas naranjas.

Solté el bastón y la bandolera rosa de los accesorios en el sofá, me descalcé con los pies los sudados zapatos de payaso y me quité las gafas de sol. Tenía la piel tirante; me había quemado con el sol. Busqué un interruptor de la luz.

Herman me cogió la mano.

—Nada de luces.

—Lo siento, me había olvidado. —De aquella norma de la casa: mantener baja la factura de la luz para que Herman pudiera tener encendidas las luces para la plantación.

—Un numerito precioso, Payasa.

—¿Eh?

—El madero y la payasa habladora, dos tortolitos y una cortacésped, la producción completa para todo el vecindario. Delante de mis clientes. —Levantó una ceja.

Suspiré y me hundí en el sofá cubierto de pelo de perro.

—¿Y cómo iba a saber yo que la cortacésped era robada?

Herman frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Pensabas que ese desgraciado al que se la compraste era un representante de Costco?

—Solo porque no sea de una tienda no significa que sea rob…

—Y además sabes que no quiero una cortacésped de gasolina de ninguna de las maneras. Normas de la casa. —Levantó una cortina y echó un vistazo fuera. Al mover la cabeza a un lado y al otro, la coleta se le sacudió a derecha e izquierda por la espalda. Herman, mi encantador ex, que una vez tuvo alma de poeta, ahora era un anuncio involuntario de los peligros de la marihuana. Si le hiciera un boceto en esa postura, llamaría a la obra *Pura paranoia.*

—Así que ahora sales con maderos. Dime que no es verdad —dijo hablándole a la ventana.

—¿Saliendo con un madero? —Revisemos el título: llamaría a la obra *Delirios disparatados*.

Un fino rayo de sol del ocaso penetró en la habitación cuando levantó la cortina. Mis ojos se adaptaron a la luz. Al otro lado de la estancia, en un rincón oscuro, Nadia-Italia estaba hecha un ovillo sobre una silla con demasiado relleno. Estiró las grandes piernas y los fuertes brazos, se puso en pie y caminó hacia Herman.

—Hermes… —comenzó a decir.

—¿Por qué demonios llamarías a eso salir? Normalmente no me arrestan en la primera cita.

Con voz de falsete, imitando la mía, Herman dijo:

—¿Alguna vez te han dicho que te pareces a Charles Bronson? —Dejó caer la cortina.

Nadia-Italia se rio y le acarició el brazo a Herman.

—Son los morros, ¿verdad, nena? —dijo uniéndose a la burla, con voz más grave de lo habitual, pero no mucho más.

—Steve McQueen —dije—. No Bronson. ¿Os habéis currado el numerito toda la tarde? Tal vez sea el momento de sacarlo a la calle.

—Yo sé quién tiene que irse a la calle —dijo Italia. De un manotazo, quitó una miga de la mesa del teléfono y esta desapareció engullida por la oscuridad, el polvo y el pelo de perro.

En la penumbra de la sala, con sombras a lo largo de todas las curvas de sus músculos, los brazos tostados por sol veraniego y las camisetas de tirantes sueltas, Herman y Nadia parecían un dibujo a carboncillo, todo bordes suaves, perfectamente dibujables. La coleta negra de Herman descansaba sobre su cuello y perfilaba la curva de su piel en su descenso hacia los músculos de la espalda. Nadia-Italia era un gato sobrealimentado de ojos egipcios. Los dos eran un par de elegantes leopardos evaluando a un cachorro en el bosque. Casi

resultaba enternecedor, divertido. Pero la voz de Herman era cortante y tenía los ojos entornados. Y yo era el pobre cachorrillo.

—Hermes, ha robado una cortacésped —dijo Italia con un bostezo —. ¿A que es cutre? Y ahora, además, se junta con el sheriff de Declivetown. Ya la viste. —Puso un pie encima de una pesa libre que había en el suelo y comenzó a moverla adelante y atrás. El peso hizo crujir las tablas—. Échala.

—Mira, puedo intentar seguir vuestras deducciones de majadero, pero de verdad que casi no lo conozco. Al madero. No estamos saliendo, ni de coña. Lo he visto por ahí, solo es eso.

—Pues sonaba como si te conociera —dijo Herman. Extendió una mano y tiró de una cinta de nailon deshilachada de mi camisa… de la de Rex. Tiró de ella como si fuese una correa. Con un susurro sedoso, me dijo—: ¿Qué diría el Rey Payaso de que te anduvieras viendo a escondidas con un madero?

Le quité la cinta de un tirón.

—Es el Príncipe Payaso. Y no me estoy viendo con nadie a escondidas. Me ha arrestado, joder.

—Ah, ¿y eso es mejor? —dijo Herman. Aunque Herman hubiera soltado el trozo deshilachado de la camisa, yo seguía pendiendo de un hilo.

—No podemos confiar en ella, Hermes. —Italia se estiró y se acercó a apoyarse en el hombro de Herman—. Acaba con esto.

—Amor, no te metas. —Se la quitó de encima.

Ella puso los ojos en blanco, dio media vuelta y se fue.

—Con gusto. Lo mejor sería que no nos metiésemos ninguno de los dos. Hazle las maletas. —Se despidió con la mano por encima de la cabeza y se fue a la cocina.

Herman se me acercó.

—¿Para qué es la tarjeta de visita? ¿El número de teléfono? — Tenía los ojos bordeados de rojo. Estaba fumado. Relajado, lo llamaba él. Olí en su aliento el humo que le salía de los pulmones.

Su tarjeta de visita no era más que otra tarjeta de mi colección: los diseñadores de campos de golf, los asesores de uso y planificación del espacio, el friegaplatos y el dandi rico del esmoquin del pasillo de la actuación de Chaplin. Ahora había un madero en todo ese popurrí. Jerrod. Steve McQueen. El Señor Bollitos de Canela.

—Es un madero del vecindario que solo estaba haciendo su trabajo.

Herman estaba de pie por encima de mí; colocó un puño con fuerza sobre el brazo del sofá y se inclinó dejando caer su peso sobre él. Donde comenzaba a alzarse el músculo del antebrazo, ese montículo nervudo por encima de la muñeca, se veían las líneas azules

de un tatuaje. En la cuasi oscuridad, el tatuaje se veía borroso, pero yo sabía lo que ponía: nita, mi nombre, grabado allí cuando no importaba que los tatuajes fueran para siempre. La noche en que se lo hizo, Herman se rio porque mi nombre eran todo líneas rectas, delgadas como cuchillas. «Qué fácil», dijo entonces. Lo que dijo en ese momento fue:

—Ha llamado tu otro chico. Mientras estabas en la cita con el poli.

—¿Rex? ¿Qué ha dicho? ¿Qué le has contado?

—Que te había recogido un madero…

—Recogido. Genial, muchas gracias. Lo haces a propósito.

—… y que te transmitiría su mensaje. Dijo: «No te preocupes, volveré a intentarlo dentro de poco». O tal vez dijera que volvería dentro de poco…

¡Agh! Quise gritar.

—Bueno, ¿cuál de los dos?

—No lo sé. Eso es todo lo que tengo, mensaje entregado.

—Entonces, ¿dentro de poco, cuándo?

—¿Cuándo? —Herman, ya fuera fingido o de verdad, parecía aturdido.

—Qué volverá a intentarlo dentro de poco ¿Cuándo? ¿En unos minutos, días, después de unas cervezas? —Estaba hablando deprisa; el corazón me latía aún más deprisa.

Herman se encogió de hombros.

—Parece que tenéis que solucionar algunos problemas de comunicación, porque la verdad es que os puede costar la relación. —Me quitó el sombrero y lo tiró encima del sofá.

—Muy gracioso. —Me acarició el pelo con los dedos. Aparté la cabeza—. No hagas eso.

—Tienes pinta de estar cansada —Me levantó el pelo de la nuca y me dio un pellizco en el cogote. Hizo pequeños círculos con el pulgar justo bajo la línea del cabello—. Relájate un poco. —Las manos le olían a tabaco—. Creí que Rex ya estaría de vuelta. ¿Qué lo retiene?

—Tiene unas cuantas cosas —dije con un encogimiento de hombros—. Unos cuantos espectáculos. Sigue esperando la entrevista para la Escuela de Payasos. —Como si Herman me hubiese pedido que se lo explicase, proseguí—: No paran de cambiar la fecha. En cuanto la consiga, volverá. A por mí.

Herman bajó la mano y apretó el pulgar contra los músculos bajo los omóplatos, un pequeño masaje.

—Tres semanas cambiándole la fecha, ¿eh? Y sigues pensando que volverá.

—Pues claro que volverá. —Cerré los ojos. Con los ojos cerrados, la mano de Herman en mi espalda podría haber sido la de Rex. Un

masajito amistoso. Me dejé querer—. Yo estoy aquí, su ambulancia también… su monociclo… Dijo… que… volvería. Que se iría unos días y… después… volvería…

Los dedos de Herman bajaron hasta la tira del sujetador. Me estaba calentando los músculos.

—¿De verdad es necesario sufrir tanto por tu arte?

—Viene de serie.

—¿O estás sufriendo por Rex? Porque creo que podrías encontrar a alguien mejor, si es de eso de lo que se trata. —Me puso la otra mano en el hombro contrario. Se inclinó hacia mí. Me introdujo los dedos en la melena y cada pelo me hizo cosquillas en el cuero cabelludo, en la columna vertebral, en las terminaciones nerviosas—. Ya lo hiciste en su momento.

Me tuve que reír.

—¿Tú? ¡Ja!

—Si quieres, te puedo dar un masaje en el muslo que te duele.

Tenía el aliento cargado de humo, dulce por el residuo de marihuana y amargo por los cigarrillos.

—Sería una mala idea. —Me recosté y me giré para apartarle la mano.

—¿Por qué te pones tan tensa? Ya lo he hecho antes.

—Rex y yo somos un equipo. No se trata solo de sufrimiento: es amor.

Herman se enderezó y se frotó la cara.

—Oye, que no estoy intentando cargarme tu monogamia, solo estoy siendo amable. Tienes pinta de estar reventada, te muestro mi apoyo y mira cómo lo interpretas.

—A ver si pillas esto: a quien necesito es a Rex, y punto.

—Vale, vale, sigue con tu numerito de Mary Tyler Moore hasta el final.

—Lo que tú digas. —Cambié de postura para coger el sombrero.

—Lo que digo es que deberías tener cuidado. Podrías apreciar mi generosidad de vez en cuando. —Señaló con la cabeza hacia los golpes en la cocina—. Está dispuesta a ponerte de patitas en la calle, pero esta es mi casa. Y yo digo que te puedes quedar hasta que vuelva Galore. Es un favor que te hago porque me caes bien, y al menos podrías darte cuenta de ello. Pero Nita, si traes a la policía a casa, te vas a la calle.

¿A la calle?

—Los favores tienen un límite.

Herman, igual que Crack, estaba dispuesto a dejarme ir así de fácil: practica los batacazos o a la calle. Mantente alejada de la pasma o a la calle. Necesitaba los trabajos de payasa para poder mudarme de casa

de Herman, y necesitaba el alquiler barato de Herman para ahorrar dinero hasta entonces.

Tenía todos los motivos para mantenerme alejada de aquel madero.

Yo solo era un nombre grabado en el brazo de Herman, una inquilina necesitada, una amiga que volvía una y otra vez. Era cuatro letras de trazos rectos. *Nita*, aquel borrón tatuado y sin importancia. Italia-Natalia-Nadia, que daba golpes con las sartenes en la cocina, tenía una respuesta mejor con el misterio de su nombre cambiante, con la forma que a veces tenía de desaparecer. Cuando se marchaba, Herman siempre quería que volviese.

Yo prefería que desapareciera.

—Te la estás jugando —dijo Herman—. Estás en la cuerda floja.

—Igual que tu cerebro —respondí—. Ese madero va a lo suyo. No lo traje yo.

Y entonces llamaron a la puerta. Herman y yo pegamos un respingo. Italia montaba estruendo con las sartenes. Herman miró la puerta como si no la hubiera visto antes. Yo no me moví. Italia no salió.

—¿Quién es? —preguntó Herman.

Como si yo pudiera ver a través de las paredes, le susurré: «A lo mejor es para ti».

Volvieron a llamar.

Si volvía a ser Jerrod, iba a necesitar ayuda del cielo. *Te la estás jugando, te la estás jugando, te la estás jugando.*

Herman se acercó muy lentamente y miró por la mirilla. Se tomó su tiempo. Yo me quedé quieta detrás de él, sin atreverme a respirar. Abrió la puerta.

Una voz aguda y ronca dijo:

—Tenemos tu pollo de goma. —No podía ver con los hombros de Herman—. ¿*Pluuuuucky*? Tenemos aquí a Plucky.

¡Plucky! ¡Menudo brinco me pegó el corazón al oír su nombre!

—No sé qué estás vendiendo, pero no necesitamos ningún Plucky de mierda y no queremos ningún pollo de goma. —Comenzó a cerrar la puerta. Yo me interpuse y colé una mano para mantenerla abierta. Una mujer bajita con unos pantalones de chándal gastados sostenía por el cuello un pollo de goma descolorido. Agitó el pollo como tentándome. Le asomaba la lengua a un lado de la sonrisa. Le faltaban la mitad de los dientes. Al pollo también le faltaba una pata de goma. La otra pata del pollo era pálida, de un rosa desteñido y gastado.

—¿*Reeecompensa*? —dijo. Carraspeó, se volvió, se puso a toser y dio un pisotón en el suelo. El pollo que tenía en la mano extendida se agitó con un bailecito tullido al ritmo de la tos—. ¿Dónde está la

reeecompensa? —volvió a decir con voz ahogada.

—Esa no es mi gallina.

Intenté cerrar la puerta. La mujer se arrojó en medio para evitar que lo lograse.

—¿De qué hablas? Es una gallina de goma, igual que la del cartel. «Recompensa», lo pone aquí mismo. —Se metió el pollo entre las piernas y se palpó el bolsillo delantero de la sudadera con capucha. Cuando sacó el cartel, estaba arrugado y manchado por algo que me gustaría pensar que era un descafeinado doble con leche de soja, pero que probablemente no lo fuera. Probablemente fuera sangre. Con una mano, nos acercó el cartel mientras con la otra agarraba el pollo que tenía entre las piernas. Apenas medía un metro veinte.

—Sé lo que pone, pero has traído al ave equivocada. —Intenté cerrar la puerta. Fue Herman quien me detuvo en esta ocasión.

—¿Sabes de qué va esto? —Cogió el cartel. Yo no lo habría tocado.

—Esta de aquí es tu Plucky. —dijo la mujer—. Es solo que este pajarito ha estado tirado un tiempo en un callejón. A lo mejor es que ya no reconoces a tu Plucky, ¿eh? Tal vez tu Plucky haya pasado una mala racha y ahora ya no quieres volver a acogerla.

—Reconocería a mi propia gallina de goma.

Herman escrutó el cartel con ojos entornados.

—Pero ¿qué cojones…?

—Tal vez tu Plucky simplemente diera con la gente equivocada; tal vez estuviera buscando amor y creyó haberlo encontrado… Pero por aquí no se puede confiar en nadie, eso es lo que ha aprendido Plucky. Ajá. —La mirada de la mujer era plana y apagada. Había dejado de mirarme—. A lo mejor Plucky ha aprendido algunas cosas, y tú vas y le dices: «Ni hablar, nada de segundas oportunidades», y así, sin más, la pones de patitas en la calle.

—¿De quién estamos hablando ahora mismo?

La mujer se balanceaba en el porche.

—Plucky ya no tiene tan buen aspecto, pero tiene el mismo corazón que cuando la abrazabas.

Herman cerró de un portazo. La voz de la mujer volvió a sonar, amortiguada.

—¿Me podrías dar unas monedas, al menos?

—¿Cuántos de estos hay por ahí fuera? —dijo Herman agitando el cartel arrugado. Se le cayó ceniza de una comisura fruncida.

Yo me encogí de hombros.

—Tampoco es que ponga información importante.

—Maderos y drogadictos. Como si me hiciera falta esa combinación en la puerta de casa. Ofreces una maldita recompensa en efectivo. —Golpeó el papel con un dedo.

—Yo me encargo —dije, aunque no era la única que estaba atrayendo a toxicómanos. La diferencia era que los de Herman eran clientes.

—*Te la estás jugando* —volvió a decirme—. Esto puede que lo rompa.

—Quitaré los carteles.

—Madre mía. —Herman se dejó caer sobre el sofá.

Fui renqueando hasta la cocina. Iba dando golpecitos al linóleo cascado con el bastón.

—¿Herida en acto de servicio? —preguntó Italia. Chupaba helado de una cuchara y sostenía el envase en una mano de nudillos gruesos —. Te han debido de tratar bastante mal por allí. Tienes un aspecto lamentable.

Cambié la posición del bolso en el hombro.

—¿Por allí dónde?

Volvió a clavar la cuchara en el helado.

—En la comisaría, digo yo. ¿Te acaban de arrestar o me lo he imaginado?

Se me reflejaba el rostro en la ventana de encima del fregadero en brillantes parches cenicientos. Un matorral de laurel demasiado frondoso oscurecía esa ventana todo el día. En las sombras borrosas del matorral, mis ojos, grandes y hundidos, parecían los de una calavera, agujeros en una máscara. Puse la bandolera rosa y las gafas de sol en la encimera, abrí el grifo para que corriera agua templada y puse las manos a modo de cuenco para lavarme el polvo de Las Ruinas de la cara.

En el suelo de la cocina, el comedero de Chance seguía medio lleno de pienso. Nunca se dejaba el comedero medio lleno. La llamé. No respondió. Nadia-Italia puso las manos en la encimera y se impulsó hacia atrás para sentarse.

—¿Chance? —grité otra vez. Abrí la puerta del lavadero. Vacío: la perra no estaba allí. Tiré la bandolera y el bastón sobre la cama—. ¿Dónde está la perra?

—¿Has perdido lo único que te queda? —preguntó Italia con una sonrisa. Juro que estaba sonriendo.

—No tiene gracia. Estaba aquí cuando me marché. ¿Qué habéis hecho con ella? —Abrí la puerta del sótano y la llamé a gritos por las escaleras oscuras.

—Has perdido a tu Chance y estás intentando echarle la culpa a los demás. —Italia estaba sentada sobre las manos en la encimera, con los grandes nudillos bajo los muslos. Sacudió la cabeza—. Tal vez la pequeña ladradora se haya unido al circo.

—Dime dónde está Chance. No estoy de broma. —Se me volvió a

acelerar el corazón. Las manos me flaquearon.

—¿Nada de bromas, Payasa? —Italia seguía sonriendo—. No soy la guardiana de tu perra. No es nuestra obligación cuidar a tu rata terrier.

—Es una schipperke, no un terrier. ¡Herman! —grité. El pánico me rompió la voz. Miré en el jardín trasero, de pie en la escalera, y volví a llamarla. Nada. Volví a llamar a Herman. Después a Chance. Y después a Herman hasta que apareció por detrás.

—¿A qué viene tanto ruido? —dijo sacándose una bolsa de tabaco del bolsillo.

—¿Dónde está Chance?

Herman sacó papel de fumar de un lateral de la bolsa de tabaco.

—Estaba aquí cuando me marché, en la ventana. —Salí al jardín y la llamé otra vez. Herman me siguió. Me puse a patear las malas hierbas.

¿Primero desaparecía Rex, luego la gallina y ahora Chance? Primero mis viejos, y, desde entonces, mi vida. Nada salía bien. Agarré un macetero de arcilla y lo tiré a la hierba. Se rompió en pedazos. Ya no podía soportarlo más. Grité el nombre de Chance y me abrí paso a patadas por entre los trozos rotos.

—Oye, tranquila, tranquila —dijo Herman. Se sentó en la escalera del jardín trasero—. Mira, la perra se estaba volviendo loca. Le estaba ladrando a las ventanas y arañando la puerta. Lo único que hicimos fue abrírsela. Es un perro, ¿no? Volverá.

Hizo equilibrios con el tabaco en una pierna, espolvoreó una raya en el papel y lo enrolló con los dedos. Yo llamaba a la perra; mi voz resonó en el vecindario. «¿Quieres que te dé yo a ti *chance*, nena?», me gritó alguien.

—¿Te acuerdas de cuando eras niña? A lo mejor teníais un perro en la familia, lo dejabais salir y volvía.

—Chance no es ese tipo de perra. Es un cachorro, un schipperke. Son perros muy nerviosos.

Herman lamió el borde del papel de fumar.

—Todo el mundo está muy nervioso y, al parecer, también los payasos. Relájate. La perra volverá.

La debilidad me invadió ante el pensamiento de ponerme a buscarla por el vecindario con la pierna mala. No tenía ayuda. ¿Dónde estaba Rex? Si Rex estuviera aquí, la traería a casa. Se habría enfrentado a Italia y Chance ni siquiera habría desaparecido.

Me senté sobre los escalones y coloqué las manos sobre las pantorrillas. Reposé la frente en las rodillas. Tenía que desconectar antes de acabar explotando.

Herman me pasó una mano por la espalda y me frotó el hombro.

—¿Te acuerdas de la época en la que tenías planes y ambición? Todo eso del arte.

Me volví ligeramente para mirarle con el rabillo del ojo mientras me seguía frotando la espalda.

—Ahora tengo ambición. Más que nunca. Estoy ideando un plan. —Tenía a Kafka, una visión, un mensaje y un masaje. Los músculos de la nuca se relajaron por la calidez de sus manos.

—Hablo de ambición artística, no solo financiera.

—Tengo ambición artística. No voy a ser una payasa corporativa durante mucho más.

Herman me frotó el hombro izquierdo.

—¿Segura? El dinero acaba absorbiendo a los mejores de entre los mejores.

Los mejores de entre los mejores. Para mí, ese era Rex. Y el dinero todavía no había logrado tocarle. ¡Ni por asomo! De hecho, no ganaba lo suficiente para cubrir los costes de la pintura facial. La puerta se abrió con un estruendo metálico detrás de nosotros. Herman me quitó la mano de la espalda inmediatamente.

—¿Qué estáis haciendo? —dijo Italia.

Me levanté. Herman me miró. Yo miré a Italia. Ella nos miraba alternativamente.

Sonreí, le puse una mano en el muslo a Herman y dije:

—Como en los viejos tiempos. —Era una tecla muy fácil de golpear y no pude resistirme. Vale, fue un momento de resentimiento: estaba resentida. Era una payasa resentida en el precipicio del erial corporativo. Le lancé el cebo a Italia porque había soltado a mi perra cuando la perra era lo único que tenía. En voz baja, murmuré: —Siempre tuviste unas manos muy fuertes.

—Déjalo, Nita —dijo Herman.

—¿Herman? —dijo Italia.

—Mira, no te preocupes. ¿Qué necesitas?

Italia arañó la mosquitera de la puerta con un fuerte chirrido.

—Hay una especie de familia en la puerta, con un pollo de goma… —dijo con un nuevo chirrido.

Herman se sacudió tabaco suelto de la lengua.

—Joder.

Me señaló con la cabeza.

—Son tuyos. O te deshaces de los cazarrecompensas o te planto en la calle.

10.

NUESTRO MOMENTO KODAK; O, COMPORTAMIENTO *ARREXGADO*

Anduve toda la noche renqueando por Declivetown. Comprobé cada neumático gastado, pila de ropa vieja y cascada de basura, cualquier cosa que tuviera el aspecto de ser un posible cuerpo de perro acurrucado en la oscuridad. Sentada en el sofá hundido del porche de Herman al amanecer, hice un cartel: ¡encuentra a chance, se ha perdido! sin cola, sin collar. negra entera. sabe hacer trucos. schipperke zurdo, semiadiestrado y de pura raza. recompensa: $$. Hice un dibujo de Chance sentada y pidiendo, las dos patas en gesto de oración, como si rezara por volver a casa.

Estaba despatarrada en el sofá del porche cuando Herman abrió la puerta principal. Se frotó la cabeza, tenía el pelo despeinado porque se acababa de despertar.

—Has madrugado. ¿Y eso?

Le di la vuelta al cartel para ocultarlo.

—Trabajo. Actuación de payaso.

—Llorar no te sienta bien. Se te hinchan los ojos. —Me pasó la yema del pulgar por un lado de la cara. Le quité la mano de un golpe. Imperturbable, me preguntó—: ¿Dónde trabajas hoy?

—Una sesión de fotos. Publicidad.

Herman se rio.

—Vaya, mierda. Es un mal día para eso, tienes una pinta horrible. Pero bueno, la chapa y pintura lo tapa todo bastante bien, ¿eh?

Me apreté el cartel contra la cadera y volví al lavadero, donde me puse de pie en el colchón que Rex y yo llamábamos nuestra cama y me observé la cara en el fragmento de espejo tintado de verde que estaba pegado con cinta aislante. Herman tenía razón. Tenía la nariz quemada por el sol y la piel hecha un mapa de parches rojos. Los ojos inyectados en sangre, hinchados y oscurecidos. Los labios agrietados. Todos los espejos me preguntaban la vieja pregunta existencial *payasil*: «Si la del espejo soy yo, entonces ¿quién soy?». Un desastre: eso es lo que era. Todavía oía a Crack dando su orden: «Dalo todo. Ponte

guapa. Las fotos cuestan mucha pasta; lo haremos una vez y ya está. ¿Me sigues?».

¡Ah! Bendito sea san Julián por la cara blanca y las pinturas de guerra. Volví a enfrentarme al espejo y me puse a trabajar. La habitación estaba tranquila sin los jadeos rápidos y cálidos de Chance, los arrebatos repentinos de ponerse a arañar el parqué con las uñas. Mi estómago era un pozo vacío, mi corazón un puño martilleante.

«Dalo todo, ¿vale?». Para mí, darlo todo implicaba un estilo tradicional de payaso: el pelo en una nube voluminosa de rizos achicharrados de plástico rojo, cardado con un peine para pelo afro, y dos apretados caracolillos modelados con cera sobre las orejas. Llevaría un torrente de espumillón azul prendido de la peluca. Grandes labios rojos, cejas negras arqueadas y, por supuesto, haría gala de mi mejor nariz roja de goma: un clásico.

Rompí el sello del frasco ambarino de pastillas chinas del acupunturista, saqué el tapón de corcho y agité el frasco hasta tener seis pastillas blancas, más pequeñas que una aspirina, en la palma de la mano. Me tragué tres con un sorbo de un polvoriento vaso de agua cubierto de pelo de perro que había junto a la cama. Me tomé otra pastilla y me la dejé sobre la lengua, donde se disolvió con la rapidez de una golosina. Como no notaba ningún efecto, me eché al gaznate otras tres. Hicieron ruido al chocar con los dientes. Las mordí sin romperlas, como si mordiera rodamientos, y me las metí bajo la lengua, donde se disolvieron completamente.

Un Rex desnudo me observaba desde un bosquejo en tinta en la pared, con su omnipresente sonrisa secreta. La escultura de un Rex en miniatura me espiaba sobre la estantería. En un boceto a lápiz, me daba la espalda, mostraba una oreja al óleo, y sostenía una mano abierta hacia el cielo. Me senté en la cama, con el teléfono en la almohada.

Me puse otra pastilla sobre la lengua.

Rex estaba en todas partes, pero no lograba que se pusiera al teléfono. Volví a llamar una vez más y le dije al contestador de la residencia de payasos:

—¿Rex? Soy Nita. Ha pasado algo con Chance… Ya no está, Rex. Ha desaparecido. ¿Rex? ¿Estás ahí?

Me puse un par de pantalones a rayas de Rex para que me acompañara durante la sesión de fotos. Me hacía falta la suerte. Eran pantalones de acróbata de licra, que a Rex le quedaban ceñidos pero que a mí me quedaban sueltos; una franja de rayas blancas me acariciaba los muslos. Enrollé los bajos del pantalón en un grueso dobladillo y me até un pañuelo rosa a la altura de la cintura. ¡Tachán! Me puse mi mejor gorguera con ribetes azules sobre una blusa de satén a rayas.

«Las rayas son la esencia del *payasismo*». Era una frase de nuestra rutina edificante, Payasos en las Escuelas. Empezábamos el número de Payasos en las Escuelas vestidos con leotardos negros y la cara sin maquillar. Rex y yo nos vestíamos delante de los niños. Rex se ponía sus pantalones ceñidísimos y decía: «Las rayas son la vestimenta de los parias, la orgullosa bandera de los payasos, los presos y los artistas», y esbozaba una sonrisa dentada.

«El atuendo de pillos, tunantes y réprobos», intervenía yo mientras me metía en un vestido que parecía una enorme tienda de campaña a rayas. Lo habíamos ensayado cien veces. Hacíamos malabares en pareja con paletas redondas de pintura para la cara mientras Rex recitaba: «Los mejores atuendos de payaso provienen de la tradición. De la historia. En algunas comunidades son sagrados, en diversas culturas son atesorados. Un payaso… ¿debe pintarse de blanco o ir al natural? ¿Ser el tonto del pueblo alemán, el payaso augusto o un espíritu etéreo nativo americano?».

«Bufón, malabarista, acróbata, pierrot o arlequín», decía yo con un alzamiento de ceja. Payasos en las Escuelas fue patrocinado por el gobierno durante aproximadamente diez minutos y, después, perdimos la financiación. Aun así, seguimos ensayando.

—Disfrazarse consiste en hacer un llamamiento al otro mundo, al inframundo, y encontrar un patrón espiritual, una inspiración —dije en voz alta, esta vez para mí.

Rex Galore era mi inspiración.

Puede que no estuviera en el inframundo, pero, aunque su espíritu me rodeara, estaba bien lejos. Me besé la yema del índice y la posé en los labios de la cabeza de arcilla roja de payaso que se erigía en lo alto del armario. Mi banco, mi amor, mi corazón. Mi futuro.

Solo me quedaba un detalle: la nariz.

Bajé de una estantería un muñeco de payaso con forma de barril. Con una torsión, el payaso cayó en dos mitades y de él salió un payaso más pequeño. Retorcí el segundo payaso y de este salió un payaso aún más pequeño. Cuando giré el tercero, apareció otro más. Una última vuelta y allí estaba: mi preciada nariz roja de goma, confeccionada con amor en la Fábrica de Narices Rojas de Goma.

Eran los de *Clowns Sans Frontières* los que dirigían la fábrica. ¡Cuánta nobleza! Hasta el último penique de ingresos de la Fábrica de Narices se destinaba a los niños de países asolados por la guerra. Niños sin extremidades, sin casas, sin narices de goma. Rex y yo hablamos una vez de montar una sede de Payasos Sin Fronteras aquí, en Declivetown, un vecindario tan malo como cualquier otro.

La conclusión era que yo no era una payasa de nariz roja. La nariz de goma era un talismán para las fotos.

Me coloqué las grandes gafas de sol de broma con la montura bordeada de margaritas, eché al bolso el frasco de pastillas chinas, escogí mis mejores Keds pintadas a mano y me llevé la grapadora de pistola.

La botella naranja del hospital me miraba desde lo alto de la estantería como una brillante luna llena. «Llename —me dijo la botella lunera—. ¡Llename de orina!».

Aún no tenía orina en el banco de orina. No tenía la cuña.

Después de pasar toda la noche buscando a Chance, estaba confundidísima. ¿Cuál era el primer pis de la mañana después de pasar toda la noche en vela? ¿Cuándo era el último pis de la noche?

Puse la bandolera rosa en el suelo y me llevé la botella naranja al baño. Me bajé los pantalones de acróbata de rayas de Rex, sostuve la botella por encima del váter, doblé las rodillas y me acuclillé. Me ardían los músculos de la ingle. Podía mantenerme en aquella postura a duras penas. Me subí la camisa para que no estorbara. Un torrente irregular corrió hacia la estrecha abertura de la botella; la orina caliente se me deslizó con rapidez por la mano. Un desastre. Corté el pis y después lo dejé fluir de nuevo. Me temblaba la ingle desgarrada. Un sudor frío me perlaba la frente. Unos minúsculos lagos amarillos decoraban la tapa del váter y el gastado suelo de linóleo.

Pero había pis en la botella. ¡Bingo! Estaba en proceso de conseguir una cosecha de orina. Al fin.

Le puse el tapón a la botella y limpié el exterior con papel higiénico. Cuando la agité, pesaba: una novedad. El fondo estaba cálido por la orina que contenía. Ya era hora de ponerla en hielo.

Mi balda del frigorífico era un espacio estrecho en el centro, la segunda balda desde arriba. La botella no cabía porque era demasiado alta, pero sí que cabía en la puerta, un área compartida llena de tetrabriks de soja, vino blanco, batidos de culturista y zumos orgánicos. Cerré el frigorífico y, satisfecha, me sequé las manos en los muslos ataviados de rayas.

De camino a la sesión de fotos, hice copias del cartel de se busca de Chance. También hice copias del cartel de se busca de Plucky. Al infierno con Herman y las normas de la casa; Plucky, Chance, Rex: necesitaba que todos volvieran a casa.

—*Chaaaance* —gritaba mientras caminaba—. ¡Ven, Chance! ¡Aquí, chica!

—No —gritó un bromista con un aullido nasal desde la ventana de su apartamento—. No tienes la más mínima *oportunidad*, nena. —Soltó una risita y después una tos y, a continuación, otra risita.

Un grupo de críos estaba reunido en un porche.

—¡Un payaso! —dijo uno. Como una masa, salieron del porche

haciendo cabriolas, balanceando brazos y piernas abiertos adelante y atrás.

Aunque era demasiado tarde, traté de alejar a los niños con una mano ataviada con un enorme guante azul.

—No estoy trabajando, niños. No soy un payaso. —Les mostré la palma de la mano abierta. En la otra mano agitaba la grapadora de pistola. Proseguí mi camino mientras gritaba—: *Chaaaaaaaance*. Ven, chica. Ven, bonita, bonita.

A mi lado, los niños me acompañaban dando saltitos, todo susurros y risas. Al caminar por la calle de uniforme, pero sin actuar, estaba quebrantando el Código Ético del Payaso. Todo lo que tenía que hacer era atar un animal de globos, lanzar una pelota invisible, tropezarme con un bache o incluso golpearme con la acera. Si lanzaba un chorrito con las gafas, ya estaría cumpliendo el código.

Pero no fui capaz.

—¡Haz un truco! —gritó un crío de nariz mocosa. Estaba justo a mi espalda—. ¡Cuenta un chiste!

—No hace falta que grites. —Me paré en un poste de teléfono, clavé seis grapas en los bordes de un cartel de se busca plucky y después clavé otras seis para Chance—. Oye, niños, ¿habéis visto esta gallina? —Sostuve en alto un cartel.

El niño se quitó los mocos con la uña. Tenía el brazo delgado y lleno de cicatrices.

—Yo me sé uno, escucha. ¿Qué le dice un vampiro a un payaso?

Este chaval refugiado se había ganado a pulso una nariz roja de goma.

Otro niño le cortó y respondió:

—¡Eres tan malo que estoy que muerdo! ¿Lo pillas? Que muerdo.

El de la nariz mocosa trató de pegarme un bocado en el brazo. Aparté la mano con un movimiento brusco y dije:

—Qué chiste tan gracioso, niños. Bueno, y ahora, ¿habéis visto a esta perra? —Sostuve en alto un segundo cartel.

El niño se rio, mostrando unos dientes afilados. Otro crío me tiró del faldón de la camisa. Los más altos me miraron con ojos entornados. Una chica extendió la mano para coger el cartel. Dejé que se lo llevara con los dedos sucios, saqué otro y, a base de golpes, le puse grapas en los bordes; cada una de ellas se clavó con el sonoro chasquido de la grapadora de pistola.

—¿Qué hacéis ahí fuera? —La voz de una madre se coló por entre la puerta mosquitera—. Entrad aquí ahora mismo —dijo mientras mantenía la puerta abierta. La niña más mayor fue la primera en darse la vuelta, dejando caer el cartel de se busca de Chance al suelo, y los otros la siguieron hasta el porche; el crío de la nariz mocosa caminaba

de espaldas mientras se despedía de mí con la mano.

—Hay una recompensa de dinero si la encontráis —chillé.

El chico más mayor asomó la cabeza:

—¿Cuánto? —Una mano lo agarró del hombro y desapareció, y la puerta mosquitera se cerró con un golpeteo.

En un callejón, asomaba un nudo de goma amarilla por un cubo de basura. ¡Un nudo del color de una gallina de goma! ¿Plucky? Tiré de él y se hizo más grande, y siguió saliendo, cada vez más largo y estirado (algo lo retenía desde abajo) y después, con un chasquido, salió disparado y me golpeó la mano. No era Plucky ni de lejos, sino la punta de un guante de goma viejo cubierto por aceite de motor atrapado bajo una pila de catálogos y porno. Me limpié la mano en el suelo lleno de grava, tapones de botellas y hierba nueva.

La sesión de fotos era en el sótano de la pista de bolos El Pleno de la Suerte de Declivetown, «¡Con el mundialmente conocido *lounge* Pleno y Barrido!». Un fotógrafo, conocido de Crack, hacía las fotos por un precio irrisorio, por algún tipo de favor. No quise saber cuál. Grapé carteles a un poste cercano. En el exterior de El Pleno de la Suerte, se oía por las puertas abiertas el estrépito y el repiqueteo de los bolos.

Dentro, un grupo de borrachos en el salón Pleno y Barrido casi se parten el cuello para mirarme, como si fuera un bicho raro en el escenario. Eran refugiados de bar que se escondían de la sobriedad.

—Bueno, bueno, hazme un pleno con esa nariz de goma —me dijo uno. Tenía la piel verdosa, los ojos rojos y su pelo era una fina colección de hilos bien engrasados. Me hizo un gesto obsceno con la lengua. Libidinosos.

—Tú debes ser el coche escoba —le dije, y proseguí mi camino.[4] Seguí las direcciones de Crack, «pasado el salón y la máquina de tabaco…». Me dirigí hacia unas escaleras estrechas y mal iluminadas de cemento verde industrial.

El sótano estaba a oscuras al final de la escalera. Crucé un espacio de almacenamiento. Había una luz al fondo y, gracias a ella, vi un cartel escrito a mano pegado con celo a una puerta casi oculta: ¡pssst! nari y natey, ¡por aquí!

Abrí la puerta y entré.

Dentro, la habitación brillaba intensamente; era un nido de sábanas blancas fruncidas y luces de fotógrafo, llena de humo y botellas vacías en el suelo. Había un viejo retrete enganchado en el rincón más remoto, sin cubículo. Crack estaba sentada en una mesa de oficina astillada y daba caladas a un Swisher Sweet. Un hombre, sentado a una silla de oficina, la hacía girar. Tenía los ojos ocultos bajo pliegues de piel, párpados caídos y ojeras, como una vieja tortuga marina. Delante de él, en el suelo, había una cámara, dos o tres

objetivos y carretes. El hombre se acariciaba el raquítico mostacho con los dedos una y otra vez.

Desde arriba llegaba el rítmico rodar y chocar de la pista de bolos: ¡Rrrrrrrrrr! ¡Crash!

Crack se sacó el puro de la boca. Se le descolgó la mandíbula.

—Pero ¿qué coño es esto? —Se acercó a mí rápidamente, se volvió a meter el Swisher Sweet en la boca, me desabrochó la gorguera y me despeinó el pelo de payaso—. Pareces Bozo.

—¡Bozo! ¡Es un referente en el mundillo! —Cuando me acercó la mano, di un respingo—. Dijiste que lo diera todo. Esto es lo mejor que tengo. Una payasa bien puesta.

—Puesta de algo estás, desde luego. Vamos a arreglarte. —El purito le saltaba entre los labios. Me tiró de la peluca. La peluca estaba fijada con horquillas y estas me arañaron el cráneo como si fueran garras. El humo de su propio purito la obligó a cerrar un ojo de pestañas largas.

—Vas demasiado Ronald McDonald.

Intenté apartarme.

—¡Somos payasas! Lo que llevo puesto es lo más en materia payasil. —Volví a atusarme el pelo para dejarlo como una bolita—. Estoy disfrazada para encontrar a mi líder espiritual.

—Pues vaya marrón —dijo Crack—. ¿Planeas hacer actuaciones infantiles el resto de tu vida? —Crack iba vestida como una arlequín putilla, con peluca oscura, labios fucsia chillón, un vestido de lunares con ribetes de piel falsa y unas medias de rejilla lo suficientemente robustas como para atrapar un pez espada. Tras una mirada al fotógrafo, parecía que lo que había atrapado era un tiburón.

—Cuando hablabas de darlo todo te referías a vendernos, ¿no? No a que fuéramos las mejores payasas. —Se había dibujado un corazón azul cobalto bajo el ojo derecho. Tenía la nariz grande, pero esa era su nariz de verdad y no había nada que pudiera hacer al respecto. La peluca era un ramo de rizos apretados.

Me cacheó y después me quitó la nariz de payaso. La tiró por encima del hombro.

—Eh, eso trae mala fortuna —dije.

Crack, envuelta en un halo de humo, dijo:

—Pues mala suerte.

La nariz rodó por la mesa y se cayó por el extremo más alejado. Me agarró la gorguera y le dio una sacudida:

—Ponte un poco más putilla, ¿me sigues? Piensa en el público.

Me alejé de ella, me metí bajo la mesa, por encima de las sábanas blancas.

Crack se agazapó junto a la mesa y dijo:

—Pregúntate: ¿a quién quieres atraer? ¿Quién tiene la pasta? ¿Quién te va a permitir labrarte un camino? ¿Me sigues?

Mi nariz era un sol rojo poniéndose sobre el horizonte de sábanas, guardado por el pie repiqueteante del fotógrafo.

—¿Los padres? Son los que escriben los cheques. —Era una suposición. Cogí la nariz. Al levantarme, me golpeé la cabeza con el borde de la mesa. Me metí la nariz en el bolsillo y di unos pasos hacia atrás, tambaleándome y con una mano sobre el bulto del cráneo. En la distancia, las abejas se alzaron en enjambre. En la pista de arriba sonó el estruendo de un pleno.

Crack tiró el purito al suelo y lo aplastó con el tacón de su Mary Jane.

—¿Quieres hacer un pleno o seguir haciendo tiradas fallidas a los bolos el resto de tu vida? —Me desabrochó dos botones de la camisa a rayas de satén—. ¿Tienes por ahí un sujetador *push-up* o algo parecido? —Rebuscó en mi bandolera rosa. Los carteles de se busca plucky revolotearon hasta caer al suelo—. Tal vez un par de globos. Infla estos. —Empujó unos globos en mi dirección.

—Esos tienen forma de plátano —dije—. Son para hacer figuras, tan largos como mis piernas.

El fotógrafo alzó una ceja que levantó los pliegues de sus ojos hinchados; una tortuga marina inquieta.

—Pues eso me da una idea… —Comprobó el reloj—. ¿A qué hora llega la otra chavala? —Su voz sonaba áspera como la grava, como si hubiera bebido whisky de un cenicero. Sacó un paquete de cigarrillos con manos temblorosas.

Me resultaba difícil imaginarme a Matey, toda huesos y puñados de músculo, como una «chavala».

—Matey llegará de un momento a otro —dijo Crack. Se volvió hacia el fotógrafo, me agarró del hombro y preguntó—: Ahora, dime, ¿pagarías por esto? —Me señaló como si fuera mercancía recién salida de Villa Se Vende.

Él se colocó un cigarrillo doblado entre los dientes, se encogió de hombros y esbozó una media sonrisa, una sonrisa que no me gustó ni un poco. Se pasó la yema del pulgar por el labio inferior, con mano temblorosa, y dio vueltas en la silla.

—Es un auténtico pibón. —El mostacho daba sacudidas mientras hablaba—: Puede que me casara con ella.

—Precioso —dije—. Menuda pareja estáis hechos.

Por encima del bullicio de los bolos y los gritos de la planta de arriba, dije:

—Soy una buena payasa. Llevo un buen *look* de payaso, clásico. —Agarré los globos y los devolví a la bandolera rosa—. No pretendo ser

una chica sexi.

—Como jefa de este equipo, yo digo que ya es hora de que vayas empezando. Lograr que lo de las payasas sexis sea un espectáculo de éxito. ¿Me sigues?

—¿Payasa sexi? No, no te sigo. El glamur y la comedia son caras opuestas de la misma moneda. O se es sexi o se es absurda, o una cosa o la otra. Ni una *stripper* se pega batacazos ni una payasa se pone tapapezones.

—Mira, te voy a dar una pista —me dijo Crack—: Lo estamos haciendo por dinero.

Asentí.

—Pete, enséñale el material gráfico —dijo chasqueando los dedos.

El fotógrafo alzó una mano temblona y desenrolló un póster sobre la mesa: ¡si quieres pasar un buen rato, llama a trixie, twinkie y bubbles! En la parte inferior aparecía el número de teléfono de Crack. En medio había espacio para una foto.

—¿Quiénes son Trixie, Twinkie y Bubbles? —Nunca había oído hablar de esas payasas en nuestro barrio.

Crack y el fotógrafo intercambiaron una mirada furtiva. El fotógrafo esbozó una sonrisilla y Crack se echó a reír en voz alta, una sola nota:

—¡Ja! Podría ser cualquiera. En eso consiste: en la fantasía. Una fantasía de faldas cortas y fiestas largas. —Mientras hablaba, le daba golpecitos al póster con un dedo, como si estuviera agregando las palabras.

—Hostia —dije—. ¿Nosotras, Crack?

Crack sacó un bote de la bandolera rosa de accesorios y roció mi peluca roja con laca del pelo con olor a golosina.

—Mira, los adultos tienen dinero y se lo gastan. Y les dan igual las narices de goma. —Peinó el cabello falso con los dedos, retorció la parte delantera de la peluca, me retiró los rizos de la frente, ensortijó un mechón de pelo y lo fijó con una horquilla. El chichón de la coronilla me ardía y latía dolorosamente bajo sus manos—. En las fiestas corporativas ya no pueden contratar *strippers*, pero pueden contratar payasas. ¿Lo pillas? No se pueden permitir a la chica que sale de la tarta, pero sí que pueden pagar a chicas maqueadísimas vestidas de licra para que hagan lo que sea.

Me tironeaba la cabeza cada vez que pasaba los dedos por los enredos de la peluca de plástico.

—Ahí es donde entramos nosotras, esa es la oportunidad. ¡Trixie, Twinkie y Bubbles! Nos vamos a forrar, te lo digo yo, ¡nos forraremos!

Me rellenó el sujetador de pañuelos y le puso unos alfileres a los pantalones de acróbata de Rex por la parte de atrás para que se me

ciñeran a los muslos. La dejé que se afanara y pensé en el taco de tarjetas de visita que tenía en casa, en la estantería, el sinfín de sugerencias, fechas y números de teléfono. El arquitecto. Los asesores de uso y planificación del espacio. El friegaplatos. ¿Dónde quedan las payasas en el continuo de la excitación sexual? Supongo que en algún punto entre acostarse con una monja vestida con hábito y una *stripper*, arreglada y tapada. No era lo que yo quería ser.

—No estoy segura querer hacer esto, Crack, no me parece bien. No creo que sea arte.

—¿Arte? ¿Estás de coña? Este es el arte más antiguo del mundo. Y óyeme, yo sé lo que te conviene: buscas sacar suficiente pasta como para enganchar al señor Sexi Rex. ¿Pretendes lograrlo haciendo un Cristo de globos?

Madre mía.

Bajé la mirada hacia los pantalones de acróbata de Rex. Las rayas de la tela resaltaban los músculos de los muslos y formaban una V tirante en la entrepierna, una flecha hacia mi monte de Venus. Las rayas no son solo para payasos y presos: también lo son para las prostitutas, desde el Levítico. La marca de la pecadora: medias a rayas, capas a rayas. Indulgencia y castigo.

Crack tenía razón: me hacía falta el dinero. Estaba estancada, atrapada, sin Rex. Este comportamiento *arrexgado* era porque él no estaba.

Me peinó la peluca enredada y sus dedos como garras se abrieron paso por los mechones sintéticos. Tenía el cuello agarrotado por cómo me sostenía la cabeza. Miré a Crack por encima del hombro. Se había marcado bien los ojos de negro. Llevaba los labios pintados de un rosa brillante, y en el cuello se le marcaban los pliegues de arrugas nuevas: la edad ya la había alcanzado.

—¿Tienes algún problema con las *strippers*? —dijo.

—No es lo que pretendo ser. —Tenía un hilillo de voz; las palabras se derrumbaron, se rompieron conforme las iba pronunciando.

—Ya tienes un cliente —dijo ella como si fuera algo positivo—. Ni siquiera hemos empezado esta empresa conjunta y ya tienes a tu Enamorado, al de la actuación de Chaplin. Me dejó un mensaje en el móvil diciendo que quiere un espectáculo privado, solos tú y él. ¿Cómo te viene?

—Esa es la cuestión, ¡que no quiero que *me venga* de ninguna manera! Crack, no creo que esto sea lo mío…

—¿El qué? ¿Ganarte el pan? Yo he sido *stripper*, peluquera y directora de banco. No hay ninguna diferencia. —Al hablar, le botaba el corazón cobalto que tenía en el pómulo—: Pero confía en mí, te haré ganar pasta. Tenlo por seguro.

Era cierto: Crack era el único motivo por el que podía prestarle dinero a Rex para que viajara a la Escuela de Payasos.

Crack acercó su rostro al mío.

—¿Qué tienes en la cara? ¿Es aceite de motor?

Me llevé una mano a la piel. Cuando retiré los dedos, estaban negros y aceitosos. El cubo de basura, el guante de goma. El grasiento recordatorio del porno en un callejón de Declivetown.

Crack me tiró del pelo para echarme la cabeza hacia atrás y me miró a los ojos.

—¿Estás bien? Estás blanca como un fantasma. —preguntó, y después ella y el fotógrafo se echaron a reír. Me soltó el pelo y me dio un azote en el culo—. Saldrá bien, no te preocupes tanto. Y ahora ve a refrescarte antes de que llegue Matey. Parece que te has pasado la noche llorando.

¿Todavía se notaba? Llevé la bandolera hasta el espejo que había en la pared, junto al retrete.

—Ponte guapa. Sexi. Como dice el anuncio, para pasar un buen rato, ¿vale? Una fiesta. Hazte un corazoncito como este. —Se señaló el corazón de la mejilla, se mordió la punta de la uña y la escupió en el suelo.

El fotógrafo me apuntó con la cámara. *Flash*.

—La payasa triste va a ponerse chula —dijo por entre los dientes amarillos. ¿O había dicho «va a por su chulo»? En el reflejo desportillado del espejo, la peluca roja, con la raya muy a la izquierda, estaba decorada ahora por una fila de bucles retorcidos obra de Crack.

—Otra cosa —gritó Crack—. Nos he conseguido un curro pasado mañana, a mediodía. Superfácil: disfraz y cara de payasa. Lo único que hay que hacer es estar allí, pero pagan una pasta. Les prometí tres chicas.

Tres chicas. Me desmaquillé el merengue blanco de la piel llena de manchas. Abrí el estuche y volví a empezar. En el espejo, vi cómo Crack se sentaba en el regazo del fotógrafo. Se pasó la lengua por los labios fucsia intenso.

La puerta se abrió de par en par.

—¡Tachán! —Matey se lanzó dentro de la sala y se deslizó por el nido de sábanas blancas mezcladas con botellas vacías de cerveza y cenizas del fotógrafo—. ¡Ay! —Mantuvo el equilibrio para no caerse. La bandolera rosa que llevaba al hombro se bamboleó—. ¡Badabum!

—Ah —dijo Crack levantándose de un salto para aplaudir—. Nuestra payasa bdsm favorita.

Matey se inclinó en una rápida reverencia. Se había hecho un recogido alto y lo había adornado con una cinta navideña. Llevaba un vestido ceñido, de corte bajo, y las medias de rejilla tenían algún

enganchón.

—Gracias, pero no me hagas la pelota. Todo payaso es un payaso bdsm, incluso los que todavía no lo saben. —Tiró la bandolera rosa al suelo, bocabajo, cerca del trocito de espejo en el que me estaba maquillando yo.

—Yo no —respondí. De un plumazo, tracé una gruesa línea azul cobalto con delineador.

Matey rebuscó entre sus cosas hasta que encontró un estuche de base blanca. Levantó la mirada, puso los ojos en blanco y dijo:

—Y luego están los que todavía no lo saben. —Tenía morados recientes en las muñecas y los brazos duros y nudosos. El vestido le quedaba como una bolsa de plástico alrededor de un paquete de palitos de zanahoria.

Crack me puso las manos en los hombros y me dio una palmadita en la espalda.

—Es que Nari es una gran artista. —Guiñó un ojo—. ¿Recuerdas? Subida a nuestro carro de oro hasta que aparezcan las tropas shakesperianas locales.

Matey mordió la punta de una gruesa brocha y le quitó el protector con la boca.

—No se puede separar una cosa de la otra. Todo payaso es un sumiso y todo sumiso es un bufón, y asumir el papel de perdedor da dinero.

Me acerqué al espejo sin decir nada. Yo no lo veía así. Claro que un payaso era un perdedor, pero eso no convertía a todos los payasos en bufones. Para mí, asumir el papel del oprimido era un arte. Hablábamos por los que no tenían voz. Nosotros éramos los que no teníamos voz —mediante renuncia voluntaria al habla— y transmitíamos las dificultades de los más pobres con cada actuación. Lo dejé estar y cambié de tema.

—Y yo, ¿cuál soy? —Me dibujé la ceja izquierda, un arco alto y desconcertado.

—¿Cuál qué? —Crack cogió su estuche de maquillaje—. ¿Sumisa o bufona? —Sacó un espejito y se puso otra capa de rímel en las gigantescas pestañas postizas. Usó un cepillo extragrande especial, que llevaba dentro de un gran tubo, para sus pestañas extragrandes.

—No. ¿Trixie, Twinkie o Bubbles? ¿Quién soy en el espectáculo?

Se encogió de hombros.

—Quien quieras, corazón. A mí me da igual. Un nombre solo es otro tipo de envoltorio. Marketing. Empieza el día de tu nacimiento.

11.

EL LADO ORGANIZADO DEL INFIERNO; O, BÁLSAMOS, SOMNÍFEROS Y PALIATIVOS

Una langosta solitaria golpeaba el cristal de un acuario pequeño con la pinza. El mundo vacío y estrecho de la langosta reposaba sobre un mar congelado; debajo, bandeja tras bandeja de poliestireno azul con cangrejos, calamares morados de largos tentáculos y manojos de eperlanos de Dungeness descansaban sobre hielo picado. Toc, toc. La langosta golpeó el cristal como pidiendo ayuda. Al otro lado del pasillo, lo que una vez había sido un rebaño de reses alimentadas con hierba descansaba ahora en silencio en charcos sanguinolentos de filetes de lomo, bistec de falda, costillas, lenguas y hamburguesas sobre hielo. En un pequeño mostrador verde brotaban flores comestibles, un campo en miniatura listo para la cosecha. Toc, toc. Toc. Toc, toc. Un mensaje de socorro de la langosta. *Sacadme de este cielo muerto*. Cómo la entendía.

El Alimentos Sanos de Superlujo era una pesadilla del dinero en forma de almacén que se encontraba justo pasada la linde de Declivetown, donde llegaba la gentrificación de King's Row. El edificio solía albergar la sede de una asociación cristiana. Ahora, en Alimentos Sanos de Superlujo, incluso un cartón de dos huevos duros costaba la mitad de mi asignación diaria. Me dejé puestas las grandes monturas de las gafas de broma como escudo protector contra los fluorescentes cegadores y me calé la peluca. Golpeé el linóleo brillante con el bastón mientras chupaba las pastillas chinas como una yonqui de las golosinas y me adentré más en la tienda.

Leonardo da Vinci decía que el agua era la fuerza más destructiva del planeta. El agua corroe el metal y erosiona la piedra. Pero Da Vinci olvidó la capacidad corrosiva del dinero: cuando entraba dinero en el vecindario, se derrumbaban los viejos edificios. Hasta las personas desaparecían.

Me dirigí rápidamente hacia un rincón con un cartel de zona de medicamentos holísticos. Allí, detrás de las esponjas orgánicas y las espumas de baño con receta, había una pared repleta de viales

ambarinos y azules que relucían como joyas. Tinturas. Curas.

Después de las cuatro horas de la sesión fotográfica de Crack, necesitaba cualquier cura que pudiera encontrar. Tenía los nervios destrozados. Me sabía la boca a metal. El miedo a que Chance no volviera nunca me atenazaba la garganta como si tuviera ganas de llorar. Las pastillas chinas no iban a durar para siempre. No podía permitirme volver a acabar en el hospital y ya me había cargado la recolección de orina del día: no había sido capaz de aguantarme el pis hasta volver a casa. Necesitaba una panacea, un remedio para el dolor de tripa, de corazón, de cabeza. Tenía que haber un remedio para el corazón roto por la pérdida de un perro, por un aborto y por una gallina de goma perdida. Una cura para una vida en la que la familia se te escapaba de entre las manos, en la que nunca nadie se quedaba a tu lado ni vivía lo suficiente. Mi árbol genealógico era un seto, un arbusto, una hierba solitaria. La única cura que conocía era Rex, pero no estaba, y necesitaba una cura para eso más que para cualquier otra cosa.

La primera tintura que cogí, Centella Asiática Fórmula Cuarenta y Nueve, prometía curar la depresión, la manía, la indigestión, la indecisión, la testarudez, la mala circulación, la confusión y las abrasiones de la piel. Sonaba bien. Sin pensármelo dos veces, me metí el vial en la amplia manga de la camisa de payaso. ¡Tachán! Magia: el vial había desaparecido. Combatiría la erosión económica del barrio. Mi propia batallita era una cura económica: robar.

Los payasos tenemos una ventaja a la hora de robar: la coulrofobia, el miedo a los payasos, juega en nuestro favor. La gente no mira si no quiere verse involucrada, si no quiere que les carguen con objetos invisibles, que los imiten en público o que se los obligue a agarrarse a una pierna de payaso, un pez resbaladizo o un sombrero explosivo.

Usar la actuación como un arma incumplía completamente el Código Ético del Payaso: «Usaré el arte solo para un bien mayor, nunca para hacer daño». Pero sí, lo hice. Robé disfrazada de payasa.

Había cosas para depurarte el hígado, para limpiarte el colon, para eliminar los cálculos biliares… La valeriana, la pasionaria y el lúpulo prometían relajar los músculos, incluido el músculo cardiaco. Me metí un vial de valeriana en la otra manga.

El corazón me latía más rápido con cada tintura que iba mangando. Una cajera leía una revista tras el mostrador de información. Se mojó un dedo con la lengua y pasó de página. Cogí un vial de tónico de bayas de árbol casto.

—¿Encuentra usted lo que está buscando? —dijo una voz grave.

Volví la cabeza bruscamente y miré desde debajo de la peluca ladeada. Un hombre vestido con una camisa abotonada de tela Oxford amarillo pollo agitaba las manos. «Tim», decía su chapa, «¿En qué

puedo ayudarla?».

Me llevé una mano a la frente a modo de visera y me di media vuelta para otear la pared de tinturas, *desde el Pacífico haaaaaaasssta el Atlántico*. Di un largo y fuerte silbido y me volví hacia Tim. Me pasé el dorso de la mano por la frente y asentí. *Sí, sí, he encontrado todo lo que estaba buscando y un poco más*. Le hice un gesto de «todo bien» juntando el pulgar y el índice, pero Tim no se fue. En vez de eso, dirigió la mirada a mi bandolera rosa. Envolví las manos en torno a un carro de la compra imaginario y me alejé dando bandazos por el pasillo de las tinturas. Tim se quedó allí un momento, observando mi número, puso bien una muestra de Crema Milagrosa y siguió su camino.

Metí en la bandolera un vial de concentrado de regaliz.

En el pasillo de las tinturas hacía cada vez más calor pese a la marcha de Tim. Tenía que darme prisa. No tenía tiempo de investigar. Pau D'Arco era para la sangre; me gustaba el nombre, tal vez fuera brasileño. ¿En qué lugar de este país diríamos D'Arco? Amor de hortelano también era un buen nombre. Eché a la bolsa un vial de cada; cargada de pequeñas tinturas, de promesas robadas, ya apenas podía respirar. Extendí la mano para coger una titilante botella dorada.

Una mano me dio unos golpecitos en el hombro. ¿Tim? El puño azul de un uniforme, vello dorado en la muñeca. ¡La pasma! En mi visión periférica, vi relámpagos; el techo se me cayó encima y se me encogió el corazón. ¿Arrestada otra vez, tan pronto? Cuando me di media vuelta y vi su cara me sentí aliviada por un momento: al menos era un poli al que conocía, el Señor Mágico, encantador y servicial. ¡Pero no por ello menos poli! Me alegraba de verlo, pero no quería que me viera. Distancia.

—¿Haces la compra con tu disfraz de payasa? —me preguntó Jerrod. El golpeteo del corazón y el zumbido de la cabeza apenas me dejaban oír sus palabras. Sostenía un plátano con el que me apuntaba como si de una pistola se tratase. En la otra mano tenía una bolsa de plástico con dos kiwis. Eran las armas de las fuerzas del orden de una pacífica isla paradisíaca.

—Es un país libre. —Estaba hablando demasiado rápido—: Tú haces la compra con tu disfraz de madero. —No debería haber dicho «madero». *Policía*, esa era la palabra. No debería haber dicho nada. Sentí el peso de la valeriana robada deslizarse por la amplia manga—: ¿No? —añadí, y sonreí más todavía, una sonrisa más amplia—. ¿Cómo estás?

—Estoy bien, gracias por preguntar. Y no. Para empezar, es un uniforme, no un disfraz, y normalmente no hago la compra de uniforme. Se supone que no debería estar de servicio en este

momento, pero dije que atendería una última llamada. Oí por la radio del coche que necesitaban que alguien resolviese un posible problema. —Con un gesto del plátano, señaló la puerta principal.

—¿Un problema? —Miré en derredor. El sitio estaba en calma. Nada de alarmas, ni de hombres armados. Solo el escándalo que armaban los latidos de mi corazón—. ¿Qué sucede? —El latido de mi corazón confesó el robo: *Lo sabe, lo sabe, lo sabe…*

Se encogió de hombros. Un tendón de su cuello asomó a la superficie y luego desapareció.

—Digamos que esta vez seré tu escolta policial hasta la salida, Narizotas.

—¿Yo? —Agarré un carro de la compra vacío como para demostrar mis buenas intenciones, para vincularme al mundo de los compradores. El carro se alejó, yo me resbalé y el mundo se desequilibró y desvinculó de mí.

—La llamada decía que había un payaso asustando a los clientes… Pensé que tal vez fueras tú.

Me incorporé, volví a agarrar el carro y lo dominé.

—¿Han llamado por mí? ¿Quién? —Mi corazón murmullaba: *Corre, corre, aléjate.*

—Este es un establecimiento familiar. El maquillaje de payaso inquieta a la gente.

—¿Familiar? ¿A qué te refieres? Los payasos somos una diversión familiar.

Jerrod me lanzó una mirada dubitativa. Se rascó la cabeza con el plátano e inspiró hondo. Yo también lo hice y sentí por un momento que las paredes se expandían y me dejaban un espacio precioso para respirar.

—Mira, te diré cómo va la historia: se lo toman más como todo el rollo ese de John Wayne Gacy. —Metió el plátano en la bolsa de plástico, junto a los kiwis.

Mierda. Gacy.

—Ese tío les arruinó las cosas a muchos payasos. Su actuación promovió todo el prejuicio… Si una mujer asiática comete un delito, ¿les impide eso la entrada a las mujeres asiáticas a una tienda de comestibles?

—Bueno, guárdate esa pregunta para el club de debate. Aquí simplemente no quieren que lo vean los niños.

—Gacy fue más un hombre del carrito de los helados con un disfraz de payaso para los días de fiesta…

—Puedes terminar de hacer la compra si te das prisa —me cortó Jerrod—, te acompañaré, y después tenemos que marcharnos.

La compra. El robo, mejor dicho. Robar y explotar la coulrofobia

colectiva, usando lo peor del payaso para el beneficio propio. Eché una bolsa de sales de baño del Mediterráneo a la cesta para que pareciera que estaba haciendo la compra. «Liberador de tensión mineralizado extraído del golfo de la Franja de Gaza». Si me marchaba con Jerrod, ¿me arrestaría cuando estuviéramos fuera?

—No vives lejos. Te puedo llevar a casa.

El coche patrulla, otra vez. Ni de coña podía bajarme de un coche patrulla. Sentí el frío del vial que llevaba en la manga contra el punto del pulso; le hablaba al latido de mi corazón. El latido de mi corazón decía: *Cortacésped robada, tinturas robadas… sálvate*.

Tenía que dominar la situación.

—Bonito paquete. —Señalé. Jerrod bajó la mirada al plátano en la bolsa de plástico. Los kiwis suaves y peluditos, uno a cada lado, parecían testículos arrugados.

—¿Qué? Es un picoteo —me dijo, pero con un sonrojo, un rápido rubor en la mandíbula. Un madero tímido.

Había logrado que bajara la guardia y había mantenido mi ventaja.

—He visto plátanos más grandes.

—Mira, Narizotas, ya vale. Tienes suerte de que haya sido yo quien oyó la llamada. Cualquier otra persona no sería tan amable con todo esto. Ahora vámonos. Te estoy haciendo un favor y he tenido un día muy largo.

Otro favor. El segundo favor que me hacía.

—Y porque tienes buen corazón —prosiguió. Me dirigió una sonrisa y se señaló la mejilla.

Imité el gesto y me toqué la cara. Se me mancharon los dedos de pintura blanca y roja. Era el corazón que me había hecho con maquillaje para la sesión de fotos.

—Gracias. Me había olvidado.

—Te favorece mucho. Pero no está bien llevar la cara pintada en un lugar como este. Es como llevar una máscara en un banco, la gente se inquieta.

Lo seguí hasta la parte delantera del establecimiento. En la caja, tiró la fruta sobre la balanza. Sentía presión en el pecho, tenía un nudo en la garganta. La cajera le pesó la fruta. Jerrod se sacó unos dólares de la cartera. Yo empujé mi carrito a un pasillo.

—¿Vas a comprar eso?

—¿Baño de burbujas del golfo de la Franja de Gaza? —Negué con la cabeza—. No soy de ese tipo de chica: no soy una golfilla —dije. La valeriana me tintineaba en la manga.[5]

De camino a la salida nos cruzamos con Tim, el dependiente. Estaba apilando cajas de macarrones con queso con salsa al pesto orgánica. Dos cajas por diez pavos. ¡Eso sí que era un robo! Farfulló

un rápido: «Gracias, agente».

Jerrod echó la cabeza hacia atrás, un rápido asentimiento. Se abrieron las puertas automáticas.

—Yo me encargo desde aquí —dije una vez fuera. No podía volver a meterme en su coche.

En la pared de Alimentos Sanos de Superlujo había un tablón público. «Bienestar y desarrollo comunitario», ponía encima de este. Saqué un cartel de se busca chance de la bolsa rosa y después saqué la pesada grapadora de pistola. Jerrod esperó, observándome. Colgué el cartel.

—No es ilegal, ¿no? Estoy segura de que tienes cosas de poli más importantes que hacer.

—¿Has perdido a la perra? Ostras, Nari. ¿Cuándo ha sido?

—Pues la verdad es que fue cuando me sentenciaste a una tarde en Las Ruinas. Mientras estaba ocupada fingiendo que estaba en comisaría después de que me arrestases. Mis compañeros de piso la soltaron.

—Vaya, lamento oír eso. —Sonaba sincero. Se asomó por encima de mi hombro para estudiar el dibujo y me envolvió su aroma a canela —. ¿Sabes? Creo que la he visto. Justo por aquí… Hoy, hace un rato, vi una perrita negra que me hizo pensar en ti.

—¿La has visto? —Me di la vuelta, rauda. Con el giro, el bastón se levantó y le golpeó en la espinilla. Mis zapatillas gigantes de payasa le besaron la puntera de los zapatos, se nos enredaron los pies—. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Estás seguro?

—A solo un par de manzanas de aquí. No estoy seguro de que fuera ella, pero podría ser.

Era una posible señal de que estaba viva. ¡Mi perra, mi cachorrilla payasa en adiestramiento! Seguí a Jerrod, aunque me mantuve a unos pasos de distancia, y mientras caminábamos, dejé que la valeriana se deslizara por la manga hasta la palma. Con una sacudida, bajé la centella asiática de la otra manga y la dejé caer en el profundo bolsillo de mis pantalones.

Clin. La centella asiática golpeó otro vial que ya llevaba en el bolsillo, y el tintineo me sonó a la minúscula puerta de una celda cerrándose. *¡Clin! ¡Eres una ladrona!* Pasamos junto al coche patrulla de Jerrod, que estaba aparcado.

—Está muy cerca. Salió corriendo cuando me acerqué, igual que alguien que conozco, ahora que lo pienso. —Se volvió para mirarme. Rápidamente, hice desaparecer un vial.

Más adelante se veía el cartel azul de Bocadillos y Pitillos, un bar de puros y bocatas. No era un buen lugar para comer, porque la carne, el queso y el pan sabían como a humo de puro rancio. Pero la cerveza

era barata.

—Es complicado arrestar a una perra.

—¿Arrestarla? —Lo que me faltaba ya era pagarle una fianza a la perra—. ¿Con qué cargos?

—Indigencia. —dijo él sin dudarlo. Después me lanzó una mirada —. Es broma.

Una broma de maderos. Ni siquiera sabía que los maderos hicieran bromas.

Bocadillos y Pitillos tenía ventanas de cristal ahumado oscuro y unas lucecitas moradas colgadas del techo. Cualquiera podría andar ahí dentro y cualquiera podía mirar por las ventanas oscuras y verme con Jerrod, paseando con un agente. Me alejé de él unos pasos hacia la izquierda. Jerrod cambió la trayectoria para quedarse a mi lado. Me eché el pelo de nailon sobre la cara.

—Solo queda una manzana. Bajando un callejón.

Todo aquello me estaba poniendo de los nervios. La anticipación, la intranquilidad, lo desconocido. Golpeé el suelo con el bastón y después me lo eché al hombro. Jerrod tenía los ojos fijos en un solar vacío. Le quité el tapón al vial de valeriana y mantuve la mano baja.

—Estaba por aquí. —El solar era la parte de atrás de unas casas destartaladas y hastiadas del mundo. Grité el nombre de Chance. Jerrod se puso una mano en torno a la boca, la llamó y escrutó el terreno vacío. El plátano y los kiwis, sudando en la bolsa de plástico, colgaban de la otra mano que llevaba a la cadera. Mientras no miraba, aproveché para ocultarme con la tienda de campaña que era mi pelo falso y, con una sacudida, me eché gotas de valeriana en el fondo de la lengua.

La valeriana sabe a tierra, a polvo, una promesa agridulce mezclada con alcohol. Empezaba a oscurecer. El aire era suave y se sentía agradable en la piel, con una brisa plácida y tenue como un beso; el cielo tenía un color melocotón y lo cruzaban nubosas franjas azules.

—¿Ves bien con esas gafas?

—Pues claro. —Las enormes gafas de sol bordeadas por flores de plástico. Sonreí y apreté el interior de la patilla. Del centro salió disparado un chorro de agua en un arco amplio—. Mantiene alejada a la gente.

Jerrod no se rio, solo asintió.

—¿Es ese el objetivo?

—¿Cuál?

—Mantener alejada a la gente.

Asentí.

—Es lo que me recetó el oftalmólogo. —Volví a apretar la parte

interna de las gafas, pero esta vez, en lugar de un chorro, salió un hilillo, que me cayó por la mejilla—. En realidad no hay ningún objetivo. Es un trabajo, soy payasa.

Volvió a llamar a Chance y siguió caminando. Lo imité. No había ni rastro de ella. Finalmente, me vi obligada a preguntarle:

—¿De verdad estaba mi perra por aquí? Es decir, ¿la has visto?

—Pues claro que estaba por aquí. ¿Qué te crees, que te mentiría sobre esto?

Con las gafas, veía su piel teñida de un azul claro bajo la luz de la tarde.

—Tal vez me lo dijeras para sacarme de la tienda, para que te siguiera. —Analicé su rostro buscando una señal, una forma de saber si se había inventado la historia.

—Qué graciosa —dijo, pero sin sonreír.

—Se supone que tengo que serlo. —Pero no estaba de broma.

—No me refiero a ese tipo de gracia. Eres graciosa porque no te fías de mí. Te comportas como si fuera el asesino de Green River o algo así. Si hubiera querido sacarte de la tienda, tengo otros métodos. Lo que me enseñaron en la academia. Sin subterfugios. El otro día te dejé marchar, con lo de la cortacésped. Hice todo lo que no tenía que hacer solo para que te libraras. Hoy te he acompañado amablemente a la puerta, sin montar un espectáculo. Y ahora estoy aquí, llamando a tu perra perdida. ¿Hay alguien más ayudándote?

En el solar vacío, un vaso de poliestireno golpeaba el asfalto áspero empujado por el viento.

—Hoy hemos recibido una llamada avisando de que los payasos se estaban congregando en el sótano de El Pleno de la Suerte. Actividad sospechosa. Ese lugar solo trae problemas. Y todo en lo que podía pensar era que tal vez estuvieras allí.

—Era nuestra sesión publi…

—¡Para! No me lo digas. —Levantó las manos con rapidez, como para escudarse de mis malas ideas—. Redacté el informe, pero no seguí el caso porque no quería saber nada. No paro de verte en los lugares equivocados. Me gusta verte, pero no así, no allí, porque a mí me pagan para estar en los lugares equivocados y no sé qué haces tú allí, solo espero que no te estén pagando.

»Me das buena espina, ¿sabes? Pero tal vez haya estado equivocado todo este tiempo. Tal vez robaras aquella cortacésped. Tal vez te desmayaras en la acera porque estabas colocada. Tal vez seas igual que todos los demás en Declivetown. Hasta donde yo sé, podrías haber robado aquella cortacésped para pagarte las drogas.

Las drogas. Las tinturas me tintinearon en el bolso y en los bolsillos. Hice una mueca de dolor mientras acariciaba los viales con

los dedos como si fueran las cuentas de un rosario.

—Yo me crie en Declivetown. Mis viejos siguen viviendo allí. Mis compañeros del colegio también. Lo he visto: tengo muchas razones para ser cínico, si quisiese.

Tenía razón. Esquivé su mirada. Después de un minuto, le pregunté:

—Y entonces, ¿por qué estás aquí?

—Bueno, si dices que has perdido a tu perra quiero ayudarte a encontrarla. Ese es mi trabajo y así soy yo.

Con un balanceo del plátano y los kiwis, señaló los escombros del solar. El sol comenzaba a hundirse por el tejado de una casa cubierto por una lona azul. Con la brisa, la lona se levantaba.

—Todavía no le he dado la espalda a Declivetown. Aquí hay buena gente y también gente con problemas, pero me gustaría echar un cable, a ti y a todos los demás. Sobre todo, me gustaría ver que mi instinto no se equivoca, que eres alguien a quien debo respetar y no de quien debo sospechar… que al menos hay un buen payaso en la localidad.

Me volví para mirarle. Parpadeó como si se le hubiera metido polvo en los ojos. Sus ojos azules parecían más claros que nunca. Cuando hablé, lo hice con voz suave:

—Pareces cansado.

—Y lo estoy. Ha sido un día largo. He tenido un montón de líos. Pero, de lo que estoy cansado, sobre todo, es de que me traten como si el delincuente fuera yo. —Las perneras de su pantalón estaban polvorientas. Había cierta dulzura en su persona y en su exasperación. Tenía razón, estaba siendo una desagradecida. ¿Qué payasa no querría a un madero de su parte? Estaba allí para ayudarme a encontrar a Chance, a mi pequeña, a esa schipperke zurda a medio adiestrar.

La luz azul de Bocadillos y Pitillos parpadeaba un poco más abajo.

—Oye, si ya no estás de servicio, ¿te puedo invitar a una cerveza?

Tragó saliva. La nuez se le movió en un rápido sube y baja.

—¿No deberíamos seguir buscando a Chance?

—Y seguiré buscándola. Estuve buscándola ayer toda la noche y llevo todo el día colgando carteles. Pero quiero invitarte a una cerveza.

Asintió, lanzó una mirada por encima de los escombros del solar y me dijo:

—Te lo agradezco, pero no suelo beber de uniforme.

—Ah, claro. Yo tampoco bebo de uniforme. Va en contra del Código Ético de Conducta del Payaso. —Me enderecé la peluca. Quería que supiera que teníamos un código ético de conducta porque me sentía más canalla que nunca al sugerirle a un madero que

rompiésemos las normas—. Solo era una idea. Ni siquiera debería hablar disfrazada.

—Yo no debería llevar el mío cuando no estoy trabajando.

—Ni yo. Va en contra del código.

—Pero, de vez en cuando, me dejo caer por algún sitio en Declivetown. No lo haría en King's Row, sino aquí. Normalmente les parece bien. Contribuye a la vigilancia comunitaria. A veces, algunos de la comisaría nos tomamos unas cervezas juntos, solo para que nos vean por allí, en algún lugar donde puede que haya problemas.

—¿De verdad? Bueno, entonces podemos tomarnos una, ¿no? Podemos quedarnos por aquí por Declivetown, ir a Bocadillos y Pitillos. Seguro que les viene bien un poco de vigilancia. —Toc, toc. Me sentí como aquella langosta en el acuario, golpeando los límites de mi pequeño mundo. Una cerveza con un madero: no era así como veía mi vida. Era arriesgado. Pues me arriesgaría. Quería que aceptase—. Beberé de uniforme si tú también lo haces.

—No sé. Fomentar la delincuencia de una artista de vodevil… suena punible. —Parecía seguir cansado, pero me sonrió. Me alegró ver su sonrisa.

Cuando Jerrod se dio la vuelta y comenzó a desandar sus pasos, le seguí y después lo alcancé y me puse a su lado. Paramos frente al bar. Abrió la puerta y la sostuvo, esperando a que pasara. El aire cargado de humo y cerveza derramada de la tasca se coló por la puerta abierta, húmedo pero acogedor, como una anfitriona invisible. El olor de la tasca era exactamente igual al de cualquier otra tasca en cualquier lugar, y, en ese sentido, era el aroma de todas las ocasiones en las que Rex y yo habíamos tomado una cerveza, jugado al billar y comido palomitas gratis mientras ensayábamos números. Era el reconfortante olor familiar a humo, moho y lúpulo, esa planta para relajar los músculos, incluidos los cardiacos.

—¿Crees que llamarán a la pasma por una payasa?

—Aquí, mientras vayas vestida, eso les da igual. Además, yo soy la pasma. —Se llevó una mano a las esposas y las hizo sonar con un gesto amistoso—. Si pasa cualquier cosa, diré que estás bajo custodia.

12.

ESTA RONDA PAGO YO; O, BOLA NEGRA, TRONERA ESQUINERA

Entramos en Bocadillos y Pitillos: humo y oscuridad. Con las gafas de sol puestas lo único que pude ver era un hombre corpulento sentado en un taburete y el resplandor de varios cigarrillos dispersos. Más al fondo, en la oscuridad, flotaban varias caras que parecían lunas desgastadas. Me apoyé en el bastón, me levanté las gafas para buscar una mesa libre y, mientras se me acostumbraba la vista, vi que el lugar estaba lleno de gente apiñada bebiendo. Me detuve en seco para inspeccionar; Jerrod, que iba detrás de mí, se chocó contra mi muslo.

—Ay —dije moviendo las caderas hacia delante—, no chafes el plátano.

—¿Qué plátano? Es que me alegro de que me vean contigo —dijo él.

Sonreí, pero por dentro sentí vergüenza: no quería que me vieran con Jerrod, un madero, jugando con fuego.

Un hombre me señaló con el pitillo y dijo en alto, arrastrando las palabras:

—Oye, no serás mi exmujer, Petaluma. De punta en blanco, como ella. Me entran ganas de casarme de nuevo.

Me puse detrás de Jerrod. Le brilló la chapa bajo el luminoso rojo de cerveza. Se hizo el silencio. Todos miraron al madero.

—¿Quieres ver el baile típico de Declivetown? —susurró Jerrod. Después, en alto, con voz autoritaria, añadió—: Si alguien está en libertad condicional, tiene un par de segundos para largarse. Después, la payasa y yo empezaremos a pedir la documentación.

El ambiente se puso tenso. Nadie se movió. Poco después, ocho, diez o quizá doce personas se levantaron de varias mesas y taburetes. Se dieron la vuelta mientras chocaban.

Una silla giró y se cayó. El borracho de la barra se aferró a su sombrero de paja y apuró lo que le quedaba, como el final de una taza de té, dejando el dedo meñique en el aire. La puerta de atrás se abría y se cerraba una y otra vez, dejando entrar en la sala un haz de luz durante el tiempo suficiente para mostrar la silueta enmarañada de los

borrachos en desbandada. El hombre del sombrero giraba a la izquierda y a la derecha mientras a su alrededor todo el mundo se tropezaba; se arrugó la corbata con esos dedos gordos que tenía.

—Perdóname por mis pecadillos —dijo murmurando a nadie o a todos.

—Y tú que decías que los payasos son los únicos que saben ganarse al público —dijo Jerrod; después señaló una mesa—: Parece que ya tenemos sitio.

—¡Tachán! Bien hecho —respondí. Volví a colocarme las gafas de sol. Jerrod empezó a avanzar. Mientras le seguía, me tropecé con un bulto que había en la moqueta; me agarré a su codo, di varios golpes en el suelo con el bastón y luego me topé con el respaldo de una silla.

—Cuidado —dijo mientras me hacía rodear una mesa inclinada de madera laminada que casi no se veía en la oscuridad—. Y mira bien. Hay una alargadera en el suelo —mientras señalaba, la mano de Jerrod se veía pálida en comparación con la oscuridad. La cinta aislante brillaba bajo mis pies; entrecruzaba la alfombra como si fueran cicatrices plateadas—. En cualquier momento salimos ardiendo. Debería denunciarlos.

—Recuerda que no estamos de servicio —le contesté—. No es necesario hacer uso del uniforme.

—¡Vaya, vaya! ¡Un madero y una payasa ciega en un bar! —gritó muy alto el borracho del sombrero de paja mientras se tiraba de la corbata.

A través de los cristales oscuros de las gafas distinguí el bulto rojo que tenía aquel hombre por nariz, sus mejillas caídas y su boca pequeña. A su lado había un tipo sentado que estaba como un palillo, con unas manos desproporcionadas y una jarra de cerveza enorme.

—Para, Duke —dijo el palillo—, vas a hacer que nos metan en la cárcel.

—¿Y cuál es el problema, Silvo, amigo mío? —respondió el primer hombre arrastrando las palabras—. ¿Acaso no puede uno ni hablar en este mundo de estafadores y borrachos? Todo lo que hago es ilegal, inmoral o engorda.

Jerrod puso su plátano y sus dos kiwis sobre una mesa pegajosa que había junto al ventanal de la fachada. Sonaba rock ochentero de Detroit por un altavoz colgado en algún sitio en lo alto. Apiló varios vasos de pinta, cogió una jarra vacía y puso los platos en la mesa de al lado. Apoyé el bastón en la pared. Jerrod cogió una silla y yo cogí otra, pero luego me di cuenta de que la suya era para mí. Qué caballeroso.

Devolví la silla a su sitio, un pelín demasiado tarde: Jerrod también había cambiado de parecer y se había sentado en la silla que

había cogido. Se levantó enseguida cuando vio que yo había devuelto mi silla, pero, mientras se levantaba, yo cogí la otra silla de nuevo. Se dio en la rodilla con la mesa tan fuerte que el salero se volcó. Logró alcanzarlo con una mano. Ahí estábamos los dos, el poli y la payasa.

—Oye, ¿qué ha sido eso? Pensaba que no estábamos de servicio —sacó una silla de nuevo, pasó la mano por encima y dijo, como si se dirigiera a un sospechoso—: Siéntate.

Me senté en la silla que me ofreció y él fue a pedir a la barra.

Mientras Jerrod me daba la espalda, pesqué la tintura de valeriana de lo más hondo de un bolsillo, me eché unas gotas en la palma y las lamí. Recorrí la línea de la vida con la lengua, sin quitarle la vista de encima a mi nuevo amigo, el madero, la antítesis de mi vida cuando vivía en casa de Herman con Rex Galore. Fliparían. Por si acaso y para relajar las manos, me eché más valeriana en la lengua.

Sobre la barra había un cartel escrito a mano: prohibido: drogas, problemas y peleas. Rebusqué en la bandolera rosa para coger las pastillas chinas y me las comí como si fueran pastillas para el aliento, sin dejar de mirar a mi alrededor por si veía a mis vecinos, a Herman o a cualquier otra persona que pudiera darle importancia a que estuviera tomándome una copa con un madero.

Había otro cartel que decía: solo está *permetido* jugar en el rincón de las maquinas, y solo a las *tragaperas* financiadas por el estado.

—Oye, Addie, bonita, ¿estuve aquí anoche? ¿Te pagué con un billete de veinte dólares? —gritó el borracho del sombrero de paja.

La camarera era una vieja flaca que llevaba una peluca de pelo largo y negro. Sujetaba un cigarrillo entre los labios, finos y pintados. Sacó una jarra lista para servir y luego puso dos vasos helados delante de Jerrod.

—Sí, así es. Veinte por lo menos. Y no dejaste propina —dijo por encima del hombro.

El hombre se quitó el sombrero. Se pasó un pañuelo por la frente.

—Uf, qué peso me acabo de quitar de encima —contestó—. Pensaba que los había perdido.

—Lo que me gustaría saber es dónde los encontraste —dijo Jerrod.

—No te preocupes. Sabes lo mismo que sé yo. Te lo diré cuando me acuerde —respondió el borracho.

—Addie, ¿sigue siendo la hora feliz? —preguntó Jerrod.

La camarera levantó la vista hacia él. Su boca, con el cigarrillo en medio, era como un ceño fruncido.

—Mira cuánta felicidad —dijo ella, con voz ronca de fumadora, mientras señalaba con la barbilla al lamentable personal que bordeaba la barra. Extendió la mano, larga y pálida.

Jerrod le dejó varios billetes en la palma y volvió a la mesa con la

jarra y los dos vasos helados. El calor de sus manos había derretido parte de la escarcha. Sirvió la cerveza y alzó el vaso para brindar.

—Encontraremos a Chance.

Me dio una punzada en el corazón cuando dijo su nombre. Mi querida Chance. Mordí una de las pastillas chinas que tenía escondida en la boca y me tragué el polvillo con la cerveza.

Y así, como si nada, rompí otra regla del Código del Payaso: beber de uniforme. Qué poca fuerza de voluntad. Los payasos altruistas de *Clowns Sans Frontières* seguro que no beben de uniforme. Pero la cerveza estaba buena, era ligera y estaba fría, así que sucumbí a sus encantos. Dejé el borde del vaso marcado con un buen beso rojo de payaso.

—Se supone que te iba a invitar yo.

—Otro día —respondió Jerrod, convencido de que habría una próxima vez. Se miró la mano que tenía sobre la mesa, en la base del vaso. La luz tenue de la tasca le dibujaba sombras alrededor de los ojos que le hacían parecer más viejo y misterioso. Se aclaró la garganta, le dio un trago a la cerveza y sonrió tímidamente.

—Cuéntame —dije—, ¿por qué te metiste a policía? —esta vez tuve cuidado de decir «policía» y no «madero».

—Es un buen trabajo —dijo mientras asentía—. Duro. Me gusta cambiar las cosas. Supongo que, de alguna manera, era esto o que mi cuñado me consiguiera un trabajo conduciendo un camión de pan. Trabajo sindicado. Ser policía tiene más sentido y haces algo por la comunidad.

Cambiar las cosas. Conocía ese sentimiento: *Clowns Sans Frontières* era mi gran plan para ayudar al mundo. Pero actué con normalidad.

—Así que quieres cambiar las cosas —dije—. ¿Cuánto tiempo llevas trabajando en ello?

Él agachó la cabeza, le dio un trago a la cerveza y se encogió de hombros.

—Casi ocho años.

—Supongo que cuando tienes un trabajo así conoces a toda la gente del barrio —respondí. Seguramente hablaba con todo el mundo, no solo conmigo. Yo no era especial. Y compartir unas cervezas no significaba tener una cita.

—Conozco a casi todos desde que era pequeño —contestó él—. Nadie ha ido muy lejos. La camarera, Addie Mulligan, o Addie la Loca, era la monitora del patio cuando me caí del columpio y me partí la cabeza. —Se frotó detrás de la cabeza, como si todavía la tuviera magullada.

—¿Por qué la llaman Addie la Loca? —pregunté.

—Quédate un rato más y lo averiguarás.

Jerrod tenía un poquito de espuma en el labio superior. Se la limpió con la lengua. Deslizaba el vaso de un lado a otro de la mesa, cambiándolo de mano, y parecía un poco triste, como Steve McQueen en una escena de casi cualquiera de las películas en las que salía Steve McQueen.

—¿Y no te importa? —pregunté—. Me refiero a arrestar a gente que conoces desde pequeño.

—Hago lo que tengo que hacer y me centro en el trabajo —respondió—; la vergüenza la dejo para después, mientras… —agitó la cerveza que le quedaba en el vaso—, mientras me tomo una cerveza. Te acabas acostumbrando. Además, yo creo que es mejor un amigo con placa que sea paciente que un desconocido cabreado, ¿no?

Yo también deslizaba el vaso por la mesa.

—Te entiendo.

—Caray, yo mismo pedí estar en esta parte de la ciudad, y aquí necesitan buenos policías. Mientras me hacía mayor, esta gente tuvo siempre mucho que ver en mi decisión de hacerme policía.

—Así que no se trata solo de no conducir un camión lleno de pan —respondí—, sino de vigilar a la monitora del patio.

Hizo caso omiso.

—¿Jugamos al billar? —La mesa estaba libre; se levantó, sacó unas monedas del bolsillo y metió una de veinticinco centavos en la ranura —. Sin apostar, y te dejo que hagas trampa. —Tiró de la palanca. Las bolas cayeron, chocando y rodando en celebración, como chavales de reformatorio a los que han dejado salir antes de cumplir condena.

—Gracias por la oferta, señor agente —dije mientras me reía—. Juego, pero no hace falta que me dejes hacer trampas.

Era buena al billar; sabía física y se me daban bien los vectores. Ese era mi objetivo primigenio en mi carrera como payasa: crear la ilusión de desafiar la física con comedia gestual. Yo quería ser capaz de quedarme de pie cuando parecía que iba a caer; saltar cuando parecía que la gravedad iba a tirarme; y mantener el equilibrio en ángulos imposibles. Quería ganar, o al menos mantenerme en pie, incluso cuando pareciera que iba a perder. Cogí el bastón y, mientras seguía a Jerrod hasta el billar, lo deslicé entre los dedos simulando golpear bolas fantasmas.

—Yo coloco las bolas. —Le aparté con la cadera y colgué mi bastón de bambú de payaso en el borde de la mesa.

Jerrod rompió con una dispersión correcta, pero las bolas se quedaron por la línea de pie. No entró ninguna. Pasó la mano por la tiza.

Cuando Rex rompía, las bolas siempre se esparcían por toda la mesa. Podía sacar con un salto, bordear la mesa y volver a golpear la

bola. Así lo haré yo, algún día. Froté el extremo gomoso del bastón con la tiza. Después doblé las rodillas, me tembló la cadera mala y miré a lo largo de la vara de bambú que se bamboleaba.

—¿Quizá te ayude usar un taco? —dijo Jerrod sonriendo, como si yo fuera una niña mona.

Le devolví la sonrisa, todavía agachada.

—Coge tú un taco de notas y aprende —dije mientras golpeaba la bola blanca con el bastón para dar en la bola diez, que entró por una tronera esquinera; la blanca giró como una bailarina—. ¡Rayadas! Mi color de la suerte.

Rayas de payaso, rayas de forajido. También rayas de putilla.

—No está mal, aunque las rayas no son un color, hasta donde yo sé —dijo Jerrod.

—Donde yo trabajo, las rayas son el color del dinero —bordeé la mesa y las cáscaras de cacahuete crujieron bajo mis pies.

—En mi profesión, diría que es el patrón típico de la cárcel. Un patrón que se repite con demasiada frecuencia —respondió él, que preguntó después—: Entonces, ¿cuánto tiempo hace que conoces a la gente con la que vives?

Le puse tiza al taco.

—No los conocí a todos a la vez. —Me pasé el bastón por detrás de la espalda, giré un poco con una pierna en alto y la boca abierta, la lengua asomando por un lado, y deslicé el bastón hacia delante y hacia atrás. La bola llegó al otro extremo de la mesa y luego al lado opuesto, haciendo un doblete, y le di a la bola doce sutilmente, enviándola a la tronera lateral sin alterar la posición del resto.

—¡Un madero y una payasa cara a cara! —gritó el borracho del sombrero desde la barra—. La última vez que vi algo así fue cuando mi querida abuela dejó mi carricoche en doble fila.

—Estás desvariando —dijo su amigo, el palillo—. Ves cosas.

—¿Me estás diciendo que tú no estás viendo a un policía y a una payasa partir la pana? —preguntó el primer borracho, que se cogió el ala plana del sombrero de paja con su mano regordeta.

El palillo asintió.

—Lo que estoy diciendo es que tú no tienes abuelita. Y yo también estoy desvariando. —Después eructó.

—Ah, vale. Sí… Es difícil saber dónde termina Declivetown y dónde empieza el desvarío, ¿no crees, Silvo? —dijo el hombre del sombrero, que después se dirigió a la camarera—: Enfermera Addie, otra ronda para este querido paciente y para mí. —Dio un golpecito en la jarra vacía, se tambaleó y se echó el sombrero hacia atrás.

Jerrod eligió otro palo y le dijo a la camarera:

—Estos palos están desviados.

—Dime algo que no lo esté en Declivetown —respondió Addie la Loca mientras ponía los ojos en blanco. Los hombres de la barra se agacharon para intentar pasar inadvertidos.

Con el tercer tiro, me crujió la cadera y me estremecí de dolor. Se me dobló la rodilla. Golpeé demasiado a la izquierda; la bola blanca giró alrededor de mi objetivo, pasó rozando una lisa y la acercó a una tronera lateral. Rex nunca hubiera fallado así. Jerrod enfiló su tiro para ganarme ventaja.

—Te ha tocado la lotería—le dije.

—¿Dónde vivías antes? —preguntó él.

—¿Por qué lo preguntas? —sonreí, inclinada sobre la mesa de billar.

Se encogió de hombros. La bola dos entró sin tocarse con otras. La blanca iba sin efecto, pero se desvió lo justo para dar en el paragolpes. El resto permaneció igual. El segundo tiro fue demasiado flojo. La bola rodó despacio y sin fuerza por el tapete verde. Se quedó en el borde de la tronera del pie de la mesa; un suspiro y hubiera entrado. La blanca se quedó acurrucada en el extremo opuesto.

—¿Eso qué ha sido? ¿Un tiro típico de policía? —pregunté.

—Estrategia —dijo—. Paciencia. Ahora la bola blanca está acorralada. No puedes tirar —Entizó el taco, como si la tiza fuera a ayudarlo.

—Sí, estrategia. Ya veo. No sé cómo he podido subestimar la jugada. —Giré el bastón como si fuera un pistolero y lo cogí por delante—. Bola nueve, sin duda —dije. Me la jugué con un salto. La blanca saltó una lisa, dio en la nueve hasta llevarla a una tronera esquinera y se detuvo en seco con el impacto. Solo los movimientos necesarios. Limpio y bonito.

Addie la Loca frunció el ceño mientras daba golpecitos en un letrero que había en la pared: quedan prohibidos los saltos, los massés y las bolas en el suelo. Tenía el dedo esquelético y la voz ronca.

—Jerry, ¿por qué no jugáis con tus propias bolas? —dijo.

Jerrod se puso rojo, avergonzado, y asintió con la cabeza como queriendo decir: «Sí, señora».

Me incliné de nuevo sobre la mesa.

—Hora de dar una vueltecita por el centro y alrededor de la ciudad, quince y once. —La blanca dio en la bola quince; la metió en la tronera de la izquierda, viró hacia la derecha y llevó la once a la esquina—. Y las lisas siguen en su sitio, intactas —Alguien vitoreó desde un rincón lejano y se oyó una mano aplaudir en la barra.

Era la heroína de los payasos y le estaba dando una paliza a un policía. ¡Un día de estos la anarquía acabará con el orden! Ese era el mensaje implícito, mi regalo para el mundo.

—Esa payasa tiene cojones, muchos cojones —gritó un borracho.

Tiré rápido…, demasiado. Apenas toqué la bola blanca. El otro extremo del bastón rozó el tapete.

El borracho del sombrero se puso de pie y se apoyó en la barra para mirar; la cerveza le caía en cascada por la mano inclinada.

—¡Vaya, perdió su oportunidad! —dijo. Se puso recto. Derramó más cerveza en dirección contraria, sobre su tripa.

Jerrod metió la bola en una tronera lateral.

—Esa es la razón —dijo— por la que Declivetown nunca cambia. No me da ninguna pena la gente que está siempre ebria. —Añadió, algo más alto.

—No pasa nada —dijo el borracho—. Alguien que está siempre ebrio no necesita compasión. Necesita un taquígrafo. —Se tiró del extremo de la corbata arrugada y empapada de cerveza.

Jerrod se inclinó de tal forma que los pliegues que se formaron en el pantalón de su uniforme parecían flechas hacia su entrepierna. Mis ojos siguieron esas flechas. Apuntó a la bola tres, de color rojo brillante.

—¿Hace mucho que tu novio tiene esa casa? —preguntó.

—¿Te refieres a Herman? —me apoyé sobre el bastón—. Ya te he dicho que no es mi novio.

—¿Quién es tu novio? —dijo Jerrod de carrerilla, ya entrado en materia.

—¿Qué te hace pensar que tengo novio?

—Eres guapa. ¿Te lo han dicho alguna vez? De todos modos, ¿qué hace una chica mona como tú en Declivetown? —Giró solo la cabeza y mantuvo las manos firmes—. Tienes unos labios perfectos —añadió.

Labios de payaso. Labios de fulanilla, siempre sin color excepto cuando estaban demasiado pintados, cuando estaba trabajando. Ahora los llevaba de color rojo oscuro, finitos pero curvilíneos, por la sesión de fotos de Crack. Los labios de Trixie, Twinkie y Bubbles. Dijo algo más que no oí porque *Sweet Jane* estaba sonando muy alto en la gramola que teníamos detrás. Me aproximé y me incliné también sobre la mesa, acercándome más a Jerrod.

—¿Has disparado a alguien alguna vez? —le pregunté.

Ni se inmutó. Me miró los labios.

—Tronera lateral —tocó la mesa con el taco y dejó una pequeña mancha de tiza azul—. Disparar a la gente no es algo tan común como parece en la tele, ¿sabes? —Falló.

—No tengo televisión. En cualquier caso, he visto a más de un policía disparar en nuestro barrio. —Me tocaba; me acerqué y dije—: Es hora de ir terminando con esto. Norte y este. —Apunté con el bastón hacia las esquinas correspondientes. De un golpe mandé las

bolas trece y catorce a casa. La ocho estaba sola. Tiré y la metí. Las lisas estaban repartidas aleatoriamente como las estrellas del cielo nocturno. —Te toca quitarlas de la mesa —dije columpiando el bastón amistosamente.

—Vale, me has ganado —dijo Jerrod, que sacó otra moneda y la metió en la ranura; las bolas cayeron con estrépito, chascando y chocando mientras se hacían camino hacia la abertura inferior—. Con la mayoría de la gente basta con enseñarles la pistola. Me paso más tiempo transportando a borrachos en la furgoneta, como a Dukenfield, el de la barra. —Señaló al borracho del sombrero—. Vigilando que no se infrinjan órdenes de alejamiento o escuchando quejas sobre desechos de perro en jardines ajenos.

Me gustó la forma en que dijo «desechos» de perro, como si cagaran paquetes de tabaco arrugados y usaran vasos de plástico gigantes.

—Si creciste en este barrio, o te hacías policía o delincuente. —prosiguió—. Yo elegí ser policía. Y ya, fin de la historia.

Puso el triángulo sobre la mesa y colocó las bolas. Parecía serio mientras lo hacía. Tenía los ojos ensombrecidos y la mandíbula tensa, y luego relajada, y después tensa otra vez, igual que cuando llamó a Chance o cuando me pilló con la cortacésped robada. Como si divertirse supusiera esfuerzo y preocupación. Encajó las bolas en el triángulo, puso los dedos entre él y las bolas con los pulgares estirados, y después levantó el triángulo despacito. Lo hizo girar y lo guardó.

Utilicé la fuerza de todo el cuerpo para romper. El bastón se dobló con el impacto. Las bolas se dispersaron. Una lisa solitaria se acercó a una tronera, vaciló y acabó entrando. Fui hacia el otro lado de la mesa. Estaba llena, con las lisas agrupadas junto a las rayadas.

—El clásico paraguas —golpeé las tres esquinas con el bastón—. Tronera lateral.

Le di a la bola blanca en ángulo, hacia abajo y contra la banda izquierda opuesta. Rebotó en la banda lateral y se dirigió hacia el pie. Rebotó en el paragolpes, volvió desde otro ángulo y movió mi objetivo hasta la banda lateral derecha. Esa bola botó por la mesa de nuevo hacia la tronera lateral izquierda, como si la llamara. Un paso cuadrado perfecto.

—Ya veo que vas a por las fáciles —dijo Jerrod.

—¡¿Has visto eso?! —Saqué a relucir mis grandes planes. Sí, ser el centro de atención es mi debilidad, quería liarla, dar a los borrachos algo que ver. Puede que también lo hiciera para presumir delante de Jerrod—. Trapecio volador —dije mientras alzaba una cadera por el borde de la mesa con el otro pie en el suelo. Quería darle a la bola

blanca desde abajo para darle el máximo efecto de retroceso posible. Un poco de atracción.

Deslicé el bastón entre los dedos. Visualicé los vectores, destinados a luchar contra la gravedad. La bola uno y la cuatro se acariciaron en la cabecera de la mesa. Le di a las bolas justo como quería, con la velocidad adecuada, un pelín de efecto lateral, y las mandé a sendas troneras esquineras; a continuación, daría a la bola blanca para que volviera hacia mí.

—A esto lo llamo yo «pago al contado» —expliqué—. ¿Alguna apuesta?

Nadie quiso apostar, pero algunos gritaron, chillaron y bebieron como locos. Elevé la cadera sobre la mesa de nuevo. Me incliné hacia abajo. Observé. Respiré hondo y dejé a un lado a la multitud y el rock ochentero. Me moví hacia mi zona. Retrocedí, incliné el bastón y continué. La bola blanca recorrió la mesa como una bala; golpeó la bola uno y la cuatro, y las mandó a freír espárragos. La blanca chocó contra el paragolpes más lejano. ¡Salió volando! Venía hacia nosotros, dibujando un precioso arco de payaso…, pero al final no hubo arco alguno. ¡Dibujó una línea! Venia hacia mí como un látigo. Me agaché.

La bola blanca pasó como un puño volador. Jerrod se agachó. Se oyó un chasquido: había roto la ventana. El luminoso de la cerveza se balanceó, formando sombras bailarinas. Nuestra mesa se tambaleó y volcó la jarra.

—Mierda —dije.

—¡Eh! Ya está. Voy a llamar a la policía. Se acabó la hora feliz —ladró Addie la Loca.

Jerrod se llevó las manos al pecho para tocar la placa y el uniforme, como para comprobar si seguía siendo policía. Alguien tiró otra mesa; una ronda de cervezas al suelo. Addie la Loca soltó una sarta de improperios:

—

Putosgilipollasnoeslaprimeravezquelaliaisaquíestoyhartadeestamierda.

Me apartó de un empujón y fue a comprobar los daños. Tenía el ceño fruncido. Parecía un shar pei.

Como un niño que se ha metido en un lío, Jerrod se agachó enseguida para recoger los cristales rotos.

—No es para tanto —dijo—. Es solo una ventana.

La puerta de la tasca se abrió a su espalda y a través de la luz se vio una silueta. Cuando se cerró la puerta, la vi: era Italia. Levantó una mano, miró en toda la sala y lanzó algo. ¡La bola blanca! Cogió la bola de nuevo con parsimonia y se la puso en la mano.

Mierda. Me agaché detrás de la mesa de billar.

Addie la Loca terminó lo que estaba diciendo:

—*Estúpidosdeficientes*, … *esquenadiesehaparadoapensarenloquepasaríasialgúngilipollasmataaalguienenlacal ¿Dóndemedejaríaesoamí*, cabrones…? —Mordía el final del pitillo como un caballo masticando una manzana—. Que alguien me traiga una bolsa de basura. —Dio unas palmadas. Nadie se movió—. ¡Vamos! *Putosvagosdemierda*… No estoy de guasa —dijo, dando palmadas de nuevo—. O cerraré el bar. No lo voy a repetir.

El palillo, un timador y Dukenfield se abalanzaron hacia el interior de la barra. Salieron sujetando la misma bolsa de plástico todos a la vez y corrieron a trompicones hacia Jerrod.

Miré por encima del borde de la mesa. Jerrod estaba de rodillas recogiendo los cristales rotos. Addie se asomó por encima y señaló varios fragmentos de cristal con el pitillo masticado; no paraba de maldecir mientras la ceniza le caía de la boca; llevaba un trapo al hombro.

Cuando Nadia-Italia mostró la bola de billar rebelde, alguien gritó: «¡Ha sido la payasa!».

—¿Qué payasa? —dijo Nadia-Italia. Lanzó la bola al aire y examinó el bar, fría como un campeón de la liga menor de béisbol listo para machacar al equipo contrario.

Yo era el equipo contrario. Tragué saliva y me agaché de nuevo.

Jerrod se volvió para tirar un puñado de cristales a la bolsa de basura y me vio encogida. Dijo:

—Nari, ¿qué haces? —Se balanceó sobre los talones y me acercó una mano al brazo—. Sí, has roto una ventana, pero lo arreglaremos.

Me llevé un dedo a la boca para que se callara e intenté ocultar su mano. Demasiado tarde. Los hombros enormes de Italia nos eclipsaron. Bordeó la mesa. Extendió el brazo, me puso los nudillos cerca de la cara; llevaba las uñas de color morado oscuro. Dejó caer la bola blanca.

La cogí instintivamente.

—¿Has sido tú, payasa? —sus labios pintados de color ciruela brillante se abrieron.

—Dámela —dijo Addie la Loca mientras me quitaba la bola blanca de la palma de la mano de un zarpazo.

Una cita. Nadia-Italia seguro que le diría a Herman que había tenido una cita. Una cita con un madero haría que me echara de casa, justo lo que quería Italia. Se ahorraría la molestia de «partir en dos a esa zorra».

Prácticamente solo escuchaba el sonido de mis latidos, el océano en mis oídos. Lo único que veía era a Italia. El mundo se encogía a mi alrededor. La bandolera rosa estaba lejos, con la correa enrollada en el respaldo de la silla.

Mi corazón, a punto de explotar, me habló muy rápido usando el código morse de la biología: *Muere o reacciona, muere o reacciona, muere o reacciona, muere o reacciona…* Tenía unos segundos para vivir. El corazón se me salía del pecho, me zumbaba la cabeza. No podía moverme todo lo rápido que quería, tenía que salir de allí.

Italia se puso entre la mesa de billar y la pared, bloqueándome el paso.

—¿Adónde vas? —dijo medio cantando—. Herman está llegando. Le va a *encantaaar* conocer a tus amigos.

Jerrod estaba de pie, con los pantalones empapados de cerveza a la altura de las rodillas.

Addie la Loca lo agarró por las trabillas del pantalón.

—Chaval, trae otro puto trapo. Ya —gruñó.

Le di un trago a la cerveza, le tiré el vaso medio lleno a Nadia-Italia, apoyé las manos en el borde de la mesa de billar y los pies en el hueco de las bolas, como un gimnasta usando el potro. El dolor de la ingle era ya persistente, aunque el tiempo y la bebida lo atenuaban. Como si de una oración rápida y sonora se tratara, grité:

—Doble o nada: tronera esquinera, payasa. —Agaché la cabeza y di una voltereta a toda leche sobre la mesa.

Mi peluca roja crujía como si fuera hierba seca; las flores de plástico de las gafas de sol se me clavaron en la cara y sentí los bultos del arreglo que me había hecho Crack mientras mi cabeza presionaba el fieltro; todas y cada una de las horquillas que había usado para fijar los rizos. La cerveza me subía por dentro de la nariz. Se me salió un frasco del bolsillo. Seguí rodando. Se me salió otro frasco.

—¡Eh! —vociferó Addie, tirándome el trapo sucio lleno de migas y cerveza—. Ese tapete es nuevo. —Otra sarta de improperios—: *Putobillar… Madredelamorhermoso… Quiénmemandaríacomprarestetrastosacaperras… Diosmío…* —Siguió mascullando.

Se me salieron los frascos y las tinturas del bolsillo, enredados con los globos. Pero las gafas de sol seguían en su sitio. Cuando llegué al otro extremo, caí rodando al suelo por el borde y cogí la bandolera. Era como si estuviera al final de un túnel. Estiré el brazo todo lo que pude, sorteando aquella distancia interminable, a cámara lenta. Cerré la mano alrededor del vinilo rosa.

—Te has ganado no entrar nunca más. Es la primera y la última vez, estás avisada —gritó Addie la Loca.

Eché a correr hacia la puerta trasera. La cabeza, los brazos y el cuello me palpitaban.

Vi el destello de cinta aislante justo cuando tropecé con la alargadera que estaba pegada al suelo; de repente tenía las palmas de

la mano sobre la moqueta llena de cacahuetes y mohosa por la cerveza. Mi bandolera rosa se abrió con el impacto: las bolas de malabares, las latas de pintura y la pistola plateada salieron volando, envueltos en una maraña de globos verdes, amarillos y rojos. Las tinturas se desparramaron como si fueran joyas.

Cogí el arma, me levanté enseguida y apunté hacia la panda de borrachos con mi pistola de mentira.

Se hizo el silencio en el bar; solo se oía rock suave de fondo. Todo el mundo se quedó atrás, pero Nadia-Italia dio un paso adelante, alejándose del gentío.

—¿Sabéis qué? —dijo—. La payasa pretende marcharse. —Le bailaban los músculos de los hombros. Se sacó un mechón de pelo de una de las tres trenzas que llevaba y se lo puso entre los dientes.

—Atrás —contesté—. Hablo en serio. —Agité la pistola y cogí la bandolera. Ella se apoyó en la mesa de billar. Me dirigí lentamente hacia la puerta. Me ardía la cara y mi visión era limitada.

Jerrod dio un paso.

—Espera un momento, Narizotas…

¿Eso que escuchaba era una sirena? ¿Quién había llamado? Antes de que Jerrod terminara, me volví enseguida, abrí la puerta metálica de un golpe con el hombro y me agaché. Daba a un callejón estrecho y escondido. Miré a la izquierda, a la derecha y luego a la izquierda de nuevo. Había un contenedor de basura a un lado. Al otro lado había una pared de ladrillo.

Se abrió la puerta y me dio en la espalda. Me caí hacia delante. Jerrod, Nadia-Italia y una horda de borrachos salieron atropelladamente envueltos en una nube de olor a tasca, humo viejo y cerveza derramada.

Enseñé rápidamente la pistola desde el suelo; ese era el único idioma que entendía aquella gente.

—Atrás. —Mi voz se quebró, se apagaba; era un chirrido.

—Atrás todo el mundo —repitió Jerrod; su voz sonaba firme en comparación con la fragilidad de la mía. Atravesó la multitud, con la pistola todavía en la funda. Cogió a Dukenfield por los hombros, lo giró y le dijo: —Está controlado. Todo el mundo para dentro.

Nadie se movió.

—¡Para dentro! —ladró de nuevo—. O pediré refuerzos y os vendréis todos conmigo. —Todos salieron por patas. A mí me dijo—: Narizotas, hazlo por mí, y por ti. Deja el arma en el suelo.

Estábamos solos en aquel callejón escondido. Dejé caer el arma. Cayó en el suelo con un leve sonido a plástico hueco. Jerrod saltó, como si fuera a explotar. La mandé hacia él con un pie; él se echó a un lado, se acercó y la recogió. La agitó un poco. ¡bang! La bandera se

disparó.

Jerrod dio un salto.

—¿Pero qué…?

—Es de broma —le dije.

—Ya lo veo —respondió él. Volvió a meter la bandera roja con el ¡bang! en el cañón usando la palma de la mano. Me extendió la otra y se la cogí. Me llevó más allá del contenedor.

Me llevé la otra mano a la frente. Los efectos de la cerveza estaban empezando a desaparecer, y el de las pastillas chinas. También el de las tinturas.

—Esta es la razón por la que un payaso no debe beber de uniforme. Se te sube a la peluca —dije.

El callejón se abría a la calle. Respiré hondo. Paramos. Jerrod metió la pistola de plástico en el apretado bolsillo delantero y me cogió de los brazos. Me miró a la cara, a los cristales rayados de las gafas de sol con margaritas, y me dijo:

—Esto no es el circo.

—Lo sé —respondí—. No soy un payaso de circo. Soy un payaso de la gente. Un payaso sin fronteras.

—Hablo en serio. ¿En qué estabas pensando? —Tenía la cara cerca de mi peluca roja. Me atrajo hacia su nube de canela—. Podrían haberte matado. Addie la Loca tiene sus propias armas, ¿sabes? Guarda una escopeta detrás de la barra.

El aire nocturno era apacible.

—¿Matado? Jesús. —Me llevé una mano al corazón. Me quité a Jerrod de encima y me apoyé en la pared—. ¿Una escopeta? —La adrenalina me golpeaba desde el interior de mi cuerpo—. Me voy a desmayar. Tengo problemas de corazón. No estoy bien, necesito sentarme.

—Tranquila, tú solo respira —dijo Jerrod, que me sujetaba las manos mientras yo me deslizaba por la pared; me tomó el pulso.

—En serio, no me encuentro bien. —La pared era mi apoyo, mi mundo, lo único que me alejaba de *la muerte o la locura, la muerte o la locura*, las dos opciones inmediatas.

—Olvida este numerito de tres al cuarto. Todo esto es un poco autodestructivo. —Jerrod me masajeó la mano.

—Me he dejado el bastón dentro.

—No te preocupes por el bastón. Luego voy a por él. ¿Y qué es todo esto? —Soltó un puñado de viales que se había salido; parecían piedras de ámbar.

—Medicamentos —sentí como si me quedara sin respiración. Me deslicé por la pared hasta el suelo y me senté en la acera con la espalda apoyada en la pared—. Valeriana. —Extendí la mano,

chasqueé los dedos y volví a abrir la palma—: La necesito.

—¿Valeriana? —leyó las etiquetas remarcando cada palabra con cuidado—. Centella asiática, qui-ma-fi-la… Esto es un placebo sobrevalorado, Narizotas. —Me metió la pistola plateada en la bandolera. Con las tinturas apiladas en una mano y la otra en mi espalda, me dijo—: como tú quieras, pero estás malgastando el dinero en esto.

Mi dinero. No me sobraba el dinero. Eran tónicos de origen dudoso, robados.

Se sentó a mi lado. Nunca antes había visto a un policía de uniforme sentado en la acera.

—¿Y la pistola para qué es? —Tiró casi todos los frascos al suelo; se quedó con dos en la mano, que agitaba como si fueran los dados de un jugador, y dijo—: ¿Para lo mismo que las gafas de sol? ¿Para mantener a la gente alejada?

—Ni siquiera es de verdad… es de broma. —Rebusqué entre los frascos de la acera para coger el de valeriana, le quité la tapa y me eché unas gotas en la boca. Me temblaron las manos. Y los huesos.

—Sé que es de broma, Nari, pero los borrachos no. Enseñar una pistola así, de repente, es una vía rápida para meterte en problemas —me pasó una mano por la peluca, que me crujió en los oídos como hojas al viento—. ¿Por qué no te quitamos esto?

—No, no lo hagas.

Aparté la cabeza y me sujeté la peluca con una mano para mantenerla en su sitio. El cielo de la tarde estaba lleno de nubes bajas. Las gafas lo ensombrecían todo aún más con un dulce azul oscuro.

—Jerrod, deberías levantarte. Tienes que irte —le dije.

No quería que se fuera; su mano en la espalda me proporcionaba una cálida tranquilidad. A su amparo, el puño que me rodeaba el corazón se aflojó. El martilleo de los oídos disminuyó. Puede que aún no fuera hora de morir o reaccionar, no de momento.

—No te pueden ver en la calle —continué—, delante de una tasca, sentado en el suelo con el uniforme.

—No te preocupes por mí —respondió mientras me pasaba la mano por la espalda en círculos—. Solo respira. Ya ha pasado.

Me sentía como un gato bajo la mano de Jerrod. Un gato callejero, abandonado a la intemperie durante demasiado tiempo. Y la solución era de nuevo la causa, como robar las tinturas, saliéndome con la mía. —Mira —le dije—, no puedo estar contigo en la calle, no pueden verme contigo.

—¿No pueden verte conmigo? —dejó de acariciarme la espalda.

Alcé la vista y lo miré a través de los mechones de la peluca roja. —No es por ti.

—¿Qué pasa conmigo? —Apartó la mano; cuando lo hizo, seguí sintiendo su calor y su peso donde había estado descansando segundos antes, y me aferré a ese calor para mantener mi corazón tranquilo y descansar los huesos. Me consolaba.

—Llevas puesto el uniforme. No puedo dejar que me vean con un madero.

—O sea que me juzgas porque soy policía. Por mi trabajo. ¿Te preocupa lo que puedan pensar tus amigos?

—No es por lo que vayan a pensar, sino por lo que harán. Me echarán de casa —respondí—. Tienes que entenderlo… Es como el miedo a los payasos. Como las familias esas, las del supermercado. Pero con los policías. ¿Hay alguna palabra para eso, para el miedo a los policías?

Respiró hondo, se levantó y se sacudió los pantalones.

—Paranoia, poca adaptación social… Eso es lo que es —dijo—. Yo soy el bueno aquí. Y no te hacen falta esas hierbas —Los frascos estaban apilados en el suelo; les dio un golpecito con la punta del zapato—. Lo que tienes que hacer es dejar de esconderte, dejar de temer a todo el mundo, y cuidarte. Olvídate del número de las gafas de sol y la pistola…

—No soy la única que lleva una pistola, ni la única que lleva uniforme. ¿No serás tú el que tiene miedo de algo, agente?

Al levantarme, mi sangre tardó en reaccionar, me sentí mareada, y por un momento el mundo se encogió de nuevo. Entré en pánico; le cogí la mano a Jerrod. Él me la sujetó y la apretó. Cuando estuve más tranquila, le dije:

—Van a pensar que estamos saliendo.

Jerrod cogió un mechón de la peluca y me lo puso detrás de la oreja. Me acarició la cara maquillada con la palma de la mano.

—Bueno, eso no me da miedo —respondió. El polvillo blanco del maquillaje al agua se le adhirió a la piel. Cuando me levantó las gafas de sol, el mundo volvió a ser un lugar más luminoso, como si él me hubiera conseguido unas horas más de día. Entonces dijo: —Quizá lo de hoy era una cita. ¿Tan malo sería?

Bajo aquella luz nueva de la prórroga de mi noche, su cara se veía suave, sincera como la luna.

—Bueno, no. No sería tan malo. No para mí, pero, en serio, me echarían de casa. No estoy de coña. Ya has conocido a mi amiga, la levantadora de pesas —señalé el Bocadillos y Pitillos con la cabeza—. Está buscando la forma de matarme. De hundirme. Herman pasa de maderos, quiero decir, de policías; ahora piensa que soy un imán para ellos y su mano derecha es Italia…

Jerrod se acercó hacia mí y me besó.

Yo le devolví el beso. Así es. Me acerqué a él y junté mis labios con los suyos, y su boca sabía dulce, por la cerveza. La bandolera de payaso rosa me resbaló por el brazo. Todos los trucos, los accesorios y los medicamentos cayeron como la lluvia sobre la acera, desparramándose a nuestros pies.

¡Oh là là! Aquel beso estuvo bien, lleno de todas las palabras que no necesitaba decir. Fue un experimento, algo empírico, un simple instante de arqueología emocional: los labios de Jerrod eran los primeros que tocaban los míos en años aparte de los besos pintados de Rex. El primer cuerpo, el primer olor que me rodeaba más allá del queroseno y el sudor de Rex. Y, mientras duró el experimento, al amparo de la canela, del lujo de su piel y de la presión de sus labios, aquel beso fue un remedio mejor que cualquier paliativo, somnífero o adicción. Estaba tranquila. ¡Tachán! Tranquila.

Cuando Jerrod se apartó, tenía una manchita de pintura roja de payaso en la boca y un punto blanco en la mejilla, donde yo había posado la nariz al presionar mi piel contra la suya.

—¿De qué te ríes? —preguntó, y entonces volvió a besarme.

13.

A VECES ES MEJOR NO DECIR NADA

Cuatro de la mañana. La hora de la depresión. La hora de la química cerebral y la desesperación. Tenía la boca seca por la cerveza. Cogí una taza de té frío que había en el suelo, junto al futón. Rocé la piel seca de la nariz afilada de mi adorable Chance, que estaba durmiendo. Me acerqué más y le di una palmadita, pero lo que toqué no era su pelaje suave ni sus orejas sedosas. Solo la nariz. Palpé a tientas. ¿Nariz? Eso no era una nariz, ¡era un plátano pocho, atrapado entre las mantas como un pez en una red! Lo solté y me senté enseguida; con la otra mano toqué el pelo grueso de un kiwi, aplastado contra las sábanas. Era el plátano pocho de Jerrod, el que se dejó en el bar, y su kiwi aplastado: ¡su fruta estaba en la cama, a mi lado!

Bajo la luz granulada de la luna, aquel plátano pocho era igual de inoportuno que una cabeza de caballo. La habitación estaba cargada con el olor a fruta madura. No era casualidad: era una amenaza, de algún corredor de apuestas tropical que quería cobrar o de alguien mucho más cercano: Italia. Ella sabía que había tenido una cita con un madero.

El segundo kiwi rodó por las sábanas vestido con su pequeña camisa de pelo, un mártir de las frutas haciendo penitencia. Yo acabaría haciendo penitencia si Nadia-Italia lograba salirse con la suya.

En la oscuridad, el Monte Rushmore de Rex, ese busto de arcilla que descansaba en la estantería del armario nos miraba fijamente al plátano y a mí. Rex me miraba desde las líneas de tinta firmes de los dibujos y desde la curvatura de las esculturas, con su sonrisa enigmática atrapada por la luz de la luna; una sonrisa que pasaba de ser cómplice a incriminatoria: era culpable. Había besado a un madero.

Pero Italia se había colado en mi habitación mientras dormía. Eso era allanamiento de morada.

Dios… ¡No podía más! Si Rex estuviera aquí, nadie me amenazaría

con un plátano pocho. Nadie me besaría aparte de él, y no miraría a nadie más que a él, mi hombre, mi espectáculo, mi única familia y lo único que tenía.

Tiré el plátano fuera de la cama y chocó con la ventana con un ruido suave, como de paloma que se rompe el cuello. ¿Por qué había besado a Jerrod? ¿Acaso estaba loca? Besar a un madero en la calle. ¡Era débil, muy, muy débil! Adiós a *Clowns Sans Frontières*, a los payasos sin fronteras… Yo era una payasa sin límites. ¡Sin ni siquiera el más mezquino de los límites! Un solo error y mi mundo se desmoronaría, se deslizaría como la arena de un arenero inclinado, como el algodón dulce derretido, como un globo con forma de Jesús que acaba de explotar. Nadia-Italia se lo diría a Herman y ambos se lo dirían a Rex. Puede que la cobarde esa ya se lo hubiera dicho a Herman. O no… Es más probable que se regodeara, que disfrutara de su poder. Estaba a su merced, y era mi culpa.

Era una payasa, una don nadie. Una zopenca.

Payasa en todas sus acepciones. Agité las pastillas chinas para sacarlas del bote casi vacío. No podía perder a Rex. ¿Por qué sucumbí a Jerrod?

Si Rex estuviera en casa, cogeríamos una linterna y recorreríamos las calles buscando a Chance hasta que apareciera. Puesto que ella se había ido, quería más que nunca que volviera Rex, y puesto que Rex se había ido, no podía soportar la idea de perder a Chance, de perder nuestra gallina de goma y a nuestro hijo, ni de que la prueba de orina fallara, porque también había perdido el material del hospital.

«Nadie se ha arruinado jamás por subestimar la inteligencia del pueblo estadounidense». Eso dijo P. T. Barnum, y se hizo rico. Si P. T. Barnum pudo, ¿por qué yo no? Tenía talento. Era inteligente. Puede que incluso tuviera buena presencia. Y tenía visión artística: la escena de Kafka, mi interpretación literaria… Podría hacer algo más que perder cosas.

Sería una payasa en todas las acepciones de la palabra, pero era una payasa con los pies en la tierra y la cabeza en las nubes. No podía olvidarme de eso. Ese es el verdadero trabajo de un payaso: tener los pies en la tierra, pero la cabeza en las nubes. Necesitaba mantener la calma, y mantener vivo el sueño de ser payasa.

Lo único que necesitaba era un plan nuevo, o al menos cambiar ligeramente el anterior. Me convertiría en el Horatio Alger de los payasos, un caso ejemplar en Estados Unidos; saldría adelante por mis propias medias de rayas. Un Emmett Kelly moderno y luchador. Tenía que dejar de marear la perdiz, conseguir pasta de verdad e irme dignamente *antes* de que me echaran.

Si me iba por voluntad propia, no tendría que dar explicaciones. Rex tendría un lugar donde vivir cuando volviera a casa: un sitio de

verdad, no un lavadero donde la gente se quita los zapatos llenos de tierra. Una habitación de patanes.

«Si la vida es una mierda, entrégate al arte». Esa era la estrategia de supervivencia de Rex. «Si al público no le gusta la actuación, quema algo. Préndele fuego a cualquier cosa. A la gente le encanta el fuego, siempre».

Podría ganarme la vida como artista, no solo como la fulanilla reticente de Crack. No como Trixie, Twinkie o Bubbles. Esta iba a ser mi última noche como marioneta del destino.

Me entró sed solo de pensar en el éxito que me esperaba a la vuelta de la esquina. Por eso y por las birras que me había bebido con Jerrod. O quizá por las pastillas que me tomaba como si fueran palomitas. O por los frascos de tintura que me bebía como si no hubiera un mañana.

Salí de puntillas de la habitación para ir a por agua y, cuando giré la esquina, vi que salía un haz de luz blanca de la cocina.

Allí estaba Italia, iluminada por la nevera abierta, con mi botella de plástico naranja delante de sus labios de color ciruela. Echó la cabeza hacia atrás y empezó a beber. «No», susurré mientras contenía la respiración, pero ya era demasiado tarde: de la boca le caía un hilillo de orina rica en vitamina B. Me quedé helada. Puaj, ¡qué horror! Estaba perdida. Su abdomen, que su camiseta dejaba al descubierto, onduló como un terremoto. Se echó para delante y lo escupió todo sobre la nevera, en la lista de tareas. Sobra la parte donde ponía que yo era la encargada oficial de cortar el césped.

—¿Qué cojones…? —El borde de la botella naranja estaba manchado de pintalabios morado—. ¿Qué es esta mierda?

No es mierda, sino pis, pensé yo. Puede que fuera una pregunta retórica, lanzada al aire. Con la mínima esperanza de que no me hubiera visto, me agaché detrás de la mesa del centro de la cocina a la vez que me crujía la pierna vaga, reacia.

Chasqueó los labios.

—¿Esto es…? Dios… ¡es pis! —¡Se había dado cuenta! Fue a por mí rodeando la mesa—. Tú… ¡Payasa!

Me incorporé y me puse a correr alrededor de la mesa. Ella se dio la vuelta y me pilló por el otro lado. Me agaché y cambié de sentido; casi me como unas pesas que tuve que sortear para no caerme. Pasé por encima de la mano abierta de Nadia. Me lanzó la botella. Empezó a llover orina y la botella rebotó en los fogones.

Giré la esquina, conseguí entrar en mi habitación y cerré la puerta. Italia la aporreaba con esos martillos que tenía por puños de levantar pesas.

Tenía la boca seca como la arena y el corazón en un puño.

Problemas de corazón, problemas de corazón… Debía mantener la calma. No podía volver al hospital. Eché el pestillo y tiré del pomo. Me temblaban las piernas, casi no las sentía, como la cabeza, que bombeaba por culpa de las pastillas chinas.

—Yo no he hecho nada —grité desde el otro lado de la puerta.

Italia volvió a aporrearla. Tres martillazos rápidos.

—¡Y nunca más lo vas a hacer! Abre la puerta —siseó, como si hablara con la mandíbula apretada.

El pestillo era un simple botón presionado en un pomo normalucho. Tenía que ser rápida. Empujé la cómoda con un hombro, usando todas mis fuerzas para ponerla delante de la puerta. Estaba rayando el parqué.

Me puse de rodillas y clavé las uñas en el algodón suelto del futón. Levanté una mitad. La otra era como un peso muerto, una bailarina torpe. Se cayeron los cojines. Doblé el futón, intentando darle la vuelta por un lado. Volvió a crujirme la pierna mala y me empezó a doler la espalda mientras el colchón y yo bailábamos un pasodoble hacia la puerta.

—¿Eso que me he bebido era tu pis de payasa? —gruñó Italia—. ¿Qué cojones? Te voy a retorcer como a uno de tus globos. —La cómoda tembló; un fuerte tirón hizo que el pomo se moviera de atrás adelante, con un chasquido. Alcé el futón y lo puse contra la cómoda.

—Todavía me sabe la boca a pis, guarra. —Italia escupió tres veces seguidas, rápido: sput, sput, sput…

Hormonas, estrógeno, andrógeno, testosterona… Entrenaba tanto que estoy convencida de que estaba creando su propio cromosoma y. Estaba loca. Peor que matar a alguien y echarle la culpa a un subidón de azúcar.

—Te voy a matar, payasa. Como le hagas algo a mi comida… Sput. Dios, sabías que bebería de la botella.

¡Me iba a matar! Lo decía en serio.

—¡Es algo médico! ¡Para unas pruebas que tengo que hacer! —grité.

—Ya, ahora resulta que eres una puta uróloga…

—¡No!, ¡yo soy la paciente! El médico me pidió la orina para unas pruebas…

—¿Pis de payasa enferma? Sput. —Volvió a aporrear la puerta—. ¿Quieres decir que tienes algo y que me lo he bebido? —Los puñetazos cada vez eran más fuertes y sonoros. Siguió escupiendo sin dejar de aporrear la puerta.

Las monedas de las estanterías tintineaban. Un boceto de Rex se cayó de la pared.

—Nada contagioso. La orina sale muy limpia. Lo he leído. Es ácida

—dije.

¿Desde cuándo tenía la voz tan aguda?

La puerta cedió. Se me nubló la vista. Era como si tuviera el cerebro lleno de abejas zumbando a toda leche.

—Antiguamente las mujeres se lavaban la cara con orina. —Se me quebró la voz. Había varias pastillas chinas por el suelo. Cogí unas cuantas y me las puse entre los dientes. *Cálmate*. Con la boca llena, le dije—: Los swamis beben orina. Hay gente que se gana la vida con ella.

Italia se lanzó contra la puerta y tembló todo: la puerta, el suelo, la casa… El futón se cayó al suelo, víctima de nuestra guerra. No tenía escapatoria. Estaba atrapada en una habitación con una pared de pequeños bloques de vidrio.

—Abre la puerta —siseó Nadia, sin aliento. Sonaba como si la madera se estuviera astillando, como si cediera—. Has puesto la orina en mi balda aposta. Me has hecho la cama.

—¡No era tu balda! —grité yo—. Estaba en la puerta. ¡Es de todos!

Volvió a golpear la puerta con el cuerpo.

—Era mi parte de la balda común, y lo sabes.

—¿*Tu parte*? —estaba loca, claramente—. La balda común no se divide —me temblaba la voz—. Eso es lo que significa *común*.

—Te voy a matar, tronca, te lo digo…—Se lanzó sistemáticamente contra la puerta, que estaba a punto de romperse.

—Tú me metiste un plátano en la cama —grité. Aunque lo intentara, no podría correr: tenía el ligamento roto destrozado después de la carrera de la cocina. Era un dolor digno de tener nombre propio, como un enemigo concreto, una táctica militar o una enfermedad nueva con gancho: acetábulo infernal. Plan de concienciación del músculo rotador. —Has roto una norma de convivencia entrando en mi habitación. —Cogí un lienzo embastado y golpeé con fuerza una de las esquinas contra los bloques de vidrio, mis pequeñas ventanas.

—¿Qué está pasando? —preguntó Herman, al otro lado de la puerta—. ¿Qué haces, cielo? Para, te vas a cargar la puerta.

—La voy a matar —contestó Italia—. Me ha pegado la hepatitis C, o la gripe porcina, o lo que sea que tenga su orina.

—¡Ella escondió un plátano en mi cama! —grité—. Yo estaba durmiendo. Y no tengo hepatitis. —Volví a golpear los vidrios con el bastidor del lienzo. Los cristales comenzaron a desprenderse, amontonándose a mis pies.

—Ella puso pis en mi balda de la nevera…

—No era tu balda y lo sabes —respondí yo.

—Estaba en el Bocadillos y Pitillos con…

—Basta ya, cariño —dijo Herman, y luego me gritó—: ¿Qué pasa?

¿Qué has roto? —Y a Italia le dijo—: Oye, cielo, déjalo ya, en serio. Cálmate, ¿vale?

Herman era grande, pero Nadia-Italia estaba loca.

—Llama a la policía, ¡rápido! —dije mientras golpeaba un segundo panel de la ventana para conseguir una vía de escape—. ¡Venga, Herman!

—No voy a llamar a la policía, Nita. No voy a llamar a tu novio el policía para que se lleve a mi chica. No es momento para celos ni para cualquier sentimiento que sigas teniendo…

—¡Herman! Llama a cualquier policía. Y no es mi novio.

—Abre la puerta. ¿Qué has roto? —me dijo; después se dirigió a Italia—: Déjame hablar con ella. A solas.

Ya había dos paneles rotos, pero el agujero seguía siendo demasiado pequeño para pasar por él. Necesitaba quitar por lo menos cuatro. Iba a tener que romper la madera. Saqué los fragmentos de vidrio de los marcos. Pasé la mano por los bordes dentados para aflojar los trozos rotos.

«Sput». Seguía allí, fuera.

—Oye, tía, no escupas en el suelo. Vete para arriba —dijo Herman —. En serio. Espérame allí. —Entonces me dijo—: Nita, cálmate. No rompas nada, ¿vale? Luego hablo con ella. Abre la puerta.

Italia escupió de nuevo. Me salía sangre de un dedo que me había cortado con un cristal; lo presioné con la boca.

—No voy a salir. No mientras ella esté ahí. No sin la policía.

Esperé quieta y en silencio hasta que oí que se alejaban. ¿Y si entraban desde fuera? Ahora había un agujero en la ventana. Usé el lienzo como escudo y cogí una maza de malabares, lista para ir a por todas.

Escuché un tintineo de alambre que provenía del pomo, un sonido tan bajito que parecían ratones haciendo trabajos de ortodoncia. Se abrió la puerta hacia fuera; la cómoda y el cadáver desplomado que era el colchón no habían servido para nada de barricada.

La cabeza de Herman apareció por encima de la cómoda, como si fuera un títere, con la cara hinchada y el pelo enredado.

—Nita, son las cuatro de la mañana. ¿No descansas nunca o qué? —dijo Herman el títere.

Solté los útiles de payaso (el lienzo y la maza, el escudo y el arma) y caí de rodillas. Abatida. Exhausta.

—Tu novia es una bomba de relojería.

—Estás sangrando. —Extendió la mano sobre la cómoda, como si fuera a acariciar a un perro, pero no llegaba hasta mí. Su brazo flotaba en el aire.

Era cierto. Estaba llena de cortes. Me puse a llorar.

Herman estiró un brazo por encima de la cómoda y empujó el colchón hasta que cayó al suelo. Me quité rápido de en medio.

—Nita, ¿por qué lloras? —me preguntó—. No pasa nada. Haz presión.

—No estoy llorando por los cortes —dije. Eché la mano a un lado y me cayeron unas gotas de sangre en los pantalones de rayas. Las limpié, pero se formó una mancha—. Eso es lo de menos. —Estaba cansada y me encontraba mal. Mi perra había desaparecido. Herman parecía tan lejano que ya apenas lo conocía. Necesitaba una mano amiga, una palmadita en la espalda, alguien que me acariciara la cabeza. Alguien que se arrodillara a mi lado y me dijera que todo iba a salir bien. La fragancia suave de la canela, o el sudor picante. Jerrod, Rex, Herman.

¿Una menor emancipada? Llevaba años emancipada, pero ya no era una menor. Estaba lista para tener un grupo, un equipo, una familia. Alguien que me respaldara. Una persona no puede estar emancipada tanto tiempo.

—No va a molestarte más —dijo Herman—. Hemos hecho un trato.

Intentó correr la cómoda, pero acabó tirándola. Yo gateaba como un hámster en una jaula que intenta esquivar un dispensador de agua a punto de caerse. Uno de los cajones se abrió y salió un arcoíris de artículos de magia y pañuelos. Herman pasó por encima de aquel desorden.

—No te preocupes por los paneles de vidrio. Eso es fácil de arreglar. Pero ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué tenías pis en la nevera?

Tosí. Me ahogaba.

—No estaba intentando joder a nadie. Tengo mal el corazón. —Entonces empecé a llorar de nuevo; sentí pena por mí misma, por ese manojo de músculos, esa bomba de sangre defectuosa y sobrecargada, ese estudiante destacado pero poco valorado.

—¿Estás enferma? —preguntó Herman.

Italia estaba arriba, dando zapatazos en el suelo, en el pasillo. Tiró algo que cayó por las escaleras con un ruido sordo.

—En realidad no es una enfermedad. No es contagioso, pero algo no va bien… Todavía no saben el qué —respondí—. Puede que un ataque al corazón, o un ataque de pánico, según a quién pregunte.

Herman no me ofreció una mano amiga. Ni una palmadita en la espalda reconfortante y terapéutica.

—Mmm, bueno, norma de convivencia nueva —dijo—: nada de peligros biológicos en la cocina sin hablarlo antes conmigo, ¿vale? Pero esta vez haremos una excepción con el pis. Mete todo el que quieras en la nevera, pero que esté claramente etiquetado. *Y* siempre que sea para fines médicos. —Después añadió—: Y deshazte de los

traficantes de pollos de goma. Todos los días vienen tres como mínimo.

Asentí.

—¿Qué estabas gritando sobre un plátano? ¿De qué estabas hablando? —preguntó.

Italia tosió, y la tos retumbó en mi habitación. Tenía la cabeza pegada a un conducto de ventilación de arriba. Sput. Escupió de nuevo.

—Nada —respondí.

Herman arqueó una ceja. No se lo había creído. Escuché de nuevo la tos de Italia a través del conducto.

—¿Qué hacías anoche en el Bocadillos? —preguntó de nuevo.

¡Ah! Eso sí que lo había oído.

—Simplemente estuve dándole al taco. Practicando trucos de tiro. Cosas de payasos —dije mientras encogía los hombros inocentemente.

—Y una caca —dijo Italia, que volvió a escupir: sput—. Está mintiendo. —Su voz resonaba a lo lejos, metálica, como en una radio antigua.

—Cariño —dijo Herman a través del conducto—, acuéstate. Voy enseguida.

—No suelta más que mierda por la boca —espetó Italia, provocando que saliera una nube de polvo del conducto.

Me levanté y grité:

—¡Tú no te metas! —Se me estremeció la pierna mala por el dolor, y las manos me seguían sangrando. Cogí un pañuelo de rayas y me envolví la mano llena de cortes.

—Estaba saliendo con un madero —dijo Italia con vocecita aguda —. Con un policía —su voz resonó en los conductos—. El plátano es del madero. —Era como si hubiera una mosca diminuta parloteando dentro de la pared.

—¿El plátano es del madero?

—Herman, está loca —le dije—. Esto es lo que pasó: yo estaba practicando trucos de billar, cosas de payasos. Entró un policía. Tuve que salir corriendo. Ella me vio correr…

Herman le dio un toque al plátano aplastado, que estaba junto a la ventana. Lo cogió y lo sujetó por el rabito, dejándolo suspendido.

—No es necesario que me cuentes toda la historia —dijo—. Dudo que quiera saberla. Simplemente mantén a la pasma lejos de casa. No hables con Italia y ella no hablará contigo. Tú y yo formaremos nuestra propia zona neutral, ¿vale?

Se levantó y tiró la pieza de fruta.

—Tu habitación huele a estiércol, Nita. Límpiala antes de que aparezcan ratas.

—No estoy saliendo con un madero. No era eso. Salí corriendo… ¿Por qué iba a huir de una cita? —Me volví hacia el conducto y grité —: Tú me viste correr.

—Sé lo que vi —dijo Italia con su vocecita de mosca.

¿Qué había visto?

Entonces llamaron por teléfono, y el sonido se convirtió en una voz más en la pelea. El timbre era suave, fuerte, insistente. Herman y yo nos quedamos paralizados. El teléfono volvió a sonar en la cocina.

—Son más de las cuatro de la mañana —dijo Herman—. Probablemente sea la policía. Mierda.

—¿La policía? —pregunté yo.

—¿Quién si no? —respondió él.

Volvieron a llamar.

—¿Por qué iba a llamar la policía? —susurré.

—Dímelo tú —dijo Herman frunciendo el ceño—. Quizá por dejar plantado a un madero. O por salir por patas. —Echó un vistazo a la cocina a oscuras.

—No estaba con un madero. —Si lo decía muchas veces, me lo acabaría creyendo. Y en la quietud de mi inquietud, le recé a san Julián el Hospitalario, patrón de los payasos, el único que estaba de mi lado.

—¿Pues por el ruido de antes? —dijo Herman en voz baja—. Los cristales rotos… Tal vez hayan pensado que se trata de violencia doméstica.

Volvieron a llamar. Nos quedamos inmóviles, paralizados.

—¿No vendrían directamente?

Herman fue hacia la cocina. Traté de respirar. Él cogió el teléfono con estrépito.

—¿Diga? —Su voz sonó más grave que de costumbre, como si se hubiera puesto un disfraz de hombre con voz viril. Luego se relajó. —Tío, ¿qué horas son estas? —se rio—. Ah, vale. No, no pasa nada. Te la paso.

¿Jerrod? Herman no usaría ese tono con Jerrod.

Me trajo el teléfono a la habitación. «Rex», articuló sigilosamente. Se me aceleró el corazón. *¿Rex?* Cogí el teléfono y todo pasó a cámara lenta. ¿Por qué llamaba Rex ahora? Herman me señaló el despertador y sacudió la cabeza. Le dije adiós con la mano y me llevé el teléfono a la oreja.

—¿Rex? —dije.

Herman se quedó escuchando. Le di la espalda.

—Nita —respondió él, con voz cálida y áspera, pura música—. ¿Cómo va todo? ¿Algún problema? Cuéntame qué pasa.

Mierda. ¿*Problema*? Quizá se había enterado de que había besado a un policía y de que estaba al borde del desahucio. Eso sí que era un problema. Me toqué la mano vendada con cuidado; el pañuelo estaba fresquito y me calmaba.

—¿Quién ha dicho que haya algún problema? —Escuchaba voces de gente en la habitación en la que se encontraba. Una mujer se rio y un hombre dijo algo.

—Tengo como veinte mensajes tuyos —respondió—. En uno dices que has estado en el hospital.

—Ah, sí —dije aliviada—. Es que… Nada nuevo. Estoy bien. —Estaba medio mala, me zumbaban los brazos, tenía náuseas… Me apoyé en la cómoda volcada—. ¿Qué haces? ¿Por qué llamas tan tarde?

—Ya hablaremos, Nita —dijo Herman a mi espalda—. Esta conversación no ha terminado. —Salió de la habitación.

—Acabamos de llegar de un bolo. Perdí la noción del tiempo… Suenas como si te faltara el aliento.

Dejé caer el pañuelo lleno de sangre, me senté en el suelo y recolecté las pastillas chinas que se habían colado entre las tablas del suelo.

—Estábamos despiertos —dije—. Todos. Estaba hablando con Herman. Oye, ¿ya has hecho la entrevista? —Un Rex desnudo a lápiz y tinta me miraba fijamente desde el pie de la cama.

—Todavía no —respondió—. Han vuelto a cambiar la fecha, pero será en breve.

—Me alegro de escuchar tu voz. —Al fondo, en la residencia de payasos, todos hablaban a la vez; después se escuchó un ruido que parecía una licuadora, o un taladro eléctrico.

—Bueno, ¿y cómo está el bebé? —preguntó.

Ay, no. El bebé. No podía decírselo. No a las cuatro de la mañana, por teléfono, estando como estaba en ese momento. Iba a acabar llorando.

—Todo bien —le dije—. Tú vuelve pronto.

Después de masticar las pastillas chinas llenas de pelos de perro le dije:

—Rex, he pensado en irme de aquí y mudarme contigo. Estoy harta de Declivetown y odio que estemos cada uno en un sitio.

—¿Sales mucho? ¿Ves a alguien?

¿Ves a alguien? ¿Qué estaba insinuando?

—No hago nada. Estar aquí. Todo el rato. Solo quiero estar contigo —respondí.

—Quiero decir que qué has hecho últimamente —aclaró.

—¿Que qué he hecho? —respondí yo—. Nada de nada. Esperarte.

Dilo y me iré contigo.

—Cielo, todavía no tenemos dónde vivir, ni siquiera un coche donde dormir. Estoy durmiendo en un sofá. Además, puede que no me cojan en la Escuela de Payasos, y si eso pasa, no nos mudaremos aquí.

Nos. El mundo entero contenido en esa palabra: Rex seguía haciendo planes en común. No se había enterado, no sabía nada. Mi vida no estaba jodida, de momento.

—Te van a coger. Eres muy bueno —respiré profundamente.

—Hay muchos payasos buenísimos en el mundo, Nita.

Rex era el mejor payaso que había visto.

—¿Me echas de menos?

—Por supuesto —respondió—, todo el rato.

El busto del armario, el rostro al pie de la cama, el dibujo a lápiz y tinta… Todos eran de Rex, y me hablaban a través de la voz del teléfono.

—¿Rex?

—¿Sí, Nari?

—¿Qué sientes cuando posas y estás delante de todo el mundo, desnudo?

—Bueno, es mi trabajo —dijo riéndose—. Desconecto. Me concentro para que no se me ponga dura. ¿Por qué lo preguntas?

Me reí.

—¿Cuando estoy yo en clase o todo el rato? —quería que me dijera un cumplido.

—Todo el rato —respondió francamente.

Todo el rato. Vale. Bueno, eso explicaba su forma esquiva y enigmática de expresarse. Mi lavadero estaba lleno de fotos de mi querido Rex Galore intentando no empalmarse.

—¿Estás trabajando en tu arte? ¿Has pintado algo? —preguntó.

—Algunos bocetos —pensé en el cartel de la gallina—. Y trabajo con Crack y Matey.

—Trabajo empresarial, comercial —dijo.

—Se paga bien —respondí yo.

—Esa basura va a hacer que te pongas mala —dijo—. Venderse no es bueno. —Se escuchaba de fondo la fiesta que había en la residencia de payasos: una voz femenina cada vez más alta, seguida de una carcajada. Payasos artísticos, viviendo la vida, ajenos al tiempo y el dinero.

—Rex, si pudiera elegir, preferiría trabajar contigo, haciendo espectáculos —dije—. Pero trabajar con Crack me da pasta. La necesitamos.

—Por eso lo llaman prostitución —respondió—. O niñera

corporativa.

Silencio a este lado del teléfono. Después le dije:

—No es prostitución. Y con eso te pagaste el viaje.

—Oye, Nari, solo te pido que te cuides, ¿vale? Trabaja en lo que te haga feliz. Es lo único que estoy diciendo. Estaré de vuelta en unos días. Haré que te sientas como nueva, fuerte como un toro. —Se puso a tararear una canción: *Fit as a fiddle and ready for love*. Lo visualicé haciendo malabares, montando en monociclo. Todo estaba en su silbido. Sus manos grandes, su pelo, el espectáculo en sí que era Rex Galore.

Dejó de silbar y me preguntó:

—¿Todo bien con la ambulancia? ¿Se ha colado alguien?

La ambulancia, nuestro almacén.

—Está bien. Pero vuelve pronto. No puede quedarse ahí para siempre. —Mi Rex; le estaba esperando—. Y me debes unos cuantos besos.

—Ah, ¿sí? —preguntó—. ¿Tengo deudas contigo, mi bella payasa?

—Ya lo creo. Me debes besos.

—Muy bien —se rio.

—¿Rex? —le hablaba al teléfono, al dibujo a tinta, al busto.

—¿Sí?

Él estaba expectante.

—Cuando vuelvas… ¿podríamos volver a hacer lo de antes, espectáculos callejeros, como solíamos hacer?

—¿Quieres decir con el sombrero, las monedas y todo eso?

—Sí. Con el amplificador, el baile del zapateo… Algún truco canino con Chance.

—Eso no da dinero, Nari, y ya no me hace gracia que me arresten… pero como quieras. Cuando vuelva, lo haremos —su voz sonó más tranquila, suave.

Genial. No necesitaba medicamentos ni acupuntura ni pastillas chinas. Lo único que necesitaba era que Rex volviera a casa. Cuando colgamos, me senté en el futón caído y escuché los crujidos de la casa. De vez en cuando oía un gemido a través del conducto. Puede que fueran los sonidos típicos de una casa vieja, o puede que Nadia-Italia y Herman estuvieran haciéndolo, formando una maraña de músculos, sudor y piel. Intenté no pensar en ello; me había desvelado.

Salió el sol, un sol de verano rosado y naranja. Se filtraba por la ventana rota. La voz de Nadia-Italia metió baza desde la radio antigua que era el conducto de ventilación:

—¿Has dormido bien, payasita? Pues esto no va a quedar así. Te vas a cagar —siseaba desde arriba, como si fuera la voz de un dios vengativo—. Te vas a cagar pero bien.

14.

CAZARRECOMPENSAS Y LADRONES DE PIS

Tres días después le entregué la botella de orina a un hombre gigantesco encajado en una silla acolchada muy pequeña tras el mostrador del laboratorio del hospital. Me había llevado tres días conseguir la orina desde la visita nocturna al frigorífico de Italia. El gigante agitó la botella con una de sus manazas.

—Está de broma. ¿Y las cámaras?

Su nariz era como un botón de grasa en medio de la cara. En un lateral de la botella ponía orina de nita con rotulador negro de trazo grueso, con el logo del instituto nacional de toxicología dibujado a mano, cortesía de Nadia-Italia.

Me recoloqué las gafas de sol con margaritas.

—Eso es lo que me pidieron. El pis de veinticuatro horas continuas y contiguas.

Agitó la botella de nuevo, como un perro que sacude a un conejo, y luego me la devolvió.

—No es posible que eso sea de veinticuatro horas. Vacíelo, dele un lavado y empiece de nuevo —me dijo—. Si eso es todo lo que tiene dentro, es que está deshidratada. Eso es fácil de diagnosticar. — Continuó con el papeleo.

Agité la botella. Pesaba poco, el contenido chapoteó levemente. Pesaba poco incluso teniendo en cuenta el pis que no entró en la botella mientras dirigía el chorro sin ayuda de un embudo durante el proceso de recolección. La sostuve en alto y miré la parte de abajo, la unión de plástico. No había fugas. Estaba seco.

—Le prometo que había más —dije.

El gigante me miró de lado y gruñó por lo bajo. Salí de allí dando zapatazos con mis enormes Keds y la botella bajo el brazo.

Cuando llegué a casa de Herman, había gente en el jardín delantero y dos mujeres en el porche. Unos perros negros se deslizaban desganados en círculos sobre la hierba descuidada.

Herman estaba en la entrada principal.

—Escúchame bien, no queremos pollos de goma —dijo Herman muy alto—. A tomar por culo con el jueguecito de los pollos de goma. —Intentó cerrar la puerta.

Una de las mujeres del porche la paró con el pie y le enseñó un papel.

—Tengo la dirección aquí —dijo—. Y sé que tengo la gallina.

Golpeó la puerta con el pollo como si lo estuviera macerando; tenía el pico abierto y le temblaba la cresta de goma. Con la otra mano agitaba el papel.

Me abrí paso a empujones a través la gente que había en los escalones y dije:

—Soy yo a quien buscas. Enséñame el pollo.

Reconocí a Plucky en segundos. De hecho, en milisegundos.

La mujer se dio la vuelta y las patas del pollo se fueron hacia delante, como las de un niño en un tiovivo. Llevaba puesto un chándal olímpico falsificado de color rosa e iba peinada con dos trenzas gruesas y enmarañadas. Tenía la piel llena de cicatrices; era como una campeona olímpica yonqui. Herman soltó la puerta. La mujer cayó hacia él, pero se enderezó rápidamente. Una segunda mujer con taconazos y vestido de cóctel blanco de prostituta se echó hacia atrás, hacia la barandilla del porche. Tenía otro pollo de goma apretado contra su pecho lleno de marcas de acné. ¿Eso que la mujer aferraba contra su piel erosionada era Plucky? ¿Acaso estaba Plucky saliendo con una prostituta?

—Mierda —dijo Herman mientras se frotaba el hombro.

Dos hombres y otra mujer que estaban en el jardín subieron las escaleras después de mí.

—Tengo tu pollo —dijo un hombre—. ¿Cuál es la recompensa?

—Yo llegué primero —dijo la drogadicta olímpica.

Era un rodeo de pollos de goma. Todos sujetaban pollos de goma como si fueran bebés estrangulados. Dondequiera que mirara veía a Plucky, pero ella realmente no estaba allí, eran solo imitaciones baratas.

—Nita —Herman sacudió la cabeza—, esto va de mal en peor. Toda la mañana con la misma historia.

—Eh, vigila a tu perro —dijo un hombre desde el jardín.

Se refería a un chucho negro atado a una cuerda con nudos. El perro dobló las patas traseras y arqueó la espalda, poniéndose en la típica posición de cuclillas para depositar sobre la hierba descuidada de Herman lo que Jerrod llamaba, educadamente, «desechos».

Jerrod. No había hablado con él desde el día del beso. Cualquier coche patrulla que veía parecía el suyo, con su silueta en el interior.

Veía a Jerrod en cualquier sitio, a Plucky en cualquier mano y a

Chance en cualquier animal callejero.

—Llévate a los perros de aquí —gritó Herman—. Fuera del césped, ¿vale?

El césped. La hierba tenía ese color marrón típico del verano y se movía de un lado a otro, como diciendo: *¿Te acuerdas de mí?* Dos personas venían hacia nosotros por la calle. Ambos sujetaban sendos pollos de goma amarillos como los ranúnculos. Una mezcla de pitbull blanco y negro corría a zancadas tras los talones de uno de los hombres.

Un hombre me puso un pollo en la cara.

—Bueno, ¿cuál es la recompensa?

El pollo tenía una etiqueta que bailaba al sol grapada a una pata. El olor a plástico flotaba en el ambiente, como el olor de los regalos de Navidad, o la cera de las velas de cumpleaños.

—Ese pollo lo has comprado —respondí—. Sabes que no es el mío.

—Es mejor, ¿no? Si es nuevo, es mejor, siempre. —El hombre sonrió, con esa sonrisa típica de comercial, con los dientes astillados y un aroma amargo a cerveza. Era un comercial sin nada que vender, excepto el pollo de goma—. Oye, he pagado tres pavos por esto. ¿Crees que me hace falta?

Me lo quité de encima.

—No lo has comprado —ladró la prostituta.

Algunos tenían pollos nuevos, pero la mayoría estaban raídos y tenían la pintura de las alas y la cara desgastada. Había pollos que ni siquiera eran de goma, y otros que ni siquiera eran pollos. Y todos los perros eran rottweilers y labradores grandes y viejos mezclados con collies, daneses y a saber qué más. Puede que los cazarrecompensas fueran los dueños de esos perros, listos para sacar tajada del mejor amigo del hombre.

Un follón al más puro estilo Declivetown.

Me abrí paso para entrar en casa. Ya en la puerta, me giré.

—¡Eh, todos! —grité—. Mi gallina de goma era especial. Tenía unas características concretas.

—¿Como qué? —gritó una mujer.

—Si la veo, esa persona se llevará la recompensa. Y mi perro es pequeño y no tiene cola.

Cerré de un portazo. Me di la vuelta. Herman estaba ahí, esperando. Se cogía el brazo con una mano, rodeando el tatuaje con mi nombre, cuya tinta penetraba en su piel suave y marrón. Había motas de sangre resecas en los bordes del dibujo que Nadia-Italia había empezado a hacer sobre él para camuflarlo: un pavo real, una forma más de eliminarme. Llamaron a la puerta. Deslicé el pestillo para cerrarla.

—Se te está yendo de las manos, Nita —dijo Herman—. Si no son amigos ni familiares y no han venido a pillar hierba, estos aprovechados no pintan nada aquí.

Me apoyé en la puerta para recuperar el aliento. Nadia-Italia estaba levantando pesas delante de la tele. Su aliento y mi aliento; jadeábamos en sintonía. Estaba convencida de que tramaba algo. Cada minuto que pasaba ella trazaba cómo cumplir con su amenaza.

—Si pones un cartel diciendo que vas a dar una recompensa en un barrio como este, es evidente que la gente va a reaccionar —continuó Herman.

Nadia-Italia dejó las pesas, se sentó, dio un buen trago de agua, se limpió la boca con el dorso de la mano y dijo:

—¿Qué pasa, que hoy es el día de llevar orina al trabajo? —Señalaba con la cabeza la botella naranja que se balanceaba en mi mano temblorosa.

—Parece que todos los días son el día de llevar orina a donde sea… ¡Alguien me ha vaciado la botella! —respondí.

Nadia-Italia se echó a reír y se recostó en el banco de pesas. Me acerqué a ella y agité la botella sobre su cabeza, como si estuviera haciendo percusión.

—Has sido tú…

—No hables con ella —interrumpió Herman—. No le ha hecho nada a tu pis.

Italia volvió la cabeza. El lado de la cara que tenía presionado contra el banco de pesas mostraba un ojo entornado.

—¿Para qué quiero yo tu orina, Payasa? Ya tuve mi ración. Gracias, pero no.

—Me parece que te estás quedando conmigo.

—Estás rompiendo una norma de convivencia: no hablarme —dijo ella—. Pírate.

Sonrió y siguió haciendo pesas.

15.

EL ESPECTA-CULAZO; O, FUEGO Y GLORIA A LO GRANDE

«Quema algo». El consejo de Rex sobre ser el artista estrella resonaba en mi cabeza. Desde que hablé con él por teléfono, estaba más alterada que nunca. Estaba desesperada y, peor aún, me sentía culpable. Todo lo demás había fracasado, sobre todo mi fuerza de voluntad cuando me enfrenté a los labios de la ley. El único recurso que me quedaba era el fuego. Quemar algo. Pero no había forma de practicar trucos con fuego en el pequeño espacio de mi diminuta habitación. Tenía que ensayar. El único billete que me quedaba era crear un número nuevo; el único tren que podía coger.

Tenía un montón de ideas para espectáculos nuevos: *La danza de las ubres, Dos payasos en la ducha*, una rutina de globoflexia pornoerótica llamada *¿Quién está acaparando el agua?* Podría desempolvar la versión muda de Kafka para los amantes del arte que hubiera entre el público. Y también estaba *Todo Sísifo*, el espectáculo de payasos por excelencia, luchar sin redimirse. Necesitaba una rutina nueva, más grande, más candente. Fuego. La oscuridad transformaría el jardín trasero de Herman en un escenario.

En un mundo de fulanas y vírgenes payasas yo me aferraría a la integridad artística.

Esperé hasta después de medianoche. La casa estaba tranquila. Seguí esperando. Pasada la una, me puse una copa de tintura de valeriana con hielo, me puse unas pastillas chinas en la lengua y me enfrenté al lienzo en blanco que era el espacio para ensayar del jardín trasero. Desde allí alcé la vista hacia el ático reconvertido que compartían Herman y Nadia-Italia, donde la luz suave y blanquiazul del televisor parpadeaba tras las cortinas; Herman dormía con la tele puesta, algo totalmente inapropiado según algún tipo de *feng shui* freudiano. Freud decía que, cuando una pareja tiene relaciones sexuales, siempre hay por lo menos seis personas en la cama, contando con los padres de ambas partes. Con Herman había risas enlatadas, noticias, anuncios… Publicidad indirecta durante el clímax, mientras soñaba, cuando sonaba el despertador por la mañana… Lo

importante estaba en el índice de audiencia, aunque nunca hubiera nominaciones a premios.

La hierba descuidada del jardín trasero murmuraba en los bajos de mis pantalones de payaso de satén. Me enganché con las espinas de una rosa. Me paré en seco y la copa de valeriana se derramó; me libré de las espinas con una mano. Había una circunferencia perfecta donde la hierba estaba seca; era la llanta de metal soldado que Rex tenía escondida en el jardín. La hierba había crecido tanto desde que se fue que era como una señal de que Rex volvería pronto. No podía vivir así eternamente.

Cuando regresara se encontraría con el fracaso: nuestra Chance había desaparecido, la pasma, las pruebas de orina y la posibilidad constante de un desahucio inminente.

Me tumbé en el césped, dejé la bebida a un lado, en un hueco solo para ella, y me puse a rodar como un ciervo haciéndose una cama a la intemperie. Aplasté la hierba con mi peso y la transformé en un tatami de tallitos tronchados. Me estaba clavando palitos y piedras en la espalda, pero yo seguía rodando. El límite de la hierba tronchada marcaba el escenario improvisado.

En la parte delantera descansaba la maltrecha ambulancia bajo el halo resplandeciente de su propio techo blanco y oxidado, donde se reflejaba la luz de las farolas que zumbaban. Susurré el nombre de Chance, llamándola, mientras salía a la ambulancia: «Vamos, mi chica, vuelve a casa».

Me temblaron las manos; rodeaba la copa de valeriana con una de ellas. Se acercaba un coche lentamente por la calle. Algo crujió en el porche de un vecino. Me moví rápido; abrí la puerta trasera de la ambulancia, me subí y me dejé caer sobre la enorme pila de utilería y disfraces; la oscuridad estaba poseída por el rastro fantasmal del cuerpo de Rex, por el aire lleno de sudor y queroseno.

Hacía más calor dentro de la ambulancia que fuera. Metí un pie entre la ropa que había por allí tirada para llegar al suelo, pero noté algo sólido, así que metí la mano entre la ropa. Era una lata vacía cuya etiqueta decía risas enlatadas. Un espectáculo visual. Tiré la lata al montón. Lo intenté de nuevo.

La ambulancia estaba llena de compartimentos de almacenamiento. En el techo y en el suelo. La camilla plegable se abría como un arcón. Había un botiquín en la pared: cuando lo abrí, de su interior cayeron pinturas para la cara, pegamento corporal, pestañas falsas, cicatrices artificiales y orejas de látex.

Debajo del botiquín había una silla mirando en dirección contraria a la marcha, donde se supone que se sienta el técnico en emergencias sanitarias. Esta se abría, como las cajas de madera que tienen la tapa acolchada. No encontraba lo que buscaba en ninguno de esos

compartimentos.

Debajo de los disfraces, buceando entre la ropa, encontré bolas de semillas y de malabares, palos chinos, cajas de tabaco de mentira, platillos y aros de goma. Aparté un diábolo con el pie y pesqué una peluca rosa de pelo corto. Estaba llena de mechones de pelo grandes con pegotitos de pegamento instantáneo.

Yo era como un juguete dentro de una caja de juguetes, uno entre muchos.

Entonces, con la mano bien metida entre la utilería, toqué la curva de nailon de los pechos colganderos de mentira. ¡Ay! Rex hacía muchísimo que no los usaba, pero aun así reconocí la forma y la textura antes de sacarlos a la superficie. Era un babero de color melocotón, con saquitos de nailon rellenos de arena que parecían globos de agua que colgaban de la parte delantera. Me puse el babero sobre la ropa. Apreté una teta y parpó como un pato. La otra sonó como un juguete para perros. ¡*Voilà*!

Esas tetas eran casi como el kevlar, un chaleco antibalas. Como el delantal plomado que te pone el higienista dental, o la defensa de la reserva del ejército. Era seguro. Así me sentía con los pechos colganderos de mentira: segura, atractiva y divertida. ¿Qué más podría querer un payaso?

Los chicos no son los únicos payasos que pueden disfrazarse de mujerona. ¿Por qué limitarme a las orejas y la nariz de mentira? Me puse de rodillas sobre el montón de disfraces, balanceando mis tetas nuevas, y seguí con la búsqueda. Enseguida me topé con el megaculo. La pareja ideal, la parte inferior de un conjunto de dos piezas. Y así, como si nada, se me ocurrió una idea: ¡el Especta-culazo!

Lo veía clarísimo. Una payasa pícara y pechugona haciendo malabares con fuego. Claro que sí, ¿por qué no? Actuaría para todo el mundo y encontraría el equilibrio entre ser la putilla de Crack y crear mi propia interpretación cómica; trabajaría ambas facetas, pasando fácilmente de la comedia *burlesque* al *striptease*, de las bufonadas a lo erótico. Pasaría de ser Payasa a Superpayasa.

Estaba de rodillas en el mundo de los disfraces; deslicé el elástico de los pantalones de rayas de satén por la cintura mientras cantaba en voz baja: *I'm every woman…* El megaculo se abrochaba por delante. Si disfrazarse de payaso tenía que ver con conectar con nuestros guías espirituales, con descubrir la historia en los disfraces y el maquillaje, pues, bueno, mi guía espiritual para este espectáculo eran las mujeres grandes, atractivas, con curvas y maduras. ¿Quién querría ser una payasa flaca, huérfana, emancipada y marcada por un aborto? No, iba a transformarme en una diosa de la fertilidad. Era la llamada de la Venus de Willendorf.

Excepto por la sonrisa vertical que me había salido al subirme los

pantalones con el culo puesto, ¡todo había salido a pedir de boca! Iba a inventar mi propio espectáculo, y me promocionaría yo sola. Dejaría de ser la lacaya de una payasa para ser la artista estrella.

Saqué el frasco de valeriana del enorme bolsillo y eché unas gotas en la copa, ya con el hielo derretido, para calmar los nervios y mitigar mi miedo al éxito y al fracaso. Estaba capacitada para hacerlo. Iba a romper moldes a mi manera: al estilo pechugona.

Y la clave del éxito fue el consejo de Rex: «Quema algo. Préndele fuego a cualquier cosa. A la gente le encanta el fuego, siempre». Balanceé los melones de izquierda a derecha, contoneando los hombros, y allí, de rodillas, hice el Meneíto del Grand Teton.[6]

También podría hacer una versión erótica muda de lo de Kafka: Gregor Samsa se despierta y se da cuenta de que se ha transformado en una mujer cuya figura parece un reloj de arena —¡donde todos los segundos cuentan!— y de que su mundo está *en llamas*. Podría hacer la Danza de las Ubres *con fuego*. Dos payasos en la ducha *con fuego*. Y *¿Quién está acaparando el agua?* sería género mixto: pornoerotismo y fuego. Incluso podría hacer un espectáculo de malabares de toda la vida enseñando cuerpazo y con fuego en las mazas. Juntándolo todo tendría un espectáculo nuevo.

Encontré una lata con pinturas para la cara en el botiquín. Usé su espejo para pintarme las mejillas de blanco; también me dibujé estrellas alrededor de los ojos y me pinté los labios de rojo oscuro.

Había un armario estrecho frente a la camilla, cerca de la puerta trasera de la ambulancia, donde en algún momento hubo una bombona de oxígeno y mangueras. Me agaché frente a él y me senté sobre el culo como si de un puf se tratara. En cuanto abrí la pequeña puerta del armario, los malabares de fuego de Rex y sus mejores antorchas con mango de madera de arce y amianto que tenía de repuesto se precipitaron; como si fuera una señal de que iba por el buen camino, las antorchas cayeron directamente en mis enormes lolas nuevas, directas a mis melones maduros; rebotaron y aterrizaron en mi exuberante regazo acolchado.

Estando de pie en el círculo que había en la hierba del jardín trasero de Herman me di cuenta de la primera complicación: para hacer malabares con las tetas puestas necesitaba adquirir habilidades nuevas, un centro de equilibrio nuevo y una mayor consciencia de mí misma. En resumen: las tetas se interponían en mi camino.

Empecé con unos lanzamientos de práctica. Tres bolas al aire. Me di en los brazos con el lateral de los sacos de nailon, que pesaban mucho y se balanceaban. Me di con un pechote y me perdí en el primer intento. La teta hizo cuá, cuá. Pero gracias al megaculo conseguí estabilizarme, así que le di un buen meneo, como unas maracas, mientras lanzaba las bolas de malabares.

Tenía un pequeño reproductor de casetes en el jardín trasero, así que puse Stevie Wonder muy bajito mientras calentaba. *When the summer came*… Una bola al aire, luego dos, luego tres; lanzamientos rápidos y fáciles; me acabé acostumbrando a moverme con los pechos colganderos puestos. Era genial estar despierta y trabajando tan pronto. Las sombras se movían en los setos que bordeaban el jardín. La hierba descuidada susurraba. Aquello era el equivalente payaso de trabajar la tierra. Lancé dos bolas hacia el cielo nocturno mientras otra bajaba y luego invertí el patrón. Dos abajo y una arriba; dos arriba y una abajo. Lo llamaría *El ordeño de las vacas.*

Cosas simples, pan comido.

Hacer malabares es como bailar, y también una forma de autohipnosis. Las bolas eran mis compañeras, y estábamos atrapadas en un vaivén rítmico. Cuando hacía malabares, no podía evitar imaginarme una historia mientras veía cómo se movían las bolas; pensaba en ellas como si fueran individuos, seres antropomorfos. Tocaban mis manos y seguían su ruta hacia arriba como si yo tuviera poco o nada que ver con la trayectoria que hacían. Cuando rebotaban, eran como niños en el patio del recreo que corren y saltan. Cabras pequeñitas, hojas al viento. La bola verde era la líder, seguida de las dos bolas rojas, formando un círculo. O las rojas eran amigas y la verde alguien que se les pegaba como una lapa. Una se movía hacia la derecha mientras que las otras dos se balanceaban hacia la izquierda. Dos niños que se llevaban bien y uno marginado. Pero entonces todas se daban la vuelta y seguían a la rebelde, la renegada.

Doblé las rodillas y meneé las tetas al tiempo que hacía malabares. El megaculo se fue hacia atrás y al volver a su sitio me dio unas palmaditas en el culete.

Cuando por fin me solté y dejé de chocar los brazos con los pechos colganderos cambié a los bastones. Aquellos bastones en el aire nocturno eran pura magia. Los palos de marfil se alzaban hacia el cielo oscuro, saludaban a sus hermanas las estrellas y hacían piruetas muy juntos, aunque sin tocarse; yo apenas los rozaba. Me saltaban de las manos. Rayos de luna.

Cuando me vine arriba, fui a por el combustible: una lata de trementina que tenía en mi habitación para limpiar los pinceles.

Vertí trementina por la garganta de aluminio de la antorcha como si estuviera dando de beber a un borracho; eso alimentaría la mecha de amianto. La antorcha era una cosa sólida, con curvas finas y elegantes. Llené dos más, las limpié con un trapo, lo tiré al césped y dejé las antorchas listas a un lado, sin encender.

Un apunte sobre hacer malabares con fuego: hay que guardar el combustible en botes específicos para malabaristas con una boquilla ez-pour estrecha y una tapa fija. Existen por algo. No encontré el bote

de combustible de Rex y por eso usé trementina directamente de la lata; después la dejé a un lado, sobre la maraña de hierba.

Encendí el mechero y un silbidito familiar me dijo quién tenía el control: esta vez estaba en mis manos. No en las de Rex ni en las de otro payaso. En las mías. Tiré una antorcha en llamas al aire. Parecía un cometa en contraste con el cielo. La antorcha volvió a mi mano abierta como un pájaro amaestrado.

Era como la Estatua de la Libertad.

Era la Payasa de la Libertad e iba a reivindicar mi independencia con un espectáculo nuevo. El jardín danzaba bajo el ámbar y el azul del fuego, y los límites del fondo se replegaban, más oscuros en contraste con el resplandor. Me sentía a salvo de los ojos ajenos gracias a los setos, a salvo del mundo gracias a mis tetas de kevlar. Le di un trago a mi propio combustible, la tintura de valeriana, y luego encendí una segunda antorcha con la primera.

Ambas antorchas se cruzaron formando un arco perfecto sobre mi cabeza, como si fuera una danza de fantasmas blancos, dejando una estela. ¡Qué bonito! Era hipnótico, el fuego salvaje brillaba en la tranquilidad de la noche cerrada.

Añadir una antorcha más era complicado. Tenía que ponerme las otras dos en una mano, las cuales ya ardían furiosamente con la eterna llama payasa.

Con las tres antorchas encendidas, me ajusté la peluca rosa, subí un poquito la música e hice el primer lanzamiento serio y peligroso de mi nueva carrera. Para mantener el ritmo cantaba con Stevie Wonder. *Very superstitious*… Meneé el megaculo. Era como el baile de la conga, con las manos en la cadera mientras me balanceaba. *Wash your face and hands*… Meneé aquellos tremendos melones… *when you believe in things that you don't understand, and you suffer*…

Los palos se cruzaban en lo alto, en un arco, como las palomas entrenadas de un mago, mis parientes fantasma. El fuego tiene cierto poder y yo lo controlaba con mis manos. Estaba fascinada. Me estaba transformando. Estaba en mi salsa. Era un ángel perdido en un sueño en el jardín desierto, un conquistador con todo el mundo por delante. El aire era ligero como el agua. La luna sonreía. Una estrella fugaz respondió a todas mis preguntas; yo le dije: *¡Suerte, querida estrella!* El mensaje de un alma gemela, una chispa de fuego que se apagaba, a años luz de distancia.

Las antorchas, meteoritos a mi merced, bailaban bajo mis órdenes.

Una voz atravesó la oscuridad, dejando a Stevie en segundo plano.

—¿Qué estás haciendo? Joder, ¿eres tú, Payasa?

Me estremecí. Desperté del sueño.

Nadia-Italia. Su voz me llegaba de la nada y del todo. Perdí el

ritmo. Una antorcha cayó del cielo como un pájaro muerto. Cogí las otras dos, segunda y tercera. La primera estaba tirada, como una paloma con el cuello roto ardiendo en su propio charco tranquilo de llamas naranjas y azules, sobre la hierba seca y enmarañada.

¡Miércoles!

No tenía tiempo de ver dónde estaba Italia. En vez de eso cogí las dos antorchas con una mano, me agaché y corrí hacia mi amiga malherida, mi mascota entrenada. Las tetas colganderas de arena se fueron hacia delante al agacharme. El ímpetu tiraba rápido de mí, y las lolas arenosas se me subieron a los hombros. Agité una pierna para no perder el equilibrio, pero el megaculo rebotó contra mi propio culo y me empujó hasta dejarme de cuclillas. No vi que tenía la radio a los pies por culpa del babero, cuyas tetas daban coletazos. Balanceé una pierna y la radio rodó por debajo de ella, con Stevie Wonder cantándole a la tierra con voz amortiguada. Me tropecé. Con uno de los zapatones le di un golpe a la lata de trementina y la tiré al suelo. Intenté mantenerme, pero… ¡vaya tela con las tetas! ¡Y con los zapatos! La cadera se estaba cagando en mí, riéndose con un crujido de los ligamentos. Me falló una rodilla y me caí sobre el suelo húmedo; las antorchas que tenía en la mano besaron a la madre tierra. Me hice un rasguño en la mano. Se me rompieron los pantalones por la rodilla.

La llama de la primera antorcha que se había caído duplicó su tamaño; era como una víctima de un accidente vomitando sangre en las raíces del jardín descuidado por donde se había derramado la trementina de la lata volcada, que acabó presa del fuego también; las llamas florecían de la boca de la lata, como si fuera un espectáculo visual, y la lata se hinchó mientras silbaba. Los laterales se retorcían y ennegrecían.

—¡Madre de Dios! —dijo Nadia-Italia, a mi espalda, desde la ventana de arriba.

El césped ardía por debajo de las antorchas que tenía en la mano, que también tocaban el suelo. El trapo empapado de trementina brincaba en su propio fuego rápido.

Cogí las antorchas, pisoteé las llamas y salí pitando. Las suelas de los zapatos se rizaron y ennegrecieron. Mientras pisoteaba las llamas estiré el brazo para poner la lata de pie.

—No pasa nada —dije. *Quema algo. A la gente le encanta.*

—¡Tronca, parece que va a explotar! —la voz de Italia era un grito agudo, como si se hubiera tragado una sirena de ambulancia—. ¡Herman, despierta!

No parecía que a mi público le hubiera encantado.

—Calma, calma —le dije, pisoteando más rápido—. No hace falta

que se lo digas a papi. El espectáculo va a acabar enseguida, y el miedo no va a llevarnos a ninguna parte.

Pero ¿tenía razón ella? ¿Iba a explotar la lata? La única protección que tenía eran las tetas falsas.

Estudié química en el instituto.

—Para que explote tiene que hacer vacío —dije mientras metía los extremos apagados de las antorchas en tierra suelta—. Primero tiene que quemar el combustible. —Avancé un poco, con una mano extendida. Se me quebraba la voz cada vez que gritaba, aunque intentaba parecer segura. Me temblaban las manos y mi corazón era un torrente de sangre que arrastraba venas y sustancias químicas. Nervios.

—¿Qué cojones…? —la voz de Herman desde la ventana se unió a la canción de miedo de Italia.

—¡Está quemando el jardín! —gritó Natalia—. He visto cómo lo hacía.

—Está controlado —dije yo.

No lo tenía para nada controlado. El jardín estaba ardiendo por tres sitios.

Agarré la lata con un movimiento rápido, como si fuera un animal a punto de echarse a correr. La agarré y la así con fuerza. Pero la lata era más que un animal. Era Loki, el dios del fuego. Desatado. Los laterales chisporroteaban bajo mis manos. Solté un aullido y la tiré lejos de mí, hacia las malas hierbas del jardín, seguida por una estela de fuego que parecía un cometa. Dibujó una línea brillante de llamas amarillas y blancas que cayó sobre la hierba como una cuerda, como la cola de una cometa. Sonó un chasquido seguido de un silbido y la llama se extendió rápidamente por una pared.

Entonces, el pelo corto y rosa de la peluca dio un fogonazo también cuando el fuego alcanzó el nailon y los pegotitos de pegamento. No había tiempo para pensar. Me di manotazos en la cabeza, en la peluca en llamas. El mundo olía a muñecas Barbie derretidas, el aire quemado de un juguete de Navidad espachurrado contra un pastel de tronco navideño. Tiré de la peluca para quitármela y la lancé por ahí, pero no lo suficientemente rápido: la manga de nailon estaba quemándose.

¡Mierda, mierda! Corrí en círculos y me tiré al suelo. Hice la croqueta sobre la hierba que no estaba en llamas, pero los pechos colganderos me frenaban, y mientras rodaba no paraban de saltar pavesas. Los pechos de mentira hacían cuá, cuá y chirriaban, dando lugar a una cacofonía de ruidos festivos. Era mi culpa, y ahora yo también estaba en llamas. ¿Quién podría haber imaginado que el infierno era tan eficiente? Un par de errores y vino a mí más rápido

que el servicio de habitaciones.

La voz de Stevie Wonder se derretía; se convirtió en algo incomprensible y acabó deteniéndose lentamente.

Un puño me dio varios golpes. No veía nada. No… no era un puño. Era un chorro fuerte, una corriente amarga; me estaban apuntando con un extintor.

«¡Coulrofobia!», dije mientras escupía. ¡La banda del extintor!

El chorro fue de mi cara al brazo y se desvaneció. Parpadeé hasta que conseguí ver mejor.

Lo primero que divisé fue el culo musculoso y desnudo de Herman, que llevaba los pantalones en la mano. Roció un chorro de espuma blanca con el extintor, pero este era pequeño, y aquí el tamaño importaba, sin duda; un chorro tan ligero como el pis bailó sobre el jardín crepitante.

—¡Coge la manguera! —gritó—. Apunta a la casa.

Intenté respirar.

Gritó de nuevo al ver que yo no reaccionada.

—Estás fuera, ¿vale? Estás fuera. Así que ayúdame con esta mierda.

¿Fuera? ¿En la calle? Me tumbé de espaldas. Las tetas colganderas descansaban sobre mi pecho como dos demonios gemelos. La arena pesaba el doble por culpa de la espuma del extintor. Estaba exhausta. Agotada.

—¿Fuera de la casa? —pregunté.

No sé si Herman lo oyó, pero no me hizo ni caso. Fue corriendo a por la manguera.

Italia salió de la casa con más calma. Iba envuelta en un pequeño albornoz azul, con las piernas desnudas, y daba sorbos a un batido de proteínas mientras esquivaba el humo.

—Joder, sí que eres egocéntrica. Se refería a que estabas *fuera de peligro*, a que te había apagado las llamas. —Y entonces dijo—: Espera. Tienes una chispa. —Con su brazo largo, musculoso y tatuado me tiró el batido de proteínas por encima a cámara lenta. Era como una cascada pálida y grumosa que caía del cielo oscuro, un chorrito grueso que cayó sobre mi ojo abierto. Me eché hacia atrás. Náuseas. Me dio una patadita en el megaculo.

—Tía, se te ha ido de las manos. Lo mínimo que podrías hacer es levantarte.

Cuando llegaron los bomberos yo seguía tumbada en el suelo, húmedo y frío, intentando respirar y con ganas de vomitar. El megaculo hacía que mi posición pareciera una especie de postura de yoga, con la espalda arqueada y la cabeza inclinada.

Las tetas falsas estaban chamuscadas y cubiertas de nailon fundido.

No me encontraba bien. El jardín entero era una cicatriz negra. Herman parecía que llevaba una máscara oscura en la cara, manchada de hollín y con los ojos rojos y rodeados de blanco. Todo un príncipe payaso, o al menos un barón como Dios lo trajo al mundo. Cuando el fuego ya estuvo apagado, paró y se puso los pantalones.

Los paramédicos se arrodillaron para comprobar mis constantes vitales.

—Relájate, ¿vale? —dijo un paramédico joven mientras me ponía una manta debajo de la cabeza para compensar el ángulo que formaba el culo.

—Es el corazón —le dije, llevándome una mano al babero con tetas —. Lo tengo mal.

—Vamos a escucharlo —dijo el joven paramédico—. Bueno, ¿y cómo te llamas?

Les dije mi nombre a los paramédicos todas las veces que me lo preguntaron, unas cinco o siete. Les di el de verdad, Nita, no Culito Rico o Narizotas. Extendí el brazo para que me pusieran el suero; tenía una aguja fina bajo la piel que me alimentaba con agua salada, un sabor a océano normalizado por los hospitales para revivir al pez que llevamos dentro; la sangre fluía como un recuerdo de la infancia.

«Todo va a ir bien», dijo un paramédico. Me levantaron, junto con el peso de los sacos de arena del megaculo y de los demonios gemelos colganderos sobre mi pecho, y me pusieron en la camilla que estaba en el suelo.

¿Dónde estaba Jerrod? Mi poli, mi red de seguridad, esa tortita de manzana con uniforme. Los paramédicos me ajustaron las correas. Las manos, llenas de quemaduras, me ardían. Herman acercó su cara llena de hollín a la mía. Detrás de él, el cartel de *Porral de Decliveville* estaba negro.

Me dejó cogerle la mano y vino conmigo al lado de la camilla. Quería apretarle la mano, transferirle el calor, hacer de él mi bálsamo.

—Herman, me estoy muriendo —tosí. Tenía el pecho encogido. Un paramédico me puso otra manta bajo la espalda.

Herman puso los ojos enrojecidos en blanco.

—No te estás muriendo —dijo—. Y no te vas a escapar tan fácilmente. Cuando vuelvas, reunión familiar. Y nada de trucos con fuego.

—¡Ella misma tiró la lata de gasolina! Yo vi cómo chocaba contra la caseta —gritó Nadia-Natalia.

—No la tiré a la caseta —volví a toser, puede que más por el bien de Herman que por el mío. Escupí como si de repente tuviera silicosis, como los mineros. Le dije—: Había fuego e intenté apagarlo. Además, ni siquiera te gustaba el césped, ¿no? —volví a toser—. Al menos

ahora no tenemos que cortarlo. Hay que ver el lado bueno. —El jardín parecía una mina de carbón.

Herman me soltó la mano. Lo vi venir y me puse a contar los segundos, como cuando cuentas el tiempo que pasa entre un relámpago y su correspondiente trueno.

Cuando llegué a tres, Herman explotó.

—Joder, Nita, qué falta total de respeto. Como siempre. Podrías haber quemado la casa. Es peligroso. —Sacó un cigarrillo del bolsillo y se lo llevó a la boca, pero tenía los dedos torpes y tensos; lo partió por la mitad y lo tiró al suelo—. Van a abrir una investigación. Me subirán el seguro, vendrá la policía —dijo—. Conclusión: cuando vuelvas, quiero que te vayas. Punto. —Su boca era un tajo rojo y húmedo en la cara cubierta de hollín—. Esto ha sido la gota que ha colmado el vaso.

Yo estaba en el lecho de muerte —la camilla de la muerte— y Herman me estaba dando la patada.

—Herman… —empecé a decir.

—Olvídate del alijo, podrías habernos matado mientras dormíamos.

Los paramédicos levantaron mi nueva cama. La camilla chirrió y se balanceó mientras las estrellas se acercaban; era como surfear una ola.

—Mejor lo hablamos cuando me recupere.

Herman dio un revés a un enemigo invisible, sacudió la cabeza y cruzó los brazos como si quisiera contener la furia de su caja torácica. Los paramédicos metieron la camilla en el pequeño habitáculo de la ambulancia. Herman y Nadia-Italia, unidos contra mí, se fueron caminando cogidos del brazo por el césped ennegrecido.

16.

UN NÚMERO PARA LA ENFERMERA

En la parte de atrás de la ambulancia solo estábamos el paramédico y yo. La ambulancia oscilaba; entró disparada en la ciudad mientras la sangre de mi cuerpo se me arremolinaba en el pecho, dándome náuseas. La sirena era una ópera de nuestra tragedia. Todo olía a poliéster quemado. Mis más que grandes Keds estaban negras, las puntas de goma eran como gotas solidificadas de queso fundido; parecía un cuadro de Salvador Dalí. La parte trasera de la ambulancia era como una cripta abarrotada de suministros, pero me hubiera dado igual que estuviera vacía, porque no era la ambulancia de Rex ni contaba con el consuelo de su cuerpo atractivo y sudoroso, con su presencia. Mi cura.

—No puedo respirar —dije. El culo, que estaba debajo de las caderas, me arqueaba la espalda, y las tetas de mentira me presionaban—. Siento un martilleo en el pecho, como un soplido en el corazón. ¿Me estoy muriendo?

Respiraba con dificultad, hablaba de forma entrecortada. Me toqué el pecho y una de las tetas colganderas silbó levemente. Me caía sudor por la sien. Ya lejos del fuego, se me fue enfriando la piel con el sudor, como cuando tienes fiebre.

—Vamos a ver cómo suena. —El paramédico se disponía a desabotonarme la camisa, pero paró en seco, dejando las manos en el aire, frente a mí.

Los pechos de kevlar le bloqueaban el acceso. Con la colina de las tetas colganderas en medio solo veía la mitad superior de la cara del paramédico; podía percibir la preocupación en sus ojos, y tenía las cejas arqueadas. Estaba a su merced.

Si pudiera inflar un globo y hacer unas Vírgenes María recuperaría el aliento y se me relajaría el corazón. Intenté llegar al bolsillo, pero el cinturón de seguridad de nailon me lo impidió.

El paramédico tocó la curvatura del babero con tetas.

Tenía las manos vacías: no tenía accesorios, ni globos, ni forma alguna de desviar la atención de mí y centrarla en un truco, un

juguete de goma o un globo con forma de animal.

—Pásame un guante de látex. Voy a hacerte una representación de la Anunciación. Con todos los detalles, te lo prometo —le dije.

Deslizó la mano tímidamente por la curva de una de las tetas falsas. Era como si yo fuera uno de mis accesorios.

—Ey —dije, sonriendo levemente, invocando mis poderes de payaso, a la diosa de la fertilidad a la que estaba destinado aquel atuendo. Con mi mejor ronroneo vodevilesco, le pregunté—: ¿Qué eres, un curandero? —Se me quebró la voz. Aleteé las pestañas—. Qué medicina más buena… Me tocas como si me conocieras. Ya me encuentro mejor. —Respiré hondo, conté hasta ocho y… no me sentí nada mejor.

—Solo estoy haciendo mi trabajo.

Agarró un montículo con cada mano y los elevó. El izquierdo parpó y el paramédico dio un bote. La teta derecha, víctima del fuego, silbó tristemente, generando un eco silencioso.

Era guapo; esa guapura típica de un *boy scout*.

—¿Te estás sacando la insignia de paramédico?

Dejó caer las tetas sobre mi pecho, que me golpearon con todo su peso arenoso.

—Necesito llegar a tu corazón.

—Caballero, está ya a mitad de camino. Tóqueme de nuevo y será todo suyo. —Le guiñé intensamente el ojo al estilo payaso. Lo cierto es que quería irme, salir de la ambulancia, salir de la escena y volver a mi habitación. Sería fantástico poder acurrucarme en la cama con los disfraces de Rex, una tintura de valeriana y un bote de pastillas.

Arqueó una ceja, respiró hondo y sacó la radio del cinturón.

—Lo digo en serio.

—Justo como a mí me gusta que sean mis médicos: serios. —Los monólogos y los comentarios ingeniosos son la versión payasa de tararear una canción alegre. Podría ganarme al público incluso aunque solo fuera una persona.

La radio emitió una oleada de interferencias chirriantes. Se la acercó y dijo:

—La paciente parece que está estable, aunque… —la última parte sonó amortiguada, ya que se giró—, va vestida de payasa… —bajó la voz más todavía— y está delirando…

¿Delirando? ¿Era eso lo que había oído?

—¿Delirando? —pregunté.

El paramédico bajó la radio y se volvió hacia mí.

—Voy a ponerte un poco de oxígeno. —Me embutió unos tubos por la nariz y me señaló las tetas—. Dime, ¿cómo funciona esta cosa? Necesito auscultarte para escuchar tu corazón.

Desabrochó una de las correas que me sujetaban a la cama. Cuando encontró el broche en el escote, las tetas se separaron con ímpetu y cayeron cada una a un lado de mi torso como dos pesos pesados.

Me puso el estetoscopio en el pecho. Estaba frío. Me rozó el cuello con su aliento. Me sonrojé, a salvo bajo una capa de maquillaje y hollín. Sentí el frescor del oxígeno en los labios. Estaba asustada.

Le toqué la camisa. Se me apareció W. C. Fields. Balanceó una pierna y me dijo: «No mires, pero creo que tienes una oportunidad con el enfermero».

—¿Enfermero? —dije, y tosí, con los dientes llenos de hollín.

—No soy enfermero, soy técnico sanitario —dijo el *boy scout*; me puso un clip en el dedo—: Con esto se mide el nivel de oxígeno. —Me pegó unos cables a la piel y me enchufó a una máquina—. Recuéstate.

Miré a W. C. Fields para que me guiara, pero ya no estaba. El *boy scout* dijo por la radio: «Parece que tiene quemaduras leves».

¿Leves? Los tubos de oxígeno se me salieron de la nariz, y una ráfaga de aire fresco se extendió por mi cara. El *boy scout* los colocó de nuevo con una mano. «Podría estar en estado de *shock*», murmuró por la radio.

Me tragué el oxígeno. Me fui calmando poco a poco. Noté que las partes de mi cuerpo se recomponían: brazos, piernas, cabeza, corazón… Piel, nervios, respiración… Por fin desaparecieron todos los zumbidos y los delirios. Dejé caer mi peso sobre el culo que seguía debajo de mis caderas. Al llegar al hospital ya pude andar por mí misma.

No aparezcas en la sala de urgencias andando por ti mismo. Ni trates de incorporarte mientras tiras de las correas de nailon que te sujetan a la camilla y le dices a todo el mundo que durante el camino te has recuperado muy rápido. Ni digas que el aire fresco te ha sentado bien, o que el viaje había merecido la pena por la compañía. En un hospital, afirmar que estás bien mientras estás atado a una camilla es como decir «estoy loco» en clave. El camino más rápido para que te atiendan en urgencias es decir que te duele el pecho. Di que tienes problemas de corazón e irás directo al principio de la cola. Cuando llegamos no me dolía el pecho, pero el paramédico le dijo a la enfermera de triaje: «La paciente se queja de problemas cardiacos. Respira con dificultad».

Hizo énfasis en *se queja.*

Hinqué los codos en la camilla para intentar incorporarme, con el culo de por medio. Las correas tiraron de mí. Las tetas desabrochadas flotaban como un salvavidas empapado, pesado como el cemento y destinado a dormir con los peces.

—Me encuentro mejor. Ya puedo respirar. —Me resbaló un codo por las sábanas industriales y me caí de espaldas en la camilla. Tenía el brazo fatal; las quemaduras danzaban en el interior de mi antebrazo, como un cocinero que se ha pasado la noche friendo.

La enfermera, de unos setenta años, puso los ojos en blanco como las chicas de la fiesta de graduación en el cuarto de baño del hotel el día del espectáculo de Charlie Chaplin. Era su propio número de mímica.

—Vale, ya nos encargamos nosotros —dijo y me cogió el brazo para ver las quemaduras; lo soltó y se dirigió a mí—: Bueno, tienes varias quemaduras.

Mis heridas no eran nada novedoso, no iba a aparecer en ningún libro de medicina. Separó el tubito del gotero por el que la solución salina penetraba en mi piel del pie de suero, pero me dejó el extremo final del mecanismo en el dorso de la mano: «Por si hay que ponértelo de nuevo», dijo antes de volverse.

—¿Hay que meterla en un box? —preguntó una auxiliar preadolescente de voluntariado. Esta estiraba una venda elástica como si se tratara de un tratamiento de fisioterapia contra el pecho plano.

La enfermera sacudió la cabeza y agitó una mano.

—No hay ninguna prisa.

La auxiliar de voluntariado asintió con la cabeza, se dio la vuelta y se fue dando saltitos por el pasillo, repiqueteando y haciendo ruido. La enfermera trajo una silla de ruedas; era algo rutinario.

—Todo va a ir bien, cariño, ¿vale? Es una cosilla sin importancia —dijo mientras me daba una palmadita en la rodilla.

De nuevo, un tratamiento apaciguador para la payasa.

Desabrochó las correas. Me senté y le di la vuelta al megaculo para sacar las piernas por el lateral de la camilla.

—¿Por qué acabo siempre en este sitio?

—Hay gente a la que le gusta. Se sienten más seguros. —Sus brazos flácidos temblaban como un pez triste—. Les gusta saber que pueden recibir ayuda para ahuyentar el miedo nocturno a la muerte. El miedo existencial a estar solo.

Psicología barata.

—Era una pregunta retórica —le dije.

—Retórica, confesional, fundamental… pregunta lo que quieras —respondió—. Mientras estés cubierta, aquí estaré.

—¿Cubierta? Nunca me he sentido tan expuesta. He perdido la peluca y se me caen los pechos.

Le di un meneo a una de las tetas colganderas. Salió humo y ceniza. Cayó arena al suelo. Me tiré en la silla de ruedas.

—Cubierta por el seguro —suspiró la enfermera.

—Ah. —Mierda. No tenía seguro. Y el tema del seguro no era para tomárselo a la ligera, no era cosa de broma.

El paramédico volvió con un portapapeles con una autorización.

—¿Ha estado así todo el rato? —le preguntó la enfermera.

—Es algún tipo de *shock* —respondió él.

No estaba en shock. Empecé a decirlo, pero cuando abrí la boca lo que dije fue esto:

—Si os parece que ahora estoy en *shock*, ya veréis cuando me llegue la factura.

Tacháááán.

¡El chiste más viejo del mundo! Estaba experimentando un retroceso. ¿Por qué lo había dicho? Los nervios. Quizá *sí* que estaba en estado de *shock*, una especie de congelación cerebral. Me dejaron aparcada en la silla de ruedas con el placebo, con aquella cosa en la mano, el equivalente intravenoso del filtro de un cigarro de mentira, el chupete de un bebé.

Si Rex me soplara en las quemaduras, seguro que se convertirían en risas.

Me levanté de la silla de ruedas. Una enfermera que pasaba por allí me cogió del brazo.

—Solo quiero que me quiten esto. Estoy harta de estar aquí —le dije.

—Todo a su debido tiempo. —Sonrió y me llevó detrás de una cortina, a un habitáculo diminuto—. Vamos a hablar un momento. ¿Tomas algún medicamento? y, en caso afirmativo, ¿con qué frecuencia?

Una pregunta rutinaria.

Sin nada que ocultar, me metí la mano en el fondo del bolsillo. Salió por un agujero resultado de las llamas. Moví los dedos, como pequeñas marionetas, y lo intenté de nuevo. Tenía la piel llena de ampollas en carne viva y me escocía, y los pantalones ajustados me marcaban la megarretaguardia. Al volver a sacar la mano, tuve que sujetar el bolsillo con la otra para no darle la vuelta. Me costó sacarla porque el frasco ambarino me ocupaba toda la mano. Abrí los dedos, rígidos, y le di a la enfermera la tintura de valeriana. Le dije:

—Suelo tomar sorbitos de esto y…

Ella miró la etiqueta y luego dejó el bote a un lado.

Volví a meter la mano en el bolsillo y esta vez saqué el botecito de pastillas chinas. Le apreté el bote en la mano a la enfermera:

—Me he tomado unas diez o quince; quizá veinte.

No me acordaba.

La enfermera miró el bote y lo puso en el mostrador junto a la valeriana.

—Ahora me siento genial —le dije con lo que esperaba que fuera una sonrisa encantadora, aunque en realidad me encontraba débil, enferma y sola, pequeña e insignificante.

Vi mi reflejo en un dispensador cromado de toallitas de papel: mi cara era un antifaz de hollín y en la cabeza tenía una peluca con los pelos de punta. Pero en realidad no era una peluca. Era mi pelo. Nadie se había ofrecido a limpiarme el antifaz.

—Oye, solo necesito un cepillo, un paño húmedo, una paleta de pintura facial…

Me acerqué más al dispensador de toallitas y me pasé un dedo por la mezcla de hollín y pintura que tenía adherida a la piel.

La enfermera se inclinó para observar las quemaduras.

—Me bastaría con pasar por un salón de belleza. O por un camerino —continué—. Pelo revuelto, un montón de pequeñas líneas y arrugas… Creo que eso es lo que voy a hacer.

Hice amago de moverme.

La enfermera se interpuso entre la cortina y yo.

—¿Y cómo te has hecho esto?

Con el extremo de un bolígrafo, señaló las quemaduras que tenía a lo largo de las manos y la sucesión de ampollas que me habían salido en el interior de los brazos.

—Se podría decir que fue un accidente laboral. Herida en acto de servicio. Estaba trabajando en un espectáculo y prendí alguna antorcha de más. Se derramó un poco de trementina…

—¿Trementina y antorchas, a las cuatro de la mañana? —dijo mientras tomaba notas.

—¿Cuál es la hora de las antorchas? —respondí—. Además, se supone que se encienden con fuego —confiaba en que eso me ayudara.

Entró el médico y la enfermera le dio las pastillas.

—Se había tomado esto.

El médico se puso sus gafas de media montura y miró el bote, la imagen y el texto en chino. Tenía la cara roja como si llevara toda la vida bebiendo, o quizá fuera resultado de un mal viaje a Cancún. Tenía el cuello lleno de pliegues y arrugas, y sonaba como si acabara de correr una maratón. *¡Oiga, doctor, debería empezar por cuidarse usted!*

—¿Por qué las tomó? —preguntó—. Ni siquiera sabe lo que llevan.

Me encogí de hombros.

—Lo cierto es que tampoco sé lo que lleva una aspirina. Ni el jarabe para la tos, aparte de alcohol.

Me miró, se quitó un pelo solitario de la nariz y volvió a mirar el bote.

—¿Las tomó antes o después de quemarse las manos?

Encogí los hombros de nuevo.

—He estado toda la semana tomándolas. No estoy segura de si funcionan.

—De forma habitual —dijo y dio un golpecito en el portapapeles de la enfermera para que tomara nota. Luego dijo—: ¿Qué se supone que quiere curar con este pseudomedicamento?

—El pulso, los latidos del corazón. A veces lo tengo muy alto. El corazón y los riñones no se comunican —cité al acupunturista y su experiencia.

—Ah, ¿no se comunican? —preguntó el médico—. ¿Con *quién* no se comunican? ¿Con los extraterrestres, quizá? —sonrió con superioridad.

—Qué tontería. Entre ellos. No están equilibrados —respondí yo.

—Su corazón no se comunicaba con sus riñones, por lo que quería curar su pulso. ¿Lo he entendido bien?

—A veces no lo puedo soportar, doctor. Estoy en la cama acostada y siento los latidos del corazón. Los siento en las piernas, en los brazos, en la espalda. Se me encoge el pecho y me cuesta respirar.

La única razón por la que se lo conté al médico era por si podía ayudarme.

Él asintió.

—Curar los latidos del corazón… Muy Edgar Allan Poe. ¿Tiene otros, como llamarlos… síntomas?

—A veces tengo unos dolores de cabeza horribles, en la parte superior, sobre todo antes de la menstruación —le dije.

El médico asintió con la cabeza.

—Probablemente una neuralgia craneal leve.

—¿Neuralgia craneal? —pregunté—. ¿Qué es eso? Suena serio.

—Para nada —contestó—. Es una neuralgia, una especie de dolor de cabeza.

Fantástico.

—Así que el diagnóstico de mis dolores de cabeza es que me duele la cabeza. Un razonamiento muy científico.

El médico miró a la enfermera, luego al portapapeles.

—Neuralgia anal —dijo y volvió a dar un golpecito en el portapapeles.

—¿Neuralgia anal? —pregunté—. Eh, puedo sacar mis propias conclusiones. ¿Una especie de dolor en el culo?

El médico sonrió de nuevo, una risita coqueta.

—Es muy perspicaz. ¿Por qué no nos cuenta cómo empezó el fuego?

—El fuego… —dije—. Eso es un asunto totalmente distinto. Un accidente. Haciendo malabares.

El doctor tomó unos apuntes.

—Tiene quemaduras de primer grado —manifestó.

—¿De primer grado? ¿Esas son las peores o las mejores? Los homicidios de primer grado son los peores.

—Con las quemaduras es todo lo contrario. Si esto fuera un homicidio, sería de tercer grado.

Abrió un cajón y sacó un martillo plateado pequeñito.

Me dio unos golpecitos en la rodilla. Se me movió la pierna.

—¿Entonces me pasa al tercer grado?

—Son de primer grado. Definitivamente.

—Es curioso: cuando estaba con mi segundo grado, un máster para ser payasa, me expulsaron por beber helio.

—¿Tiene por costumbre tomar helio? —Le hizo un gesto a la enfermera para indicarle que tomara nota.

—Doctor, pensaba que subiría de grado…

Esa conversación era todo un error. Pero no podía pararla. Estaba asustada, nerviosa. Muy inquieta y con una infección de comentarios ingeniosos, atrapada en la logorrea de un cómico. Mis bromas eran el segundo error, después de entregar las pastillas. Y estas eran el tercero, si tengo en cuenta que le prendí fuego al jardín. Pero el mayor error fue lo que vino después: intentar ser sincera.

—A ver, soy payasa, es a lo que me dedico. Hago espectáculos y malabares, pero a veces me sale el tiro por la culata.

Eché a un lado una de las lolas del babero con tetas, busqué dentro del sujetador mi carné sindical, siempre ahí guardado, y saqué un pequeño aluvión de fotos de mi familia. Mis padres en su muelle, Rex en llamas… Se cayó una servilleta doblada al suelo. Volví a buscar y encontré el carné; estaba doblado, cerca del corazón.

La enfermera recogió la servilleta.

—¿Es suya? —La desdobló y la leyó en voz alta—: «ekg igual a nazis». —Le dio la vuelta y volvió a leer—: «Cristo era un payaso cristiano. Sigue trabajando en los globos con forma de Virgen María».

—«¿ekg igual a nazis?» —repitió el médico. Buscó a la enfermera con la mirada.

Ella giró la servilleta y leyó de nuevo:

—«Todos los payasos son Dios».

—Ah, el meollo de la cuestión —dijo el doctor; sus cejas se arquearon como dos orugas—. Complejo de Dios. Delirios de grandeza. Persecución.

Asintió lentamente. Guardó el martillo de reflejos en el cajón. La

enfermera metió la servilleta en una carpeta, se dio la vuelta y desapareció tras la cortina.

Ahora ya lo sé: no dejes nunca sin aclarar un malentendido en el hospital, ni en la universidad, el calabozo o el talego; no lleves nunca un diario encima, ni siquiera una agenda si escribes notas en ella; no digas que es tuyo un trozo de papel cualquiera, algo que podría haber sido interesante en un mundo libre.

El hospital es un portal. El camino hacia la encarcelación.

Lo mejor es no escribir nada. Nunca. Sobre todo, no te acerques a un hospital a no ser que tu problema sea obvio, como un disparo o una pierna rota, y no vayas más de una vez. De lo contrario, sabrás lo que es estar retenido por dos médicos, conocer al Doctor Sabelotodo y estar recluido durante setenta y dos horas, que pueden ser muchas más si llegas muy entrada la noche o en fin de semana.

Dos enfermeras me escoltaron por el pasillo, una a cada lado. El megaculo me colgaba de la cintura como un plomo de pesca. Las tetas eran un yugo alrededor del cuello. Llegamos a una serie de puertas dobles; arriba había un letrero que decía ala l con letras grandes moradas. Una de las enfermeras pulsó un botón. Las puertas se abrieron con un clic. Accedimos a través de ellas. Cuando las puertas se cerraron volví a escuchar un pequeño clic.

—Estás en un lugar seguro —dijo una enfermera.

—Tienes que rellenar algunos papeles —dijo otra que estaba detrás de un mostrador—. Es un proceso de admisión rutinario.

Me llevaron a una pequeña habitación con ventanas en tres lados. Estaban cubiertas por unas persianas venecianas de color crema. Me dijeron que me sentara.

Lo único que había en la habitación era una silla. El megaculo casi no encajaba en la curvatura de fibra de vidrio naranja. La enfermera de triaje me entregó un portapapeles con formularios y una cera para colorear morada.

—¿Una cera?

—Es por tu propio bien —sonrió—. Nada de bordes afilados.

Cuadré los papeles con la rodilla, me puse una de las tetas colganderas debajo del brazo para que no me estorbara, y completé la fecha, el nombre y el número de la seguridad social con la cera.

—Ya veo que primero van las preguntas fáciles.

La enfermera sonrió de nuevo.

—Si me necesitas, presiona este botón. —Se refería a un interruptor plateado que había en la pared. Salió de aquella habitación diminuta y cerró la puerta.

La pintura se me pegaba a las ampollas de las palmas, y aquel kit de escritura dio como resultado unas letras grandes y descuidadas.

Después llegaron las preguntas de verdad: verdadero o falso. *Creo que la violencia a veces está justificada, cuando una persona se lo ha buscado.*

Escribí con la cera: *Define «buscárselo».*

Verdadero o falso: *El mundo está en mi contra.*

¿A veces?

Vi una forma oscura moverse al otro lado de las ventanas, fuera de la habitación. Me acerqué para mirar a través de la persiana. Antes de tocarla di con los dedos en un cristal, como si de un número de mímica se tratara. Una caja invisible. Los extendí sobre la fría ventana. ¿Estaban las persianas en el exterior? Me agaché e intenté echar un vistazo a través de las láminas. Las tetas colganderas se fueron hacia delante cuando me incliné. No veía bien. Un uniforme de seguridad. Volví a las preguntas:

Creo que soy un peligro para mí mismo y/o para los demás.

La gente puede oír lo que pienso.

Nadie me entiende.

Me preocupo por mi salud: a veces, siempre, nunca.

En la parte inferior de la página había un apunte manuscrito: *¿Qué significa para usted lo siguiente: ekg = nazis? Por favor, aclarar*. También esto: *¿Dios es un payaso? Aclarar.*

—Eh —dije, en voz alta—, ¿qué es esto? ¿Quién más ha leído la servilleta?

Intenté abrir la puerta. Estaba cerrada. Yo estaba encerrada. Toqué la ventana. Toc, toc, toc. Y una vez más era como una langosta en un acuario, una prisionera en el lado civilizado del infierno. Pulsé el interruptor cromado para llamar a una enfermera.

Se abrió la puerta, dándome un golpe y echándome para atrás, y el médico sudoroso entró rápidamente en la habitación, seguido de una enfermera.

—Tiene derecho a pedir un abogado. ¿Quiere un abogado en este momento? —dijo el médico.

—¿Un abogado? ¿Qué pasa, me van a demandar?

—Creemos que debería quedarse aquí durante un tiempo. Nos gustaría hacerle un seguimiento. Hemos decidido que ingrese.

—¿Que ingrese? —Como si el hospital fuera un club del que anhelara formar parte.

Ingresada, retenida, recluida. Murmullos, palpitaciones, aleteos. El lenguaje era una delgada línea en proceso de ser dibujada, el factor decisivo, nada más que un nombre.

—Vamos a tratar las quemaduras, a ver cómo avanza —añadió—. Necesita unos días de reposo.

—¿*Unos* días?

No les importaban las quemaduras. Dijeron que eran superficiales.

Leves. Ampollas de primer grado. Pero con este nuevo lenguaje, el ala en la que estaba había cambiado. La sala de urgencias no era ahora la unidad de cuidados intensivos, sino *psiquiatría. Psiquiatría* en mi carpeta. *Psiquiatría* en mi historial. La unidad de psiquiatría sería el lugar que me impediría volver a Declivetown, a una casa en la que en realidad preferiría no estar viviendo.

Ahora lo veía claro: ala l. Las letras grandes moradas que había encima de las puertas. La «ele» era de loquero. El manicomio. La «ele» representaba ese clic casi imperceptible que indicaba que era otra persona quien tenía el control cuando se abrían las puertas.

En la versión televisiva de mi vida, este era el momento en el que empezaría a agitarme. Llevaría el brazo hacia atrás para quitarme la mano del guardia del hombro; le daría en la entrepierna con la rodilla mientras se abalanza contra mí para bloquearme el paso, y correría por el pasillo, con la bata aleteando y deslizándome en pantuflas por el linóleo brillante y resbaladizo. Patalearía y gritaría hasta que el Prozac o sus familiares cercanos me demostraran lo mucho que necesito asistencia sanitaria.

En su lugar, me sentí diminuta. Tenía los hombros encogidos. Los brazos malheridos por las quemaduras. En la mano tenía un simple tubo de plástico y esparadrapo, pero lo sentía como si tuviera una aguja debajo de la piel, y ese tubito de plástico le daba el control al hospital.

—No, no, no. No, gracias.

Aunque quisiera, no podía salir corriendo, tenía el babero con tetas alrededor del cuello y pesaba mucho. Lo único que podía hacer era andar como un pato; a cada paso, el megaculo me abofeteaba las nalgas.

—Es por su interés.

—¿Interés? ¿En que me encierren? Tengo cero interés en ser encerrada —respondí—. Los hospitales son instituciones maravillosas…

—Lo sé, lo sé… —dijo una enfermera—, y aún no estás preparada para formar parte de una institución. Eso es lo que dicen todos.

Mierda. Necesitaba material nuevo. Era una adaptación de una frase de Mae West.

—Me has noqueado.

—¿Noquear? —tomó nota rápidamente.

—Sí, derribada —le dije.

Retrocedió un poco.

—¿Derribada? —tomó nota de nuevo.

—Usa un lenguaje bastante agresivo —apostilló el médico.

—Me refería a que me ha robado mis frases.

Me quité los pechos colgaderos del cuello y los solté en la mano. Se cayeron al suelo; doblé un codo y levanté las tetas lo suficiente como para que colgaran.

El médico y la enfermera retrocedieron.

—¡Va armada! —gritó el médico—. ¡Va armada! ¡Seguridad! Que alguien llame a seguridad.

La enfermera salió agachada por la puerta. El médico se quedó entre la salida y yo.

—¿Armada? —pregunté—. ¿Pero qué dice? Está loco.

—Simplemente mantenga la calma. Mantenga… la calma.

Sacó un bote de color ámbar de un gran bolsillo de la camisa y se echó unas pastillas en la palma de la mano. ¿Mis pastillas chinas? Se las tragó sin agua, como un pájaro que se traga un pececillo renuente. El de seguridad apareció a su espalda. La enfermera se escondió detrás de él.

—¿Cuál es el problema? —preguntó el vigilante.

El doctor, de repente muy valiente porque tenía refuerzos, se aclaró la garganta, puso voz grave y, como si de una frase de su película antigua favorita se tratara, gruñó:

—Suelte el arma.

—¿El arma? —Solo tenía una cosa—. ¿Esto?

Moví los pechos. Todos retrocedieron. Las tetas chocaron como si fueran *nunchacos* enormes, como esos juguetes que tienen los psiquiatras en su escritorio, sobre todo los freudianos. Mientras chocaban y se balanceaban se salían granos de arena junto con una nube de poliéster chamuscado.

—No hace falta usar la fuerza —dijo el médico.

—¿Qué quiere decir con que voy armada? Son solo unos pechos. No voy armada, voy apechugada. —Otro comentario ocurrente, es un tic nervioso.

—Lo que quiera que sea —dijo el doctor—. No discutamos. Solo suelte las, eh…, eso que podríamos llamar pechos.

Las solté. Las tetas colganderas cayeron en el suelo.

El médico se relajó. Sus hombros se relajaron.

—Eso es. Ahora vamos despacito, ¿vale? Nosotros nos encargaremos de sus quemaduras y atenderemos sus necesidades. Y los bomberos quieren hacerle algunas preguntas. Una vez que hayamos hecho el ingreso necesitarán que les dedique un momento. Están esperándola fuera. —Se acercó hacia mí deslizándose por la pared.

Los vi al otro lado de la puerta: una fila de hombres con uniforme azul. El cuerpo de bomberos. Sentí un sudor frío en la espalda; me sudaban las palmas.

—Después de hablar con el cuerpo de bomberos le daremos algo que la ayude a dormir. El espectáculo ha terminado. Se cierra el telón. Todo habrá pasado cuando se despierte —sentenció el médico.

Entró la enfermera y me pasó un paño empapado en alcohol por la sangradura.

¿Una inyección?

—Limpia las quemaduras y después prepara los medicamentos —ordenó el doctor. Llevaba una carpeta pegada al pecho. En la portada ponía con letras grandes rojas: *Paciente peligrosa para ella misma y para el resto.*

Los bomberos iban de un lado para otro, impacientes.

La enfermera se inclinó sobre los tubos y las vendas.

—Doctor, hay una mosca en la pomada.

Se acercó un bombero, el más bajo del grupo. Se movió con rapidez, con su uniforme azul. Pero entonces vi que no era un bombero… Era Jerrod. Las mechas de su pelo parecían apagadas bajo las luces del hospital, pero allí estaban, doradas y brillantes. Las líneas que le rodeaban los ojos estaban más marcadas que nunca. Necesitaba dormir y parecía serio, quizá triste. El olor a canela y especias y la nube dulce de pastel de manzana se imponían sobre el aire aséptico.

Mi única esperanza.

Me agarró.

—Tengo que llevármela a comisaría. Inmediatamente. Es peligrosa —dijo.

¿Peligrosa? Me cogió del brazo. No lo hizo con delicadeza. Mierda. Me empujó hacia delante. Noté algo en el cuello con el latigazo del tirón.

—Podréis hacerle preguntas más tarde —dijo saludando a los bomberos—. Todos tendréis vuestro turno. No va a ir a ninguna parte. Estamos trabajando en los problemas de esta ciudad con los payasos. Las palizas, la improvisación… Estamos en ello.

—No he hecho nada —dije—. Fue sin querer.

—Ya tendrás tiempo de contar tu versión de la historia —respondió él.

—¡Las tetas! Por favor.

No podía soportar la idea de perder otra cosa. Primero, la gallina; después, el perro. Primero, Rex; después, el bebé. Primero, mis padres; después, todo lo demás.

—Solo te pido que las cojas —repetí.

Jerrod se detuvo en seco, se acercó a mí y me susurró:

—¿Que le coja las tetas a quién?

—A mí. —Y, mientras estiraba las manos hacia mí, listas para cumplir la orden, le señalé los dos saquitos de arena chamuscados que

había en el suelo—. No las mías… esas. Esas son mis tetas. —Las tetas estaban chamuscadas y arrugadas como una bolsa de papel para comida usada.

—Ah, pruebas del incendio —dijo Jerrod, lo bastante alto para que todos lo oyeran.

Fue enseguida a por ellas y las cogió con una mano mientras me sujetaba por el codo con la otra. Siguió cogiéndome del brazo mientras íbamos por el pasillo. Los bomberos nos abrieron paso, aunque ni lo hicieron lo suficientemente rápido ni se alejaron lo suficiente como para escapar de la sacudida del culo, que iba dando empujones a ambos lados. Daba golpes a los bomberos mientras Jerrod me dirigía. El meneo del culo era como el peso de dos enormes manos, una pistola a mi espalda.

17.

TODAS Y CADA UNA DE LAS PRUEBAS; O, EL PÍCNIC SANGRIENTO DE LA VIDA

En cuanto el coche se puso en marcha me saqué los zapatones con los pies. Las quemaduras de los brazos me palpitaban al ritmo de los latidos del corazón. Los comentarios ingeniosos se desvanecieron como un abrigo de invierno innecesario cuando empieza la primavera, liberando las flores como yo acababa de ser liberada. Ir en la parte de atrás de un coche de policía va en contra del Código del Payaso, o al menos en contra de mi propio código; no hay que subirse a un coche si no se puede abrir desde dentro o si no se pueden bajar las ventanillas. Pero en esta ocasión se trataba de un número: *La gran huida*.

Esperaba que fuera un número. Me había librado por poco.

—¿Jerrod?

—Relájate.

Vale. Era una prisionera en custodia que iba en la parte de atrás del coche. Lo pillaba, ese era mi papel en aquel número. Me recosté y apoyé la cabeza en las tetas chamuscadas, dos almohadas enormes con fugas. El asiento olía a perro policía, a animal mojado.

—Tengo fiebre —dije.

Jerrod iba conduciendo por la extensa finca que era el aparcamiento del hospital, una pradera interminable.

—No te va a pasar nada. Te estoy llevando al depósito de pruebas.

¿Cómo? Me incorporé enseguida. Debido a las nalgas apretadas del culo estaba ladeada.

—¿Ahora resulta que soy una prueba? —Empujé la reja de metal que separaba la parte de atrás de la de delante e intenté ponerme recta—. Pensaba que me estabas llevando a casa.

—Eso también. Quizá. Pero primero vamos a ver unas pruebas que creo que te interesan.

—¿Pruebas de qué?

A través de la reja metálica vi en el espejo retrovisor que sus labios

se abrían.

—Es una sorpresa.

¿Así que tenía pruebas de mi incendio premeditado, el disfraz de mujerona, la marihuana de Herman que estaba en la caseta? Quizá tenía las antorchas, la lata de trementina, la peluca derretida, hierba carbonizada… Era un perro de camino a la perrera, la delincuente del disolvente.

—No tengo claro que un policía revelando muestras sobre mí sea el tipo de sorpresa que necesito.

Los broches a presión de la entrepierna del megaculo me estaban irritando los muslos sudorosos. Los restos de ceniza eran como trocitos diminutos de cristal atrapados en el elástico de los codos y la cintura.

Jerrod bajó la ventanilla.

Lo que yo quería era probar mi cama, y darme una ducha fría. Llevaba sin dormir un día y medio, entrando y saliendo del fuego…, renacida de las cenizas, como diría un payaso amarillo de una tribu hopi. Me metí ambas manos por dentro del pantalón.

—¿Qué estás haciendo?

Me enganché los pantalones con la parafernalia del gotero que tenía en el dorso de la mano. Me palpitaban los brazos y estaban pegajosos por la pomada. Jerrod me miró por el espejo retrovisor, y luego a la calle, muy seguido, y luego a mí, y luego a la calle de nuevo.

—Vista al frente —tiré de los corchetes de la entrepierna del megaculo. Jerrod volvió a mirarme por el espejo—. Vale, si es lo que quieres, mira cómo saco el conejo de la chistera, un sujetador por la manga, un sándwich de la máquina expendedora. —Tiré, se abrieron los broches y me chocaron las manos contra el pantalón. Con un movimiento y un empellón me saqué el megaculo por la cintura—. ¡Tachán!

Lo tiré al suelo, ahuequé la almohada quemada que había improvisado con las tetas colganderas, me tumbé a lo largo del asiento y cerré los ojos.

El depósito de pruebas era un almacén todo de bloques de hormigón que estaba detrás de un supermercado abandonado. Entramos por un callejón y aparcamos delante de una puerta sin número.

—A esto lo llaman «el Anexo». Es donde se guardan los vehículos incautados. —Jerrod señaló un aparcamiento estrecho y cerrado que había entre unos edificios.

Había un coche blanco alargado enfrente que tenía el parabrisas estallado y las puertas llenas de marcas de bala. Después de llevar el culo de arena durante horas me sentía tan ligera como un astronauta.

Entré en el depósito de coches descalza, caminando sobre el macadán rocoso, liberada de los zapatones.

—Te advierto que algunos coches son espeluznantes. Sillitas para bebé, techos aplastados…, cosas que no querrías tener en la cabeza. —Se inclinó para meter la llave en la cerradura a la sombra de la puerta —. Ese sedán blanco es de una persecución a toda velocidad. Puede que lo vieras en las noticias.

—No veo las noticias.

En el espejo retrovisor había una cruz de plata brillante colgada de un hilo de lana; el coche entero era un fantasma blanco.

El depósito de pruebas era enorme y estaba oscuro, hasta que Jerrod encendió un interruptor y se hizo la luz. Todo estaba tapado con plásticos y cinta amarilla, y había etiquetas naranjas.

—Mira esto —dijo mientras señalaba una puerta sin bisagras envuelta en plástico—. Hay balazos en ambos lados —cogió la puerta, que estaba apoyada en una pared—. Una importante redada antidrogas a unas seis manzanas de aquí. El tiroteo ni siquiera llegó a salir en las noticias. —Sujetaba la puerta hecha pedazos con las manos y la balanceaba hacia delante y hacia atrás para mirar a un lado y al otro—. Y mira estos cerrojos —pasó la mano por el plástico, por una hilera de pestillos y pasadores—. Sabían que iba a ir alguien.

Sentí el frío y la suavidad del suelo de cemento bajo mis pies descalzos. Pasé un dedo por el borde metálico de la puerta, por donde había entrado una bala. Quizá Jerrod fuera el autor de alguna de esas marcas.

—¿Tú estabas allí?

Él asintió y encogió los hombros; luego apoyó la puerta en las estanterías.

—Estaba trabajando.

Lo seguí por un pasillo.

—¿Podrían haberte disparado?

—Tenía el chaleco puesto. Pero eso no protege la cabeza, me parece a mí. ¿Una desbrozadora?

Cogió un bulto que estaba envuelto en plástico.

—Uh, eso sí que es un arma avanzada —dije—. Las grandes matanzas de la desbrozadora.

—Te sorprenderías. Pero, si te paras a pensarlo, esto es real. La vida, la muerte… Arreglar el jardín. Se podría escribir un libro sobre las pruebas y las historias que hay detrás. —Cogió un palo de golf envuelto en plástico y lo balanceó, hasta arriba, y luego miró hacia los fluorescentes como si estuviera viendo una bola volar—. Hay de todo aquí. —Algo cromado brillaba debajo de un plástico opaco. Tiró de él hacia atrás y aparecieron unos tapacubos con forma de estrella

relucientes como el mercurio líquido—. Al vándalo de tu vecino Willie le encantaría este juego de llantas.

Los fluorescentes hacían que me zumbaran las quemaduras de los brazos. Estaba cansada, adormilada y febril.

—¿No tienes nada que hacer?

—No hasta dentro de unas horas.

Pasamos por estanterías llenas de equipos estéreo, y otra de televisores, contestadores y recambios de automóviles.

—Un colchón tamaño *California King*. —Apoyó una mano en un colchón que descansaba contra la pared—. Pruébalo. —Lo llevó a un espacio abierto. El colchón cayó sobre el linóleo con un golpe que retumbó en todo el almacén—. Adelante. Pareces cansada.

—Exhausta, incluso. —Me agaché, pasé una mano por el plástico y lo aplané para ver las pruebas del delito que habían hecho que acabara en aquel almacén: agujeros de bala, sangre… Lo único que encontré fueron unas florecitas azules bordadas en una tela y la conocida etiqueta blanca de los colchones: *No retirar so pena de multa* —. ¿Por qué está aquí?

—Podría ser por cualquier cosa —contestó Jerrod—. Es un colchoncillo —me dijo, como si eso fuera una explicación.

El colchón era tan tentador como una hamaca. Llevaba despierta toda la noche. La llamada de la gravedad y su propia ley inquebrantable. Me estiré. El colchón era firme y mullido, mejor que un colchón de hospital, mejor que mi futón. Aun así, era raro estar acostada en un almacén sin sábanas o una manta, sin un buen sitio donde poner las manos. Era como estar en acupuntura justo antes de comenzar con las agujas. Tenía una mano rígida, llena de ampollas y con la parafernalia del gotero aún pegada a la piel.

Era raro estar tumbada en una habitación, una muy grande, con un hombre que no era Rex.

Jerrod se sentó en el colchón y botó arriba y abajo.

—Mira. Casi no te mueves —dijo.

—Sigue haciéndolo hasta que me quede dormida. —Cerré los ojos.

No me di cuenta de que se había levantado hasta que oí su voz en la lejanía.

—¿Quieres un osito de peluche?

Noté que algo me daba un golpecito en el hombro. Abrí los ojos y vi un destello amarillo. ¡Plucky, la gallina de goma! Allí estaba ella, en todo su esplendor, con su cresta hecha jirones y el corazón negro indeleble en su torso amarillo con bultos; era ella, inconfundible, mía. Nuestra. Me incorporé y cogí a Plucky con las dos manos.

—¿Dónde la has encontrado?

Se encogió de hombros, miró hacia otro lado y luego de nuevo

hacia mí.

—Cuando te conocí. En la calle. Se le cayó a un crío y lo recogí cuando te fuiste. Intenté decírtelo, pero te fuiste corriendo.

—Pensaba que no iba a volver a verla. —La cogí por su cuello delgado. Le colgaban las patas, y juro que por el pico de goma asomaba una gran sonrisa, como la de un cuervo en un día caluroso—. Te has ganado la recompensa.

—Bah, no es nada —hizo un gesto con la mano y se rio—. Y, espera…

Se fue por otro pasillo.

Me hundí en el colchón, acurrucada con Plucky, y le canté una cancioncita de gallina, toda cloqueos y trinos.

Plucky, un recuerdo, de Rex y mío, de nuestra primera cita de verdad. Nuestro trozo de goma inútil, nuestra coña. Entre los payasos, tener una broma privada es como tener una oración privada. Jerrod me había devuelto un trocito de Rex.

—Detrás de la puerta número dos…

Los útiles que llevaba en el cinturón se iban chocando. Corría por el pasillo empujando una cortacésped. Me incorporé. Paró delante de nosotras, de nuestro colchón-balsa.

—Puedes llevártela a casa —dijo.

—¿Mi cortacésped? —Me costaba reconocerla—. ¿No la necesitan como prueba?

—En teoría, sí, pero no hay nadie trabajando en el caso. Es un callejón sin salida.

El jardín de Herman era un trozo de tierra carbonizada.

—Jerrod, no quiero que te metas en problemas por mi culpa.

—Nari, confía en mí. Llévatela ahora o la próxima vez que la veas será en las manos de un policía novato cortando su propio césped. Las cosas se acumulan muy rápido y no podemos hacer inventario de todo. —Señaló las estanterías sin fin. Luego se apoyó en la cortacésped como un hombre que acaba de terminar un trabajo del que se siente orgulloso. La cortacésped se fue hacia atrás, como un poni haciendo cabriolas.

¿Para qué confesar?

—He sido yo quien ha incendiado el jardín de Herman. Todo el césped. No queda nada.

Encogió los hombros y dio un golpecito con el pie en el protector de la hoja.

—Algo he oído… y… —me señaló: mi ropa y mi pelo estaban chamuscados—, no soy agricultor, pero ¿no se queman a veces los campos para que el cultivo sea mejor en la siguiente temporada? —Ladeó la cabeza a ambos lados, medio preguntando medio

respondiendo, con los ojos entornados y apoyado en la cortacésped con los codos.

—No voy a estar para la cosecha de la próxima temporada. —Recorrí la cresta de Plucky con la mano llena de ampollas—. Puede que me echen.

Dejó de dar con el pie en la parte trasera del cortacésped.

—¿Echarte? Qué mal, Nari. ¿Tienes dónde quedarte?

Dije que no con la cabeza.

Puso la cortacésped a un lado y dijo:

—Bueno, llévala igualmente de vuelta al Porral de Decliveville. Quizá sea tu billete de vuelta. Si no, tengo una habitación libre…

De nuevo, dije que no con la cabeza antes de que acabara la frase. De ninguna manera. No podía vivir con un policía. Rex no volvería nunca si compartía casa con un agente. No se acercaría en kilómetros a la redonda.

—Vale, bien. Oye, aún no hemos terminado. Es como si fuera Navidad, ¿verdad? —Soltó la cortacésped y se dirigió de nuevo hacia el pasillo.

—Hasta ahora, Papá Noel —dije. —Hice rebotar a Plu-cky contra los dedos de los pies. Sus patas amarillas colgaban como flores marchitas. El plástico del colchón se había manchado de hollín, y lo apreté con los dedos llenos de ampollas. Después, desde los montones de bienes confiscados escuché el bailoteo de uñas de unas patas deslizándose por el linóleo. Chance vino patinando hacia mí. Iba corriendo por el pasillo, parecía un sueño. ¡Mi perra, totalmente sana, con su pelaje lustroso y sus ojos brillantes! ¡Pumba! Se me echó en el regazo. Mi pelotita casi me tiró. Pasó por encima de la gallina de goma y me dio en la mano del gotero. Le acaricié el pelaje con la cara.

Lo había recuperado todo: la gallina primogénita, la perra y la cortacésped. Jerrod venía por el pasillo con la cuña para orinar en una mano, como si fuera una herradura de la suerte. Se la puso en la cabeza y se agachó haciendo el paso del pato. En la otra mano traía una caja de pesca de metal gris, que sostenía hacia el lado para mantener el equilibrio. Cuando se le cayó la cuña, la cogió y la tiró como si fuera un *frisbee*. Se deslizó por el colchón y chocó contra una estantería que se tambaleó y reverberó como un gong. Me reí en voz alta por primera vez en… ¿cuánto? ¿Décadas, años, eones? La primera vez desde que se fue Rex. Era un lujo haberlo recuperado todo a la vez.

—¿Qué más podría querer? Gracias. Esto es increíble, mejor que si fuera Navidad. —Acaricié el pelaje de Chance, mi adorable perra—. La has cebado.

Jerrod se sentó en el colchón, detrás de mí. Éramos como una

familia en la cama un domingo por la mañana: Chance, Jerrod y yo. El colchón se desplazó. Me apartó el pelo del cuello. Yo no me di la vuelta, pero quería; quería rodearlo con los brazos, quedarme así y darle las gracias. ¡Qué bonito era todo! Me quedé helada. Prudencia.

Pasó los dedos por el algodón finito y rasgado de los pantalones de rayas.

—Dame la mano —dijo.

—¿Me vas a pedir que me case contigo? —Me volví hacia él, a salvo, al amparo de la broma.

—Bueno, casarnos es más de lo que yo tenía en mente. —Abrió la caja de pesca gris. Unas tiritas se precipitaron—. Entonces, dame el brazo. ¿Te parece?

Le tendí el brazo y no pude evitar sonreír.

—El otro, el del gotero.

Me envolvió la mano con la suya y la sostuvo igual que cuando lo hizo en la calle el día que me desmayé. Sujetó el catéter que tenía pegado a la piel con tres dedos y con la otra mano cogió una esquina del esparadrapo. Dijo:

—Confía en mí.

—¿Has hecho esto alguna vez? —pregunté.

Arrancó el esparadrapo de un tirón, dejándome una sensación de quemazón, un impacto de rayo, el dolor de un hematoma profundo, caliente y repentino.

—Joder —me quejé.

—Ahora ya sí —respondió.

—Es igual que hacerse la cera en las ingles —sonreí.

—¿En serio?

—¿Cómo voy a saberlo? —Me reí de nuevo—. Nunca me he hecho la cera en las ingles. Soy payasa, no reina de belleza.

Jerrod me frotó la piel hasta que se calmó el dolor, y después sacó el catéter. Salía sangre, roja y oscura. Hizo presión, pero la sangre se filtró a través de los dedos.

—No tengo ninguna enfermedad.

—Te creo —seguía presionándome el dorso de la mano.

—¿Y por qué? Prácticamente no me conoces…

Lo ayudé a abrir una tirita con la mano libre. La sangre caía entre nosotros, goteando sobre el plástico que cubría el colchón y mezclándose con el hollín. Pruebas. Jerrod me puso un algodón cuadrado en el dorso de la mano y lo tapó con la tirita. Luego abrió un paquete de aluminio y sacó una toallita húmeda desechable con la que me limpió el hollín de los brazos. Estaba fresquita y olía a aceite para bebé.

—Estás hecho todo un enfermero —dije. —La tirita se tensó cuando cerré el puño y al abrir la mano se relajó.

—Hice un curso de formación para el desarrollo profesional. —Pasó la toallita por el brazo, hacia abajo, y me provocó escalofríos en la espalda—. Tengo la gallina y la herradura esa de plástico blanco desde principios de la semana. A Chance la encontré ayer. Pero estaba deseando que llegara este momento, para dártelo todo —dijo—. Lo mejor de mi trabajo es cuando puedo hacer feliz a la gente y sale bien.

Era verdad, lo había recuperado todo. Todo excepto Rex Galore. Y el bebé que había perdido, el niño que habría tenido con Rex. O mis padres. Nadie podía hacer que mi familia futura o pasada volviera, porque yo era el único tallo de un árbol genealógico endeble. La fragancia a limpio de la toallita que Jerrod había usado para limpiarme la piel me hizo oler el futuro que debería haber tenido el bebé.

—La idea que subyace en el hecho de ser policía es hacer del mundo un lugar mejor, pero, por lo que sea, nueve de cada diez veces la cosa no funciona así.

—Este es un buen comienzo —respondí, y se me quebró la voz, atrapada en la tristeza que me invadía.

—Tienes suerte de que las quemaduras no hayan sido peores.

Me puso pomada en las ampollas. Me tocaba con suavidad.

Desenrolló una gasa; empezó por la muñeca y luego siguió dándole vueltas. Chance seguía sus manos con la nariz. Con cada vuelta me sentía más cerca de Jerrod; sus manos fueron subiendo por mi brazo, mientras yo contenía la respiración. Estaba tapándome las heridas, pero era como si me estuviera destapando a mí; estaba lo suficientemente cerca como para desabotonar una camisa, desabrochar un sujetador o recolocar el cuello de la blusa. Quería tocarle la rodilla, la mandíbula, sus orejas de Steve McQueen.

Quería que Jerrod fuera mi remedio contra la tristeza.

Me envolvió el brazo; era como si tuviera puesto un guante largo de color blanco. Su aliento en mi piel era como una palmadita en el hombro, un saludo secreto. Me eché para atrás para mirarlo a los ojos. Él se aferraba a la gasa, y, mientras yo tiraba, esta se tensaba sobre mi piel como una trampa china para dedos.

Cortó la gasa con unas tijeras. Mi muñeca se liberó de tensión, pero esta permaneció en mi pecho, en mi corazón; estaba esperando a que pasara algo, pero no sabía el qué. Metió el extremo sobrante de gasa debajo de uno de los bucles y me rozó con los dedos.

—Estás caliente —dijo.

¿Excitada? Más bien febril.

—Jerrod, tenemos que hablar.

Él alzó la vista para mirarme, todo ojos azules, muy claros, con esas arrugas en los rabillos, era como si se estuviera riendo. Me sostenía el brazo, y también la gasa, y, con la misma firmeza, me sostenía la mirada. Con la crema para primeros auxilios y las tiritas desperdigadas era como si estuviéramos a la deriva en un pícnic clínico; el colchón era una manta extendida en aquel bosque de bienes confiscados. Ver mi sangre en él, entre ambos, era como verme la piel por dentro, mis entrañas, un secreto… Jerrod me había visto por dentro y por fuera, con quemaduras y en la unidad de psiquiatría. Y seguía allí, a mi lado. Pero la sangre y las quemaduras eran todo algo circunstancial, una racha de mala suerte, una anomalía. No quería pensar que yo era eso… un desastre, un caos, un mortal.

—Sabes que esto no es una cita. Aún no nos conocemos bien, ¿no? —proseguí.

Me puso un enganche metálico para sujetar el vendaje y luego me soltó. Retiré el brazo.

—Algo sé sobre ti.

—Sabes dónde vivo, que tengo una perra y que soy payasa. Y ya.

—Y —continuó— sé que te desmayas con el calor. Que haces malabares. Que se te da muy bien hacer globoflexia, animales y una especie de escultura con nudos.

—La figura de Cristo —dije.

Devolvió el rollo de gasa a la caja metálica y apiló las tiritas.

—¿Cuál es esa?

—¿La que parece un moño? Se supone que es Cristo después del descenso —asentí—, desplomado en el suelo. Lo inventé yo.

Flexioné el brazo y sentí que los músculos se movían bajo el vendaje.

—¿La que parece un moño que tiene dos globos unidos? —dijo él.

—Ah, el moño con dos globos es la ascensión. Se parece un poco a un pulpo. ¿Todo blanco?

—Lo que yo vi era azul y blanco. —La tapa de la caja no se cerraba. Reorganizó las pomadas, las tijeras y los paquetitos.

—Esa es María; María a los pies de su hijo. —Me recosté en el colchón.

—¿Con la cosita esa en la parte de arriba? —simuló estar usando un sacacorchos en el aire.

—¿El ángel, en el hombro? Esa es la anunciación. Es totalmente diferente.

—Vale, bien. La anunciación. Eso es otra cosa que sé de ti: haces la anunciación con globos azules y blancos. —Usó la fuerza para cerrar la caja e intentó echar el cierre.

—Cualquiera que haya visto mi espectáculo sabe eso, ¿no? Si lo

pillan —añadí.

—Cosa que dudo —dijo—. Y también sé que adoras a tu perra. —Alargó el brazo para acariciar a Chance; su olor a manzana y canela me llegó a través del aroma a ceniza de mi propia piel—. Eso denota compasión… Y sé que estás genial cuando te pones el maillot, preparada para lo que sea, e igual de imponente con un disfraz de mujerona. No todas las mujeres son buenas en eso.

Pues así me veía: una chica en maillot a la que pagan por no hacer nada. Lo que dijo Crack. Me senté de nuevo. Él sonrió, con una sonrisa leve y juvenil, y me pasó la mano por el brazo bueno.

—Estás equivocado si crees que soy una prostituta, una *stripper* o una chica supermaquillada vestida de licra a la que le pagan por no hacer nada. Tengo límites; no estoy en el mundo de los payasos por las drogas gratis o por los grupis.

—Eh, eh, eh —dijo—. Para. ¿Crees que yo soy un *grupi*?

—No sé… Te agradezco que hayas recuperado mis cosas. Es muy bonito, de hecho, pero tengo que adelantarte que no quiero salir con nadie, ni pagando ni de cualquier otra forma.

—¿Pagando? —Se levantó del colchón—. ¿Acaso me has visto sacar la cartera?

Algo le sobresalía. *¿Es la pistola o es que te alegras de verme?* Reprimí el comentario ingenioso.

—Quizá estés intentando comprarme con favores. Lo único que quiero es aclarar las cosas, poner mis cartas sobre la mesa, ¿vale?

—Quizá no estés acostumbrada a que la gente sea agradable contigo.

—¿Agradable? —pregunté—. Estoy acostumbrada a lo agradable. No soy una payasa sadomasoquista a la que le guste la humillación, si es adonde quieres ir a parar.

—¡Ni siquiera se me había pasado por la cabeza! Narizotas, me estás prejuzgando muy rápido…

—Bueno, así es el mundo en el que vivimos. Sé lo que piensa la gente cuando ve a una chica disfrazada de payasa. Ese no es mi caso; soy una artista de verdad, y estoy en ello por el espectáculo.

—Caray, jamás pensaría que fueras prostituta cuando te dedicas a hacer Vírgenes María y Niños Jesús.

¿Qué podía decir a eso?

—Es decir —prosiguió—, si hicieras a María Magdalena, o a un tropel de pecadores, puede… —Se sentó en el colchón—. Narizotas, te veo como una persona que intenta hacer algo significativo. Al menos para ti. Me gusta tu ética profesional. Hay que tener valor para decirle a la gente que eres payasa de profesión, igual que si eres policía.

Lo miré para ver si hablaba en serio. No vi ni rastro de mofa.

—La forma en que haces frente al mundo —continuó—, a pesar de las palizas a los payasos, de los pervertidos…

—¿Los pervertidos?

—Los exhibicionistas, los acosadores… —dijo.

—¿Acosadores?

—Y el robo de identidad de los payasos, los fetichistas de los zapatones… Hay gente que piensa que es una locura ir disfrazado de payaso en Declivetown, pero esa misma gente probablemente crea que soy un pelele por llevar uniforme, por ser la única persona comprometida con la unidad de este barrio. Tú eres como esta habitación: todo lo que haces es una prueba de quién eres. Eres alguien que se arriesga, que exhibe su arte igual que yo exhibo la placa.

—¿Lo dices en serio?

—Claro que lo digo en serio. Después de todas las veces que nos hemos visto y que hemos hablado… Pero, tienes razón, realmente no te conozco. Nunca te he visto al natural.

—¿Desnuda?

—Deberías tomarte más en serio… —dijo Jerrod.

—¡Lo hago, lo hago! —le interrumpí—. Soy una payasa seria. Estoy actuando.

—Yo creo que esas gafas de Elton John no son la mejor forma de demostrarlo —dijo mientras daba un toquecito en las gafas con margaritas.

—Es paradójico, lo sé, pero soy una payasa seria.

—Tengo la sensación de que intentas esconderte… —dijo sacudiendo la cabeza—. Esta es la primera vez que te veo el pelo. Nunca te he visto sin maquillaje.

—¿Y no es así con todas las mujeres?

—No sé si sabría quién eres en una rueda de reconocimiento. —Abrió otro paquetito del botiquín de primeros auxilios y sacó una toallita blanca perfumada para bebé—. ¿De qué te escondes? —Empezó a limpiarme el maquillaje de la mejilla.

Me agaché, esquivando su mano.

—No me estoy escondiendo. Estoy actuando. —Me llegó su olor dulce, junto al del aceite para bebé y el antiséptico.

—No puedes actuar todo el tiempo.

Cuando se acercó, no me aparté. Despacio y con cuidado, me limpió el maquillaje de debajo de los ojos. Sentí el frescor de la toallita en mi piel febril. La pasó por la mandíbula. Se me tensó la garganta. Notaba los ojos calientes, como si fuera a llorar, y sentí que quería decirle algo, pero no me acordaba de qué.

—Es posible que a veces yo también me esconda tras el uniforme

de policía, a mi manera. Es un uniforme, está claro, pero sé por experiencia que hay que parar y respirar, ¿no? Tener tiempo para uno mismo. Dejarse llevar un poco, relajarse. Ni siquiera sé cómo te llamas de verdad.

Si eso era una pregunta, no la respondí. Jerrod me pasó la toallita por un lado de la cara.

—Me relajo cuando llevo el disfraz puesto —le dije. Me sentía más tranquila cuando estaba cerca de Rex, y estaba más cerca de él cuando llevaba su ropa. El trabajo era nuestro trabajo, el de Rex y el mío. Con cada pasada que daba sobre mi piel, Jerrod me transportaba más lejos de mi mundo de payasa. Más lejos de Rex. Lo cogí del brazo:

—Ya está. Para.

El colchón se arrugó. *Aquí viene*. Los movimientos, el fetichismo. El beso. Contuve la respiración. El almacén zumbaba. Las luces eran brillantes y eternas.

—Vale —respondió él—. Entonces ofréceme algo.

Yo me volví y lo miré. ¿Qué quería decir?

—Un truco, un espectáculo, un *sketch*…—Hizo un gesto con la mano, como si señalara un escenario invisible, y apeló así al Código Ético del Payaso para que fuera consecuente: *si vas disfrazado, actúa.*

—Me parece justo. —Lo que me pedía era lo que me pediría cualquier niño en la calle; cualquier amante de los payasos; cualquier empresa. Pero esta vez era un trato justo por haber recuperado a Chance y a Plucky. Además, me vendría bien conocer la opinión del público—. Llevo un tiempo trabajando en algo.

Me levanté y busqué un lugar donde tuviera a Jerrod de frente. Me resultó embarazoso meterme en el personaje, cogerle el tranquillo. Me limpié las manos en los muslos.

—No mires —dije. Sonreí de forma nerviosa.

—¿Que no mire? —Con una mano en la espalda de Chance, le dijo al oído—: Parece que las entradas que compramos eran para el gallinero.

Solté una risa, avergonzada.

—Dame un momento. Imagínate que el telón está bajado.

Jerrod desvió la mirada, se puso a tararear y a tamborilear el colchón. Se apoyó en las palmas de la mano y se cruzó los pies por los tobillos. Miré al techo como buscando una estrella guía. Luego me concentré en mí misma, respiré profundamente durante un momento, me puse recta, con los hombros caídos, y conté hacia atrás desde diez. Mientras me concentraba en cada movimiento, me puse mirando al público, Jerrod y Chance.

—Allá vamos. —De repente me costaba respirar, pero me lancé—. Voy a hacer una representación breve de la introducción de una

versión interpretativa de… ¡*La metamorfosis* de Kafka! Es lo que tengo ahora entre manos.

Jerrod aplaudió; yo hice una pequeña reverencia y respiré de nuevo profundamente para prepararme. Todo estaba en silencio, excepto por el zumbido de las luces. Doblé las rodillas, como si fuera a sentarme en una silla invisible. Me dolían los muslos, tenía las ingles tensas. Me puse recta y, agitándome, me salí del personaje.

—No sé si conoces la historia, pero tengo que aclarar que no es una interpretación literal.

—No hace falta que lo expliques. —Hizo un gesto con la mano para que siguiera adelante.

—Ignora el vendaje —añadí.

Asintió con la cabeza y se puso cómodo, reclinándose con la misma facilidad que un hombre comiendo uvas y bebiendo vino en la hierba un día de verano.

Doblé las rodillas de nuevo, me relajé, con la espalda recta, y me volví a sentar en la silla invisible. Levanté los brazos, con los codos hacia afuera y las manos listas para escribir en un teclado. Y entonces me puse a teclear, con los dedos rígidos, quemados y demás. Tac, tac, tac, tac, tac, tac… No se oía nada, pero yo sí lo oía. Incliné la cabeza y fingí leer unas notas, como si estuviera transcribiendo. Tac, tac, tac. Me costaba mover el brazo vendado, pero lo hacía lo mejor que podía. Es importante repetir la misma acción durante el tiempo suficiente para conseguir abstraerse. Un novato pasaría de escribir a la siguiente fase demasiado rápido. ¿Yo? Seguí escribiendo. Metódicamente, meticulosamente, articulando cada gesto de forma limpia. Tac, Tac. Me incliné sobre las notas imaginarias, mirando las páginas con los ojos entornados, y, cuando llegué al final de una línea —pues en mi cabeza estaba usando una máquina de escribir antigua—, terminé enérgicamente con un retorno de carro. ¡Tac, tac, tac! Y, tras un rato, mientras escribía lentamente, casi de forma imperceptible, empecé a encorvarme. Elevé más aún los codos, con los hombros levantados. Doblé las rodillas, balanceé la espalda hasta que me sobresalió el trasero, giré el cuello y, con la misma velocidad que un capullo se convierte en flor a cámara lenta, mi mecanografiado pasó de ser tranquilo y eficiente a ser enfermizo y agobiante. Me incliné más aún hacia delante, subí los codos hasta las orejas, abrí un poco las manos y en un momento dejé de ser transcriptora para ser un insecto; agitaba los brazos y las piernas en el aire frenéticamente y rotaba la cabeza. Con un giro me tiré al suelo sobre la espalda, ¡atrapada! Era un insecto volteado que escribía o se agitaba, y eran tal para cual: un trabajo insignificante transformado en una vida sin sentido, una vida corta, la vida de un insecto.

Ahí empezaba la historia.

—¡Tachán! Esto es solo un adelanto. —Me puse de pie, me coloqué el pelo y, cuando Jerrod aplaudió, hice una segunda reverencia—. Hay más… pero no hoy. —Después, a modo de disculpa o explicación, añadí—: En la historia de Kafka, por supuesto, es un hombre y no está en el trabajo, sino en casa, en la cama. Se despierta y descubre que se ha transformado. Creo que al añadir la acción, el trabajo…, se consigue más dramatismo.

—Conozco la historia, y creo que funciona bien así como está —dijo Jerrod.

—¿Conoces la historia?

Mi reacción de sorpresa le hizo reír.

—¿Pensabas que los policías no leían?

A decir verdad, yo pensaba que no leían más allá de las multas por exceso de velocidad y los partes de incidentes.

—No quería decir eso —respondí—. ¿Qué te parece?

Actuar y que el público no te diga qué le ha parecido es como ir desnuda por la ciudad, peor incluso que ir por la calle vestida de payaso, totalmente expuesta.

—Lo de la representación unipersonal me parece muy buena idea. Mantienes la atención en ti.

Nunca había disfrutado del lujo de tener un público adulto, aparte de Rex, así que asentía y escuchaba, extasiada.

—¿Entonces te estabas enterando de lo que pasaba? ¿La parte del insecto?

—¡Totalmente! Muy clara —respondió—. Tuve problemas con la historia cuando leí el libro, porque no la entendía. Es decir, ¿por qué el tío se convierte en un bicho? ¿De quién es la culpa? Al convertirlo en una obra unipersonal con una mujer se prescinde de personajes innecesarios. Se simplifica.

Era una obra unipersonal porque no había conseguido actores, nadie que fuera a involucrarse tanto como yo con esta representación de la obra de Kafka.

—Tal y como lo haces parece que es el propio protagonista, bueno, en tu caso, la propia protagonista —me señaló y me tocó el brazo—, quien elige convertirse en una cucaracha, o un escarabajo.

¡Ay! Me vine abajo. Mi público no lo había entendido. En realidad Jerrod no había pillado la idea.

—Pero es la *sociedad* quien lo convierte en un insecto. La sociedad está implícita, por la esclavitud salarial…

Él escuchaba y asentía. Se llevó un dedo a los labios.

Me abracé las rodillas, me incliné hacia él y le dije del tirón:

—… la sociedad espera que tengamos trabajos sin sentido, que intercambiemos tiempo por dinero, humanidad por nómina. —Este era

un punto clave. ¿Eso que había tras su mano era una sonrisilla? Yo estaba como un pez en el agua, y deseando sentirme comprendida, pues tenía miedo de que me malinterpretara. Proseguí— Es como si el sistema entero, el capitalismo, fuera un motel infestado de cucarachas y todos estuviéramos alojados en él, sin hacer nada por salir.

Definitivamente, lo que asomaba tras sus dedos era una sonrisilla.

—La sociedad, ¿no? —dijo con calma—. Bueno, me gusta el concepto, pero me pierdo con la lógica.

Madre mía. Claro que no lo pillaba, porque formaba parte de la sociedad, tenía el compromiso de defenderla. Porque él formaba parte de todo eso, como sospechaba, y también de la clase media. Jerrod no vivía igual que Rex y que yo, renegados, artistas al margen de todo. Simplifiqué el concepto y le dije:

—En una isla desierta, nadie sería transcriptor. Es un rol impuesto por la sociedad basado en la jerarquía.

—Ya, Nari, pero mira a tu alrededor. Aquí hay kilómetros de cosas, ¿no?

Señaló las estanterías repletas de electrodomésticos, juguetes, equipamiento deportivo y recambios de automóviles. El depósito de pruebas era prácticamente unos grandes almacenes.

—¿Y eso qué tiene que ver?

—Todo lo que hay aquí está vinculado a algún delito. Y seguro que alguien dirá que todos y cada uno de ellos son culpa de la sociedad. No me lo trago. A ver, puede que sea un simple policía, pero yo tomo mis propias decisiones. La palabra *sociedad* parece que es una más de las que usa muchísima gente para intentar eludir responsabilidades…

—Pero no todo el mundo tiene las mismas oportunidades —le dije enseguida—. Hay gente que nace con dinero, hay gente pobre, en peligro… personas forzadas a…

Se rio y se puso de pie. Se agachó y cogió un puñado de bolas de golf de un cubo.

—Estás hablando con un chico de Declivetown. Si me hubiera dejado llevar por la sociedad, esta sociedad en la que vivía, habría muerto hace mucho tiempo.

Lanzó una bola de golf al aire y la cogió con la misma mano.

—Empecé a decidir por mí mismo cuando iba a primaria —dijo.

Hizo otro lanzamiento, con la misma bola. Luego dos, y tres, malabares, y luego la primera bola se salió de la trayectoria, hacia delante. Jerrod estiró bien el brazo para alcanzarla. La segunda se le fue al pecho. Retrocedió y se agachó mientras la tercera caía. Era como si estuviera bailando, la forma en que las perdía y las recuperaba, con los brazos en jarra, las rodillas dobladas y la funda de la pistola bailando con él; la porra extensible y las esposas se

meneaban y tintineaban. Ahora era yo quien hacía de público mientras descansaba en el colchón comunal. Su baile torpe e intenso de policía era adorable, y estaba fuera de control, y se le fue una bola, y luego una segunda rebotó en el linóleo.

Cuando me reí, dijo:

—¿Ves? Yo también soy un payaso, te he hecho reír. —Las bolas de golf del suelo desaparecieron entre los montones de pruebas envueltas en plástico como si fueran ratones—. Tengo que ensayar, pero si practico, puedo hacer malabares.

—Me lo creo —dije yo, aunque para alguien que hace malabares de verdad el calentamiento no importa: los movimientos salen solos.

Tiró la última bola contra el suelo. Salió disparada hacia el techo, bajó de nuevo, voló hacia arriba y desapareció repiqueteando hasta chocar con algo. Me extendió una mano, me ayudó a ponerme de pie y ambos, seguidos por Chance, fuimos hacia la entrada. Yo iba empujando la cortacésped.

—En cierto modo, yo también soy un artista —dijo Jerrod—. En realidad no soy el típico superpoli. —Se llevó las manos al pecho y caminó hacia atrás unos pasos por delante de mí. No era mucho más alto que yo, pero era robusto. Fuerte—. Ni siquiera soy la mitad de grande que la mayoría de los tíos a los que persigo. Ser duro es un arte, así que tengo que actuar, igual que tú.

—No te olvides de la pistola. Es un buen apoyo cuando la ley está de tu lado. —Sorteé con la cortacésped unos cables eléctricos que salían de unas cajas rotas que había en medio del pasillo. Jerrod los apartó con el pie.

—Claro, y el arte consiste en no usarla. Efectivamente, es un apoyo. ¿Sabes lo que decía Chéjov sobre las armas?

—¿Chéjov? ¿El autor ruso? —eso me pilló desprevenida.

—¿Quién si no? —se encogió de hombros—. Lo leí cuando estudiaba.

Así que había leído a Kafka y, al parecer, a Chéjov también.

—¿Te hicieron leer los clásicos rusos en la academia de policía?

—Eso es precisamente a lo que me refería —dijo señalándome—. La gente da cosas por hecho. Tengo una diplomatura en Lengua y Literatura.

Jamás lo hubiera imaginado.

—Bueno —siguió contando—, Chéjov dijo que, si plantas un arma en el primer acto, más vale que alguien la use antes de que acabe la obra. Según eso, como soy policía, tendría que disparar a alguien siempre que viera su arma. Y así son las cosas, seguramente; un policía en escena cambia la historia.

—¡Bingo! —exclamé—. ¡Eso es! Precisamente lo que Herman

temía.

—Así que siempre llevo el arma en la funda.

—¿Así que sigues los consejos policiales de Chéjov?

—Y he leído *Crimen y castigo* —siguió—. Pienso en Raskolnikov y en su código moral cuando salgo a patrullar por Declivetown. También he leído *Los miserables.*

Era sincero y generoso, y ahora, con esto de la literatura, demostraba formar parte del mundo de las ideas, mi mundo preferido. Sujetó la puerta. Fuera ya era de día, y hacía una mañana brillante y calurosa. Chance guiñó los ojos por la claridad. Empujé la cortacésped por encima del marco de la puerta que había en el suelo y seguí caminando con cuidado. Bajo los pies descalzos noté la suavidad del asfalto, que ya empezaba a oler a verano caluroso en la ciudad.

—¿Seguro que no echarán de menos la cortacésped?

—Si surge un caso, Raskolnikov, sabré dónde encontrarte —contestó Jerrod—. Si no es así, no te preocupes. —Se encogió de hombros. El pantalón azul del uniforme le marcaba los músculos de los muslos. El vello dorado de sus brazos brillaba bajo el sol de la mañana.

Me incliné, solté la cortacésped y le di un beso. Un beso rápido. Tenía los labios abiertos. Su boca sabía a desconocido. Cerré los ojos. Me gustó. Me gustó su calor y su respiración y su boca. Deslizó una mano por el poliéster chamuscado de mi camisa, me cogió por los brazos. Entreabrí los ojos, me aparté.

—¿Has sido tú o la sociedad? —sonrió.

¡Había sido la biología! Uf. Me zafé de él.

—Eso ha sido un beso de agradecimiento —puntualicé—. Y no significa nada.

Me adelanté. Pero, con la cara vuelta hacia él, en ese momento cansada y feliz, sonreí. No pude evitar hacerlo, ni tampoco la sensación de calor que me subió por el cuello.

18.

UN AVERÍO DE POLLOS AGONIZANTES

Íbamos a la deriva en el coche de policía de Jerrod. Era la primera vez que montaba en la parte de delante, como si fuera su compañero, su novia, su mujer. Chance se subió a la parte de atrás. Tenía suciedad entres los dientes por el hollín de los labios. Los asientos del coche patrulla de Jerrod eran rojos y suaves como los de un sofá nuevo, una cama cara, un barco en aguas tranquilas. Recliné la cabeza hacia atrás; miraba al exterior por encima del largo capó mientras inhalaba el olor a coco del ambientador. A través de los ojos entornados, el mundo era un sueño con sabor a hollín. Tenía las manos calientes, sobre todo debajo de la gasa. Chance jadeaba, con la nariz húmeda pegada a la reja de metal.

—Quizá me hice policía porque siempre he querido salvar a una damisela en apuros. Ese es el trabajo de la policía. Y a mí me parece que tú estás realmente en apuros, Nari.

Abrí los ojos y me pasé una mano, cubierta de hollín, por la cara.

—Si te atrae la incompetencia, que sepas que eso es otra forma de coulrofilia. Amor por los payasos.

—¿Coulro-qué? —preguntó Jerrod.

Miré por la ventana. Estaba exhausta.

Como no contesté, dijo:

—Un día de estos te llegará el momento de huir del circo y buscar un hogar, Nari.

—Tengo un hogar.

Mi hogar estaba donde estuviera Rex. Nuestro propio callejón para payasos. Me dolía la piel, las quemaduras palpitaban. Pero en el coche de policía todo estaba tranquilo, todo fluía, como en un sueño. Por lo que sabía, aquel coche era como Jerrod. Llevaba a Plucky en el regazo. Jerrod conducía con una mano.

—Hablando de hogares… —dije. —La casa de Herman apareció en nuestro campo de visión; había una fiesta en pleno apogeo en la mina negra que era el jardín. Herman era el director loco de una orquesta desenfrenada, y la muchedumbre esquivaba sus brazos, que no paraba

de agitar. William estaba en el porche. El camión de helados de Rollo de una Noche estaba en la calle.

La calma se desvaneció dentro del coche de policía donde fluía el aire acondicionado. Me incorporé enseguida. El cinturón de seguridad chascó, tirándome del hombro, como si estuviera evitando que tuviera un accidente. *Peligro.*

Y el cinturón hizo bien, estaba en peligro: lo perdería todo si me presentaba allí en un coche de policía. El cinturón de seguridad no iba a salvarme de algo así.

—Para aquí —estábamos cada vez más cerca; tiré del cinturón—. ¡Para!

Jerrod puso el pie en el freno. El coche derrapó en la grava irregular, como un caballo asustado.

—Aún no hemos llegado. —Soltó el freno y el coche avanzó dando tumbos.

Me quité el cinturón de seguridad.

—Para, por favor. Sigo andando.

¡Demasiado tarde! William, Herman y Rollo vieron el coche de policía acercarse por la calle, con las caras redondas y sombreadas como tartas de manzana.

—Esa gente tiene siempre la mirada puesta en la policía, igual que los niños con los payasos.

Tenía razón.

—Si un coche de policía está por la zona —continuó—, ellos lo saben. Si querías esconderte, tendría que haberte dejado al otro lado de la ciudad.

Me puse enseguida los zapatones de payaso con las puntas de goma derretidas. Abrí el coche, salí y me escondí detrás de la puerta abierta como si estuviera preparándome para un tiroteo. Me pasé los pechos colganderos por encima del hombro. Uno de los sacos de arena me dio en la espalda. ¡Uf! Los pulmones soltaron el aire, y de estar en cuclillas pasé a estar en el suelo. Me quedé abajo, recuperé el equilibrio y me incorporé lo suficiente para mirar por la ventanilla.

—Nos vemos —susurré. —Me apreté el megaculo contra el pecho. Todavía agachada, con la puerta abierta a modo de barricada, le abrí la puerta a Chance para que saliera de la parte de atrás del vistoso coche de policía. La perra y yo nos agachamos y fuimos a grandes pasos hacia la sombra del lateral de la calle. Corría como si estuviera jorobada, pues una de las tetas colganderas parecía una chepa, mientras que la otra pendía como si tuviera bocio. Cogí la gallina de goma y el culo, y me los acurruqué como si llevara a un niño robado.

—Nari, la cortacésped —dijo Jerrod.

¡Joder! Dejó el coche en marcha y fue al maletero. Me escondí

cerca de un árbol no muy grande hasta que sacó la cortacésped, con la barra de empuje extendida y las tuercas de mariposa apretadas. Se movía con gracia bajo el sol mientras la llevaba hasta el lateral de la calle.

—¿Puedes con todo? —preguntó.

Yo apilé el megaculo chamuscado y demás encima de la cortacésped. Asentí.

—Si necesitas ayuda, llámame.

Asentí de nuevo y le dije adiós con la mano. Él se despidió de mí con un saludo militar. Me puse a andar hacia la casa, arrastrando los zapatos derretidos como el queso al son de la cortacésped. La gallina de goma se balanceaba.

La voz de Herman se deslizó por el pavimento caliente:

—No tengo la recompensa. No tengo nada que ver con los pollos. No queremos perros…

Entonces vi que todo el mundo tenía pollos amarillos en la mano; los traficantes de pollos se peleaban en el jardín carbonizado.

—Pero ¿y eso? —preguntó Rollo—. ¿Policía, taxista y jardinero todo en uno? Alguna mierda por el estilo.

Lo ignoré.

—Y hacer el payaso. Hacer el payaso por todo Declivetown. Hacer el payaso con la pasma.

—Fuera de mi césped —dijo Herman, sacudiendo de nuevo su sábana invisible; una mujer se rio.

—No hay césped —dijo un hombre mientras se daba en el muslo con un pollo amarillo y pateaba el suelo ennegrecido.

—¿Es que crees que vamos a pisotearte el césped? —dijo una chica que llevaba un vestido de lunares y tres pollos de goma, de distintos colores, como en una actuación. El jardín de Herman era un circo. Intentaba deshacerse de los traficantes de pollos como si fueran moscas. Se iban a dar una vuelta y volvían donde estaban.

Herman me vio y me señaló.

—Esa es la chica a la que estáis buscando. La de rayas. Nita, paga a quien sea y que se piren —escupió en el suelo—. La cosa va de mal en peor.

Pero yo era como un niño que acaba de volver a casa de la feria.

—He recuperado mi gallina —dije—. La puse en alto por el cuello y sonreí. Yo pensaba que se alegrarían.

Alguien se quejó. Otra persona tiró un pollo al suelo y levantó una nube de ceniza. Luego otro, que cayó como cae una manzana de un árbol. Un hombre se fue abriendo camino entre la multitud. Le siguió otro, y después dos adolescentes con un bebé. Una niña le dio su pollo al bebé, se lo metió debajo de la manta. La multitud se dispersó. El

suelo estaba lleno de pollos amarillos y alargados sin vida.

«¿Me lo puedo quedar?», oí que preguntaba Rollo a mi espalda. Me volví y vi que una mujer delgadísima tiraba un pollo por la puerta abierta del camión de los helados. Pero, mientras los capitalistas de riesgo que invertían en pollos se alejaban, un hombre venía a toda prisa por la calle. Era grande y llevaba una camiseta de tirantes blanca con manchas; parecía que lo esperaban en algún sitio.

Herman se dio la vuelta para entrar en casa.

—Bueno, Nita, el espectáculo de los pollos se ha terminado. Encárgate tú de los rezagados.

El chico recién llegado tocó a Herman en el hombro. Herman se lo sacudió como si fuera un mosquito.

—No necesitamos ningún pollo de goma —dijo—. Y no queremos tu chucho callejero. —Encorvó el hombro como para evitar otro toquecito en el hombro.

—Pollo de goma mis cojones. —El hombre levantó el puño para lanzárselo. Herman se dio la vuelta y se topó con él. Puño y cara se encontraron con un chasquido. La cabeza de Herman se movió bruscamente y su sedosa coleta saltó a la vez que sus rodillas cedían y su boca se abría. Cayó al suelo. Noqueado.

—Joder, tronco. —Herman intentó retroceder como si fuera un cangrejo, entre la ceniza y la tierra. Tenía las manos negras y la ropa llena de hollín. El puño rojo que le acababan de dibujar en la mandíbula empezó a hincharse, y él movió la boca, abriéndola y cerrándola—. ¿Qué pasa? —preguntó.

El hombre estaba de pie en la tierra quemada, esperando a que Herman se levantara.

—Madre mía, ¿llamo a la policía? —dije yo.

Rollo de una Noche cambió la marcha del camión de los helados rápidamente con un fuerte berrido, muy a lo *Zafarrancho en el rancho*, y se fue yendo.

—Nada de policía —siseó Herman desde el suelo, abriendo mucho los ojos y llevándose una mano a la boca.

—La orina estaba contaminada. —El hombre señalaba a Herman con su dedazo—. Me vendiste pis contaminado. He perdido mi trabajo, a mi novia, los fines de semana con mi hijo… ¿Crees que me hace gracia?

—Nita, vete. Esto no es asunto tuyo —dijo Herman con la mandíbula floja.

—¿Pis contaminado? —pregunté.

—Si hubiera querido pis contaminado, habría usado el mío.

—En serio, tronco, no estaba contaminado. —Herman se puso de pie y se tambaleó hacia un lado, y luego hacia el otro, como un

arbolillo agitado por el viento.

—Te has reído en mi cara, gilipollas. Estimulantes, tranquilizantes, mierda rara… Ahora dicen que tengo que ir a rehabilitación. Voy a ir a rehabilitación por consumir drogas que ni siquiera sé qué coño son.

¿Mierda rara? Las pastillas chinas, la botella de orina casi vacía. Todo cuadraba.

—¿Sabes cuánto cuesta eso? —preguntó el hombre—. Más de lo que cuesta comprar droga, mucho más. Más que comprar orina limpia.

Herman se frotó la mandíbula.

—Es una advertencia, gilipollas —siguió diciendo el tipo—. Esta vez te vas a librar, no quiero pasarme la vida en la cárcel. Pero como me la líes otra vez, te mato a palos.

El hombre se fue dejando a su paso una nube de hollín. Los traficantes de pollos miraban desde la calle. Estaba llena de ellos, el típico matadero de caucho. Seguí a Herman mientras entraba en casa tambaleándose. Fue directamente al congelador, retorció la bandeja de hielo y tiró los cubitos sobre la encimera.

—¿Vendiste mi orina?

Puso el hielo en una bolsita de plástico hermética. Herman tenía la casa llena de ellas.

—No me jodas, Nita.

Pasé por su lado, abrí la nevera, cogí la botella naranja y la agité. Estaba casi vacía. ¿Otra vez?

—Has hecho que tenga que repetir la prueba de orina. Eso es lo que has hecho. Me has hecho tener que hacerme otra prueba y has sacado pasta con ello.

—Nita, ¿consumes drogas y quieres echarme a mí la culpa? Eso es lo que suelen hacer los drogadictos, escurrir el bulto —dijo él con la mandíbula hinchada, detrás de la bolsa de hielo.

—Herman, lo estaba guardando por algo. Por temas de salud.

—Si dejaras las drogas, seguro que tu salud mejoraría. Te lo digo, es lo último que me esperaba, que estuvieras tomando toda esa mierda… Oye, no importa quién es el culpable. No es tu culpa que ese tipo casi me haya matado…

—¿No es mi culpa? —pregunté.

—… pero esto es lo que va a pasar: ya no puedes vivir aquí. Búscate otro sitio. Te quiero, Nita, pero transmites negatividad. Y no necesitamos negatividad.

—¿Vendes mi orina y resulta que yo transmito negatividad? —no pude evitar reírme, una risa amarga—. Estás loco. Tienes razón, no puedo vivir aquí.

Me fui al lavadero.

—Me voy —grité—. Es más, me voy ahora mismo.

Cogí todos los disfraces de Rex que me cupieron en los brazos y los metí a presión en la bandolera rosa, encima de los globos, la pistola plateada y el maquillaje. Bajé el busto de arcilla de Rex de lo alto del armario. El calcetín seguía en su sitio, a modo de corcho, con mis ahorros dentro.

Herman estaba en la cocina cuando la atravesé. Se apoyó en la encimera; le colgaba un cigarro de los labios partidos y gordos, y tenía una bolsa con hielo pagada a la mandíbula. Le goteaba el agua por el codo, que caía a sus pies formando un charco.

—¿Adónde vas? —Hablaba de forma entrecortada por el cigarro que tenía en la boca y la mandíbula congelada e hinchada.

—¿Crees que le voy a dar mi dirección nueva a un ladrón de orina? —Salí por la puerta lateral.

Él me siguió. Yo iba dando golpes con los zapatones por el jardín carbonizado. Me daba igual. Lo hacía aposta, levantando ráfagas de ceniza, dando pisotones de camino a la ambulancia. Abrí las puertas dobles.

—Oye, Nita, no me gustaría que esto acabara mal…

Hacía calor en la ambulancia después de dos días al sol sin abrirse. Aparté los disfraces y el pegamento de la silla acolchada que miraba en dirección contraria y puse el busto encima, como si aquel busto de Rex, con su sonrisa pícara, fuera un técnico sanitario listo para hacer su trabajo.

—Vamos a intentar hacerlo de la mejor manera posible —prosiguió Herman.

Me volví hacia él.

—Me robas lo que me mandan los médicos, me vacías el cultivo de orina y me echas. ¿Me quieres decir qué hay de bueno en todo eso? —Comencé a hacer una cama con la camilla.

Se apoyó en la puerta trasera, con la bolsa de hielo en la mandíbula.

—¿Vas a dormir aquí? —dijo con la voz rota por culpa de su lengua gorda y congelada.

No respondí.

—Muy bien, vale —dijo.

—Gracias por el beneplácito, Herman, pero la calle no es tuya.

—No, claro que no —dijo, y añadió después de un momento—: Oye, Nita, puedes entrar si te hace falta, para usar el cuarto baño o lo que sea.

Me volví hacia él de nuevo.

—¿Estás de coña?

Él negó con la cabeza mientras se sujetaba la bolsa de hielo.

—Muy generoso, Herman. Pero ¿sabes qué? Deberías pagarme por

usar tu baño, eso es lo que deberías hacer. Prefiero mear en la calle.

—Nita, sé razonable, has quemado el jardín —respondió, con la mandíbula aún más hinchada—. Casi quemas la casa. Sales con policías, haces que venga gente a casa por los pollos de goma, los perros callejeros… He estado todo el día abriendo la puerta. Me han partido la mandíbula. Lo mínimo que podrías hacer es dejar pasar lo de la orina. Vale, vendí tu pis, pero ¿qué más da?

—No estoy saliendo con ningún policía —dije. Al decir aquello, el vendaje del brazo me apretó como si la mano de Jerrod estuviera allí. Un policía. El único policía. Tenía quemaduras, estaba llena de costras y tenía el disfraz de payaso destrozado, pero aquel vendaje y el recuerdo eran una muestra del cuidado que había recibido. Un beso. Un respiro.

—Pensaba que podía guardar un poco de pis y que al ir a por él seguiría ahí. Eso era lo único que quería. No perder una puñetera cosa más.

19.

EL GUAPO DE REX Y LAS NECESIDADES BÁSICAS

Era hora de crear un truco nuevo, algo gordo, el todo que le daría un giro a mi carrera de payasa. El cartucho del Especta-culazo estaba quemado de momento, literalmente: el disfraz se había achicharrado hasta echarse a perder.

El *sketch* de la metamorfosis, la interpretación de Kafka: era un número bueno. Era un número excelente que me llegaba al corazón, pero era complicado, sutil y deprimente; no era la mejor forma de alcanzar el éxito para una payasa desconocida. Necesitaba algo rápido y sencillo. Me sentía como un barco en pleno hundimiento. La ambulancia estaba bien para vivir de forma temporal, pero no se podía decir que fuera un hogar.

Ya era hora de algo sencillo pero eficaz.

A primera hora de la mañana dejé a Chance en el jardín carbonizado de Herman y fui al Bocadillos y Pitillos. Había dos borrachos amodorrados en la barra. John Denver sonaba en la gramola. Llevaba el cepillo de dientes en una mano, la botella naranja de la orina en la otra y la bandolera rosa al hombro.

Después de unos días en mi nueva casa, ya había perdido la cuña de nuevo; no sé si estaba en casa de Herman o nadando en el mar de disfraces de la ambulancia. Atravesé la moqueta sucia de la tasca camino del baño.

Addie la Loca estaba tras la barra, dando golpecitos con los nudillos. «Solo clientes, solo clientes», dijo. Su voz sonaba a ave exótica, áspera y aguda. Dio un golpecito con un dedo en un cartel que había en la pared: baño de uso exclusivo para clientes.

Los viejos alzaron la vista. Fui a la barra y pedí una pinta.

Después de pagar, fui al baño con la botella. ¿Y si el primer pis de la mañana estaba destinado a irse por el retrete? Seguía sin avanzar nada con mi plan de ahorro de orina, y necesitaba todas y cada una de las gotas. Me agaché dentro del cubículo y usé todos los músculos de Kegel que tenía para dirigir el chorro de orina de forma constante hacia la boca de la botella. Me cayeron gotas de pis extraviado en la

mano; me la limpié en el muslo. Me lavé los dientes, salí, me senté en la barra, dos taburetes más allá de los viejales borrachos, y me bebí la pinta.

—¿Podrías guardármela en la nevera? —pregunté mientras levantaba la botella y la agitaba.

—Esto no es un almacén —respondió Addie. Señaló otro cartel que decía: esto no es un *almacé*. Echó el humo y maldijo.

—¿Y me podrías dejar unos hielos?

Me dio una taza con hielo; metí cinco cubitos a presión a través de la boca de la botella.

Me desayuné la pinta tranquilamente mientras hacía ganas para mear de nuevo, exprimiendo al máximo mi dinero. La cerveza era lo que ponía en marcha mi fábrica de orina. ¿Por qué irme con la vejiga llena?

Las ventanas de la tasca tenían unas cortinas polvorientas de cuadros rojos y blancos. Estas impedían que la gente viera a los borrachos y ayudaba a los borrachos a esconderse de la gente. Había espacio suficiente por arriba para ver el cielo más allá del cristal azulado. Miré el cielo abierto por las ventanas e intenté pensar en grande. Seguía estando en Estados Unidos. Tenía que haber alguna forma de labrarme una reputación, quizá salir en un programa de por la noche, o al menos encontrar un reclamo infalible para brillar en las calles adineradas de King's Row.

Trabajaría con lo que tenía: si la religión es el opio del pueblo, la globoflexia religiosa sería la cocaína y la heroína juntos, el crac, los vapores tóxicos resultado de esnifar pegamento. Era hora de invocar al mejor de los grandes maestros.

¿Cómo de difícil podía ser hacer una versión con globos del excelente cuadro de Leonardo da Vinci *La última cena*? A todo el mundo le gusta *La última cena*. Saqué un globo del bolsillo y tiré de la boquilla para calentar. Addie la Loca se apoyó en la pared y me observó a lo lejos.

Si me salía, ¿quién sabe? Puede que aquel sitio se convirtiera en un lugar de peregrinación. Los fieles vendrían desde muy lejos para ver a Dios y Da Vinci en forma de globo gracias al aire de mis pulmones. Sería una obra de teatro de salón, para ir abriendo boca, algo íntimo y personal.

Tradicionalmente, el arte de la globoflexia nunca se ha visto como algo refinado. Ahí es donde yo lo revolucionaría todo. Claroscuros, degradados…, encontraría la manera de traducir la magia pictórica de Da Vinci en caucho y aire.

Podría crear una línea de colores exclusivos para globos con la paleta de Da Vinci. ¿Y por qué no ir más allá? Podría crear una línea

de Van Gogh, una de Gauguin, de Toulouse-Lautrec y de Tintoretto.

Inflé el globo hasta la mitad, dejando espacio dentro para conseguir el equilibrio perfecto entre aire y vacío. ¿Qué puede ser más sutil que una composición hecha de aire y de su ausencia? En lugar de apoyarme en los giros grandes —cuello, codo y cintura—, iba a empezar por las articulaciones pequeñas, los meñiques, el dorso de la mano, el giro del tobillo. En *La última cena* los gestos lo son todo.

Le di un trago a la cerveza e hice el primer giro en el extremo de un globo amarillo.

La última cena de Da Vinci es una maraña de cuerpos; estaba haciéndolo de memoria. Hay seis discípulos a cada lado, un corrillo de luchas internas, disputas de poder y engaños. La parte grupal no sería difícil. El único que estaba solo era Jesús, en el medio. Después de Jesús, haría una oveja y la pondría sobre la mesa.

Puede que Da Vinci no sirviera cordero en su cuadro de *La última cena*, pero había sitio para la interpretación. El propio Jesús era el cordero a punto de ser sacrificado.

Hice un Jesús-oveja.

Debía tener cuidado con Judas. Usé un globo verde, el color de la envidia. Los críticos de arte lo entenderían. Estaba siendo muy cuidadosa con el aire; encontré el equilibrio perfecto y dejé sitio dentro del globo para que saliera bien. Hice un pequeño giro. Esa era la mano de Judas, apoyada en el hombro de su vecino.

Intenté recordar la inclinación de la espalda, el giro de la cabeza. Me encorvé sobre mi trabajo e hice cientos de giros pequeños. La última pieza sería un bulto redondo, sin eso que llaman *frontalidad*, cuyo volumen fuera perceptible desde cualquier perspectiva.

¿Dónde estaban las caderas de Judas, sus muslos, su polla? Me inventé las partes no visibles por la mesa. Giros pequeños y diminutos. Necesitaba más de un globo. No había usado la escala adecuada. Me había salido un racimo de uvas. Deshice varios giros y empecé de nuevo. El globo se tensó y los giros se complicaron. Quería que su pie fuera perfecto, que representara todo lo que Judas simboliza.

Y el globo acabó explotando haciendo un ruido muy fuerte en la atmósfera mañanera de la tasca, como si se hubiera caído una estantería llena de jarras de pinta, y salió disparado de mi mano, silbando por toda la estancia. Un viejo se tiró un eructo. Addie la Loca se despegó de la pared como un nadador perezoso. Atravesó el ambiente cargado de la tasca.

Me puso los ojos en blanco, abrió un cajón que había detrás de la barra y sacó un marcador negro gordo. Estiró su brazo flacucho y escribió algo en la parte inferior de una cartulina que había pegada en la pared: nada de globos ni de payasos.

Después se volvió hacia mí mientras señalaba la frase.

—Mierda —dijo un viejo, cuyos ojos adormilados se abrieron de par en par—. Me han pillado.

—¿Nada de payasos? Pero si todos tus clientes son payasos. —El otro viejo de la barra me miró despacio, borracho—. Ya sé a dónde quieres llegar, y, si divertirse es un delito, los delincuentes serán los únicos que se diviertan.

Tuve que contenerme para no usar el silbato que llevaba en el bolsillo.

—Mira qué bien me lo estoy pasando —gruñó Addie la Loca sin señal de sonrisa—. Y si vuelves a intentarlo, te echo. ¿Qué te parece? —Expulsó el humo por la nariz—. Tienes suerte de estar aquí después de lo del billar.

Froté dos globos sin inflar entre el pulgar y el índice. Sentía la llamada de mi carrera, muy alto y de forma insistente. Le di un trago a la cerveza, fría y ligera. Me latía rápido el corazón.

Iba a perfeccionar lo de Da Vinci hasta que fuera abrumador. Cuando ya tuviera seguidores, haría la interpretación de Kafka, porque de eso se trataba en realidad: de oponerme a un mundo que quería convertirme en chusma, en una secretaria que lo único que hace es mecanografiar, hincando codos y con sudor en la frente. Ya fui secretaria antes de conocer el circuito de los payasos. Kafka era la voz de mi resistencia, mi propia religión, mi gran obra.

Mientras miraba por las ventanas del bar, por encima de las cortinas rojas y blancas, vi a alguien, una cabeza que tapaba mi campo de visión y que bloqueó el sol por un momento. Unos rizos castaños largos, una mandíbula fuerte. Esa cabeza asomaba demasiado para ser la de un mortal cualquiera.

¡Rex Galore!

¿Quién más podría ser? Como una visión, como un dios, iba flotando, deslizándose, bien alto por encima de las ventanas de la tasca. Era como si emergiera del sol, convirtiendo el mundo entero en un escenario.

No me importaba ser el público de Rex.

Dejé a Jesús «El Cordero» en la barra, cogí la botella de orina, la bandolera y el cepillo de dientes, y corrí hacia la puerta. Rex ya se alejaba rápidamente por la acera montado en un monociclo y con una mochila a la espalda.

«¡Rex!», grité antes de correr hacia él. La orina de la botella chapoteaba, igual que la cerveza dentro de mi barriga. Yo corría y la orina chapoteaba, y así todo el rato. Volví a llamarle: «¡Rex!».

Giró bruscamente en la acera casi vacía, pedaleó hacia atrás, luego hacia delante, de nuevo hacia atrás, y otra vez hacia delante para

mantener el equilibrio, y entornó los ojos mientras miraba en mi dirección.

Pobre Rex… ¿es que ya no veía bien? Agité la mano con la que sujetaba el cepillo de dientes. Acabó reconociéndome. Me puse a correr de nuevo hacia él, acelerada. Él empezó a pedalear despacio hacia mí.

Me eché a reír cuando nos encontramos, y levanté la cabeza para mirarlo a la cara. La sombra de Rex me tapaba, el resplandor del sol le iluminaba todos y cada uno de sus rizos y puntas abiertas.

—Ven aquí —dije—. Necesitaba tocarlo para ver si era real.

—¿Qué te ha pasado en el pelo? —dijo mientras me miraba.

—Ay, Rex, me lo he quemado. —Me reí de nuevo mientras encogía los hombros.

Me pasé los dedos por las puntas chamuscadas. No podía parar de reír. El pelo volvería a crecerme, y por dentro solo sentía cosquilleo. Qué gozada. Qué deleite. Mi caballero ya estaba en casa, montado en su caballo. Se bajó del monociclo. Dejé la botella naranja en el suelo, me lancé a su cuello y apreté mi cara contra el calor de su pecho.

—Hueles a tasca —dijo mientras me olía el pelo chamuscado—, o a barbacoa.

—Bocadillos y Pitillos —murmuré. Se me pegó su camiseta de algodón a los labios. Quería arrancársela, sentir su piel. Abrazarlo para siempre.

Me apartó para mirarme la cara.

—¿Con quién estás bebiendo a estas horas?

Le sonreí.

—No seas celoso. Estaba sola. —Me acurruqué a él. Olía a verano —. A no ser que cuenten dos viejos —me reí de nuevo.

—No estoy celoso —contestó—, pero no sabía que frecuentaras los bares a la hora del desayuno. O sola.

Saqué el cepillo de dientes del bolsillo.

—Necesitaba un sitio donde lavarme la boca.

Fuimos andando juntos hasta casa de Herman. Rex me pasó un brazo por los hombros y con el otro conducía el monociclo. Éramos como una familia, los tres: Rex, yo y el monociclo, un niño delgado y metálico.

—¿No hay agua en casa de Herman? —preguntó Rex.

—Bueno —respondí—, sí que hay, pero también hay otro problema. Nos han echado, Rexie.

—¿Y cómo es posible que me hayan echado? Llevo todo el mes fuera.

Iba caminando a su lado, balanceando la botella naranja de orina con un brazo.

—Chance ha estado perdida varios días, pero la recuperé ayer. ¿Te lo puedes creer?

—Si te han echado, ¿dónde te estás quedando? —No me dejó cambiar de tema.

—Y también perdí la gallina de goma. Pero, mira, ¡*voilà*! —Saqué a Plucky de la bandolera. Estaba aplastada y doblada por la mitad, pero recobró la forma poco a poco. La belleza de un pollo de goma reside en la adaptación.

Rex paró. Me cogió por los hombros.

—Nita, cuéntamelo. ¿Dónde estás viviendo que no puedes lavarte los dientes?

Estábamos bastante cerca de la casa. Señalé la calle. Rex volvió a entornar los ojos, como si le hicieran falta gafas.

—Esa es la casa de Herman —dijo finalmente.

—No, la ambulancia.

—¿El camerino?

Asentí. Nuestro pequeño *chapiteau*, el circo móvil.

Retomó la marcha, más rápido esta vez, sin rodearme con el brazo.

—Así que estás embarazada, borracha y viviendo en el coche —miró al cielo—. Qué bien estar de vuelta. No era la vuelta a casa que yo había imaginado, para nada.

Tuve que correr un poco para alcanzarlo.

—No estoy borracha —dije mientras buscaba su brazo, pero se apartó bruscamente.

—Parece que sí.

Lo alcancé de nuevo y le dije:

—Estoy feliz de que estés aquí. Me parece mentira. —Estaba tan feliz que temblaba. Iba detrás de Rex, intentando agarrarle el brazo. Se apartó—. Tengo que decirte otra cosa, Rex. No estoy embarazada. No hay bebé. Lo perdí.

En mi cabeza se lo decía mirándolo a los ojos y hablábamos de ello, en vez de vomitarlo como si me hubiera sentado mal la comida. Pero ya estaba hecho. Se detuvo. Me choqué con él.

—¿Has *perdido* el bebé?

Asentí de nuevo.

—Hace dos semanas.

Sus ojos verdes con motitas marrones, como un estanque en invierno, parecían más claros al sol.

—Pero vimos su corazón —respondió.

Un pequeño latido en blanco y negro en una ecografía, una cabeza y un cuerpo con forma de gamba, los latidos de Rex y los míos dentro de una criatura, nuestro futuro.

—Lo sé. —Se me nubló la vista. No podía abrir la boca, no podía hablar.

Rex me rodeó la cabeza con su enorme mano y me atrajo hacia su pecho. Me acarició el pelo. Respiré su piel, su sudor. Rex. Seguimos andando sin hablar. Cuando llegamos a la ambulancia, subimos juntos. Coloqué los disfraces y aparté unos montones para hacer sitio.

—Cuéntame lo que pasó —dijo él.

—Eres la única persona a la que quería contárselo —respondí.

Cuando me besó, sus labios me hicieron recordarlo todo, Rex al completo en ese beso. Me estaba mirando. Sentí el calor de sus manos.

—Fue horrible. Estaba trabajando en la inauguración de un concesionario. Pagaban bien —dije. Parecía que me estaba excusando por hacerlo, aunque esta vez Rex ni siquiera se inmutó por el tipo de trabajo. Y hubiera estado bien pagado si la cosa no hubiera acabado con una factura por el servicio de ambulancia.

»No sabía nada —continué—, nunca me había quedado embarazada, pero ese día me dieron unos calambres horribles y tuve que sentarme en el bordillo. Inmediatamente, al momento, alguien gritó: «Oye, el payaso se ha sentado», y fueron a llamar al encargado, que estaba en la oficina.

Rex me desabotonó la camisa. El satén se deslizó. La ambulancia era dorada por donde se colaba la luz alrededor de las sombras.

—Fue una pesadilla, Rex —me eché en sus manos.

—Lo siento —susurró—. Siento que hayas tenido que pasar por algo así.

—La cosa fue a peor —dije—. Cuando me puse de pie, sentí como mucha sangre, y me asusté, pensaba que me iba a desmayar, fui directa al baño. Llené el suelo del concesionario de gotas de sangre. Necesitaba quitarme el maillot, y tenía el pelo revuelto amontonado sobre la cabeza, y el maquillaje era un desastre.

Rex me rodeó con los brazos. Podría haber estado así para siempre.

—Me salió un sarpullido —seguí—, puede que por el maquillaje y el calor, no lo sé, pero estaba sudando y había muchos coágulos de sangre que parecían trozos enormes de gelatina marrón, y no sabía qué eran. Los puse en un trozo de papel, porque pensé que igual era el niño. En el hospital me dijeron que solo eran coágulos de sangre grandes. Llamaron a una ambulancia.

—Deberías haberme llamado —dijo.

Lo había llamado, como cien veces. Pero me encogí de hombros y le dije:

—No podrías haber hecho nada. Me hicieron una cosa a la que se refirieron como «procedimiento». Al parecer es algo que se llama «legrado».

Rex ni siquiera dijo nada de que no podíamos asumir la factura del hospital. Apoyó la barbilla en mi hombro.

—No paraban de llamar a nuestro bebé el «producto de la concepción» —seguí—. El legrado es para eso, para deshacerse del producto de la concepción. —Le cogí la mano y extendí sus dedos. Tenía las manos agrietadas. Me apretujó la espalda desnuda. Me retorcí y tiré de su camiseta—. Quiero sentir tu piel.

Se quitó la camiseta.

—Los pantalones también —dije.

Los codazos y rodillazos volaban mientras nos quitábamos la ropa. En la calle se oía la música del camión de los helados, y William dijo: «Hola, ¿cómo va?», y nosotros estábamos en nuestra casa diminuta, desnudos, y yo me aferraba a la piel sudorosa de Rex y me lo bebía de la cabeza a los pies. Había estado muy necesitada.

—Hueles a verano —presioné la nariz para oler su sudor caliente.

—Así que por eso te llaman Narizotas —dijo riéndose mientras se apartaba.

—No. Me gusta —susurré—. Colonia concentrada de Rex Galore.

La esencia destilada de Rex era mejor que la valeriana, la quimafila, que cualquier otra hierba. Le sujeté los hombros y volví a meter la nariz en su axila: qué piel tan suave. Él se echó a reír.

—Sí que está concentrado. De tres días, y uno en autocar —dijo—. Eso hace cosquillas.

—Podrías vender tu sudor como afrodisiaco.

—Solo a las locas —me tenía envuelta en sus brazos—. Pero no quiero compartirlo con nadie más.

Se oían los murmullos de William y Rollo. El paso de un coche.

—Es como si estuviéramos dentro de un huevo que aún no ha eclosionado, como si nos estuvieran incubando juntos.

—Un huevo de dos yemas —dijo.

Me encanta. Cualquier otro chico no hubiera tenido ni idea de lo que quería decir, hubiera pensado que era una rara por decir que estábamos dentro de un huevo. Cualquier otro chico no se hubiera quedado desnudo sobre un montón de disfraces dentro de una ambulancia en medio de la calle.

Besé su sudor. Se me quedó un pelo de su pecho en el labio.

—Nita, solo he venido un par de días, para que lo sepas. Tengo que volver a bajar —dijo.

—Hablando de bajar… —Le besé la línea de vello del vientre. Se le puso la polla tiesa, erecta, como un dedo largo y gordo.

Rex intentó subirme, cogiéndome por los hombros. Estaba pensando en el trabajo. Me dijo:

—… para un espectáculo. Escucha, Nita, es una audición que

tendrá lugar en Berkeley, en la Universidad de California, algo de un acuerdo conjunto con la Escuela de Payasos. Van a entregar cuatro becas Emmett Kelly. Si hago la audición, seré investigador de Desarrollo de Arte Comunitario.

No dejé que me subiera.

—Ya hablaremos luego de trabajo.

—Oye, escucha, tengo que hacer un número para la solicitud.

Saboreé todo el tiempo perdido lejos de Rex; su olor, su pelo, su piel…, escondían un mundo, un océano, una historia. Sus manos se relajaron y se dejó caer en el remolino de disfraces.

Fuera había un bebé llorando. Una mujer gritó: «Te dije que no te quedaras todo el puto día», a lo que una segunda voz respondió: «Lo sé, lo sé…».

Me senté a horcajadas sobre Rex, y me di en una rodilla con el guardabarros. La otra la tenía presionada contra un lateral de la camilla. Me cogió de los muslos, dejándose llevar. El sudor me recorría la espalda. Éramos como dos lagartos haciendo el amor bajo el calor de un terrario mientras el sol se elevaba hacia el cielo del mediodía. Me gustaba. El calor. Mi cura.

Luego me quedé dormida bajo aquel calor, tan profundamente que parecía que me habían drogado. Era la primera vez en más de un mes que conseguía relajarme lo suficiente para poder dormir. No fui capaz de quedarme despierta, me rendí.

Minutos, horas o años después vi a Rex a través de las pestañas, de rodillas, con los vaqueros medio bajados y sin calzoncillos. Se sentó y tiró de los vaqueros hacia arriba; luego se puso de rodillas y cerró la cremallera.

—¿Vas a ir a mear? —pregunté.

—Shhh, calla. Sigue durmiendo. Te hace falta.

—Contigo —dije cogiéndole la pierna y agarrando la tela vaquera.

—Venga, vamos dentro a dormir —dijo.

—No puedo —contesté—. Recuerda que nos han echado.

Se puso la camiseta.

—Nita, no creo que a Herman le importe que nos echemos en la habitación de atrás. Llevo tres semanas durmiendo en un sofá. Y he estado doce horas metido en un autobús para venir aquí. No puedo dormir encima de un montón de disfraces.

¿Estaba Rex yéndose de nuevo, tan pronto?

—No pongas esa cara —dijo—. Estaré dentro. Después de echar una cabezadita podemos ir a comer algo, o lo que sea. Quizá una birra.

Me tapé el cuerpo desnudo con una capa morada de satén que era parte de un disfraz. ¿Y si hablaba con Herman? ¿Y si Nadia-Italia me

delataba?

—Seguro que duermes mejor sin mí. Puedes estirarte, relajarte…

Había una mancha gomosa en la capa, piel falsa de esa que brilla en la oscuridad que se fundió durante una actuación. La rasqué como si fuera una costra, y entonces le dije:

—No te vayas. Por favor. Quédate. —Quería que estuviera conmigo y no quería que socializara, y era un momento crucial.

Salió por la puerta trasera. Me balanceé hacia delante, me apoyé sobre las rodillas y lo seguí con la mirada como atrapada por su estela. Un niño pasó por la calle montado en bicicleta. Me sujeté la capa más fuerte, el satén era como una segunda piel, pero más fresca.

—Entonces, qué… ¿Tú vivirás dentro y yo aquí fuera?

Él se colocó la camiseta y se pasó una mano por el pelo.

—Solo de momento, boba. Encontraremos un sitio para los dos. Aquí o en San Francisco. Donde sea.

Me abracé a la capa de satén y meneé los dedos de los pies.

—¿Cuándo?

—Cuando tengamos dinero. Después de la actuación de Berkeley; cuando tenga noticias de la escuela, sepa si estoy dentro y consiga un trabajillo. Entonces sabremos cuánto tenemos, ¿vale?

Acaricié los disfraces que tenía debajo de mi culo desnudo.

—Anda, entra. Dormir es gratis.

—Nita, llevo todo el mes en la carretera. Necesito una cama.

Se me acababan las opciones.

—Bueno, si entras —dije—, evita a Herman. Y a Nadia- Italia. Está loca. No te puedes fiar de ella. —Era lo único que me quedaba.

—Gracias por la advertencia. —Se volvió hacia la casa y vio el jardín—. Oye, ¿qué ha pasado? La hierba está chamuscada.

—No preguntes. Un asunto muy delicado con Herman… Nada que quieras sacar a colación, ¿vale?

Rex empezó a dejar caer las puertas. Ya solo oía su voz y veía la mano con la que todavía sujetaba la puerta.

—¿Esas son mis antorchas de arce? —preguntó—. Parece que están chamuscadas.

Me hice la loca.

—¿Rex? —Abrió la puerta y volvió a estar a la vista. Los bises, el Espectáculo de Rex Galore—. ¿Puedo ir contigo, a lo de la actuación de Berkeley? —pregunté.

Me puso una mano en el tobillo y me masajeó la espinilla. Era una mano musculosa y fuerte.

—Cuesta dinero, Nita. Si vienes de visita, ¿cómo vamos a ahorrar para una mudanza de verdad?

—Ganándonoslo. Esa es la parte fácil. —Yo llevaba trabajando desde los catorce años.

—Hay que ir paso a paso. Piensa en el ahora como en una inversión. Me vuelvo, consigo la beca y ya luego ponemos cada pieza en su sitio.

Una de las puertas se cerró. Me incliné de nuevo hacia delante.

—¿Rex?

—¿Sí?

Estaba esperando, con la segunda puerta medio cerrada, con los dedos alrededor de ella y parte de la cara todavía visible. Una mujer aparcó el coche detrás de él.

—Estamos bien, en general, ¿no? Porque estamos juntos en esto. Lo de ser payasos y tal. Llegaremos donde queremos estar.

Rex asintió mientras entornaba los ojos por el sol.

—Prométeme que no vas a hablar con Herman —le dije—. Y si necesito algo de la habitación, te lo pido por la ventana. Me podrías pasar las cosas, ¿vale?

—Claro. Te las pasaré. —Se inclinó hacia mí, me dio un beso y soltó la puerta de la ambulancia para cerrarla.

20.

DE CABEZA POR UNA CUESTA ESCURRIDIZA

La ambulancia era como el casco de un barco vacío, un vientre sin bebé. Estaba tumbada desnuda sobre los trajes; los brazos y las piernas me pesaban por el calor. Yo era un cuerpo, pero no el bebé del vientre de la ambulancia; era tejido fetal, restos de placenta. El satén de la capa morada me cubría el vientre, suave y liso. Escuchaba voces cantar como los pájaros a lo largo de la calle. Intentaba dormir. Después de un rato, oí la suave cascada de la risa de Rex no lejos de la ventana de la ambulancia. ¿Estaba afuera?

Cada vez que hacía reír así a Rex, bajito y de verdad, me ganaba un lugar en el cielo.

¿Es que volvía al coche? Quizá ya estaba listo para salir un rato. Listo para dejarme envolver su pierna con la mía por debajo de la mesa de algún restaurante con aire acondicionado. Retiré la cortinilla. Rex estaba en el porche, con su bolsa a los pies, y el monociclo estaba en el sendero que llevaba a la casa, como si ni siquiera hubiera llegado a entrar. Estaba hablando con un payaso delgado y pequeño con camiseta a rayas que me daba la espalda. Rex estaba de pie, con las piernas abiertas, y tenían una maza de malabares quemada bocabajo sobre la palma de la mano. Tenía aspecto de estar receptivo y animado, movía las cejas. El otro tipo llevaba unos vaqueros cortados negros que dejaban ver sus piernas blancas, botas grandes y un bombín.

Un momento… no era un hombre. ¡Eran las piernas blancas y patizambas de Crack! El bombín era el de la rutina de Chaplin. Rex y ella estaban charlando entre bromas en el porche, y él estaba apoyado en la barandilla como si tuviera todo el tiempo del mundo.

Busqué entre los disfraces del suelo algo que pasara por ropa: una bata de terciopelo, unos pantalones amarillos gigantes, un sombrero de chef que no me servía de nada… Quería llamar la atención de Rex, pero no así. Seguí buscando. Fuera, Crack señalaba la calle con el brazo; quizá estuviera contando una historia. Subía y bajaba la voz, sus palabras sonaban amortiguadas. Rex la escuchaba como si le

importara.

Encontré un vestido de payasa rojo con lentejuelas, arrugadísimo, tres tallas más grande, con una calva en la parte del culo, y tenía un volante naranja en el escote, pero de algún modo era un vestido sexi. Me lo puse y me ajusté los tirantes a la espalda con un pañuelo.

Me empolvé un poco la cara, me puse un poquito de delineador y, justo mientras me perfilaba el labio inferior, ya casi lista, oí que alguien llamaba con tres golpes fuertes en el casco metálico de la ambulancia, haciendo eco: pum, pum, pum.

Las paredes reverberaron. ¡Pegué un bote! Una línea roja en la mejilla. Mierda.

Volví a oír los golpes: pum, pum, pum. Me froté la mejilla con la palma de la mano. Se abrieron las puertas traseras. Entraba la luz del sol, que tapaba la silueta de Crack, ataviada con el bombín.

—¡Yuju! —dijo la silueta—. Mi pequeña bendición disfrazada. ¿Qué haces toda maqueada?

—Te agradecería mucho que la próxima vez llamaras a la ventana. —Golpeé la ventana con los nudillos para mostrarle el delicado sonido del cristal: clin, clin, clin—. Como si fuera un timbre.

Volvió a dar un golpe en la puerta del coche. Pum. Me limpié la mancha roja de la cara.

—Te veo genial —dijo—, pero un día tarde y con unos dólares menos. ¿Dónde has estado?

—¿Yo? —¿Desde cuándo le importaba a Crack dónde hubiera estado yo?—. Bueno, estaba en el Bocadillos y Pitillos, y me encontré a Rex… y hemos estado aquí…

Me cortó:

—Un trabajo. Algo muy fácil. —Y, vocalizando lentamente, como si tuviera que leerle los labios, dijo—: Lo único que te pedí es que te pasaras. ¿Tan difícil era?

—¿Un trabajo? ¡Mierda! Se me olvidó. —Después de la sesión fotográfica me dejó caer lo del trabajo. Hacía siglos—. No lo apunté.

—¿Y de quién es la culpa? Prometí que seríamos tres chicas; no fue ninguna. Solo yo, que cuento como, no sé, media chica. Pero hice lo que pude, me puse mona.

—¿Matey no fue?

—Matey estará fuera de escena por unos días. Se ha roto un brazo. Según ella, un acto de coulrofobia, pero yo no me lo creo.

—Lo siento, Crack, de verdad —respondí.

—Un «lo siento» no es suficiente en un barrio pequeño como este —negó con la cabeza—. El mundo de los payasos se basa en la reputación. Con ese trabajo podría haber conseguido otros gracias al boca a boca, algo que no volverá a pasar.

—Así que un trabajo… —Hubo un tiempo, antes de conocer a Crack, en el que un trabajo podía suponer los ingresos de todo el mes.

—Correcto, y pongamos que esa gente se lo dice a dos personas, y esas dos personas contratan a otra gente para su próxima fiesta. ¿Cuántos contactos más hemos podido perder por no hacer este espectáculo? No quiero saberlo, pero esto es cosa del cara a cara, Nari. Son negocios.

—Lo siento…

Me cortó:

—Personalmente, no me importa cómo estés. Me importa cómo trabajas. Necesito que en mi circo todos los payasos remen en la misma dirección, sobre todo hasta que Matey esté operativa de nuevo. Pero, mira, se acabó el sermón, estoy dispuesta a hacer un trato. Si quieres compensármelo, y a ti misma económicamente, hay dos tipos que quieren una cita payasa. Tú y yo.

Ella sabía exactamente lo que le iba a decir.

—Crack, no soy una prostituta.

—Quién lo diría. —Me tiró del vestido naranja—. Termina de pintarte los labios, bonita, que ya estás lista.

Me miré en el espejo para terminar de pintarme los labios, pero no por Crack. Eché un vistazo rápido por la ventana lateral y vi que Rex había vuelto dentro.

—Soy artista, una payasa. Es cuestión de arte, no de sexo.

—No te engañes. Es cuestión de dinero, y de ego.

Era cuestión de Rex en aquel momento y, sí, Rex y yo necesitábamos pasta. Me ahuequé el pelo quemado.

—A ver, no te estoy pidiendo que le hagas una mamada, solo que pases un rato con él. Es fetichista, y eso da pasta, en serio.

—¿Nada de sexo? —pregunté—. No me lo creo.

—Nada de sexo, pero gran pasta. —Crack se llevó una mano al pecho mientras levantaba la otra enseñándome la palma—. Te lo juro, y mira, tengo una mano en el corazón, o lo que sea que Dios me diera en su lugar. —Su voz retumbó. Me estaba bloqueando la salida. Era como un conejo en una jaula, un mapache en una trampa—. Para ese tío, satisfacer su fetichismo es como echar un polvo.

—¿Cómo de grande? —pregunté.

—¿Cómo de grande? No es que haya comprobado los atributos del tipo, todavía no me ha soltado la pasta. —Enganchó los pulgares en las sisas de la camiseta de tirantes que llevaba e hizo un chasquido.

—No me interesan sus atributos —contesté—. Me refiero a lo que nos va a pagar. ¿De cuánta pasta hablamos? —Cuanto más rápido ganara dinero, más pronto sorprendería a Rex; le impresionaría con mucha pasta, y empezaríamos nuestra vida en común lo antes posible.

Necesitaba sacar a Rex del barrio antes de que supiera más de lo que quería saber…, o más de lo que yo quería que supiera.

—Te lo digo, está que regala los billetes. Cobraremos una parte por adelantado, que nos invite a unas copas, y luego renegociamos la pasta, a medida que pase la noche… No te miento, Nari. ¿Y eso? —dijo mientras metía un dedo en el montículo chamuscado en el que se habían convertido las tetas colganderas.

—¿Esto? —me encogí de hombros—. Yo lo llamo «el Espectaculazo». Estoy trabajando en ello. —Después del incendio necesitaba ponerle unos parches.

—Oye, ¿y por qué reservarlo para la obra? —preguntó—. La cosa es que el arte no da dinero, pero existe el arte de ganar dinero, y yo lo llevo en la sangre. Y tú también, creo yo, si te pones el megaculo. Solo hay que innovar. Hazme caso, yo te enseñaré cómo.

Si ganaba suficiente pasta, sería mi último número con Crack. Ya no tendría que trabajar con ella.

—Vale —dije—. Pero con condiciones: nada de sexo y mucha pasta. —Pero cambié de opinión al momento. ¿A quién estaba intentando engañar? Una cita payasa era igual a sexo. Siempre lo era —. No, no puedo hacerlo. Las citas no forman parte de mi repertorio. Tengo que poner límites… Jamás de los jamases.

Yo era artista.

—Oye, es un trato fácil. Te llevarás una parte, y te voy a decir una cosa con sinceridad… Tienes algo que yo no tengo: buena presencia de payaso, eres natural. A los chicos les gusta —dijo—. ¿Conoces los edificios abandonados que hay al final de King's Row?

¿Las Ruinas? Nuestras Ruinas. Un lugar privado que ahora era público, o puede que fuera un lugar público que era privado en mi mente y mis recuerdos.

—Sí, claro.

—Genial —respondió—. Nos vemos allí mañana por la noche, a las nueve. Tiene una furgoneta verde grande.

Una furgoneta verde grande, en Las Ruinas. Y nada podría arruinarlas más que una cita payasa cutre en el mismo sitio donde tuvo lugar mi gran historia de amor.

—No puedo hacerlo, Crack —titubeé.

—Es fácil. Solo tienes que ponerte sexi, actuar…, más o menos como ahora mismo, quizá. Mierda —dijo Crack—. Odio ser *protadora* de malas noticias, pero…

—Portadora —dije mientras el vestido se me caía por un hombro; me lo coloqué.

—¿Cómo? —preguntó Crack, que se agachó detrás de la puerta abierta de la ambulancia y miró a través del cristal esmerilado con la

cruz.

—Has dicho *protadora*, pero es *portadora*.

—¿Quién es la *protadora*?

—No, portadora. Tú eres la portadora de malas noticias.

—No sé de qué me hablas. Lo que quería decir es que tengo una mala noticia: la pasma, por detrás, viene hacia nosotras. Después hablamos. —Se escondió junto a la puerta abierta.

Salí de la ambulancia, bajando primero un pie desnudo y luego el otro, y me siguió una pila de ropa que se me había pegado a la piel caliente. Tenía las rodillas entumecidas de estar arrodillada. Agachada al lado de Crack, eché un vistazo por la puerta trasera abierta. Era Jerrod, con la cuña al frente como si fuera un escudo de plástico blanco. Giró donde la acera se convertía en el sendero de cemento estropeado de Herman y se dirigió a su casa. Lo que faltaba.

—Lo conozco —dije; tenía que detenerlo—. Cuenta conmigo.

Necesitaba el dinero para enderezar mi vida. No podía seguir perdiendo el tiempo como si fuera un conejo enjaulado. Berkeley, allá vamos.

Estaba a punto de llamar a la puerta. ¿Cómo podría seguir diciendo que no estaba saliendo con un policía si Jerrod preguntaba por mí por mi nombre de payaso?

—Jerrod.

Bajó la mano y se dio la vuelta; se sorprendió, sonrió y se acercó despacio. Crack y yo éramos como niñas disfrazadas jugando en la calle, y la ambulancia era nuestra caja de juguetes. Jerrod dio un golpecito en el lateral de la ambulancia a modo de saludo. Sonó como una campana.

—Tú debes de ser el *protador* —dijo Crack, inclinando el sombrero —. Y yo debo irme. Nos vemos, Nari. Buena suerte. —Se escabulló.

—¿Quién es tu amiga? —señaló la espalda a rayas de Crack mientras huía.

Cogí la cuña y la lancé por encima del hombro hacia el montón de utilería.

—Jerrod, ¿qué estás haciendo aquí? A mis compañeros de casa no les hace gracia que vengas.

—Bueno, hasta donde yo sé, la calle es de todos. Como policía, es mi deber salir a patrullar. —El Señor Inocente alzó las manos abiertas —. Además, te dejaste tu aureola en el coche. Pensé que la querrías.

—Lo digo en serio. No puedes llamar a mi puerta, con mis cosas… —Recogí un puñado de pañuelos que estaba en el suelo, una boa de plumas errante.

—Al final no te echaron… —Con la palma apoyada en el marco de la puerta, se inclinó hacia el interior de la ambulancia y echó un

vistazo—. Te lo has montado bien aquí. ¿Para qué necesitas una casa? —Cogió la capa morada de satén y se la echó sobre los hombros. Superman.

Me estiré para coger la capa y me acerqué justo cuando me la daba; nuestros dedos se rozaron. Chispas. Un saludo silencioso. Retiré la mano, hice un gurruño con la capa y miré para otro lado. No le conté que ya estaba viviendo en la calle, que dormía en la ambulancia, quebrantando alguna ley de vagos y maleantes todas las noches. En su lugar, le dije:

—Estoy pasando por una situación delicada, y tu presencia no ayuda.

—Nari, eres consciente de que… no estás en la cárcel.

De momento, pensé.

—Puedes elegir a tus propios amigos —continuó él.

—Es porque eres policía —dije enseguida.

—No soy policía todo el rato. Ahora mismo no estoy de servicio. —Buscó torpemente su placa.

Yo no dejaba de vigilar la casa mientras doblaba un pañuelo muy largo en cuadraditos.

—Llevas el uniforme puesto, y aunque no lo llevaras…

Jerrod observaba lo que hacía. Dijo:

—¿Y tú? ¿Estás trabajando ahora mismo o es que simplemente prefieres la ropa de payaso?

Me subí el tirante del enorme vestido rojo de payasa que me caía por el hombro.

—Da igual, sigo siendo payasa, y tú sigues siendo policía, estemos o no trabajando ahora mismo. Y los payasos, la policía… Vivimos en mundos opuestos.

—Narizotas, si eso es lo que quieres y no lo que quieren tus amigos, vale —dijo—. Iré por el otro lado de la calle, pero podrías intentar dejar pasar lo del uniforme, el trabajo de policía… Cuando yo te veo a ti vestida de payasa sé que hay algo más debajo del disfraz. —Señaló la casa con la cabeza—. Eso tendría que importar algo.

—Claro que sí, pero… Es mejor que te vayas. Sigue con la ronda. Aquí no hay nada que ver, ¿no?

—Excepto tú —respondió él.

La puerta principal de la casa de Herman se abrió. Era Rex. ¡Rex! Mi salvación. Era mi oportunidad para aclarar las cosas, podría presentarlos, dejar constancia de quién era mi hombre.

—¡Rex!

Rex, mi rey, le echó un ojo a Jerrod, y todo él pegó un bote. Se le tensaron los hombros. Incluso los rizos se le tensaron. Retrocedió rápidamente, entró y cerró de un portazo.

¿Estaba asustado?

Jerrod ni se inmutó, sino que se mantuvo firme y tranquilo.

—¿Lo ves? —dijo—. ¿Aún sigues creyendo que eres la única marginada del barrio? Sé lo que es caminar por Declivetown de uniforme todo el día. Todo el mundo me mira. La gente huye. Se esconden. Sueltan su lo-que-sea-que-es-eso de plástico —dijo mientras daba un golpecito en la cuña—. O vienen a mí con expectativas. Sea como sea, se podría decir que no suelo tener citas… La gente no me ve como un tipo cualquiera que está haciendo su trabajo. Solo ven el trabajo. —Me quitó un hilo suelto que colgaba del enorme vestido—. Sé más de lo que crees.

Dentro de la casa, vi la sombra de Herman pasar por la ventana del salón. El sol daba en el cristal. Vi que la cortina naranja se agitaba, igual que mi corazón. Rex estaba escondido, mirando desde dentro, viéndome hablar con un policía.

Rex, mi público.

Vi la cortina naranja caer detrás de Jerrod, como si fuera el final de una obra, de un acto. El acto de Rex. Ese en el que se suponía que yo era la estrella. ¡No quería que terminara! Rex y yo teníamos todo un espectáculo por delante, una vida. Jerrod me tocó el brazo. Y yo contuve la respiración.

21.

GRÁNULOS Y RUINAS

Bueno, iba a tener una cita payasa por la pasta. Solo era una cita, nada de sexo. Con eso completaría mis ahorros, seguiría a Rex hasta Berkeley y viviría feliz en el mundo artístico de los payasos y comería perdices. La cita, Crack y el payasado empresarial se fundirían en la tenue niebla de una pesadilla.

En Las Ruinas, la furgoneta asomaba en la oscuridad como un peñasco, el barranco por el que estaba a punto de tirarme. Llevaba la parte de arriba del disfraz de mujerona remendado debajo del vestido rojo de lentejuelas. Hice un apaño rápido con cinta aislante para la ocasión. Llevaba unos Manolo Blahnik de imitación de estilo payaso; puse un pie sobre la gravilla del solar y me tambaleé. Los pechos colganderos se menearon. Se abrió la puerta de la furgoneta y Crack salió precipitada, botella en mano, bajo la danza del polvo del atardecer.

—¡Aquí está! —gritó Crack—. Nuestra señorita payasa de la noche.

—No soy *la payasa de la noche* —dije en un susurro, puede que solo para mí—. Soy una artista —dije más alto, a todo el solar, como intentando convencer al mundo. Después me tropecé con una vara de acero corrugado, me enganché el vestido, me agarré con una mano a un bloque de hormigón y me despellejé la palma quemada.

—Eso es —dijo Crack—. ¡Nuestra artista, la estrella del espectáculo!

Detrás de ella asomaba un moño de pelo rubio claro con forma de ramo de flores que tapaba la luz de la luna; un hombre se bajó de la parte de atrás de la furgoneta.

Me enderecé, me puse de pie y me limpié con las manos mientras Crack se acercaba; me cogió de la mano. Me pasó la botella. El cuello estaba caliente de haberla estado sujetando. Freixenet.

—Te presento a tu pareja para esta noche, Rico Johnson. —Ella lo señaló moviendo la mano—. Rico, te presento a Culito Rico.

Me dio una palmadita en el culo, con tanta fuerza que me echó hacia delante y el champán se salió por la botella como un chorro de

luz de luna.

—¿Qué tal, Culito? —Hablaba bajo. Llevaba un traje bonito, oscuro y de buen corte.

—¿Rico? —pregunté—. ¿Es su nombre o su situación fiscal?

Él se rio.

—Muy Mae West, justo lo que había pedido.

Pedido. No me gustó cómo sonó aquello.

—Para ti, ese es su nombre —contestó Crack, presta. Me hizo un guiño, que en el lenguaje de signos de los payasos significaba «no hagas preguntas».

El hombre tenía la barbilla estrecha, las mejillas rojizas y una mirada demasiado ausente. Me recordaba a alguien, me resultaban familiares su tupé y sus mejillas rojizas.

—¿No nos hemos visto antes?

Él se rio de nuevo, nervioso esta vez.

—Hagamos como que no —dijo mientras se estiraba los puños de la camisa.

Cómo no, los amantes de los payasos prefieren mantenerse en el anonimato.

—No la cagues, Narizotas —susurró Crack, que me envolvió el cuello con los brazos y me dio un beso en la mejilla, como si estuviéramos escenificando una especie de momento lésbico entre payasas; todo era una actuación hasta que me siseó en el oído—: Haz bien tu papel y en veinte minutos se habrá terminado y serás el bufón más rico de Declivetown, fuera de coña.

Fingió reírse, muy alto, como si nuestra asamblea fuera una gran fiesta. Una gran mentira. Rico miró por encima del hombro, lo que me permitió ver su perfil: su nariz larga, su barbilla afilada y el destello de sus dientes, y ese destello fue lo que me hizo recordar dónde lo había visto exactamente: en el pasillo, al acabar el número de Chaplin. El rubito aquel. Llevaba otro peinado. Y en la feria, el día que me desmayé, merodeando con otro chaval con tupé, los dos juntos. El peinado era parte del atuendo, pero era la misma persona. No era una cita payasa cualquiera, era algo personal. Me crucé de brazos, con la botella de champán del súper pegada a la cadera. Crack me cogió las manos, como si estuviera intentando relajarme.

—¿Vas a ser una aguafiestas o vas a ser el alma de la fiesta? —susurró—. Aquí solo hay sitio para lo segundo. Te necesito, somos un equipo. —Me colocó el vestido y el falso escote.

Estábamos cara a cara.

—¿Por qué no me lo dijiste? —susurré.

—¿Decirte qué, payasuela? —me cogió el champán de la mano.

—Me la has jugado. Ya conocemos a este tipo, es prácticamente un

acosador.

—No lo conocemos. Es tu acompañante. Esto es una cita, ¿vale?

Se dio la vuelta. La seguí hacia la furgoneta. Un segundo hombre, más bajo, salió precipitadamente por la puerta abierta de la furgoneta, con el pelo pegado a la cabeza, como si fuera un gorro, y entonces vi que era un gorro. Crack le cogió la mano. Ella se había quedado con el bajito y me había dejado con el Señor Rubio y Repeinado.

Yo no estaba lista todavía para irme con mi acompañante.

—¿Podemos hablar? —pregunté a Crack.

Crack miró a Rico, con su pelo brillante y claro como la luz de una farola. Luego me miró a mí.

—¿Tú y yo…? —preguntó— ¿O te refieres a… como parte del número?

Una cita no era un número en mi mundo.

—Tú y yo, en privado.

El rubito se encogió de hombros y dio el visto bueno. Crack y yo nos adentramos en la oscuridad.

—No puedo hacerlo, Crack. Me siento como una puta —dije.

—Es pan comido —respondió ella—. Deja que él se encargue de todo. Lo único que quiere es fantasear, quizá manosearte un poco la peluca. Hay chavales de estos a patadas y son más tontos que un lápiz, en serio.

—Pero ¿por qué este? Ya ha visto nuestros números. No quiero ser la razón de sus erecciones.

Crack sacudió la cabeza.

—¿Y qué pasa si ya ha visto nuestros números? Le gusta que te abras.

—¿Que me abra? —me quedé pálida.

—Que te abras a tu público, quiero decir. No tienes que abrirte de piernas.

Tenía la boca seca; me entró pánico de repente.

—Es como si estuviera engañando a Rex. No está bien. Quiero a Rex, y él confía en mí. —Lo que no le dije fue que también sentía que estaba engañando al arte. A mí misma.

Crack se echó a reír, y no era su risa resentida o falsa, sino carcajadas, enormes y reales.

—Ay, Dios —dijo ella—. ¿Todavía estás pillada por Rex? Y pensábamos que Matey era la sadomasoquista del grupo…

—¿Pillada? —pregunté—. Estamos enamorados.

—Madre mía… El guapo de Rexie vuelve a la ciudad y te conviertes de nuevo en su marioneta. No vayas a pensar que Rex no ha tenido su ración de citas payasas.

Mi corazón se convirtió en un globo lleno de nudos, un reloj parado.

—¿Qué quieres decir?

—¿El numerito del pollo…? Un clásico. Joder, incluso yo caí hace tiempo. —Me pasó un brazo por los hombros—. ¿Cómo crees que pagó la flota de monociclos?

—¿Qué estás diciendo? —Su brazo me pesaba. Traté de quitármelo de encima, igual que me hubiera gustado quitarme de encima aquella información nueva, una verdad probable.

—No sé de qué te sorprendes, pequeña Nari. Estás dándole mucha más importancia de la que tiene. —Forzándome levemente, me guio hacia la izquierda, y luego otra vez hacia la izquierda, y dimos media vuelta para volver a la furgoneta. Los chicos estaban fuera dándole a la botella—. Métete en el juego —continuó—, representa bien tu papel. Si decides no repetir, no lo haremos. Te doy mi palabra.

Estaba paralizada. ¿Rex y el número del pollo de goma? ¿Qué quería decir? Plucky. Plucky la gallina, que incluso llevaba en la bandolera rosa en ese momento. ¿Con cuántas payasas había estado Plucky?

—Lleva tú las riendas de la cita —susurró Crack—. No hagas nada que no quieras hacer y ya está. —Me quitó el brazo de los hombros—. Ya tengo el anticipo, pero fija el precio que quieras según avance la cita, y asegúrate de que te dé la pasta antes de que termine.

Los enormes tacones hacían que me tambaleara por culpa del cemento roto.

—La casita de juegos para vosotros. Nosotros ya nos buscamos otro sitio.

Crack cogió al hombre bajito de una de sus gruesas manos. Los observé trepar por un montón de viguetas rotas y desaparecer en la oscuridad.

—Ven —dijo Rico Johnson desde la cueva oscura que era la furgoneta.

Yo estaba allí para hacer un trabajo, no un trabajo manual, no una mamada, pero la lógica era la misma: cuanto antes empezáramos, antes terminaríamos. Me remangué el vestido. Se le soltaron algunas lentejuelas, que cayeron al suelo mientras brillaban, donde quedaron atrapadas entre los escombros. Le cogí la mano. La tenía húmeda. Con un paso grande, me subí a la parte de atrás de la furgoneta. Se acercó para cerrar la puerta. Le intercepté con el codo.

—Mejor dejamos la salida libre, como la barra. —Una vía de escape rápida.

Él se encogió de hombros.

—Es tu número. —Me gustó cómo sonó eso. Mi número. Luego dijo

—: Además, no hay nadie aquí. Solo tú y yo. Por cierto, pensaba que los payasos no hablaban.

Levantó una mano con intención de cubrirme la boca y me guiñó un ojo. Eso no me gustó, pero era parte del fetichismo: mutismo, no amotinamiento.

Cerró la puerta lateral y descorchó otra botella de champán barato. El corcho salió disparado y golpeó el lateral de la furgoneta como si fuera una bala. Me agaché. Me pitaron los oídos. Él estaba sentado, encorvado como un buitre, en un tablero de madera estrecho e incómodo que había anclado a una pared curva de la furgoneta a modo de banco. Dio una palmadita en el tablero, a su lado.

Me agazapé sobre el guardabarros. Me ofreció champán en un vaso de plástico, pero retiró el brazo y se lo llevó a la boca; después, como parte de su propio número, alzó las cejas a modo de pregunta: *¿bebes?*

Me abaniqué con las manos, a la altura de las tetas colganderas, moviendo el aire, algo que en lenguaje de signos significa *no, no, no*. Tenía las tetas apiñadas sobre las rodillas.

Tiró el vaso de plástico, le dio un trago a la botella, se limpió la boca con la mano y murmuró:

—Haz malabares con algo. —Me pasó rodando una botella de cerveza vieja.

No la cogí, pero busqué en la bandolera las bolas de malabares, fui hacia la puerta abierta andando como una gallina y saqué un pie.

Rico me cogió del vestido.

—¡No, no! El número se hace aquí dentro.

El vestido se estiraba como una cuerda elástica; las lentejuelas salían despedidas como fuegos artificiales mientras yo planeaba entre la brisa fresca y un aire fétido.

Señalé al techo, una versión simplificada del lenguaje de signos de los payasos para indicar que era demasiado bajo para hacer malabares.

—Vamos a ver —dijo mientras tiraba de mí hacia la oscuridad de la furgoneta, envolviéndome con los brazos y acercándose por detrás. Ambos estábamos de rodillas sobre la moqueta apelmazada. Me corté la rodilla con algo que había en el suelo—. Quiero sentir tus bolas mientras haces malabares —dijo; su respiración era un jadeo agónico —. ¿Lo pillas? ¿Bolas, malabares…? Siempre pienso en eso. Desde que iba al circo de pequeño —dijo mientras me tocaba de pasada las tetas colganderas.

Me sujetaba con fuerza. Tiré una bola e intenté lanzarme a por ella, pero no podía moverme. La bola chocó contra el lateral de la furgoneta, rodó y se quedó en una esquina enmoquetada.

Me subió el vestido. Traté de zafarme de sus brazos.

—¿Por qué te resistes? Tengo pasta. —Con un brazo todavía a mi alrededor, se sacó la cartera del bolsillo. Esta se abrió. La agitó como un niño que simula que la cartera es una gaviota, y la gaviota tiraba billetes. Los billetes planeaban y él se reía.

Se desabrochó el cinturón y el pantalón le cayó demasiado alegremente por las rodillas. Rico susurró:

—¿Notas mi enorme globo con forma de perro?

Su aliento era turbio, con un regusto rancio por la marihuana y la acidez del champán. Se empezó a frotar contra mis muslos. Cedí ante la presión de su cuerpo, con las manos apoyadas en los billetes esparcidos por la moqueta sucia

—¿Lo notas?

Sí que lo notaba. Asentí y rompí una regla.

—¿Es un globo enorme con forma de perro o un cojín de pedorretas? —dije en alto—. ¿Quizá te has olvidado de inflarlo?

—Oye, chist, chist, chist. Dámelo todo, Culito. —Siguió frotándose, ahora con mi ropa interior. Me retorció el pezón de una de las tetas colganderas, pero no era un pezón de verdad. Era cinta aislante, y se quedó con ella en la mano; la tela chamuscada cedió. Empezó a llover arena.

¡Le gustó!

—¡El número de la payasa lactante! —dijo—. Es mi día de suerte. Qué afortunado.

—Más bien *granulante* —dije yo entre dientes.

Él gruñía y empujaba mientras decía lo suertudo que era. Lo único que nos separaba era la fina línea de mis bragas, mi ropa interior de algodón, y yo daba las gracias por esa línea fina que no dejaría que fuera traspasada. Qué suertudo, qué suertudo… Deslizó los dedos por dentro de mi ropa interior.

La había traspasado.

Lo único en lo que pensé fue en escapar. No quería que metiera su canutillo de monedas en mi monedero. Él gemía, sudaba, empujaba los dedos. Mi piel estaba en contacto con la piel de Rico, y era como tocar un pollo de goma, y me hizo pensar en sangre amarga y plumas recién arrancadas. Cuanto más cerca estaba de su piel más pensaba en las colas de un bufé barato, en jamón y margarina procesados, y en toda la pseudocomida que ojalá nunca hubiera comido. Rico era como un sándwich de jamón que gruñía, como un truco de leche falsa que sale mal ¿Y de quién era la culpa, mía o de la sociedad? ¿De Kafka o de la cucaracha? ¿Del público o del director? Yo era la única allí; tenía que poner fin a la cita. Pillé a Rico Johnson desprevenido y me zafé de él. ¡Tachán! Me fui gateando y me caí por el lateral de la furgoneta.

¡*Voilà*!

—Culito, no te vayas. Así no —dijo Rico. Me embistió. Forcejeamos en el suelo polvoriento, sobre el cemento roto. Las lentejuelas del vestido eran como pequeñas garras.

—Se acabó —dije—. No puedo hacerlo.

Se sentó. Me alejé rodando y me sacudí el polvo. Ambos respirábamos con dificultad, seguramente por razones diferentes. Él se pasó un par de dedos por su alto tupé. Tenía los ojos hinchados, parecía cansado, más viejo que hace apenas unos minutos.

—Mira, hago esto por diversión. Me ayuda a relajarme después de una intensa semana de trabajo. Como dice el anuncio, es un buen momento. Sin bromas. Pero, si no es tu caso, al menos déjame que te pague.

Para algunos de estos tipos pagar es la mitad del fetichismo.

Cogió un puñado de billetes del suelo de la furgoneta. Aparecieron tres focos peinando la zona. Con el mismo alboroto que en la presentación de una carpa de circo con tres pistas, las luces danzaban en círculos, creando sombras en las paredes derruidas, hasta que todas apuntaron al mismo lugar: el sitio donde estábamos el rubito y yo. En primer plano, en la pista principal, actuando para un público de policías.

El dinero revoloteaba como si fuera confeti.

—No se muevan —una voz retumbó a lo largo de Las Ruinas.

La teta colgandera que quedaba sobresalía como el ojo de un cíclope. La otra era un saco vacío.

—¡Que nadie se mueva! —dijo la voz—. Quedan detenidos.

Rico levantó las manos como si supiera de qué iba aquello. Seguí su ejemplo. Nos estaban deslumbrando. Los policías se acercaron bordeando un muro bajo y destartalado. Uno se tropezó.

—¿Jerrod? —pregunté, con esperanza, nerviosa, buscando una red de seguridad. No hubo respuesta, Jerrod no estaba. Ningún agente aliado me esperaba entre bastidores.

Nos acusaban de prostitución, mantener relaciones sexuales en un lugar público, allanamiento, exhibicionismo y de no ir adecuadamente identificados.

Estaba en la comisaría.

—¿Exhibicionismo? Estas tetas son falsas —dije.

—Muchas lo son. Eso no implica que sean legales —dijo una policía que estaba rellenando unos papeles.

Me saqué el carné de payasa del sujetador, todo sudado. Las fotos de mi familia salieron volando; ahí estaban mis padres. Cogí la foto rápidamente y me la guardé de nuevo, junto a mi piel, no quería que mis viejos me vieran en la comisaría. Deslicé el carné por el escritorio. Nadie lo cogió.

—Una identificación legal —apostilló un policía—. Coge esa tontería, bonita.

—No soy prostituta —dije—, soy payasa y estoy afiliada al sindicato. Esa identificación es la prueba.

—Payasa, prostituta… ¿acaso son mutuamente excluyentes o redundantes? —dijo la mujer que estaba con el papeleo.

—O un oxímoron —contesté—. ¿Te has parado a pensar en ello alguna vez?

Oí que alguien se reía por detrás.

—Vale. Supongamos que no eres una prostituta —dijo la policía—. ¿Cuál es tu versión? ¿Por qué ibas toda arreglada si no te esperaban en ningún sitio? ¿Sola y acicalada?

—¿Por qué las payasas prostitutas ganan tanto? —dijo otro policía que pasaba por allí, con manchas rojas en la cara y las orejas grandes. Su cuello…, bueno, no tenía cuello. Después de una pausa dramática, entre resoplidos y silbidos, dijo—: Porque tienen un cliente en cada manga. ¡Ja!

—Tienes tanta gracia como un grito de socorro.

—Gracias. —Se fue cruzando la sala entre jadeos y resoplidos.

—Prejuicios —dije—. No os gustan los payasos y, como yo soy una payasa, me maltratáis.

Se acercó otro policía.

—Así es… No nos gustan los payasos. ¿Por qué iban a gustarnos? En esta comisaría lidiamos con muchos problemas por culpa de los payasos.

—¿Dónde está Crack? —pregunté. Ella también estaba en Las Ruinas, en su propia cita a gastos pagados.

Los policías levantaron la vista de los papeles revueltos. Cejas arqueadas. Algunos se miraban los unos a los otros. Uno dijo:

—¿Cómo dices? ¿Qué estás buscando?

—Crack. Mi jefa —respondí.

Todos se echaron a reír, al unísono, dejándome a la deriva en un mar de cabezas inclinadas hacia atrás, pelo revuelto y barbillas flácidas. Una mujer intentó recuperar el aliento durante el tiempo suficiente para decir algo:

—O sea, ¿cuál es tu cargo oficial?, ¿puta del crac? —Volvió a partirse de la risa.

—Primera puta del crac que lo reconoce abiertamente —dijo el gordo que soltaba bromas sobre el circo.

—¡No soy una puta del crac! Soy una payasa. Trabajo con Crack, mi agente.

Se rieron más fuerte aún.

—Menuda joya. Trabaja con crac. ¿Tienes alguna tarjeta de visita con eso?

—Hablando de joyas, ¿dónde está Rico? —pregunté. Se lo habían llevado por un pasillo. Hasta donde sabía, lo dejaron salir por una puerta trasera. Adiós al dinero: o lo habían confiscado como «prueba» o lo había usado para comprar su libertad.

—Una payasa puta del crac —dijo la mujer—. No se ven muchas como tú por aquí —agitó la cabeza.

—No es un delito ser payasa —contesté.

—¡Eh, Jerry! Escucha esto —dijo la mujer en alto.

Jerrod atravesó la sala, con las manos llenas de carpetas de expedientes y una galleta gigante de mantequilla de cacahuete encima de la pila. Cuando me vio, miró dos veces, tropezó con una papelera y se tambaleó. La galleta se deslizó por los archivos, se cayó y se partió.

—Mierda —se pasó una mano por la frente.

—Escucha esto —le dijo un policía.

—Estoy ocupado —contestó Jerrod. Se recompuso y siguió su camino. Había un círculo de migas en el suelo, como la miniescena de un crimen.

—Jerr, ¿estás bien? —le preguntó la policía.

Él no se volvió.

Llamaría a Rex en cuanto pudiera. Él pagaría la fianza. Sabe que soy inocente. Intentaríamos rebajar la pena en el tribunal, no necesitaba la ayuda de Jerrod. Me dejaron en un calabozo igual de grande que mi lavadero, con aire acondicionado, un catre y vistas al pasillo. Igual de bien que en cualquier habitación del albergue de una asociación de jóvenes cristianos.

Jerrod apareció después de lo que a mí me había parecido una eternidad. Se aclaró la garganta.

—Bueno, quería pedirte disculpas —dijo nervioso e inquieto—. Estaba equivocado… Fui muy presuntuoso al creer que entendía de dónde venías.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Pensaba que eras diferente —respondió.

Y lo era.

—Esta no soy yo, no pertenezco a este sitio. —Señalé el suelo que tenía debajo de los zapatones de tacón de payasa.

Me miró a los ojos. Tomé aliento. Ambos sabíamos cuál era la pregunta que aún no se había hecho: si esa no era yo, entonces… ¿quién era? Me tocó la mano, cuyos dedos rodeaban las barras. La quité, no quería que nadie me tocara.

—¿La sociedad? —dijo.

No respondí.

—No puedo sacarte de aquí —siguió diciendo—. No podría aunque quisiera. Si hubiera llegado el primero a la escena…

—No pasa nada, lo sé. —Si Jerrod me hubiera ayudado, estaba clarísimo que hubiera parecido que salía con un policía—. Limítate a hacer tu trabajo. Eso era lo único que yo estaba haciendo, trabajar.

—Hay programas de doce pasos para todo tipo de actos compulsivos —dijo Jerrod—. Adicciones…

—¡No es eso! Soy artista. No estaba haciendo nada…

—Estoy al tanto de algunas expresiones artísticas heterodoxas… cosas conceptuales… autoexpresión, sexualidad…

—¡Soy artista performativa!

—¿Performativa? —dudó, mirándome directamente. Una gran pregunta.

—No es nada de arte sexual. No me refiero a esa clase de actuaciones.

—Esto se podría considerar una adicción, y, como cualquier adicción, está fuera de control, se adueña de tu vida —dijo.

—¿Adicta a ser payasa? —pregunté.

—Adicta a tomar malas decisiones, exponiéndote a ir por el mal camino.

—A ver, no podéis colgar a un payaso sin juzgarlo. Lo tengo controlado, solo ha sido un desliz.

—¿Alguna vez has sentido que es más fácil actuar que ser simplemente tú misma?

—No sé si entiendo la diferencia.

—Ah —contestó—. Vale, eso explica algunas cosas. Para mí, la mayoría de las veces sé lo que debería hacer como policía, lo que se supone que tengo que hacer. Como si tuviera un guion. Pero a veces no quiero ser el poli de la película. Quiero dejar de actuar, salir de la escena… ser un civil, un ciudadano, un idiota… La cosa es que vas a acabar teniendo antecedentes —dijo Jerrod—, igual que el resto de Declivetown. Me gustaría creer que eres dueña de tus acciones, y lo sabes, pero aquí, ahora mismo, fichada por prostitución, pillada medio desnuda al lado de una furgoneta, en un solar vacío con un cliente habitual… me cuesta concederte el beneficio de la duda.

Lo sabía todo.

—Has leído mi expediente —afirmé en voz baja.

Él asintió, miró hacia abajo y sus pestañas danzaron sobre la piel cansada. Entonces dije:

—Madre mía. Con una crítica así, ¿cómo puedo esperar que entiendas mi versión?

Se encogió de hombros.

—Si te vale de algo, percibo la convicción en tu voz. Algo es algo.

—La convicción —repetí—. ¿Y qué me dices de la absolución? Eso es lo que quiero oír. Absolución en mi voz y en la de los demás.

Seguía teniendo grandes planes; planes para convertirme en alguien especial, con talento y altruista.

—Una vez que arregle esto —seguí—, puede que sea el momento de largarme, de dejarme ya de tonterías y de unirme a un circo de verdad o a Payasos Sin Fronteras, o de ir a…

—O el momento de dejar de huir —dijo Jerrod, ofreciéndome una sonrisa—. Tu amigo el casero no te ha denunciado, lo cual está bien. —Me tocó de nuevo un dedo y me acarició la piel con su pulgar calloso—. La vida es muy corta. La gente la desaprovecha. Lo veo todos los días en las calles. Te aseguro que no quieres quedarte atrapada en Declivetown en libertad condicional.

Después de un momento, sentenció:

—El hombre es lo que cree.

—¿Y las mujeres? —pregunté—. ¿Y los payasos?

—Yo diría que es igual para todos. Es una cita, de Chéjov. Me gusta creer que hay bondad intrínseca en la naturaleza humana. Y, si me das una razón, yo creeré en ti.

Esta vez no aparté la mano.

22.

FIANZA, FIANZA…; O, ¡KAFKA ES MÍO!

Rex andaba como si yo fuera un perro callejero al que quisiera despistar. Mis taconazos de payasa, alargados y puntiagudos, retumbaban en la acera mientras intentaba seguirle el ritmo. Rex me estaba tratando con frialdad, así que aquel paseo por una ciudad pequeña se había convertido en uno largo y hostil. Cuando dejó de verse la comisaría, finalmente me miró por encima del hombro y dijo:

—Joder, Nita, estoy intentando mantenerme alejado del trullo.

—No es para tanto —dije—. No pasa nada. Un problemilla técnico.

Le resté importancia agitando una mano. Quería abrazar a Rex, agarrarlo, detenerlo. Casi le había dado alcance, pero le cogí del codo. Él viró y agitó los brazos. Parecía ido después de lo de la comisaría. Puede que demasiado ido. Me rehuía la mirada.

—¿Estás fumado, *querrrido*?

Miró por encima del hombro de nuevo, como si alguien estuviera acechándolo. Luego me miró de arriba abajo, con mi vestido hecho jirones, mientras yo intentaba darle alcance, con la teta colgandera que quedaba viva dándome golpes.

—Lo justo para pasar el mal trago. Es la única forma de ir a ese antro lleno de maderos.

Yo nunca iría a la comisaría de ninguna otra forma que no fuera sobria.

—De todos modos, Nita, ¿qué te ha pasado? Solo te he visto dos días después de estar fuera tres semanas y el primero estabas en una tasca desayunando y ahora resulta que eres prostituta y que te han pillado, y me preguntas que si estoy fumado, como si ese fuera el fallo técnico del espectáculo.

Sacudió la cabeza.

—No soy prostituta —dije mientras le metía un dedo en una trabilla para acercarme a él.

Se llevó una mano al bolsillo. Me dio en el pecho con el codo.

—Entonces, ¿qué pasa? —Sacó un papel, muy doblado, y empezó a

abrirlo, aún andando rápido. Le solté la trabilla. Se me encogió el corazón—. ¡Trixie, Twinkie y Bubbles!

Le quité el papel de la mano.

—¿De dónde lo has sacado? —Abrí el papel del todo. Era una foto en la que salía yo entre Crack y Matey, con la camisa de payaso desabrochada y el pelo rojo lacado. Matey está tocándome una teta. Crack sale arrodillada en el suelo con medias de rejilla, poniendo morritos.

Porno *payasil* comprometedor.

—El vestíbulo del sindicato de payasos está lleno de ellos. Y esto no es arte. —Escupió en el suelo—. A lo mejor esto es lo que puso en alerta a los maderos, ¿no crees?

—Espera, Rex. Tenemos que hablar. Si vas andando tan rápido, no puedo —dije mientras él seguía caminando—. Estaba actuando, como en una fiesta de cumpleaños o en un acuerdo empresarial, solo que era algo más pequeño, pero ya está. Un espectáculo privado, individual.

—Un espectáculo privado —repitió, mofándose, como si acabara de afirmar que iba a meterme a monja, a buscar una cura contra el cáncer, a resucitar a Chaplin de entre los muertos—. Adelante, sigue engañándote a ti misma, pero a mí no, Nita.

—Es verdad —repliqué—. Yo pensaba que…

—Te voy a decir lo que es verdad —me cortó—. Me estoy partiendo el lomo en California para que tengamos un futuro y tú eres una prostituta borracha.

—Pero Crack me ha dicho…

—La verdad es que estás fuera de control.

—Necesitamos la pasta para…

—Has perdido el rumbo como artista, Nita. No vas a llegar a ninguna parte. No puedo seguir con esto.

—¿Esto? —La mano gélida del pavor me tocó las entrañas, me hizo un nudo en el bazo, en el estómago. En el corazón—. ¿El qué?

Agitó su largo brazo en mi dirección y dijo:

—Seguir apoyándote. Animándote, intentando ser un ejemplo. Esperando que te conviertas en payasa por ti misma. —Empezó a andar rápido de nuevo.

Yo corría a su lado.

—Rex, pensaba que nos apoyábamos mutuamente. Por eso te di dinero para la Escuela de Payasos. Por eso he estado trabajando duro para ganar más. —Levanté la mano para impedir que siguiera andando, para abrazarlo, para hablar—. Crack me dijo que has tenido citas payasas. Que así es como pagaste…

—Gilipolleces —me cortó.

—… los monociclos. ¿Es así? —Quería mirarlo a sus ojos azules.

Apartó la vista y dijo:

—¿Crack? ¿Crees que puedes confiar en Crack?

—¿Es verdad?

Me fulminó con la mirada.

—Te saco del calabozo y me interrogas. —Siguió caminando, dando pisotones.

Yo iba corriendo detrás de él.

—Ella sabía lo de las bromas sexuales sobre Plucky, la gallina de goma.

No respondió.

—Dime, Rex, ¿tú también has tenido citas payasas?

Casi no me dejó terminar la frase. Estalló:

—Esto no es sobre mí. Yo no soy el malo. Yo no soy el que acaba de salir de la trena, ni el que posa con fines pornográficos —y añadió —: Ni el que sale con maderos.

Salir con maderos. Rex había hablado con Herman.

—¡No estoy saliendo con él! —respondí—. ¿Cuántas veces más voy a tener que justificarme?

—¿Él? —preguntó Rex, dibujando una pequeña sonrisa de lagarto en su cara—. ¿Quién es «él»? ¿Con quién se supone que no estás saliendo exactamente?

—Nadie. No estoy saliendo con nadie, solo contigo. —Intenté tocarlo de nuevo, buscando el consuelo de nuestros cuerpos. Se zafó de mí, se apartó.

—¿El policía con el que te vi enfrente de casa?

Ninguna respuesta era buena.

—Mientras llegamos a eso, ¿qué pasa entre Crack y tú? ¿Por qué sabe lo de las bromas sexuales sobre la gallina de goma? Pensaba que era algo nuestro, privado. —Le cogí del brazo y esta vez lo agarré bien.

Me miró con desprecio. No había amor en su forma de mirarme. Nada.

—Dime, ¿para ti el amor es solo una actuación? ¿Un espectáculo grandioso? —pregunté.

Se dio la vuelta en la acera y me miró. Y entonces dijo:

—Dios mío, relájate, ¿vale? Escucha, cielo, tienes problemas. Me preocupo por ti, y eres un desastre. Pero tengo cosas más importantes que tus bromas desquiciadas en mi programa. Ni siquiera importa lo del madero, porque miro más allá, y lo que me importa ahora mismo es la Escuela de Payasos, estés conmigo o no. Tengo la audición para la solicitud en menos de una semana. Es decir, tengo cinco días para montar alguna mierda que haga que me concedan la beca. —Me puso

sus manos grandes sobre los hombros y me acercó. Me pasó una mano por el pelo chamuscado—. Discutiendo solo malgastamos nuestra creatividad. —Su voz sonó suave. El desprecio se había esfumado. ¿Se estaba disculpando?

—Yo tampoco quiero discutir. —Me apoyé en su pecho y le olí la piel a través de la camisa. Me acarició el pelo. Era como un gatito a punto de ronronear.

—Lo que me vendría realmente bien es tu ayuda, para la solicitud.

Ya lo había ayudado antes, como público de prueba y atrezo, como cómplice y juez.

—Puedes hacerlo, Rex —dije—. Eres lo más.

—Nita, no lo entiendes —respondió—. Claro que puedo hacer lo del club, sorprender a borrachos y a drogatas menores de edad. Un poco de fuego, hacer el pino, los trucos con el monociclo…

—Puedes sorprender a quien quieras.

—Esto es diferente. Es algo… cultural. Para gente más mayor. Gente de verdad, en centros culturales. Hay mucho en juego, ¿entiendes? Quiero conseguirlo, quiero ser uno de los investigadores de Desarrollo de Arte Comunitario. El dinero importa, está claro, pero lo que me interesa es el reconocimiento. Nita, llevo quince años haciendo teatro, ensalzándome, demostrando mi valía y mejorando constantemente. Una beca Emmett Kelly… hablará por sí sola.

Ya habíamos tenido conversaciones similares antes. Yo era el público y estaba allí para darle el pie.

—Bueno, ¿y qué vas a hacer? —pregunté—. Yo te puedo ayudar, lo que necesites. Tenemos toda clase de recursos. —Me aferré a su codo y sentí una oleada de amor.

Se soltó y empezó a andar de nuevo.

—Primero tienes que devolverme el dinero de la fianza —dijo.

Iba pisándole los talones.

—Claro. Siempre te pago las deudas… Pero ¿no te acabo de dar dinero para ir a San Francisco? ¿Para la Escuela de Payasos y tal?

Giró la cabeza rápidamente, me miró y apartó la mirada de nuevo. Su voz volvió a sonar suspicaz cuando dijo:

—No tenía en mente usarlo para pagar tu fianza.

—Vale, vale, te devolveré mi propio dinero. No hace falta que te pongas tenso. —Le cogí del codo de nuevo, entrelacé los dedos alrededor de su brazo y lo aferré. Entonces dije—: Ganaré más dinero.

—No me lloriquees como si fuera tu chulo. Simplemente necesito la pasta. Si no la necesitara, no te la habría pedido la primera vez. Pero, escucha, me puedes ayudar de otra forma. Estoy trabajando en algo, en *La metamorfosis* de Kafka…

Me detuve enseguida, de modo que su codo tiró de mis manos

entrelazadas. Él se apartó bruscamente.

—¿*La metamorfosis*? —pregunté—. Rex, eso es… mío. Llevo años trabajando en el número de *La metamorfosis*. Me has visto desarrollarlo; me has visto ensayar la transformación en bicho, sobre mi espalda; me has visto resolver esa confusión surrealista, el horror naturalista. La angustia modernista.

—Sí, lo sé —respondió—. Sé que estás en ello, pero lo mío será diferente. En mi caso, el tipo trabaja como ejecutivo en una oficina…

En mi versión, la mujer era auxiliar de oficina. Nunca fui muy ambiciosa.

—… y se convierte en una serpiente en lugar de en un insecto. Es hilarante, y triste. Está realmente bien.

—¿Se convierte en una serpiente? —pregunté. Alguien se había convertido en una serpiente, justo allí, delante de mis ojos. Sentí una oleada de náuseas.

—Creo que soy un genio en potencia, aún por descubrir —dijo—. Además, ¿qué más da que mi versión sea la misma o diferente? No lo estás usando. Es solo una idea, y las hay a patadas.

Sentí presión en la garganta, mi cabeza era como un enjambre de abejas. No podía creer lo que estaba oyendo. Me tambaleé, me agarré la teta falsa que me quedaba. Una oleada de pánico irrumpió en cada uno de los compartimentos de la colmena que era mi cerebro.

—Sí lo estoy usando —dije—. Trabajo en ello constantemente. Lo que pasa es que no puedo ponerlo en marcha porque estoy intentando ganarme la vida. Intentando pagarte la entrada a la Escuela de Payasos.

Se rio.

—Me parece que te estás ganando la vida demasiado rápido —dijo agitando la cabeza—. ¿Para qué necesitan los puteros a Kafka?

—No soy una puta —repetí—. Lo que pasa es que con Kafka no se gana dinero tan rápido como con el trabajo empresarial. No todavía, no hasta que logre salir adelante.

—¿Salir adelante o ponerte delante? ¿Y desde cuándo la prostitución es un trabajo empresarial?

Si Jerrod tenía razón, si estaba enganchada a hacer el payaso, entonces esto —y no la cárcel— era lo más bajo que podía caer: ver a mi salvador dorado, Rex, perder su lustre. Su brillo no era nada, ni siquiera era suyo. De hecho, este asalto era mío. Las ideas eran mías.

—Rex, ni siquiera has leído a Kafka.

—Te he visto ensayar el espectáculo como cien veces, ¿no? —respondió—. Y acabas de decir que ibas a ayudarme, así que cuéntame algo más de la estructura.

Si lo dejara seguir adelante, sería cómplice y parte de mi propia

derrota.

—Hay mucho material disponible, elige otra cosa. Puedes coger, no sé, *Orgullo y prejuicio*, o *Romeo y Julieta. Cien años de soledad*. Lo que sea, pero Kafka es mío, ¿vale?

—No seas posesiva —respondió—. Hay suficiente para los dos. No pasa nada, tú misma lo has dicho.

—Claro, pero cuando lo he dicho estaba sintiendo una oleada de amor. Era optimista. —En aquel momento me había fijado en su humanidad, no en su codicia.

Se encogió de hombros. Sonrió.

—Habrá más oleadas de amor. —¡Sonó muy seguro de sí mismo!

—Por favor, Rex, ¿podrías no usar mi material, hasta que me organice?

—Nita, tienes que ser profesional. Los derechos de Kafka no son tuyos. Que no lo haya leído no significa que no pueda hacer algo por mi cuenta con él. Ya sabes lo que dijo Golddigger el Grande: «Los payasos malos viven a costa de otros; los payasos buenos roban».

—Claro, Rex. He escuchado esa frase, pero no la suscribo —respondí—. Los payasos buenos tienen algo de integridad, creo yo. ¿Y qué pasa con los mandamientos del payaso?

Dejó de andar, se paró en la acera y me bloqueó el paso.

—A ver, ¿qué estás diciendo? ¿Te pago la fianza y no vas a ayudarme con la actuación más importante de mi carrera? Esto es lo que me ayudaría a dejar atrás el circuito del club.

—Has pagado la fianza con mi propio dinero, y te lo devolveré. Pero no te he vendido el espectáculo de Kafka.

—Dios —dijo—. Cuando me lo dejaste era de los dos. La próxima vez no me cuentes el rollo de la generosidad.

—No es un rollo —dije—. Ojalá no estuvieras fumado. Eres imposible. Haces que esto sea imposible.

Entonces Rex se echó a reír, con un resoplido cruel y ruidoso.

—¿Imposible? ¿Quieres hablar de cosas imposibles? No dices más que sandeces, cielo. Dices que no eres una prostituta, sino una payasa en una cita privada. ¿Crees que eres una artista por trabajar en un solar nuevo? Pues te voy a decir una cosa: eso no es arte. No es más que una historia que te has inventado. Puede que la misma que le contarías a nuestro hijo, si es que todavía lo tuviéramos. «Mamá no es una puta, es una chica de compañía». No me extraña que desapareciera. Joder, puede que hasta haya tenido suerte de que te hayas deshecho de él.

Me paré de golpe. La teta se balanceó hacia delante con el ímpetu, y me golpeó la de verdad, en el corazón.

—¿Qué estás diciendo? ¿Que lo del aborto fue mi culpa? —Me

sujetaba el vestido desgarrado como un sari, envolviéndome el cuerpo. Él se encogió de hombros.

—No es que hayas estado llevando una vida de lo más saludable, ¿no?

Me agazapé en la acera. Era eso o caerme. ¡Las abejas, las abejas! Casi no podía oír.

—No me puedo creer que hayas dicho eso —susurré—. Crees que fue mi culpa.

—Bueno, mía no fue. —Lo tenía delante, como una torre. Tenía los pantalones inflados por el aire nocturno—. Yo hice bien mi parte.

No podía levantarme. Se me llenaron los ojos de lágrimas, me temblaba la barbilla. ¿Desde cuándo era el aborto cuestión de culpables? Eso era muy de Rex, lo de crear conflictos.

—Rex, ¿dónde estabas mientras estaba sangrando? Te llamé, necesitaba oír tu voz. Nunca me devolviste la llamada.

Rex puso los ojos en blanco.

—Sí te llamé.

—Una vez. Cuando ya había pasado. Demasiado tarde. —Me levanté. Me llevé una mano a la cabeza y dije—: ¿Y ahora tu mayor preocupación es que te devuelva *tu* dinero? —Dibujé unas comillas en el aire con los dedos. Lo hice aposta: Rex odiaba el gesto de las comillas. Se dio la vuelta. Ya casi estábamos en casa de Herman—. ¿La pasta que te di? Te la voy a devolver. Ahora mismo. —Me quité los tacones con los pies e hice corriendo la última manzana que quedaba hasta la ambulancia.

—No seas melodramática —dijo a mi espalda.

—No robes ideas —le grité a cambio.

Abrí las puertas de la ambulancia, me arremangué el enorme vestido y subí. Me limpié las lágrimas. El busto de arcilla de Rex me miraba desde un rincón oscuro, con los ojos vacíos y su característica pequeña sonrisa; Rex, inmortalizado en piedra e intentando no empalmarse.

Me lo puse bajo el brazo y volví a salir.

—¿Quién es la puta ahora, señor Galore? Si tanto te importa tu dinero, ven a por él.

Saqué el par de calcetines de la parte de abajo del busto de arcilla, los tiré dentro de la ambulancia y saqué un puñado de dólares.

—¿Es eso suficiente para que no me robes lo de Kafka?

Pasó de largo y siguió hacia casa de Herman.

—Madre mía, Nita. Se te está yendo la cabeza.

—Cógelo. No quiero deberte nada. —Lo seguí y presioné el dinero contra él.

—Fantástico —dijo mientras señalaba el busto, bajo mi brazo—.

Guardas el dinero que ganas siendo puta en mi cabeza. Qué ironía. Arte e ideas, sexo, dinero y comercio. Eso es muy muy tú. —Me apartó con su manaza.

—¿Qué, ahora eres demasiado importante como para coger el dinero? —Mientras esquivaba su desdén, descalza, me tambaleé. El busto de cerámica era muy pesado, se me deslizó de las manos. La cabeza de Rex se estrelló contra la acera de Herman. Los billetes se desperdigaron como boletos de lotería viejos.

—Joder, recógelo —dijo Rex—. Nos van a dar el palo, o se van a pensar que estamos trapicheando con drogas.

Escuché la risa chillona de Nadia-Italia en el porche oscuro; era como un artículo de broma malo. Me limpié los ojos de nuevo.

—Es tu dinero. Recógelo tú.

—Paso. Olvídalo. —Rex siguió su camino, subió al porche y dijo—: Supongo que ahora voy por mi cuenta.

Era como un rey, con la cabeza bien alta. Un príncipe, un perro, un hombre al que ni siquiera conocía, y no miró hacia atrás; nuestro futuro, las horas que me había pasado siendo una payasa esclava, crujían como las hojas viejas de un canalón.

23.

UN TRATAMIENTO SEVERO; O, MI *STRABAT*

Rex podía hacer lo que quisiera, pero cuando un niño asalvajado de Declivetown salió de la oscuridad y cogió un billete de veinte, lo espanté, me arrodillé y recogí el dinero. Me daba igual que Nadia-Italia se riera, pero no iba a dejar que los frutos de mi *payasado* se fueran por la borda como boletos de lotería del día anterior. La pierna mala se quejó con el movimiento. Rex encendió la luz exterior de Herman y se convirtió en la estrella de una obra unipersonal. Sus rizos brillaban y las sombras le esculpían los músculos.

Nadia-Italia, todavía oculta en la oscuridad, dijo:

—Oye, superestrella, ¿te hace un porro? —Le dio la risa. Estaba fumada, el público ideal para Rex. Tres pequeñas trenzas sobresalían del sofá.

Rex paró para rebuscar en sus bolsillos.

—Te propongo un trueque: un poco más de ese porro que tienes por unos cuantos de estos —dijo mientras sacaba un cigarro del paquete agitándolo.

Intenté ignorar el numerito.

—Joder —dijo Italia—, mira esta mierda —dijo mientras le daba la risa tonta de nuevo. Entonces alcé la vista.

«Esta mierda», como ella lo llamaba, era Chance en el porche. Estaba sentada, sin hacer nada ni mirar a nadie. Se levantó e hizo su famosa danza hula, con las patas en alto y dando brincos de izquierda a derecha.

Nadia-Italia resopló y se echó a reír. Entonces dijo:

—¡Eh, pequeña, mamá tiene una golosina para ti!

¿Mamá? Chance se tambaleó hacia Italia, que tenía la mano extendida.

—Picoteo —dijo de nuevo—. Qué rico.

Mi perra corría como una loca a lo largo y ancho del porche.

Chance, mi can detector de drogas, ¡qué fácil de influir!

—¿Estás alimentando a mi perra con droga?

—Ella misma se metió donde el alijo —contestó Italia—. Es adicta a las fiestas.

—Lo haces aposta…

—Siempre te haces la víctima, ¿no? —dijo Rex—. No se trata de Chance, se trata de ti. Alimentar a tu perro con droga… Es por lo de Kafka, tu pequeño sueño.

—Mírala, Rex. —Chance tenía los ojos saltones. Nadia-Italia no estaba mucho mejor; tenía la cabeza recostada en la división del enorme sofá.

—No se trata de mí. —Dejé la cara cascada de Rex en la acera y metí los billetes a presión en la bandolera—. Ya no aguanto más. Está intentando matar a nuestra pequeña.

—¿Nuestra pequeña? —preguntó Rex e hizo una pausa—. No creo que sea ella la que…

—¡Nuestra perra! —Tenía ganas de gritar. Gritar te hace sentir bien. Él sabía a qué me refería.

—Eres una exagerada. Estoy agotado. No puedo más, Nita. —Entró en casa.

—¿Rex? —lo llamé.

Ya estaba fuera de mi campo de visión cuando contestó.

—Ya hablaremos por la mañana.

¿Por la mañana? Para eso quedaban muchas horas. Una eternidad. Llevaba mucho tiempo esperando a que Rex volviera a casa, pero para él no era importante. Nadia-Italia lo siguió y dijo: «*Ciao, ciao*, payasa». Después cerró la puerta de la entrada.

El Rex que yo conocía, un artista de altura, el dios payaso, no perdería el tiempo robando ideas. Chance se relamió los labios resecos. Necesitábamos agua oxigenada, a la de ya. Fui descalza a por mis zapatos de payaso, que yacían como artículos de cotillón abandonados. Chance veía ángeles invisibles en el cielo nocturno; tenía la cabeza floja y la movía de arriba abajo.

La llevé al Motel El Camionero Suertudo y Otras Misceláneas.

—Perros no —dijo el hombre de la caja—. ¡Perros fuera, perros fuera! —Batía el brazo como si fuera un ala.

Había un bote de agua oxigenada esperándonos en un estante lleno de polvo. Me agaché y lo cogí. Había cola en la caja. Agité el agua oxigenada.

—Solo llevo esto. Una cosa.

—Perros no —dijo de nuevo—. Hacer cola. —Los dientes del hombre eran una mezcla de dorado y amarillo.

—Mi perra se está muriendo. Mire. —Levanté a Chance como si fuera una marioneta; la tienda nuestro guiñol. Un hilillo de baba fue a caer en el suelo.

Dos hombres escuálidos y una mujer con las manos temblorosas y llenas de venas se echaron a reír. Otro hombre con el pelo corto por delante y largo por detrás y una litrona de cerveza dijo:

—Buen número, monigote, ¿por qué no lo llevas a Nashville? —Puso el dinero sobre el mostrador. Incluso una anciana que estaba viendo la televisión en un rincón se rio, y eso que no hablaba nunca, en ningún idioma.

Acerqué más el vestido lleno de jirones mientras acunaba a Chance.

—¡Es una urgencia! —Se rieron más alto.

Y aquellas risas se hicieron eco de un sentimiento que era más real que mi sangre y que los latidos de mi corazón: era un hazmerreír. En señal de protesta, dije:

—No estoy de broma. —Pero lo único que conseguí es que se rieran más. ¿Y quién reía más alto? Una fulanilla con un vestido rojo hecho jirones que estaba al final de la cola, cómo no. Mi *doppelgänger*. A cada minuto que pasaba, me hundía un poco más en Declivetown.

Ahí estaba mi cara, reflejada en el borde de aluminio de la urna que mantiene la comida caliente, rodeada de patatas gajo y de pollo; en el cristal de la nevera de las coca-colas y la vitrina frigorífica llena de grasa, toda maquillaje granulado, delineador negro y labios rojos grandes; la cara de una payasa putilla sacada de una obra de teatro carcelaria de antaño. La teta que quedaba viva colgaba libremente.

—¿El caniche es parte del espectáculo? —preguntó mi doble.

El único espectáculo era mi vida, y era una bomba. La única rutina era la del día a día. Llevaba tanto tiempo con el disfraz de payasa que ya no era una artista. Era un bicho raro. Me temblaban las manos y no podía ni parpadear. Me sentía como si me estuviera cayendo en picado desde la cuerda floja, mientras las cuerdas de seguridad se abrían y se desenredaban a la izquierda y a la derecha, libres y haciendo bucles. Un *strabat*: el número final de un acróbata, ese momento en el que todo podría llegar a su fin.[7]

No tenía a nadie que hiciera de red, que cerrara el telón, que me conociera sin maquillaje. Para Rex era una musa en el peor de los sentidos: un lugar donde robar material.

El señor Galore.

No podía pensar en su nombre sin pensar en el amor. Pero Rex, según lo veía yo, era una gran proyección: yo anhelaba la vida del artista y pensaba que la había encontrado en el lienzo en blanco de su rostro maquillado.

Mi nombre es Narizotas, y soy adicta a hacer el payaso…

El hombre es lo que cree. Lo único que yo sabía era de: payasos cristianos, prostitutas, coulrófilos y el fetichismo por el silencio de los

mimos; yo estaba más allá de todos esos roles.

Estando en El Camionero Suertudo seguí un consejo de Jerrod y dije:

—Que sea payasa no significa que tenga que tolerar ningún abuso. —Cogí una caja de toallitas para bebé en tamaño viaje.

—Igualmente tienes que esperar la cola —dijo una borracha con hipo que se estaba tambaleando. Su pelo era como hilos de amianto y su nariz parecía una manzana mustia. Hablaba la voz de la experiencia.

Declivetown estaba lleno de payasos acabados, buenas intenciones y malas decisiones. Es fácil equivocarse, y yo me había equivocado en todo, estaba claro, pero el reparto del vodevil de El Camionero Suertudo corroboraba las palabras de Matey: el sadomasoquismo y los payasos eran tal para cual.

¿Y la vida? Años perrunos.

Sí, debería haber hecho cola en El Camionero Suertudo, y habría esperado si Chance no hubiera estado digiriendo la marihuana de Herman mientras estaba allí parada. Deslicé un billete por el mostrador y lo puse al lado de la cecina de pavo, con la esperanza de que el generoso cambio compensara mi falta de educación. Ya fuera, entre un contenedor de basura a rebosar y una cabina de teléfono rota, le eché a Chance la cabeza hacia atrás. Le di la medicina —un tratamiento severo para un error común— y, mientras echaba espuma por la boca, yo intentaba buscar una cura para mis propios y numerosos errores.

De camino a la ambulancia, Chance andaba torpemente. Vomitó espuma blanca con pizcas de marihuana, que parecían virutas verdes sobre una magdalena recubierta de blanco. Abrí la caja de toallitas para bebé, me la pasé por la mejilla y me quité el maquillaje. Me metí la toallita usada en el sujetador y saqué otra. Con cada pasada que daba purificaba mis acciones.

Ya cerca de casa de Herman, vi el destello y el parpadeo de un objeto volador no identificado, que se estrelló igual de rápido contra unos cristales rotos desperdigados.

—Joder —dijo Herman desde la oscuridad.

Una sombra salió corriendo, las pisadas silenciosas de unas zapatillas de deporte. Empecé a caminar con el mismo paso tambaleante de Chance. En algún sitio empezó a sonar a todo trapo la melodía del camión de los helados. O se trataba del antojo nocturno de algún goloso, o de un regalito de un coche a la fuga. Cuando estuve más cerca, vi a Herman, empapado, en la calle, tirado en el suelo, rodeado de cristales y con una mano en la cabeza.

—Vaya —dije—. ¿Otro ataque? Pensaba que los payasos eran los

únicos pardillos que estaban en el punto de mira.

—No tendría que haber diversificado… —susurró Herman. Chance empezó a andar como un pato mareado, haciendo zigzags; vomitó, despacio—. ¿Sabes? Esto es por lo del… pis….—Lucía un chichón en la frente.

¿Acaso era mi culpa que el trato le hubiera salido mal?

—Drogas, orina y helado en un mismo vehículo, el típico bazar de Declivetown. —Aparté un trozo de tarro de conservas con el pie—. Herman, tienes un corte en la cabeza. Joder, huele fatal.

Retiró los dedos y vio la sangre de reojo. Me metí la mano por dentro del vestido arremangado para desabrocharme el babero, lo único más maltratado que Herman en aquel momento. Me lo deslicé por la cabeza tirando de la parte de arriba y, cuando lo solté, la teta colgandera que quedaba viva se cayó al suelo.

—Tienes que quitarte de en medio de la calle antes de que venga un coche. Puedes tumbarte en la ambulancia. Apoya el brazo en mi hombro —dije. Me agaché para cogerlo. Con el roce, el pis me caló el vestido.

—No —se puso de pie y le ofrecí un hombro—. Si me voy a… morir… —recuperó el aliento— no quiero estar… en una *payasoambulancia*.

—No te vas a morir.

—Al menos de momento. —Como un vaquero bajo la puesta del sol, Herman se fue tambaleando hacia el resplandor de la luz del porche.

Yo me quedé donde me dejó, en la oscuridad, fuera del círculo de luz, mientras escuchaba el sonido del camión de los helados deambular a lo lejos, tan flojo que parecía una caja de música, extrañamente optimista, casi alegre. La acera estaba salpicada por el vómito con trazas de marihuana de Chance, y los grumos blancos y brillantes como la luna marcaban el camino por el que yo había ido, como las migas de pan de Hansel y Gretel; pero en mi historia cada trozo era una ración individual de suflé de marihuana espolvoreado con pruebas incriminatorias. Si la policía seguía la pista hacia el cultivo ilegal de Herman, nos citarían para comparecer por distribuir una sustancia prohibida a través de vómito de perro.

¿Nos? Sí. El cultivo era de Herman, pero todos caeríamos. Sería la Gran Redada, protagonizada por Herman, el foco de atención. Yo sería una actriz secundaria que brillaba intermitentemente por las candilejas. Y… ¡*voilà*! ¡Se cerraría el telón! El porral pasaría a ser de una inmobiliaria de Declivetown con una transacción: confiscada, puesta en venta en una subasta silenciosa y vendida de nuevo a los barones de la B-Town por cuatro perras. Todos de rayas. No las rayas

divertidas de los payasos, los bastones de Navidad o los postes de barbero, sino las rayas de los presidiarios.

En resumen, la casa, el jardín, nosotros…, todo se iría a la mierda.

Vi movimiento arriba, en una ventana: Herman o Natalia. Ellos, mis amigos, eran unos embaucadores, unos camellos y unos matones. Pero en ese mundo derrotista yo era el bufón, la cabeza de turco, el pollo de goma. Yo era la que se llenaba la cara de pintura y sombras, y la que cojeaba con un zapatón.

Yo era la que había aceptado una habitación diminuta gratis en la parte trasera de la casa de un ex con un pie en la cárcel. Yo era la que había decidido esperar mientras Rex se gastaba mi dinero en otra ciudad. ¿Qué clase de vida era esa?

Chance y yo volvimos a nuestro camarote, a la ambulancia.

Me arrodillé frente a la silla del técnico sanitario, delante del espejo del botiquín, y me quité el resto del maquillaje. Tenía la piel en carne viva, rosada y nueva. La ambulancia tenía una única luz redonda en mitad del techo. La luz me dibujaba sombras largas bajo la nariz, las orejas, los ojos y la barbilla, y esas sombras me hacían parecer joven, pero también una bruja, las dos cosas a la vez. Se acabó, pensé: la vida es corta. Lo único bueno del tiempo perdido es la experiencia.

Las citas y las actuaciones empresariales no eran la respuesta. Puede que el dinero no fuera la respuesta. Tenía que recordar cómo era yo antes de que empezara a maquillarme, antes de que me consagrara a Rex, un futuro impreciso y un presente desaliñado.

Iba a empezar desde cero, con lo puesto. Bueno, cogería algo más de ropa del mar de telas que había en la parte de atrás de la ambulancia. ¿Por qué no? E iba a llevarme a mi encantador, semientrenado y zurdo schipperke de pura raza. No podía dejar a Chance; me la llevaría conmigo, aprovecharía las oportunidades que se me brindasen. Contaba con el dinero que había ahorrado para la carrera de Rex en la Escuela de Payasos, que guardaba en fajos de billetes de veinte.

Detrás del botiquín, entre los asientos de atrás y los de delante, había dos ventanas correderas de plexiglás. Abrí una con la palma de la mano. Me incliné, estiré un brazo, largo y delgado, y levanté el seguro de la puerta del conductor.

Salí por la parte de atrás de la ambulancia y la rodeé para ponerme en el asiento del conductor. Normalmente conducía Rex, aunque la ambulancia era tan mía como suya; al igual que todo lo demás, la compramos con el dinero que conseguimos haciendo espectáculos para empresas. Vendiéndonos, visto de otra manera. Bajé el parasol. Me cayó un juego de llaves sobre el regazo.

Tenía ropa, a mi perro y dinero, y tenía la ambulancia, una casa móvil, un circo ambulante lleno de compartimentos de almacenamiento, con parasoles en las ventanas y una cama en la parte de atrás. Y me tenía a mí, a mi buena salud —más o menos—, a Kafka y a Da Vinci, y muchas buenas ideas.

¿A qué estaba esperando?

Las calles de Declivetown estaban oscuras y vacías. Iba conduciendo despacio y tranquilamente por las mismas calles por las que había ido andando miles de veces. Mientras conducía me iba alejando cada vez más del suelo, y, de repente, todos esos escaparates viejos y solares vacíos parecieron estar muy juntos; era un vecindario increíblemente pequeño. Seguir viviendo aquí, quedarme, sería como relegarme a vivir como una polilla que no para de darse golpes contra el cristal de la ventana; tenía todo un mundo por delante.

Iba a aparcar el disfraz por un tiempo, e iba a intentar combinar todas las tareas: la belleza y el arte, la comedia y el sexo, hasta que yo estuviera bien del todo.

Pasé por el Bocadillos y Pitillos. En uno de los laterales del bar, las cortinitas de cuadros rojos y blancos estaban abiertas, creando un pequeño escenario. Dentro, como si estuviera sobre el tablado, había un hombre sentado en una mesita cercana a la ventana, bajo el luminoso de cerveza rojo y azul. Estaba encorvado y leía el periódico. Sobre la mesa había un plato de mimbre con un bocadillo que asomaba por el envoltorio. Paré un momento. El hombre pasó una página. Se limpió la boca con una servilleta. Luego la puso en la mesa y la arrugó con la palma de la mano.

Reconocería esos hombros encorvados en cualquier parte: era Jerrod, sin uniforme. Estaba solo; parecía muy serio, muy humano. Un policía vulnerable.

Paré la ambulancia. Cuando entré en el bar, Addie la Loca, que estaba detrás de la barra, casi ni me miró. No tocó el letrero de nada de payasos ni sacudió la ceniza del pitillo. Fui hasta la mesa de Jerrod.

Estaba prácticamente encima de él cuando levantó la vista.

Se sobresaltó.

—¿Puedo ayudarte en algo?

Entonces me sentí tranquila. Me sentí tranquila por primera vez desde… desde… desde la noche en que nos besamos. Incluso sentía que mi corazón estaba bien, relajado. Pensé en lo que dicen los budistas: cuando conozcas a tu alma gemela te sentirás bien. No alterado ni nervioso. No como me sentía cuando estaba con Rex Galore. Con voz firme, respirando tranquilamente, contesté:

—No necesito ayuda.

Era verdad. No necesitaba ayuda por primera vez en mucho

tiempo.

Cuando oyó mi voz, Jerrod parpadeó, puede que asustado; luego sonrió y cerró el periódico. Movió el envoltorio de papel con el bocadillo unos centímetros.

—¿Narizotas?

—Nita —dije yo.

—¿Necesitas…?

Me reí.

—No, es mi nombre. Me llamo Nita. No necesito nada, de verdad. —Realmente no necesitaba nada.

Me ofreció una silla dándole una palmadita. Me senté.

—Me ha costado reconocerte. Me has pillado desprevenido.

—No pasa nada. Ni yo misma me reconozco en estos momentos. —Bajo mi propia apariencia, era otra persona, alguien que hacía años que no era. Y, como suelen decir los grandes payasos, si yo soy el reflejo en el espejo, ¿quién soy yo? Era una persona nueva, sin máscara.

Si bien era peligroso, era una buena forma de ir por la vida: de forma responsable.

Si la vida fuera una película de Chaplin, el fotograma en el que yo vivía se habría cerrado como un obturador en aquel momento, hasta ser un circulito, o puede que un corazón, dejándonos solo a Jerrod y a mí, con la cara iluminada, listos para vivir felices para siempre. ¡Cáspita! Ojalá fuera así de fácil. En lugar de eso, ahí estábamos sentados, bajo el parpadeo del luminoso de la cerveza, en sillas separadas, juntos pero alejados, policía y payasa, payasa y policía, sin disfraz, pero un poco comedidos y un poco expuestos, como si ambos fuéramos policía y payaso a la vez. Seguí respirando, y tuve que parar, relajarme, aprender trucos nuevos. La camarera deslizó un vaso de cerveza por la mesa. Le di un trago.

Jerrod, algo tímido, contenía la sonrisa.

—Bueno, pues parece que al final no te habría reconocido en una rueda de reconocimiento —dijo.

Me limpié un poco de espuma que se me había quedado en la boca y dije:

—No pasa nada. Puede que nunca tengas que hacerlo.

AGRADECIMIENTOS

Habría resultado imposible escribir este libro o cualquier otro sin el amor y el apoyo de muchísima gente. Quiero mostrar mi gratitud a:

Kassten Alonso, quien comprendió esta novela desde su concepción y no teme reírse de un payaso, beber vino tinto y decir «¿Y si, y si, y si?»; Alex Behr, por su generosidad y su ojo para los detalles; Tom Spanbauer, que me enseñó la urgencia de la narración y el valor de la voz; a todos los escritores de nuestro taller, en especial a Chuck Palahniuk, Stevan Allred, Suzy Vitello, Greg Netzery y Erin Leonard; Cherryl Janisse; Nirel; Cynthia Chimienti, hermosa comediante, guardiana de disfraces y el ritual; a la inteligentísima Mickey Lindsay, que sabe por qué los patos son divertidos; Shelley Reese; A.B. Paulson; Larry Bowlden, quien me preguntó «¿Cómo llevas la escritura?» antes siquiera de que comenzara a escribir; Rhonda Hughes; Kate Sage; a mis padres y a mi familia, Barbara Drake, Bud Drake, Moss Drake y Bellen Drake; Charles Mudede; Karalynn Ott; Haley Carrolhach; Kevin Canty; Pete Rock; Elizabeth Evans; Carolyn Holzman, quien me enseñó a vencer la gravedad, o al menos a seguir intentándolo, y en memoria de Candy Mulligan. — M. D.

CICELY EDITORIAL

«Libros que te abrazan como los buenos amigos»

Desde Cicely deseamos que haya disfrutado con la lectura de Payasa y le agradecemos el tiempo que ha dedicado a su lectura.

Le animamos a que lo recomiende y lo comparta en redes sociales. Etiquétenos en sus publicaciones con el hashtag #MisLibrosCicely para que compartamos sus impresiones con otros lectores.

Además, ponemos a su disposición en cicelyeditorial.com varias vías de contacto para que nos haga llegar sus comentarios y así seguir mejorando nuestras publicaciones. También, encontrará toda la información con relación a nuestro proyecto y catálogo.

Monica Drake ha escrito una tragicomedia sobresaliente. *Payasa* es una crítica social llena de humor negro en la que su protagonista tiene que luchar consigo misma y con sus propios prejuicios. Una obra trepidante en la que lo extraño, lo gracioso y lo descarnado se combinan con una asombrosa soltura.

Nita, la payasa protagonista de esta novela, vive en el barrio de mala muerte de Declivetown donde las drogas y la chatarra son parte de la moneda local. Aunque está rodeada de delincuencia, trabaja cada día para alcanzar el sueño de ser una artista reconocida y poder vivir de su arte en las filas de Payasos Sin Fronteras. Inspirándose en la obra de grandes artistas como Charlie Chaplin o Da Vinci, ensaya sus números y prepara sin descanso la adaptación *clown* de *La metamorfosis* de Kafka, la obra con la que espera ser lanzada al estrellato y salir de las calles y de la pobreza. Pero, a pesar de todos sus esfuerzos, Nita tropieza una y otra vez con sus pequeñas desgracias domésticas que, además de minarle el ánimo, parece que la dirigen irremediablemente a tener absurdos malentendidos con la policía local.

«Bienvenidos al libro de mi archienemiga. Una palabra más amable sería "rival", pero seamos sinceros. Los escritores no somos más que rivales, pero competir con una escritora tan buena como Monica Drake es una bendición. *Payasa* es más que un gran libro: es una realidad propia. Todos deberíamos tener un archienemigo tan brillante como ella.»

Chuck Palahniuk, autor de *Monstruos invisibles*

«*Payasa* de Monica Drake es una obra de alto voltaje. La protagonista es una apasionada sufridora del arte del *clowning*, en un mundo ridículo que denigra y explota a los artistas callejeros. Ella decide transitar ese duro camino en el que las bromas duelen y las personas no entienden los chistes. Se convierte en Groucho una hora, en Chaplin la siguiente y en uno de los tres chiflados (o los tres) hospitalizado al amanecer. Nita es trágica como Emmett Kelly y se ofende como Holden Caulfield. Quizás no tenga razón porque, ciertamente, su actitud es la de una maniática. Pero *Payasa* es fascinante, arriesgada, bella y peligrosamente divertida.»

Katherine Dunn, autora de *Amor de monstruo*

«*Payasa* de Monica Drake es una novela brillante, oscura, divertida y asombrosa. La prosa es deslumbrante —sería capaz de leer este libro solo por ciertas frases— pero es Nita y sus esfuerzos por sobrevivir en Declivetown lo que me ha llegado al corazón. La palabra "único" se utiliza en exceso, pero creo que, por una vez, está justificada. Esta novela no se parece a otra y sale ganando en las comparaciones. Un debut de lo más emocionante.»

Kevin Canty, autor de *Todo*

NOTAS

[1] *N. de las T.*: «Baloneytown» en el original. En inglés, *baloney* tiene varios significados: «basura», «chorradas», «absurdo» pero, por proximidad fonética con *Bologne* también hace referencia a un tipo de salchicha ahumada. La autora se sirve del doble sentido para crear la metáfora.

[2] *N. de las T.*: El nombre de la perra, Chance, significa en inglés «oportunidad».

[3] *N. de las T.*: En el original: *"No, that you* smell *like cinnamon buns. Like cinnamon, I mean. I don't know about your buns—or the buns, I mean, whoever's buns."*. En inglés la palabra *bun* también puede ser «culo».

[4] *N. de la E.*: En el original: "*You must be the rake"*. La palabra *rake*, además de «rastrillo» o «escoba» significa «salido».

[5] *N. de la E.*: En el original: *"Gaza Strip Bubble Bath?" I shook my head. "I'm not that kind of girl—not a Gaza Stripper," I said*. Para mantener el chiste nos hemos permitido añadir la palabra «golfo» y hacer el juego con «golfilla».

[6] *N. de las T.*: Cordillera del Parque Nacional Grand Teton en el estado de Wyoming, Estados Unidos. El nombre proviene de la palabra francesa para referirse a la mama femenina.

[7] *N. de la E.*: Término ruso que se le da a un truco acrobático en el que un trapecista parece que resbala de las manos de un compañero y cae al vacío para finalmente agarrarse a una cuerda que el compañero lleva en la muñeca y, así, «salvarse».